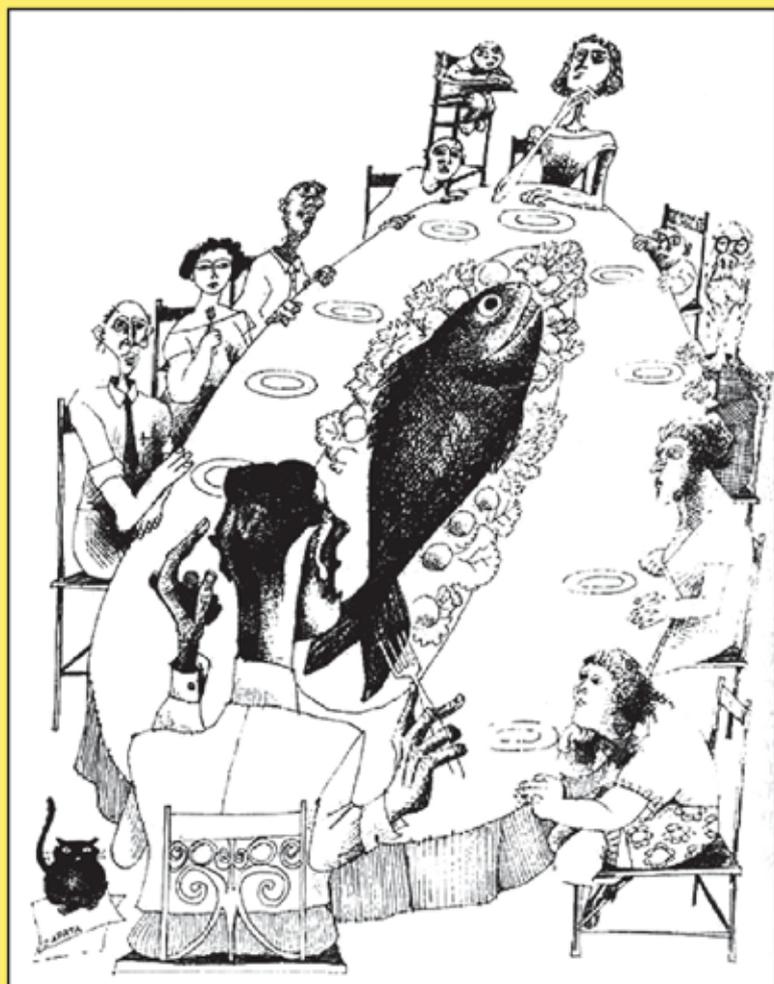


BIBLIOTECA
Aquiles Nazoa

Los humoristas de Caracas
Vol. II



BIBLIOTECA AQUILES NAZOA

LOS HUMORISTAS
DE CARACAS

AQUILES NAZOA

LOS HUMORISTAS
DE CARACAS

VOLUMEN II



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



1920 - 2020

Aquiles Nazoa

100 AÑOS DE HUMOR Y AMOR

NICOLÁS MADURO MOROS
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

DELCY RODRÍGUEZ GÓMEZ
Vicepresidenta Ejecutiva

JORGE RODRÍGUEZ GÓMEZ
Vicepresidente de Comunicación, Turismo y Cultura

ERNESTO VILLEGAS POLJAK
Ministro del Poder Popular para la Cultura

1.^a edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1972
3.^a edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2020

Los humoristas de Caracas

© Aquiles Nazoa

© Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Tel. 58 212 4828989

Hecho el depósito de Ley
Depósito Legal DC2020000360
ISBN 978-980-01-2113-9

MINIFORO
HUMOR Y MAL HUMOR
DE AQUILES NAZOA

EMILIO SANTANA

Mi admiración por Aquiles Nazoa comenzó cuando yo estudiaba bachillerato en el liceo Fermín Toro. Por esos años recuerdo que su famoso «Rruiseñor de Catuche» pasaba de mano en mano, y no había acto cultural en que alguno de nosotros no declamara sus versos. También por aquella época sabíamos que tradicionalmente en Venezuela ser buen humorista significaba ser perseguido, entre otras cosas. No es que todos los presos fuesen humoristas, pero evidentemente, todos los buenos humoristas, tarde o temprano, terminaban en la cárcel. Más adelante, en el año 56, cuando estuve preso en la Seguridad Nacional junto con un grupo de fermentoreanos, en una noche de insomnio me enteré de que en el calabozo vecino estaba nuestro gran poeta y humorista. Recuerdo que muchos de los temores que sentía aquella noche fueron disipados por la conversación que sostuvimos con Aquiles. Tal era el grado de interés de sus palabras que hasta los mismos carceleros de guardia se acercaban a su celda para oírlo. Desde entonces comprendí que Aquiles Nazoa era y es un humorista de profunda significación humana, porque la sonrisa que produce su creación encierra un tono de protesta que evidencia que el buen humor no es reír por reír simplemente. Ahora estamos sentados frente a frente y nuestro diálogo surge fresco y espontáneo:

Santana: ¿De qué vive un humorista?

Aquiles: De un humorista, si es venezolano, se sabe siempre de qué muere, nunca de qué vive. Para los humoristas venezolanos sigue vigente aquello que aplicándolo a su propio caso escribió una vez don Francisco de Quevedo: «El que escribe para comer, ni come ni escribe».

Santana: Dentro de lo que se entiende por humorismo hay muchas categorías, como se sabe. ¿A qué rango de esa escala pertenecen los chistes colorados?

Aquiles: Hay entre esos cuentos algunos que la persona inteligente escucha con agrado porque en ellos el color, o sea la intención, pasa a un plano de interés muy secundario con respecto a sus méritos específicamente humorísticos, es decir, el ingenio en la elaboración, la lógica en el argumento, la agilidad en la exposición y la sorpresa en el desenlace. Pero hay muchos otros en los que, como en los malos cuadros, la violencia del color agobia todos los otros valores, y esos ya no son chistes, sino actos de baja.

Santana: ¿Se podría señalar el aspecto sociológico del chiste colorado?

Aquiles: En general, el gusto por los chistes colorados florece entre las comunidades sexualmente reprimidas y en los pueblos sometidos a represión política; en el primer caso compensan idealmente lo que no está permitido hacer, y en el segundo actúan como sucedáneo de lo que no está permitido decir.

Santana: Ahora que el presidente Leoni abandona Miraflores, ¿cómo sienten su ausencia los humoristas, ustedes que lo tuvieron tantos años como su personaje favorito?

Aquiles: Su ausencia representa indudablemente para nosotros una pérdida irreparable. Pero lo gozado nadie nos lo quita. Además, el mayor encanto que tuvo para nosotros el doctor Leoni, es decir, sus admirables «galletas» lingüísticas, se había deteriorado últimamente. Puede decirse que para la fecha de su último discurso ya había recobrado completamente el habla. En todo caso, ante la operación de trasplante ocurrida, nosotros para consolarnos nos decimos lo que entre los «palos» del matrimonio le dice el novio a la recién adquirida suegra: «Señora, usted ha perdido una hija pero ha ganado un hijo».

Santana: ¿Qué opinas de los cómicos y libretistas de televisión?

Aquiles: De los cómicos pienso que si ganaran menos serían mejores, aunque si fueran mejores probablemente ganarían menos. En cuanto a los libretistas, antes de responder a esa pregunta tendré que informarme. Yo no tenía noticias de que en la televisión hubiera libretistas...

Santana: ¿Cuando está un humorista de mal humor?

Aquiles: Siempre, porque ese es el único del que puede disponer para sí. Cuando en la casa del humorista hay buen humor, lo vende.

Santana: ¿Ha decaído el buen humor entre nosotros?

Aquiles: Ha decaído. A mí no me han vuelto a encarcelar desde 1956.

Santana: ¿Se alegran o se entristecen los humoristas por la salida de los adecos y la elección del doctor Caldera?

Aquiles: La salida de los adecos nos entristece grandemente, porque con ello se nos cierra nuestra fuente de inspiración

más rica. Y en cuanto a la elección del doctor Caldera, tampoco nos alegramos, porque a nosotros no nos gusta alegrarnos del mal ajeno.

Santana: ¿Qué opinas de tu hermano Aníbal como humorista?

Aquiles: Que entre los escritores venezolanos de su generación, es el único al que puedo agradecerle que me trate como un hermano a pesar de la diferencia de edades. Ahora, por mucho que yo lo quiera y admire, en honor de la verdad histórica debo reconocer lealmente que el mérito que se atribuye a Aníbal de haber cruzado los Alpes con su ejército de elefantes, es un mérito que no le corresponde a él sino a los elefantes.

Santana: ¿Cuál es el mejor humorista venezolano? (Por favor, excluido Aquiles Nazoa.)

Aquiles: En Venezuela actualmente no hay «el mejor» en ninguna categoría de la cultura. Aquí todo está condicionado para que nadie pase de cierto nivel de crecimiento. Precisamente, por eso es por lo que se dice que somos un país subdesarrollado. Estamos en pleno *boom* de la mediocridad.

Santana: Imagino que sí podrías mencionar nuestro peor humorista...

Aquiles: El peor humorista es el que se dedica laboriosamente a labrarse su parcelita de fama como gracioso, una vez comprobada su absoluta incapacidad para caer en gracia.

Santana: ¿En cuál aspecto del género son más abundantes los peores humoristas?

Aquiles: En los versos, especialmente en las columnas versificadas de la prensa. Pero esa ha cambiado mucho. En los

últimos años nuestros periódicos han ido depurando la calidad de sus columnas, y hoy puede decirse que los poetas tenidos como peores han sido eliminados, quedando en su lugar únicamente los que demostraron ser más peores.

Santana: Si Job Pim y Leo vivieran en esta época, ¿cuántas veces hubieran estado en la Digepol?

Aquiles: Quizá ninguna. Bajo el sistema democrático no es precisamente la policía quien se encarga de neutralizar a los talentos subversivos. Eso lo logran con mayor eficacia los altos organismos y empresas representativas de la Cultura y de la Libertad de Pensamiento. El sistema democrático posee un método de silenciamiento superior en eficacia al de los nazis, y mucho más elegante: consiste en concederle al escritor absoluta libertad para escribir lo que desee y asegurarles a los periódicos la libertad absoluta de no publicárselo. Los ricos de la sociedad democrática no liquidan por la violencia a los humoristas: los compran poniéndolos a recitar en sus sobremesas y permitiéndoles que los tuteen: los corrompen comprometiéndolos por la gratitud.

Santana: Finalmente Aquiles, ¿por y para qué acostumbran los humoristas firmar con seudónimo?

Aquiles: Hay unos que lo usan con la misma finalidad con que en el carnaval algunas señoras decentes se disfrazan de «negrita» y cogen la calle: para poder echar la casa por la ventana con toda impunidad; hay otros que lo emplean para compensar con un elemento de intriga la insustanciabilidad de lo que dicen. Entre dos clases de jabón, que son básicamente la misma combinación de sosa, potasa y sebo, la gente le atribuye propiedades superiores al que en vez de llamarse simplemente jabón se llama detergente. Otros

humoristas adoptan el seudónimo para no violentar la armonía estilística de lo que dicen con la introducción de un elemento serio, como es el nombre propio: ese es el caso de Job Pim. Otros, en fin, acuden al seudónimo impulsados por un sentimiento de pudor literario, tal es la conciencia que tienen de que lo que escriben es malo.

Así es mi amigo Aquiles Nazoa, unas de miel y otras de hiel, como en definitiva somos todos.

FRANCISCO PIMENTEL

(Job Pim)

Nació en Caracas en 1889 y murió en la misma ciudad el 12 de agosto de 1942. Entre 1909 y 1912, al mismo tiempo que cursaba estudios de Derecho, ocupó la Secretaría del Rectorado de la Universidad Central siendo rector de ese instituto el Dr. Alberto Smith. Colaborador desde muy joven de *El Cojo Ilustrado* en los años finales de esta célebre revista caraqueña, animado por el prestigio de que lo rodeó inmediatamente la publicación de sus primeros trabajos —algunos de los cuales eran en prosa—, hacia 1913 abandonó sus estudios en el cuarto año para ingresar como columnista y redactor de mesa en la redacción de *El Nuevo Diario*. Desde entonces hasta la fecha de su muerte, figuró en los principales periódicos y revistas del país como el más fino y constante exegeta con que contó la vida criolla durante casi cuarenta años de un quehacer literario caracterizado por su facundia temática, por la maestría y gracia de su expresión y su gentileza de buen *causeur* en verso, muy criollo en la intención festiva y en el acento popular, pero entrañablemente vinculado, en su fondo moral y aun en la docta elegancia de sus formas, a las grandes corrientes de humorismo culto que nos vienen desde Quevedo y Lope de Vega. Para completar su semejanza con el mayor de sus precursores en las letras hispánicas, no estuvo exenta la vida de Job Pim de las contingencias derivadas de

su actitud de gallardía civil ante el despotismo que en sus días se enseñoreó del país. Y sometido a prisión en varias ocasiones, algunas por años, aunque la experiencia carcelaria impregna a veces su poesía de una intensa amargura, su obra de conjunto se nos presenta como un amable ejercicio de simpatía humana, tan extraña a los sentimientos de rencor o de melancolía como insistentemente vuelta hacia la cara risueña de las cosas. Contrariando en esto una de las tradiciones más nocivas en la literatura humorística del país, entre los grandes cultivadores venezolanos del género fue de los poquísimos que a la maledicencia epispástica de un Aretino, prefirieron el estoicismo sonriente de un Epicteto.

El criterio provincialmente cauteloso y modesto que en Venezuela presidió casi siempre el examen de los valores propios, ha retardado para Job Pim la hora de situarlo, en el conjunto de las letras de Hispanoamérica, en el lugar prominente que merece como realizador de una de las obras más ricas, originales y cuantiosas que haya producido el género humorístico en nuestro idioma. Formado bajo la influencia académica de su padre, que en el último tercio del siglo XIX se había destacado como lingüista y escritor de fábulas, la obra de Job Pim se señala desde sus comienzos por una voluntad de perfección formal poco frecuente entre sus precursores y rarísima entre sus contemporáneos.

Los que no habían sido simples pleitistas políticos en versos de circunstancias pésimamente escritos, eran tediosos moralistas o autores de pequeñas chuscadas que seguían demasiado de cerca al pesadísimo don Ramón de Campoamor o al bufonesco Miguel Ramos Carrión. Sin mayores ejemplos que seguir de los Díaz Flores, de los Sistiaga, de los Potentini, de los Díaz Lecuna —de tantos versificadores inacabados que escribieron antes que él—, Job Pim aparece

en las letras nacionales no solo como el continuador para nuestro siglo de la encantadora tradición costumbrista que había dado su nota más alta en la figura de «Jabino», sino como el primero de nuestros poetas humorísticos en quienes la expresión versificada rescata su vieja dignidad artística. Si su obra en este aspecto ya le confiere la significación de un caso singularísimo para las letras del país, como manifestación de la forma desenvuelta y popular en que las técnicas y temas del modernismo evolucionaron en sus versos, el hecho literario de Job Pim adquiere la trascendencia de una revelación hispanoamericana, semejante a la que significó, casi por su misma época, la aparición en Colombia del gran cartagenero Luis Carlos López. «Zurce que zurce líricos chismes», el colombiano desde su historiada mesa en el bodegón de Cartagena, y soplando el venezolano sus más sabrosos *pitorreos* desde la prensa de Caracas, son ambos las figuras en quienes el humorismo versificado de nuestra América conoce sus primeros clásicos.

Con su amigo Leoncio Martínez fundó Job Pim hacia 1922 su revista *Pitorreos*, convertida poco después en un diario, y precursora del semanario *Fantoches*. Concluido el gobierno de Gómez al morir el dictador en 1935, al siguiente año fue Job Pim nombrado Cónsul de Venezuela en Valencia, España, cargo al que debió renunciar poco después a causa de la guerra civil que asoló a la Madre Patria.

BIBLIOGRAFÍA DE JOB PIM

Enciclopedia Sigüí, 1916; *Pitorreos*, 1917; *Fábulas de Florián y un servidor*, sin fecha; *El balance de Eva* (prosa), 1921; *Memorias de un sinvergüenza*, ¿1923?; *Enciclopedia Espesa*, antes *Sigüí*, corregida y aumentada, 1931; *Sal de Pim*, 1934; *Graves y agudos*, 1940; *Obras completas*, México, 1958.

REFRANES Y MULETILLAS CRIOLLOS

Sabido es que los caraqueños han sido siempre gente burlesca, y que desde tiempo inmemorial siempre han tenido una palabra o frase en boga, para expresar una socarrona duda de las exageraciones y presunciones que también forman parte de su carácter.

El más remoto de estos refranes, o mejor, estribillos, de que hacemos memoria, es este: «¡La pistola!», que todavía tiene un uso esporádico.

Vino luego una época en que la duda crónica se manifestaba con una frase en verso: «Si tu lápiz tiene goma, / bórrame de tu libreta». Frase que al cabo se redujo a una sola palabra: «¡Bórrame!».

Después le tocó el turno, si no mienten los folkloristas vernáculos, a esta repugnante frasecita: «Me extrañan esos amapuches», que todavía se estila en algunos pueblos del interior de la república.

Y la cual fue suplantada, hace cosa de veinte años, por otra sacada del juego de póker: «¡Veó esa caña!», que luego se redujo también a un categórico «¡Veó!».

Más adelante tuvo éxito el nombre «Cirilo», y después el de «Simón», prolongaciones ambos de un «sí» más que hipotético, completamente escéptico.

Lo mismo puede decirse de la palabra «¡Chino!», que andando el tiempo sustituyó a las anteriores.

Y allá por el año 1923 o 1924, floreció en los labios de los caraqueños de todos los sexos una antipática muletilla: «¡Dos veces!», cuyo origen nadie llegó a desentrañar.

De entonces a esta parte había habido una tregua en este ramo de la filología criolla, pero ahora, con motivo del perifoneo de los sorteos de la lotería, en cuanto alguien

dice algo que se presta a duda, no falta quien le chille, con una vocecita gangosa: «¡Cien bolívares!».

Como pueden darse cuenta mis lectores, este es el comienzo de un estudio serio y minucioso que arrojará intensa luz sobre la psicología venezolana en el presente siglo de las ídenes (las luces), y que publicaré completo en cuanto reúna para pagar la edición del trabajo, es decir, «¡Cien bolívares!».

«CON TAN MALA SUERTE»

Cuando hace una treintena de años, poco más o menos, este cronista empujó por primera vez la péñola para redactar su primer suceso local, estampó orondamente, siguiendo el canon que para entonces era rutina, la frase que sirve de título a este suelto: «Metió por descuido una mano en la trilladora, con tan mala suerte que...». Y de entonces a esta parte jamás ha dejado de aparecer en los sucesos caraqueños, cuando menos una vez al día, el absurdo pero inquebrantable lugar común.

«Fulano conducía anoche el automóvil número 8888, y al llegar a la esquina de Los Albañales, chocó contra un poste de teléfonos, “con tan mala suerte que...”»; «La anciana Rosa Rosado salía esta mañana de su casa, situada en el caserío del Guarataro, y como el pavimento estaba húmedo por el aguacero de anoche, resbalóse y cayó “con tan mala suerte que...”». Y así por el estilo, todos los días y en todos los diarios de la urbe.

Los reporteros se marchan o se mueren; los periódicos se acaban; las generaciones se suceden: solo la frase rutinaria y absurda permanece inmutable e impertérrita, desafiando

a los hombres y a las ideas, al «romanudismo» y al vanguardismo, incommovible, como la roca de Pedro, como las pirámides de Egipto. Y dentro de otros treinta años, cuando ya los cronistas y redactores de sucesos de los actuales diarios estén purgando ha tiempo sus múltiples pecados en esa especie de estación intermedia que hay entre el cielo y el infierno, es decir el purgatorio, el encargado de la sección de sucesos locales en cualquiera de los periódicos de esa fecha escribirá fatalmente: «Anoche, cuando se disponía a aterrizar en su aeródromo el piloto López Hamilton, tuvo una falla en el motor y descendió violentamente, “con tan mala suerte que...”».

Aceptemos, pues, con cristiana resignación, la frase, insustituible; pero puesto que el público la tiene ya en los huesos y la adivina sin leerla, y para economizarle tiempo a los reporteros y linotipistas, sustituyámosla con las cuatro iniciales de sus cuatro vocablos; y así como decimos, por ejemplo, «s. e. u. o.», por «salvo error u omisión», pongamos «c. t. m. s.» cada vez que vayamos a poner «con tan mala suerte»...

LA SEGUNDA MUJER

Parece mentira, pero llevo quince días pegado de la Biblia y de otros textos sagrados, y a la fecha no he logrado averiguar una cuestión importantísima: ¿Quién fue la segunda mujer?

Ya sabemos todos que Adán y Eva tuvieron dos hijos: Caín y Abel. Parece ser que también tuvieron otro llamado Seth, que no hizo cosa de provecho, por lo que apenas si se le nombra en el Génesis.

Pero no se dice ni jota acerca de una muchacha hija del primer matrimonio y que sería la segunda mujer.

Y, sin embargo, debió haberla, puesto que en ninguna parte se dice que Jehová repitiera el primitivo sistema de fabricación a base de costilla.

Y no obstante, la familia humana continuó su desarrollo hasta ahora. Tampoco es presumible que Dios, con ser Dios, haya podido pasar de la primera mujer a la tercera, sin que hubiera una segunda.

Esto es un absurdo aritmético.

Y Dios no comete absurdos; y menos en aritmética, ciencia cuyas primeras bases puso Él mismo cuando dijo: «Creced y multiplicaos». (Lo que demuestra también que Adán debía conocer, por lo menos, tres de las cuatro reglas aritméticas primordiales, ya que si no hubiese sabido sumar y restar, mal podría saber multiplicar.)

Es, pues, necesario, indispensable que haya habido una segunda mujer en el mundo.

Porque los niños de la segunda generación no podían venir de París como vienen ahora. ¿Por qué?

Porque París no existía todavía.

Bueno, es para volverse loco, esto de pensar que la segunda mujer no ha existido nunca.

Y como yo no quiero volverme loco, por más que hay quien afirma que la locura es el estado perfecto de felicidad, ofrezco solemnemente la mitad de mi cuantiosa fortuna y la mano de mi hija a quien me aclare suficientemente este punto: ¿Quién fue la segunda mujer?

CREACIÓN DEL MUNDO

De un curioso libro que se acaba de publicar en Alaska, traducimos el siguiente relato acerca de la creación del mundo, escrito por un acaudalado comerciante alaskaño que se volvió loco de remate:

El año doble cero se le ocurrió a Dios fabricar una gran pelota en forma de melón, que se llamaría Mundo, y en la cual tendrían cabida toda clase de animales, plantas, corotos y otras fruslerías que se proponía fabricar luego, a fin de comerciar con los mercados interplanetarios. Para realizar sus planes, estableció cerca del Edén una sociedad anónima que se denominaba The Papa Dios World Building Company Limited. Allí modeló la pelota de marras y la echó a rodar, calientica, por los espacios siderales.

Comenzó entonces a llenar el mundo, dedicándose a la fabricación en grande escala de murciélagos, de los que hizo 20 000 000 en la primera sentada; pero pasado este tiempo, y en vista de que no se vendía ni uno, a pesar del descuento en las ventas al contado, montó una planta a la que llamó The Electric Light of the World y que tenía por focos principales el Sol, la Luna y las Estrellas. Estas últimas tuvieron muy buena acogida, y casi todas fueron contratadas ventajosamente.

Instituyó luego el Hacedor la Universal Potable Water Corporation, separando las aguas buenas de las dañinas; y elaboró setecientos millones de peces, sin contar el lenguado, que fue hecho posteriormente por San Pedro, el cual era tan distraído que solo hizo la mitad.

Por último, el sexto día Papá Dios confeccionó al hombre; pero como estaba algo cansado del trabajo de la

semana, se le deslizaron algunos errores que no se han podido corregir hasta hoy. Al cansancio divino se debe, pues, que los humanos tengan dedos en los pies, cosa verdaderamente inútil, como también la colocación de la espinilla en la parte delantera de la pierna, cuando a cualquiera se le ocurre que, si se la hubiera colocado en la «batata», se evitarían muchos golpes desagradables.

Piensen algunos que es también un error, y muy grave, el no habernos dotado de una instalación de alumbrado mejor, colocándonos un ojo en la punta del dedo índice de la mano derecha para poder explorar en todas las direcciones; pero esto hubiera sido muy costoso por las constantes reparaciones que habría que hacerle al farolito citado.

Por último, Papá Dios cerró la oficina el sábado en la tarde, se acostó a dormir y... hasta la fecha.

LA ORFEBRESA

Antaño comenzaba su carrera
de niña bachillera,
recitando, subida en una silla,
unos versos de Peza o Julio Flores,
y declaraban los espectadores
que era una maravilla.

No se estilan ahora en los salones
tales recitaciones:
hoy la precoz chiquilla
hace versos o prosas para que se publiquen
en *Élite*, en *Perfiles* o en *Billiken*,
precedidos de un juicio de algún intelectual,

el cual
con el fin de agradar a la familia
augura que la niña «bañará» a Doña Emilia
o a Gabriela Mistral

Basta y sobra con esto:
en la literatura patria ya tiene puesto;
y como quiera que sería
contrario a la galantería
bañar a una muchacha de nuestra sociedad,
la orfebresa
progresista
en vanidad.

Hasta que llegue un día
en que un fresco le pruebe que sus cosas son malas
y ya rotas las alas,
comprendiendo que no es lo que creía,
en un romanticismo depravado
apele al sublimado...

EL BORRACHÍN

Iguals borrachines y borrachos
mas los primeros son los mamarrachos.
Los que se «trancan» con licores buenos
y andan en automóviles y en coches
son alegres y amenos,
y nada saben de las negras noches
del cuasi mendicante borrachín
que su bolívar hasta el alba alarga,

y en el rincón de un sucio «tarantín»
tiene la caña amarga.

El sombrero aceitoso, el traje sucio,
boquiabierto el zapato, el cuello sucio,
hediondo a reverbero y a bazofia,
con la cara de entierro,
bebe el terrible «berro»
que el hígado le atrofia,
y si come, es muy poco, casi nada:
un «pabellón de a siete», una tostada.

Casi siempre es un poco literato,
y si alguno le niega dos pesetas,
echa sobre escritores y poetas
toda la hiel de su alcohol barato.

Y por la madrugada
se ve en San Juan su cara abotagada;
va mascullando en torpes balbuceos,
«bollos», versos y nombres
y el clásico refrán de los «hebreos»:
«¡Porque yo soy amigo de los hombres!»...

Hasta que al fin se apiadará la suerte
de sus horas amargas,
y de la «rasca» pasará a la muerte
en el Hospital Vargas.

DE SALÓN

«Ornato del pensil venezolano»
la llaman en los diarios. Todavía
no se ha curado de fraseomanía
nuestro incipiente periodismo urbano.

Escribe con muy poca ortografía
chapucea el francés, borda a la mano
y canta acompañándose en el piano
romanzas que comienzan: «Alma mía...».

De sus novelas, predilecta autora
es Carlota Braemé: Azucena, Dora
y otras tantas románticas y huecas.

Y sus padres la casan a menudo
con un teutón metódico y panzudo,
importador de mercancías secas.

LITERATURITIS

El mayor mal que a este país tortura
es la literatura.
Muy raro entre nosotros es el hombre
que, aunque esté en la ignorancia más completa,
no aspire a ser poeta
y escritor de renombre.

Yo sé de muchas gentes
que son para una cosa inteligentes,

que en el comercio o en la ingeniería,
 y hasta en un mostrador de pulpería,
 hubieran hecho singular carrera;
 mas como se les puso en la sesera
 hacerse literatos,
 hoy son unos sencillos pelagatos.

Cómo estará arraigado aquí el concepto
 de que aquel que no escribe es un inepto,
 que es cosa muy frecuente
 que, para hacer pasar por competente
 a un individuo, quien nos lo describe,
 después de piropearlo lindamente,
 suele añadir: «lo que es es que no escribe...».

Y si el mal que al presente nos azota
 se propaga y no hay medio de atajarlo
 será dentro de poco, a no dudarlo,
 un literato cada compatriota:
 y los que ahora somos escritores
 si esa época llega
 no tendremos lectores
 —por lo menos lectores pagadores—
 porque cada lector será un colega,
 y hay un refrán que dice, si no yerro:
 «Perro no come perro».

En prueba de que es cierto lo que digo,
 os contaré cómo perdí un amigo:
 Es este un hacendado
 trabajador y honrado,
 conecedor cual pocos de su oficio,

y de muy sano juicio;
por esas cualidades, yo sentía
por él una sincera simpatía;
pero hace algunos días nos topamos,
y después de un gran rato que charlamos,
de pronto el hombre me endilgó un tremendo
y caluroso elogio a mis escritos,
tras de lo cual me dijo sonriendo:
«Si usted supiera... Yo hago mis versitos...».

Y me leyó un acróstico,
para que yo le diera mi diagnóstico.

Y como yo, de modo acaso rudo,
le dije que era malo, sin misterio,
el amigo en cuestión se fue muy serio
y me quitó el saludo.

Pero no me remuerde la conciencia,
pues le hice un bien, que si le doy mi anuencia,
y a los cinco o seis días, quizás menos,
otro, por petardearle una cerveza,
le dice que sus versos son muy buenos,
y al hombre se le mete en la cabeza
que es poeta, la hacienda vendería,
dejaría el trabajo, ciertamente,
y por ahí iría
bebiendito aguardiente,
escribiendo sandeces o legajos,
sin salud, sin hacienda, sin postín
y pasando, de fijo, más trabajos
que un judío en Berlín.

HISTÉRICAS HISTÓRICAS

I: Eva

Aunque no hay una prueba
fundamental de que la madre Eva
padeciera histerismo,
el bíblico relato por sí mismo
sugiere que sufría de ese mal
que tan de moda está en el tiempo actual.
¿A qué mujer corriente
se le ocurre aceptarle a la serpiente
—reptil tan insidioso como hermético—
el régimen dietético
a base de manzanas
al que se sometió con tantas ganas?
Y si al menos hubiese delinquido
al comer lo que Dios había prohibido
(allí donde sobraban a montones
fruta, hortaliza, cereal, gramínea),
por curarse un ataque a los riñones
o simplemente por «ponerse en línea»,
tuviera explicación el desacato;
pero su crimen fue mucho más grave:
el deseo insensato
de llegar a saber cuanto Dios sabe.
Y aunque muy poco ducho
en médica materia,
me figuro que si esto no es histeria,
se le parece mucho.
Y si ella sola hubiese transgredido
el mandato divino, menos mal,

pero se puso histérica, anormal
y sedujo al simplón de su marido.

Y como en la manzana en referencia
no ha encontrado la ciencia
hasta hoy, la bacteria
que produce la histeria,
y Eva, no obstante, dio de histeria prueba,
habrá que convenir en que fue Eva
—aunque ello perjudique su memoria—
la histérica primera de la historia:
esto, naturalmente,
siempre que no lo fuera la serpiente.

II: Señora de Lot e hijas

Sabido es que en Sodoma y en Gomorra
y en otras tres ciudades
de aquellas antiquísimas edades,
se corrompió la gente: vivían a la gorra,
y hacían todo género de trucos y maldades.

Malas eran las hembras, y en cuanto a los varones...
Pero no nos metamos en tan hondas cuestiones:
el caso fue que al fin
le llevó el chisme a Dios un querubín;
y como la cuestión era tan grave,
lo supo al cabo Aquel, el que todo lo sabe.

Quien dijo, desde luego:
«Perezcan esas villas por el celeste fuego,

y que solo se salven diez justos... y cabales,
si es que allá hay todavía gentes tales,
pues me dicen que todos son unas sabandijas».
De los que se salvaron del siniestro,
fueron Lot, su señora y sus dos hijas,
tres mujeres histéricas, como aquí lo demuestro.

Al salir de Sodoma bien sabía la esposa
que allí solo quedaba gente pecaminosa;
pero a cada momento volvía la cabeza
con evidentes signos de tristeza...
Y al ver que no era una mujer normal,
la convirtió el Eterno en estatua de sal.

En cuanto a las muchachas, la Biblia nos dirá
que ambas se enamoraron de su viejo papá...
Yo ignoro lo que de esta aberración
opinarían Freud y Marañón,
pero supongo que será lo mismo
que yo: puro histerismo.

¿Qué más pasó? La historia no lo cuenta,
pero es la deducción clara y fatal:
si la mamá fue convertida en sal,
las chicas lo serían en pimienta.

CUENTO DE CUARESMA

Ante un pueblo de arcádica aldehuela,
que el mapa no señala en Venezuela,
gente humilde, sin letras ni bambolla,

predicaba un domingo un sacerdote,
cura de misa y olla,
simple, ingenuo, francote,
y bueno hasta la tapa del cogote.

Versaba su sermón
acerca de la vida y la pasión
del Redentor del mundo;
y de modo tan vivo
narraba aquel martirio sin segundo,
que se hizo, sin saberlo, sugestivo
su inelocuente verbo.

Y logró dar una impresión tan fuerte,
que cuando habló de la divina muerte,
vertía su auditorio llanto acerbo.

Hasta que, conmovido, el orador
dijo, consolador:
Hermanos míos, verdaderamente
lo que os he referido es muy doliente,
pero encuentro excesivo vuestro llanto;

cierto es que Jesucristo
padeció un sufrimiento nunca visto,
pero hace de eso tanto tiempo, tanto,
que si vamos a ver,
¡quién sabe... hasta mentira puede ser!...

SOBRE EL CAMBIO DE SEXO

(La señorita Joselyn Edwins, de Gloucester, ha sido clasificada como varón, después de un examen clínico de los profesores T. H. Nesvit, Edward Roy y Antonio de Serra: *The Observer*.)

La carta que anteayer he recibido,
y está firmada «La Mujer de Lot»,
aunque a muchos hubiera parecido
propia de una *cocotte*,
por su estilo atrevido,
en mi opinión debe, al contrario, ser
de alguna aristocrática mujer
que no tiene de miedo ni un jerónimo
(confiada en la eficacia del seudónimo),
pues aquí la *cocotte* de mayor fama,
no podría escribir como esta dama.

Y dice: «Usted, Job Pim, se habrá enterado
y sin duda asombrado
—aunque quizás no hay nada que le asombre—
de que una hembra se ha trocado en hombre;
leí en un *magazine* el mes pasado,
que un varón en mujer se ha transformado.

Si tal transformación es cosa cierta
(lo sabrá usted, que sabe biología),
hay un problema en puerta
que puede presentársele un buen día
a usted que es hombre, a mí que soy mujer:
y si ocurriera así, ¿qué hemos de hacer?

Supongamos que un día —y desde luego,
perdonar tal suposición le ruego—
usted, que se acostó muy masculino,
despierta, y en el acto,
comprueba estupefacto
que se “ha pasado” al sexo femenino...
Dígame con franqueza: ¿usted qué haría?
Desde luego en el cambio perdería:
usted, que es hombre feo,
no sería, de fijo, mujer bella...».

Pues bien, señora Lot, yo con franqueza,
le juro —y crea usted que no es perjurio—
que si no fallecía de tristeza,
apelaba al cianuro de mercurio.
Para empezar, ¡figúrese qué coba
me daría la gente!
Sin duda llamaríanme La Joba,
lo cual, para una dama no es decente.

Ya ve pues que es bien duro el prolegómeno:
pues peor es el resto del camino:
yo no soy un Rodolfo Valentino,
pero tampoco soy ningún fenómeno
propio a causar espantos,
sino un feo pasable, como hay tantos.
Pero como mujer, señora Lot,
enteco, narigudo, desgarbado,
tal vez pareceríame al pescado
de la Emulsión de Scott.

Además, si ese cambio me ocurriera
en la remota era
en la que el elemento femenino,
considerado fue como divino,
me resignara acaso; pero ahora
que la mujer es tan trabajadora
como cualquier varón,
y además sigue siendo incubadora,
y ya no se le tiene devoción,
no me resignaría, no señora,
a ese cambio de sexo y condición.

Perdóneme si he sido algo latoso,
que, en cambio, usted me está sugestionando,
y quién sabe hasta cuándo,
cada mañana voy a estar nervioso...

RECETA PARA PEDIR

Cuántas veces a ti, lector amigo,
como a mí y a cualquiera,
se ha llegado un mendigo
de cara lastimera,
con un papel mugriento en una mano,
asegurando que es una receta
que ha de comprar para su padre anciano
u otro deudo cercano,
y tú le das un real o una peseta
(con lo cual se completa
el valor del remedio recetado)
que Dios —dice él— te pagará con creces.

Pues bien, lector, nos han envenenado,
de cada cien, noventa y nueve veces.

¿Quieres al que así pide darle un chasco
y probarle su treta?

Pues sobreponete al asco
y lee la receta.

Verás que en muchos casos, si no en todos,
la receta es del tiempo de los godos,
y que el enfermo ya se habría muerto
si el caso fuera cierto.

O quizás te suceda como a mí,
que una de esas recetas me leí
—a riesgo de coger una infección—
después de haberme dicho el mendicante
que el r cipe en cuestión
era para su abuelo,
y vi con estupor despampanante
que era un remedio contra el mocezuelo...

Así, lector amigo,
si te vuelven a hacer tal jugarreta,
haz como yo, resp ndele al mendigo:
—Hermano, ya conozco la receta...

LO QUE CUESTA UN TÍTULO

Parado yo estaba en una ventana
cuando hasta m  lleg se un billetero
que me dijo quitándose el sombrero:

—Doctor, cómpreme el gordo de mañana
que aquí lo llevo entero.

Lo digo con franqueza,
la vanidad montóme a la cabeza...
A mis años, que ya son lindo lote,
y en un país donde cualquier virote
para hacerse doctor no necesita
más que unos lentes y un paltó levita,
nunca tuve el honor
de que se me tomara por doctor.

Yo incurro ciertas veces en el vicio
de jugar lotería
y en alguna ocasión me beneficio;
pero estaba tan *límpido* ese día
que el gasto era un perfecto sacrificio,
y sin embargo le compré el billete
al taimado píllete.

Mas quedé estupefacto al ver la lista
y con los ojos claros y sin vista:
el segundo capítulo
es que el pillo me había envenenado
porque el billete era del mes pasado...
¡Me quedé sin la plata y sin el título!

Magnífica «chicana»
como para Gil Blas de Santillana;
mas sabré la lección aprovechar
y a quien hoy quiera hacerme la merced

de decirme doctor, he de gritar:
—¡Más doctor será usted!

VELORIOS

Si nuestra sociedad se decidiera
a dar cima a un progreso muy notorio,
se las arreglaría de manera
de extirparnos un hábito: el velorio.

Un velorio —en Caracas cuando menos—
tiene cierto carácter de jolgorio,
aunque no sea de los más amenos.
En efecto, se muere un ciudadano,
y todo aquel que en vida
le dio una vez la mano,
tiene la obligación reconocida
de asistir a su hogar la triste noche.

¿A qué? Todos sabemos de este asunto:
—excepto la familia del difunto
y algún amigo más— a hacer derroche,
en tan graves momentos
de gracia en referir picantes cuentos.

Y como si algo es cierto
es que la gana de reír no avisa,
muchos no pueden contener la risa
ante el «amo del muerto».

Es esto de los cuentos tan sabido
como los versos de Don Juan Tenorio,
tanto que hasta un refrán han producido:
«Estar más aburrido
que un sordo en un velorio».

Y sin hablar de los «cucarachones»
que no hacen caso de las historietas
pero se dan soberbios atracones
de quesos, chocolates y galletas.

Por eso aquí lo digo
y debo hacerlo público y notorio:
quien quiera continuar siendo mi amigo,
no vaya, cuando muera, a mi velorio.

LA TORTURA DEL YESQUERO

Si tienes, buen lector, un enemigo
de esos que frente a frente
no se meten contigo,
pero te hieren solapadamente
en tu afecto, en tu orgullo, en tu bolsillo,
y no con una espada ni con un cuchillo,
sino con armas propias de mujeres,
tijeritas, agujas, alfileres;

Si ese enemigo tu vivir amarga
y te hace la existencia dura carga,
pues no puedes cogerle en el garlito,
puesto que siempre es para ti risueño,

y te tiene el maldito
como a un hombre con sueño
que no puede dormir por un mosquito;

Si vives meditando
una posible y lógica venganza
contra el hombre nefando,
mas no te atreves a esgrimir la lanza,
como tu calentura desearía,
y no por mansedumbre ni por miedos,
sino porque sería
como matar zancudos con torpedos:

oye el consejo que ofrecerte quiero:
¡regálale un yesquero!

Es la manera de sacarte el clavo
sin cometer ni crimen ni delito,
mejor aún, sin que se ponga bravo:
regálale un yesquero, te repito,
que ha de vengarte, haciéndolo su esclavo.

Cuando tenga el yesquero gasolina,
se encontrará la piedra ya deshecha;
y si ambas cosas a tener atina,
le faltará la mecha.

Y si, teniendo todo, alguien pretende
encender a su arbitrio, empresa vana:
el yesquero no prende
sino cuando le da su perra gana.

Y de un yesquero nadie se desprende,
que si no, acabaría la tortura
con tirarlo al perol de la basura:
le ocurre al dueño de la baratija
igual que a la mamá del calavera,
que la infeliz señora siempre espera
que algún día el muchacho se corrija.

El yesquero es la cruz del que lo carga,
y con la cruz a cuestras
nadie a nadie le hará la vida amarga
ni le aguará las fiestas.

Oye bien, buen lector, lo que te digo,
y el que te hostiga caerá en tus redes:
ya que en rigor no puedes
perforarle el ombligo,
regálale un yesquero a tu enemigo.

Día del Dulce Nombre,
a bordo del autobús N° 2125

RELATIVIDAD

A mi amigo el profesor Einstein

Al hombre temerario que de día
no retrocede ante el puñal ni el hacha,
en la noche sombría
lo desvela una simple cucaracha.

Al avaro que vive para el oro
y llega a la vejez con un tesoro,
lo coge de su cuenta una cocota
y lo deja en pelota.

El que fue siempre a la honradez adscrito
y lo probó en los días más nefastos,
por el as de *carreaux* o el as de bastos
se come un «queso frito».

El padre de familia más austero,
que juzga al bebedor un ser innoble,
pasa en un botiquín un aguacero
y sale viendo doble.

Necio será quien crea
que lo absoluto existe: puro cuento;
el más manso jumento,
en un momento dado corcovea.

LA POESÍA DEL PORVENIR
(*Sonetín telegráfico*)

Fresca mañana primavera,
armada tijeritas plata,
cortar rara rosa escarlata
bajaste jardín escalera.

Hirió dedito flor ingrata
aguda espina traicionera

manchando púrpura ligera
blanquísimos encajes bata.

Vendando minúscula herida
también hiriéronme por vida
ojos tuyos sin compasión.

Consolarte dijete quedo:
tú pinchádote solo dedo,
pinchádome yo corazón.

EL JABALÍ Y LOS RUISEÑORES

Un individuo rico, tonto y vano
—cualidades que suelen ir de mano—
creía el pobrecito
tener gusto exquisito
para todas las artes
(Los ricos son lo mismo en todas partes).
A su mesa sentaba cada día
un enjambre de músicos, pintores,
poetas, escultores,
gente que mucho hablaba y más comía;
y aunque nadie ignoraba cuántos puntos
calzaba en cosas de arte el personaje,
rendíanle homenaje
y le nombraban juez en sus asuntos.

Un día que paseaba el caballero
por su gran parque, con el jardinero

—hombre prudente y bueno—
contempló un jabalí
que escarbaba el terreno
pues los colmillos afilaba así.

En torno al animal
revoloteaban muchos ruiseñores
dando al viento su canto celestial;
y el jabalí escuchaba a los cantores
con aire doctoral,
y daba con la testa
signos de aprobación o de protesta.
—¿Qué es esto? —dijo el rico—.

En verdad, no me explico
cómo es que los Carusos del bosque
tienen de juez a un animal salvaje.

—Ah, señor caballero
—respondió el jardinero—,
ved cómo el jabalí con sus colmillos
saca una multitud de gusanillos
que se comen los pájaros al punto:
¿estáis ahora al tanto del asunto?

LA FIEBRE DE MODA

Mi señora vecina doña Mónica
es dama muy virtuosa y muy simpática
y de una educación aristocrática,
pero es terriblemente filarmónica,
y ha comprado una espléndida *Ortofónica*,
máquina superfina,

digna de todo encomio,
pero que si no ceja mi vecina,
puede causar mi ingreso al manicomio.

En efecto, a las seis de la mañana,
cuando estoy levantado por chiripa
y escudriño la prensa cotidiana,
revienta, no sé bien si el dulce Schipa
o el poderoso Fleta,
a rogarle a una niña pizpireta
que se asome —¡a esa hora!— a la ventana
y como se repite el «ay, ay, ay»,
no atino a ver lo que en los diarios hay.

Empuño el lápiz luego
y empieza la *Recóndita armonía*
o el Rondó de *Lucía*,
y se repite el juego
todo el resto del día,
y a veces este musical derroche
dura sin tregua hasta la medianoche.

¡Caramba, mi excelente doña Mónica,
quién puede trabajar de esa manera!
Si su ardor no modera
me va a arruinar con su ortofónica.

Yo no quiero negar que, por un rato,
me guste su aparato,
¡pero discos y discos todo el día,
eso es ya la «ortofonicomanía»!

Cierto es que cada quien
hace en su casa lo que tiene a bien,
pero no de los otros en perjuicio;
pacte conmigo, pues, un armisticio
para tocar de noche solamente,
porque si no, por más que soy vecino
muy cortés y paciente,
me voy a conseguir un bombardino
y le aseguro a usted que se arrepiente.

EL FENÓMENO TRIANERO

Yo no entiendo de toros una papa,
ni de faenas de muleta o capa,
ni si está algún torero bien o mal;
pero comprendo que a la gente atonte
un matador, cuando es, como Belmonte,
sumamente anormal.

Al salir la cuadrilla, se presenta
de un modo que a la estética revienta,
y más bien nos inspira compasión
su estructura «choreta», desgonzada
en que solo descuella una quijada
que recuerda el revólver de Sansón.

Con garbo hacen los otros el paseo,
mientras Belmonte, inelegante, feo,
camina sin soltura y sin compás;

y pensamos, al ver su contextura,
que en cuestión de figura,
a un dromedario dejaría atrás.

Pero empuña el capote o la muleta,
y aquella facha débil y choreta
se endereza y se torna tan gentil
que logra al punto insólito prestigio,
pues realizado vemos el prodigio
de transformarse en águila un reptil.

Va al toro con la calma más completa,
como quien se dirige a una chuleta,
y a tal punto se adueña de la res
que, asombrada, la fiera
abre las fauces, como si dijera:
—¡Señor!, ¿esto qué es?

Yo de táuricas artes no sé nada,
pero si me llamara Torquemada
y fuera el tiempo de la Inquisición,
se «fregaba el fenómeno» trianero:
por nigromante, brujo y hechicero,
lo hacía chicharrón.

CORRESPONSALES HONORARIOS

Según he visto en días anteriores,
los agentes que emplean nuestros diarios
para su información, son honorarios,
es decir, que no cobran sus labores,

aunque todos los diarios, a mi juicio,
pagan a las agencias su servicio.

Por tal motivo los corresponsales
están lejos de ser profesionales,
comunican informes
que no son oportunos ni importantes,
aunque ellos los consideren enormes,
y perpetran «galletas» y desplantes,
o bien nos dan información social
que no interesa en nuestra capital.

Por ejemplo, nos dicen de Caucaagua
que allí no solamente falta el agua,
sino que está ocurriendo algo muy feo:
en Caucaagua, a esta fecha, no hay museo.

El agente de Cúpira diserta
sobre que a don Ramón o a don Jesús
les es difícil tomar el autobús
porque este no les pasa por la puerta.

El de Tapipa espeta un parrafillo
en que elogia la buena voluntad
de un buen señor de la localidad
que dejó por completo el cigarrillo.

El reparto de pan
sufre graves tropiezos en Pampán,
porque murió en febrero
el burro que tenía el panadero.

Dice el corresponsal de Queniquea,
con carácter de urgente,
que allí se observa un interés creciente
por la guerra europea.

Y el de Cabimas, entre queja y queja,
recuerda que mañana se festeja
en dondequiera que el progreso alienta,
la invención de la imprenta...

¿No estaríamos todos más conformes
si se hiciera una «purga» en los informes?

ELEGÍA A LAS RUINAS
DE SAN DIEGO DE CABRUTICA

Esta, Fabio, oh dolor, que ves ahora,
y que el agente de la SIV deplora,
si es que la realidad no falsifica
—lo cual ni lo aseguro ni lo niego—,
fue un tiempo el rico pueblo de San Diego
de Cabrutica.

El monte crece en medio de la plaza,
y tragarse amenaza
la población entera;
y la iglesia que antaño orgullo fuera
y gala del Estado,
hoy tiene medio techo desplomado,
ruda maleza en su interior prospera,
pobre templo derruido,

que para su solaz han elegido
los heréticos burros del poblado.

Las más dilectas casas sandieguinas
también están en ruinas;
no hay un solo vehículo,
porque nadie requiere tal artículo;

y son del Municipio en nuestros días
los únicos ingresos
los que pagan allí tres pulperías
que entre las tres tendrán quinientos pesos.

Y mira, Fabio, si su ruina es poca,
que ni el Jefe Civil ni los empleados
que por el Municipio son nombrados,
pueden cobrar el sueldo que les toca:
¿vio el orbe alguna vez cosa tan rara
como un Jefe Civil que no cobrara?

Y es, Fabio, mi pecado,
que aunque me duela verlo abandonado,
su regeneración me dolería,
pues en tal caso, ¿dónde se hallaría,
por más que se buscara entre diez mil,
otro Jefe Civil
como el que hoy se dedica
sin sueldo (ni obvenciones, desde luego)
a regir los destinos de San Diego
de Cabrutica?

TELEGRAFISTOFOBIA

Recordarán acaso mis lectores
que ha tiempo describí los sinsabores,
la ruina en que claudica
ante un destino inexorable y ciego,
el pueblo ayer tan rico de San Diego
de Cabrutica.

Su ruina describí de esta manera:
«El monte crece en medio de la plaza,
y tragarse amenaza
la población entera;
y la iglesia que antaño orgullo fuera
y gala del Estado,
hoy tiene medio techo desplomado,
ruda maleza en su interior prospera:
pobre templo derruido,
que para su solaz han elegido
los heréticos burros del poblado».

Pues bien, algo más grave le sucede,
si algo más grave sucederle puede
a la infeliz región de Cabrutica,
según me comunica
en misiva que tengo ante la vista
cierto señor Mujica
que actualmente es allá telegrafista.

Ató este caballero su caballo
al frente del local donde vivía,
y amaneció el rocín al otro día

«tusado» como un gallo,
sin un pelo en la cola ni en las crines,
befa, irrisión de los demás rocines.

Pocos días después de este atentado
fue un poste del telégrafo arrancado,
y aunque del hecho redactóse un acta,
¿para qué se redacta,
cuando está comprobado
que no son travesuras de bromistas,
sino que se odia a los telegrafistas?

Si esto se duda, un hecho lo acredita:
al primer telegráfico operario
que llegó a ese lugar extraordinario,
al paso le salió una señorita
que, revólver en mano,
expulsó al asombrado ciudadano.

Tales hechos denúnciame Mujica,
mas lo que no se explica,
ni yo tampoco a comprenderlo llego,
es por qué les repugna el «ti-ca-ri-ca»
a las gentes que viven en San Diego
de Cabrutica...

CONSEJO

Señor Duque de Rocanegras¹,
 Excelentísimo señor,
 ¿qué te ha pasado, que la gente
 no te concede ya atención?

¹ Nota del compilador: Duque de Rocanegras y Príncipe de Aus-trasia fueron los pomposos títulos con que se hizo largamente famoso en la Caracas de los veinte la figura funambulesca y fascinante de Vito Modesto Franklin. Nacido en La Guaira, donde en su juventud había sido caletero y luego jugador afortunado, en los mejores tiempos de Víctor Manuel y de Alfonso XIII viajó por Italia y por España; y del roce con algunos figurones de aquellas cortes volvió contagiado de una pertinaz manía nobiliaria que lo acompañó por el resto de sus días. Ayudado por su prestancia física y sus maneras espontáneamente reverenciosas, como fundamento decorativo de su ducado de fábula adoptó el exotismo y extravagancia de un modo de vestir significado por su vistosidad y extraña belleza. Esplendían en el elemento de contraste que le prestaba la sencilla ciudad, sus coloridas combinaciones de casaquines ceñidos y calzones casi siempre ajustados a la rodilla, sus camisas mosqueteras de amplio cuello y bocamanga de encajes, sus corbatas de caudalosos moarés a lo Oscar Wilde y sus zapatos de tacón francés con abundante lazo. Sumados estos dispendios sartoriales a sus altos bastones con empuñadura de plata o de marfil, a sus lentes cintados que a veces sustituía por un monóculo y a sus refulgentes sombreros de copa, que prefería en los mismos colores claros de los guantes, hacía en la ciudad una figura absolutamente fantástica, especie de Ángel de lo Raro, traducido al lujo, cuyas apariciones deslumbrantes se comparaban a las del Conde de Montecristo en sus mágicas transfiguraciones. Sin extremar todavía la espectacularidad de sus modas, su dandismo era ya popular en la Caracas de 1922, año en que se formó para los carnavales una comparsa de caballeros que lo imitaban exactamente, y a la cabeza de los cuales fue él mismo paseado en triunfo por las calles de la ciudad. A esa primera comprobación de su prestigio siguieron casi diez años en que el Duque y su

Ni tus trajes ultraelegantes
por su corte y por su color,
que con pañuelos y corbatas
forman feliz combinación;

ni tus armoniosos andares
con balanceo de foxtrot,
ni tu *línea* más renombrada
que la del Havre a Nueva York;

estrambótico ropero, su preocupación pintoresca por la conservación de la «línea» y su legendario ducado, se sostuvieron como el alimento más constante de la fantasía criolla. Impenetrable a las burlas de la prensa —las que más bien contribuían a halagar su desmesurado exhibicionismo—, con tolerancia casi cómplice permitió que, complementando la leyenda de su ducado, le forjaran los periódicos la de un quijotesco idilio a distancia con cierta princesa lejanísima y cautiva, para cuyo nombre escogieron el de un conocido medicamento antirreumático; la princesa le escribía al Duque reiteradas declaraciones de amor desde su fabuloso castillo de Metz, y se llamaba Piperazine de Midyi. No menos apasionadas eran las respuestas del Duque. Vivificada por su imaginación e idealizada por su fantasía, logró para su irreal princesa la corporeidad poética de una nueva Dulcinea.

Para rodearse de la atmósfera de pura ilusión de que su estampa parecía desprendida, el Duque de Rocanegras se compró el viejo Teatro Olimpia, donde en noches de gala que a veces adoptaban el fausto y refinamiento artístico de los *festauoli* renacentistas, comparecía en un palco festoneado de rosas, realizada su rutilante figura por la gentil coreografía que le prestaba su numeroso séquito de gonfaloneros, caballeros y pajes. Las temporadas de bailarinas o coupletistas famosas como Carmen Flores, La Lusitana, Amalia Molina, epilogaban siempre en el Olimpia con parodias de bacanales paganas, que el Duque presidía ataviado con una especie de clámide, desnuda gran parte de su hermoso cuerpo y la frente coronada de flores. En una de las apoteosis que sus amigos le organizaron para aclamarlo El Hombre de Líneas Más Perfectas, se le

ni tus pergaminos flamantes
 ni tu principesco bastón:
 nada es bastante a que Caracas
 vuelva a otorgarte su favor.

Y aunque tu gran melancolía
 encubres con polvos de arroz,
 yo sé, buen Duque, tu tristeza
 porque el público te olvidó.

hizo yacer en un lecho florido para que las damas libaran champagne en el cuenco de su ombligo. Para demostrar la superior calidad de su tipo de belleza sobre la del actor cinematográfico Rodolfo Valentino, en 1924 posó semidesnudo para la fotografía de Manrique, e hizo exponer una lujosa ampliación del retrato en la vitrina de La Bota de Oro, entonces la zapatería más elegante y céntrica de Caracas. Poco después, los periódicos publicaban una supuesta carta de Valentino declarándose derrotado ante aquel prodigio tropical de viril hermosura; y la multitud asistente a una corrida de toros en el Circo Metropolitano se ponía de pie para ovacionar al triunfante Duque en su llegada a uno de los tendidos. Jugaba con la frivolidad de los caraqueños, y estos a su vez se habían acostumbrado a tener en él el más encantador de sus juguetes. Contagiado por la pasión de la técnica, que desde 1927 despertaba estimulada por el vuelo de Lindbergh y principalmente por la aparición de la radiofonía, el Duque se dedicó a «protector de inventores venezolanos». En el Garage Venezuela asistía el 6 de diciembre de 1930 a la prueba de un aparato de aire comprimido cuya invención protegía, cuando este hizo explosión ocasionándole la pérdida de una pierna. Derribada así irremediamente su elegancia y con ella el resorte mágico de su popularidad, su figura fue como esfumándose en el olvido. Y cuando algunos periódicos volvieron a ocuparse de él, ya no fue sino para anunciar su muerte, ocurrida el 17 de julio de 1938. De Vitoco, deformación cariñosa de su nombre Vito, se originó el *vitoquismo*, sinónimo venezolano de narcisismo y presunción.

Y quiero darte este consejo:
debes hacer un *tour de force*:
desechar trajes y corbatas,
guantes, pañuelos y bastón;

vístete como los burgueses
o, si te es posible, peor;
lleva sin puños la camisa,
con rodilleras el pantalón.

No blasones de tu ducado,
que grandes duques andan hoy
en los teatros de coristas
o de choferes en los Fords.

Y cuando el público te vea
sin petroniana ostentación,
te admirará mucho más que antes:
con Oscar Wilde así pasó.

Ensayá, pues, el nuevo método
que aquí te preconizo yo,
y verás que no te engañaba
este tu humilde amigo,

Job



El Duque de Rocanegras en 1924.



Fotografía del Duque de Rocanegras exhibida en la vitrina de la zapatería La Bota de Oro.

A S. E. EL DUQUE DE ROCANEGRAS

(Con motivo del justo homenaje que le tributa
la egregia revista Sangre y Arena)

Sangre y Arena canta tu gloria, ¡oh magno Duque!
Y en Londres como en Jauja, y aquí como en Escuque,
y en Cagua como en Estambul,
ya verán los malsines —los que dudar pudieron—
si entre todos los duque que por el mundo fueron
tienes la hemoglobina azul.

No sangre azul: es frase resobada y rastrera.
Sangre azul es la sangre de un príncipe cualquiera,
de cualquier Habsburgo o Borbón.
De azul hemoglobina tu blasón está lleno,
como el del Condestable de Bon, tan noble y bueno
¡que le llamaron «le Bon-Bon»!

Sangre y Arena canta tu gloria sin mancilla;
y aunque ahíto de elogios nada te maravilla,
gustas esa ofrenda sin par.
A tu estatua futura, que ha de alzarse serena,
pedestal amasémosle; mas con sangre y arena
¡y no con cemento vulgar!

¡Bienhaya la princesa de la Piperacina
que analizando al punto tu azul hemoglobina
se vuelve a ti como al Rey Sol!
¡Qué pareja más digna de terápica empresa:
es la Piperacina de Midy la princesa,
tú la Hemoglobina Grimault!

Grimault —tú bien lo sabes— fue el perilustre químico
que tras analizarlo le dio su patronímico
a la hemoglobina triunfal,
que azul como los ojos de las rubias sirenas,
azul como el Danubio, discurre por las venas
de todo príncipe real.

Real (y medio y cuartillo), como tú, magno Duque,
glorioso aquí y en Londres y en Jauja y en Escuque
y en Cagua como en Estambul.
De hoy más te llamamos, por tus líneas de Aspasia,
Duque de Rocanegras y Príncipe de Austrasia
¡y de la Hemoglobina Azul!

Aristóteles Negrón
Fantoches, 1 de julio de 1924



EL PONTIFICE DEL VITOQUISMO

ROCA-NEGRAS

Antes del nombre ponemos una ¡ y una ? Figura popularísima a pesar de sus estrafalarios y pomposos títulos, Príncipe de Austracia y Duque de Roca-Negras, cuyos orígenes fantásticos se encontraron y comprobaron en los ya incinerados Archivos nobiliarios de la Insula Barataria. En el Reino de Pigmolandia, el Petronio barloventeo Excmo. Sr. Don Vito Modesto Franklin, vive a gusto, con *lujoso vestuario* y modesta manducatoria. El Sr. Duque de Roca-Negras ha viajado, en frenesí romántico-erótico, al Viejo Mundo, buscando entrevistarse (no *enclinarse*) con su prometida la Princesa de la Piperazina Midy. En Londres y en París (de Francia) fue pasmo y asombro en plazas, teatros y bulevares por su elegancia exclusiva, *made Trópico-Catia*. Los periodistas le pidieron opinión sobre las excelencias del café, el cacao, el añil y la cebadilla en la desenvoltura armoniosa de la línea. Los modistos internacionales le rindieron incondicional homenaje. Entre los copiosos merecimientos del Sr. de Roca-Negras descuella el ser precursor y fundador público de algo muy venezolano, que existía sin denominación oficial mucho antes de él: *el vitoquismo*, epidemia nacional. A nosotros, bien lo sabemos, se nos imputa el pecado de haber "vitoqueado" a mucha gente... Nuestra memoria es asaz frágil y no aceptamos la calumnia. D. Vito M. Franklin, pintoresco e impávido, es persona inofensiva, accesible y discreta. La admiración de los unos y la envidia de los otros no lo perturba. Nadie sabe la causa por la cual no usa, ni en público ni en privado, su prestigioso y verídico título de Varón Casto de las Vestales.

¡D. G. M. A. al Petronio indígena!

(Caricatura de Sejourné)

Página dedicada al Duque por la revista Elite en 1930.

JUAN JOSÉ CHURIÓN

(*El Bachiller Munguía*)

Desde los años en que casi adolescente empezó a escribir para *El Cojo Ilustrado*, hasta 1940, acumuló Juan José Churión una obra variadísima y de asombrosa abundancia que abarca los intereses más diversos. Se podrían llenar varios tomos, por ejemplo, solo con los versos festivos que escribió diariamente para *La Esfera*, desde la fundación de este diario en 1929, hasta los días mismos del fallecimiento del escritor. Pero sus versos, como la mayoría de sus crónicas, nunca demasiado ricos en calidad literaria, murieron inexorablemente con la actualidad de los temas en que se originaron. En Caracas, donde había nacido en 1876, murió Juan José Churión en 1940. Además de redactor fijo de *La Esfera*, fue simultáneamente colaborador de *El Nuevo Diario*, *El Universal*, *El Sol*, *El Herald*o, *Billiken*, *Fantoches* y *Élite*.



«El Bachiller Munguía», caricatura de Miguel Carabaño
(«Máscara»), 1913.

INVENTORES VENEZOLANOS

Un pobre enfermo de Catia
que está más loco que un gato,
me ha remitido una lista
de inventos de mis paisanos,
que nadie podrá negar
ingenio al venezolano.

En esa lista nos dice
el ingenuo enajenado:
«Fue el inventor de los leones
el doctor Leónidas Blanco;
hizo las luces, Lucena,
y las camas, Camacaro,
aunque le ayudaron mucho
Camargo y el gran Camacho;
don Carlos Bullo, la bulla,
y las pizarras, Pizarro.

Fides inventó el fideo,
las caretas, Carabaño;
don Pedro Ignacio Romero
inventó el ron o el amargo,
aunque luego Hernández Ron
dijo también inventarlo.

Hizo la primera escoba
Escobar Vargas, Octavio;
De Sola inventó los solos
y también los solitarios;

el doctor Cuello, el pescuezo,
y Luis Bigott, los mostachos.

El señor don Luis Corrales,
como llanero del Guárico,
fue inventor de corralejas
y corrales de ganado;
por Natividad Capote
tiene capa hasta el tabaco;
y don Eduardo Carreño
fue el que tiró el primer carro,
y escribió la *Urbanidad*
en unión de Luis Urbana
Boulton fabricó los bultos,
y así las botas, Bottaro;
Vancina hizo la bencina
y con Benzo, el benzoato,
y el pimentón Pimentel
y los boliches Bolaño.

Gorrín inventó la gorra
con Valdivieso Montaña,
y con Valdivia que gusta
leer de balde los diarios;
Grillet inventó los grillos,
las fajas, un tal Fajardo;
Bravo inventó la bravura,
Mancera inventó los mansos
y Marín fue el inventor
de un juego muy celebrado
al que dicen «Tin, Marín...»,
que es un juego de muchachos.

Fue inventor de La Rotunda
—un invento de los diablos—
un tal Rotundo Mendoza,
que es un notable abogado;
y por último, los locos
fue invención de don Leocadio
Guzmán, el viejo tribuno
que fundó *El Venezolano*».

Esto me escribe de Catia
uno que está enajenado,
y yo a ustedes lo transmito
sin hacer más comentarios.

YO SOY UN PAJARILLO

Una niña simpática recitaba una noche
unos versos muy bellos del poeta Lovera,
en que haciendo de gracia y de voz un derroche
en los versos de Emilio ponía el alma entera.

Se trata de un soneto, un soneto sencillo,
que salió hace ya meses en *El Universal*
y en el que dice el bardo: «Yo soy un pajarillo...
Yo soy un pajarillo cansado de volar...».

«Yo soy un pajarillo que te trae de lejos
volando por el aire en el pico una flor;
yo soy un pajarillo...». Y los amables dejos
de la niña, empezaban a causar escozor...

La niña repetía la bella *canzoneta*:
«Yo soy un pajarillo», con pausado compás,
hasta que fastidiado de aquella cantaleta,
gritó un oyente: «Bueno, yo soy una escopeta,
y o me voy del seguro ¡o nos dejas en paz!».

CARACAS ESTRUENDÓPOLIS
(*Oyendo el shimmy*)

¡Oh, mis tiempos de mozo independiente
en que pude dormir tranquilamente,
y disfrutar la paz mi sueño pudo
de aquel tiempo antañón y romanudo!

Solo de cuando en cuando algún pianito,
pianito de manubrio, ¡pobrecito!,
venía a interrumpir el sueño blando
con su tierno gruñir de contrabando;
o el chico que pasaba con su grito
de ¡Arepita, arepita!...

Mas hoy ahíto estoy de barcarolas
que se traen victrolas y pianolas;
las cuerdas de mi voz están afónicas
de echarles bollos a las ortofónicas,
y a la radio y a tanto parapeto
¡que me tienen idiota por completo!

¿Y de día...? ¡Señores!, pues de día
no me deja escribir la lotería,

pues gritan como diablos los loteros,
el turco, el de los pollos, los hueveros;
y luego es el roncar de los camiones
con sus aspavientosos saxofones,
o los chicos que gritan en los buses
¡y en el tímpano estallan como obuses!...

Prefiero, sí, señores, lo prefiero,
el antiguo pianito callejero.
¡Oh pianito de ayer, bendito seas
con tus sonatas y tus melopeas!

¡Dios de los sordos!, por el bien del arte
envía la actual música a otra parte;
pues para serenatas, sin cuestión,
basta José Isabel: *Roi du Cannon*².

² José Isabel. Célebre músico ambulante de Caracas, gran tocador de arpa, llamado popularmente El Rey del Cañon. Acompañado de un maraquero y de un cuatrista, se ganaba la vida tocando en los zaguanes (Nota del compilador).

RAFAEL GUINAND

Actor y sobresaliente escritor de sainetes y diálogos cómicos, periodista y poeta festivo, como creador de personajes populares de Caracas y su mejor intérprete en la escena, ninguna figura de nuestro teatro o de nuestra literatura humorística, fuera de «Leo», ha gozado de tan sostenido prestigio como el que rodeó a Rafael Guinand en casi cuarenta años de actividad infatigable. Sus obras de teatro costumbrista, dirigidas y protagonizadas por él mismo en inolvidables temporadas; sus ruidosas parodias de Don Juan Tenorio; sus grabaciones gramofónicas —en muchas de las cuales colaboró con Edgar Anzola— y sus memorables programas de radio, enriquecieron el elenco criollista con la estilización de personajes incubados por la moderna picaresca arrabalera de Caracas, como el «bregador», el «cucarachón» o el fámulo afeminado que todavía por los años veinte prestaba sus servicios en pensiones y casas de familia de la clase media. Junto a Pako Betancourt figuró Guinand, en una de las épocas más felices de su producción, entre los redactores de la famosa columna dialogada «Tirabeque y Pelegrín», creada por Max Lores y ampliamente explotada en la década del 20 por el diario capitalino *El Sol*. Después de estrenar con gran éxito en 1913 su primer sainete, *El pobre Pantoja*, Guinand se trasladó con su compañía a Barquisimeto, donde presentó su *Amor que mata*, obra del género chico con música

de Colloca, y precursora de *El rompimiento*, primer clásico del teatro popular venezolano. Otras obras notables de su abundante producción son *El Dotol Nigüün*, en que caricaturizaba la figura de Jesús María Negrín, popularísimo curandero; *Los apuros de un torero*, en cuyo estreno participó el afamado diestro Julio Mendoza; y a continuación *Los bregadores*, *La gente sana*, *En plena calle*, *Los boticarios*, *Un campeón de peso bruto* y la sátira política *Yo también soy candidato*. Rafael Guinand nació en Caracas en 1881 y murió en la misma ciudad en 1957.

EL ROMPIMIENTO

Escena XV

(Catalina, señora como de cuarenta y cinco años, un poco arruinada; lleva andaluza y carriel muy usado; entra y se sienta, escudriñándolo todo con la mirada.)

CATALINA: Guá, y tiene su sala muy arregladita; como que no están tan arruinadas como me han dicho... ¡Ah gente para hablar, mijita! En lo demás que dicen de ellas sí creo que tengan razón, porque esta gente (*por la de la casa*) nunca han sido muy benditas.

RAMONA (*Saliendo por la izquierda*): Buenos días.

CATALINA: Buenos días (*Levantándose*). ¿Como que no me conoces?

RAMONA (*Pausa*): No recuerdo.

CATALINA: Niña, ¿no te acuerdas de Catalina Mijares?

RAMONA (*Abrazándola*): ¡Catalina...! Cómo no, niña...
¡Qué iba a conocerte, si estás muy acabada! (*Se sientan*).

CATALINA: Mijita, los sufrimientos. ¿Y Tomasita? ¿Y Hilario?

RAMONA: Están bien. Tomasita, si la ves no la conoces; está hecha una mujer.

CATALINA: ¿De veras? Me lo supongo.

RAMONA: Y tú, ¿dónde te has pasado todo el tiempo?

CATALINA: Jesús, mijita, danzando; unas veces en Caracas y otras en los alrededores. Hemos vivido en todas partes. Ahora estamos en el Callejón Carmona.

RAMONA: Bueno, y a ti, ¿qué te trae por aquí?, porque esto ha sido un milagro.

CATALINA: Pues, mijita, verte a ti y a los tuyos, lo primero; y lo demás, una simpleza. Se trata de una limosna.

- RAMONA: ¿Una limosna? ¿Para quién?
- CATALINA: Para mí... Es una misa, niña, que he prometido a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, y que se va a decir el viernes en Las Mercedes. El importe he ofrecido recogerlo entre mis amistades.
- RAMONA: ¿Y esa misa es de salud o de qué?
- CATALINA: Ay, mijita, esa misa es por una necesidad muy grande que hay en casa y que está a punto de remediarse.
- RAMONA: Bueno, niña, cómo no.
- CATALINA: Gracias, mijita; no sabes cuánto te lo agradezco.
- RAMONA: ¡Hombre, por Dios, no digas eso!
- CATALINA (*Pausa*): Me vas a regalar un poquito de agua, Ramona, porque tengo una sed tan grande...
- RAMONA: Sí, hombre, cómo no (*Llamando*): ¡Braulio, Braulio!
- BRAULIO (*Saliendo*): ¡señor...!
- RAMONA: Trae un poco de agua.
- BRAULIO: ¿Del vernegal o de la pipa?
- RAMONA: Del vernegal, no seas bruto.
- BRAULIO: Como dice un poco de agua...
- RAMONA: No, señor, un vaso de agua; vaya ligero.
- BRAULIO: Sí señor, en un saltico.
- RAMONA: Vea si aquella agua está hirviendo y cuéleme aquel café.
- BRAULIO: Sí, señor, en un saltico (*Mutis izquierda*).
- CATALINA: Bueno, ¿y dónde está Tomasita? Llámala que quiero verla.
- RAMONA (*Levantándose y llamando por la izquierda*): ¡Tomasita, Tomasita...!
- TOMASITA (*Desde adentro*): ¡Ya voy, tía!
- RAMONA: Ven acá, niña, un momento. Está atendiéndole a Hilario.

CATALINA: ¿Y está enfermo?

RAMONA: Enfermo no; quebrantado (*Indicándole que ha bebido*). Él los lunes se quebranta.

CATALINA: No vengas, niña, con eso.

RAMONA: Ay, esa es mi cruz, Catalina.

TOMASITA (*Saliendo*): ¿Qué es, tía?

RAMONA (*A Tomasa*): ¿Cómo están?

TOMASITA (*A Ramona*): Dormidos están los dos.

RAMONA: Mira, que aquí está una amiga que te quiere conocer.

CATALINA: ¡Niña, si es un mujerón!

TOMASA (*Dándole la mano*): Tomasa Mota, una servidora.

CATALINA: Catalina Mijares, amiga vieja de ustedes. En el Callejón Carmona nos tiene.

TOMASA: ¿Sí?

RAMONA: Sí, niña; ella te vio a ti chiquita.

CATALINA (*Contemplando a Tomasa*): ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo...! ¿De seguro tendrá novio?

RAMONA: Tiene y no tiene, mijita, porque es muy sin fundamento.

CATALINA: Así están hoy todos los hombres; pero hay que tenerles calma y llevarlos con paciencia hasta que entren por el aro.

TOMASITA: Ja, ja, ja, sí es verdad.

CATALINA: Ella se ríe... Esa como que es su táctica.

TOMASITA: Guá, ya lo creo.

CATALINA: Yo sé mucho de eso. ¿No ve que en casa tenemos un caso igual?

RAMONA: ¿Sí?

CATALINA: Sí, niña, la hermana mía, Pilar.

RAMONA: Pero, ¿y ella no enviudó?

CATALINA: Pues por eso quiere volverse a casar; mucho más que quedó con tres muchachos.

TOMASITA: Y que quizás le fue bien en su primer matrimonio.

CATALINA: Bien no le fue, regular... Pero así somos nosotras.

RAMONA: Sí, es verdad.

CATALINA: ¿Y eso de Tomasita es viejo, o son amores que empiezan?

RAMONA: No, niña, más de dos años.

CATALINA: ¿De dos años? Pues ya es tiempo.

RAMONA: Precisamente, hoy lo llamó al orden Hilario y le pidió que fijara un plazo.

CATALINA: ¿Y lo fijó?

RAMONA: Sí, dijo que dentro de dos años se casaba.

CATALINA: Muy bien hecho, así es que se hace.

BRAULIO (*Entrando con una taza de café*): Aquí está el café, señora Ramona; no tiene ni pizca de dulce.

RAMONA: Así es que se necesita, pero yo no se lo mandé a traer para acá.

BRAULIO (*Con risa de idiota*): Bueno, pero yo lo traje, ¿no ve que yo sé para lo que es?

RAMONA: Llévaselo tú, Tomasa. Y usted vigíleme aquello.

BRAULIO: Sí, señor, en un saltico (*Mutis izquierda*).

TOMASITA: Con permiso (*Mutis izquierda*).

CATALINA: Sí, mijita, que le asiente.

RAMONA: ¿De manera que Pilar vuelve a casarse?

CATALINA: Dios mediante, creo que sí; porque yo no ando jugando. Él es un mozo muy bueno, pero nunca decide nada.

RAMONA: ¿Y tú le hiciste hablar?

CATALINA: Ya lo creo: le dije que ya era tiempo, que llevaba año y medio de amores, y por lo mismo que Pilar era una mujer ya viuda, pues se prestaba más a las murmuraciones.

RAMONA: Así es.

CATALINA: Me dijo que dentro de poco se casaba, que a más tardaría seis meses, que ya él todo lo tenía: cama, sillas, escaparate y hasta sus corotos de cocina.

RAMONA: Pobrecito.

CATALINA: Eso sí, muy amoroso y muy lleno de ilusiones; por eso creo que se casa. Y ya que se llegó el caso, te voy a decir. Esta es la necesidad tan grande que hay en casa, y por la que he ofrecido la misa a la Virgen del Perpetuo Socorro, por que se case Pilar, mijita; porque ya las calumnias y murmuraciones han llegado a un extremo que no es posible. ¡Ay, Ramona, si yo te contara a ti los horrores que nos han acumulado con los dichosos amores de Pilar!

RAMONA: Me lo supongo, mijita.

CATALINA: Suponte que han llegado hasta a decir que Pilar... (*Le habla al oído*).

RAMONA (*Con asombro*): ¡Jesucristo!

CATALINA (*Llorando*): Dime tú, Ramona, decir eso de nosotras, que habremos tenido de todo, pero hemos sido honradas; lo que es la familia Mijares, muy pobres, pero muy dignas.

RAMONA (*Viendo a Tomasita que sale*): ¿Se tomó el café?

TOMASITA: No lo quiso. Yo se lo dejé en la mesa.

RAMONA: ¿Y cómo están?

TOMASITA: Jesús, vueltos mantequilla.

CATALINA: Qué cosa esa de Hilario, ¿tú no le has hecho remedio?

RAMONA: Jesús, hija, a ese le he hecho cuanto hay.

CATALINA: Dale huevos de aguaitacamino.

RAMONA: Se los he dado, mijita: fritos, duros, en tortilla...

Ese no tiene remedio. Si él mismo lo dice: que él dejará de beber el día que lo lleven a enterrar, y que si acaso es en tarima, todavía tiene esperanza.

CATALINA: ¡Qué desgracia! Eso mismo decía el marido de Pilar.

TOMASITA: ¿Bebía mucho?

CATALINA: Ya lo creo, no veía el sol; y el aguardiente lo mató. Murió de cirrosis hepática, una enfermedad que dicen que pone el hígado como una parapara.

RAMONA: ¡Pobrecito...! Y el novio que tiene ahora, ¿no toma?

CATALINA: Yo no lo he visto mareado, pero tomará sus copas, porque eso está muy generalizado. Ya no hay quien no beba, niña. Lo que sí sé yo es que es un poco enamorado. Precisamente en esta cuadra, o en la otra, le dijeron a Pilar que tenía unos amores.

TOMASITA: ¿En esta cuadra?

CATALINA: Sí, en esta o en la otra; alguna pobre muchacha que estará perdiendo el tiempo porque, mijita, está loco por Pilar.

RAMONA: En esta quizás no sea, porque por aquí son muy contadas las casas donde reciben visitas. ¿No ve que hay pocas muchachas? Creo que son tres las casas, ¿no, Tomasita?

TOMASITA: Creo que sí. ¿Para ver? (*Acercándose*): Las Flores, las González y aquí. Sí, tres son; y los novios: Borraja, el turco y Esparragosa.

CATALINA (*Con extrañeza*): ¿Esparragosa? ¿Qué Esparragosa?

TOMASITA: Guá, Narciso Esparragosa, mi novio.

CATALINA (*Con asombro*): ¿Narciso Esparragosa? No, niña, no puede ser.

TOMASITA: ¿Que no puede ser? ¿Por qué?

CATALINA: Si Narciso Esparragosa es el novio de mi hermana.

RAMONA: No, hija, ese será otro.

CATALINA: ¿Cómo otro? No, Narciso Esparragosa, de los Esparragosa de El Sombrero. Un mozo alto, no mal parecido.

TOMASITA: ¡Ay, tía, lo que sospecho!

RAMONA: Pero, ¿será posible, Dios mío? ¿Ese hombre será capaz...?

TOMASITA: Ya lo vamos a saber.

CATALINA: ¿Cómo?

TOMASITA (*Fuera de sí*): Llamándolo.

CATALINA (*Con asombro*): ¿Y está aquí?

TOMASITA: Sí, pero déjenme sola con él. Quiero verle la intención; usted y mi tía ocúltense en ese cuarto (*Indicándoles a la izquierda*).

RAMONA: Pero niña, si no se sabe si es él...

TOMASITA: Sí, él es; me lo dice el corazón.

CATALINA (*Haciendo mutis izquierda*): ¡Ay, Dios mío, qué golpe para Pilar!

RAMONA (*Haciendo mutis izquierda*): ¡Señor, esto es fin de mundo!

TOMASITA (*Llamando hacia la izquierda*): ¡Esparragosa, Esparragosa!

ESPARRAGOSA (*Desde dentro*): Voy, mijita.

TOMASITA: Hágame el favor un momento (*Viniendo hacia la mesa*). ¡Qué bandido! (*Se pasa la mano por la frente*) ¡Ay, a mí como que me va a dar algo! (*Se sienta, apoya*

los codos en la mesa y llora con la cara entre las manos) Dios mío, quiera usted a un hombre, para esto.

ESPARRAGOSA (*Saliendo*): ¿Qué hay? ¿Qué quieres, Tomasita?

CATALINA (*Aparte, desde la puerta*): ¡Él es, Dios mío!

ESPARRAGOSA: ¿Como que te duele la cabeza?

TOMASITA: Sí.

ESPARRAGOSA: Eso fue el poquito de ron.

TOMASITA (*Levantando la cabeza con dignidad*): Es probable.

ESPARRAGOSA (*Reparando que ha llorado*): ¿Qué tienes tú?

¿Por qué lloras?

TOMASITA (*Disimulando*): No, es el humo; que me metí en la cocina y el humo me hizo llorar. Siéntese.

ESPARRAGOSA (*Sentándose. Aparte*): Juhm, aquí como que hay gato enmochilado.

TOMASITA (*Pausa. Mirándolo fijamente*): Dígame una cosa: ¿desde cuándo no va usted por el Callejón Carmona?

ESPARRAGOSA (*Disimulando*): ¿Yo? ¿Hablas conmigo?

TOMASITA: No sé con quién voy a hablar.

ESPARRAGOSA: Pues hablándote con franqueza, no sé dónde me queda. Sé que eso es una especie de barranco entre Las Tinajitas y La Pastora, pero nunca voy por ahí.

TOMASITA: ¿De veras?

ESPARRAGOSA: Sí, con franqueza.

TOMASITA: Sí, yo sé que usted es muy franco.

ESPARRAGOSA: Hombre, contigo lo he sido.

TOMASITA: Sí, cómo no (*Pausa*). Y ahora dígame otra cosa: ¿qué le gustaría a usted más para casarse, una soltera o una viuda?

ESPARRAGOSA (*Escamado*): ¿Y a qué viene esa pregunta?

TOMASITA: No haga caso a lo que viene y conteste.

ESPARRAGOSA: Pues... La viuda si está fondeada, me agrada; pero si no, la soltera. Además, esto no es más

que un decir, porque tú debes estar convencida de que para mí en el mundo no existes más que tú.

TOMASITA (*Con sorna*): Cómo no, convencidísima...

ESPARRAGOSA: No, no lo digas así; yo creo que te lo he probado.

TOMASITA: Sí, cómo no; muchas veces. Si yo estoy muy satisfecha (*Pausa*). Y dígame: ¿desde cuándo no ve usted a Pilar Mijares?

ESPARRAGOSA (*Cínicamente*): ¿Pilar Mijares? No conozco a esa señora.

CATALINA (*Aparte, que ha estado oyendo*): ¡Esto no lo aguanto yo!

TOMASITA: Esparragosa, no lo creí a usted tan cínico (*Llora abatida*).

ESPARRAGOSA: ¿Cínico? ¿Por qué, Tomasa?

CATALINA (*Saliendo*): ¿Conque no conoce usted a Pilar Mijares, so bandido?

ESPARRAGOSA: ¡Se hundió Coro, La Vela y parte de Paraguaná!

RAMONA (*Saliendo*): ¡Qué bandido va a ser eso; los bandidos son personas delante de ese condenado!

ESPARRAGOSA (*Aparte*): ¡Qué aguacero de improperios!

RAMONA: ¡Esparragosa, usted es un sinvergüenza!

ESPARRAGOSA (*Aparte*): Audacia (*A ellas*): Señoras, no sé por qué se permiten ustedes ese lenguaje conmigo.

CATALINA (*Amenazándolo*): Usted es un bicho, un cualquiera; pero, ¿qué pretendía usted, desgraciado, enamorando a mi hermana y a esta niña? ¿Se iba a casar con las dos?

ESPARRAGOSA: Hombre, a mí me gustaría, pero sé que no me dejan.

RAMONA (*Fuera de sí*): Usted se burla, caray, porque somos tres mujeres (*Yéndosele a las barbas*). ¡Grosero, fresco,

atrevido, mal hombre, barriga verde! (*En este momento aparece Braulio a la puerta*).

CATALINA: Mírenle el arte: canalla (*Se sienta*). ¡Ay, cuando Pilar lo sepa!

ESPARRAGOSA: Pero, ¡un momento, señoras!

TOMASITA: Ya basta, tía, ya basta; deja a ese hombre que se vaya. Ese no es más que un andrajito. Usted no es hombre, usted es otra cosa.

ESPARRAGOSA: ¡Pero qué cosas tienes, niña!

RAMONA: Salga ahora mismo de aquí, desocúpeme mi casa o llamo a Hilario para que lo eche a empujones para la calle (*Llamando*). ¡Hilario, Hilario!

HILARIO (*Saliendo*): ¿Qué es esto, qué pasa aquí?

RAMONA: Que este bandido engañaba a Tomasita.

HILARIO: Pero, ¿cómo la engañaba?

RAMONA: Con una hermana de la pobre Catalina, a quien había dado palabra, como aquí, de matrimonio.

HILARIO: Es posible, Esparragosa, ¿conque asando dos conejos?

BRAULIO (*Acercándose*): Dos conejos no; son tres. Ahora lo estoy conociendo: ese es el novio de mi hermana.

HILARIO: ¿De tu hermana? ¿Quién es esa?

BRAULIO: Una que está de sirvienta casa de las Morgallette.

ESPARRAGOSA: Deslices, maestro, deslices.

TOMASITA: ¡Qué le parece, Dios mío!

CATALINA: ¡Qué canalla!

RAMONA: ¡Qué sinvergüenza!

HILARIO: ¿Conque deslices? ¡Pues deslícese ahora mismo para la calle.

ESPARRAGOSA: ¡Pero, escúcheme, maestro!

HILARIO: ¡No me diga una palabra!

ESPARRAGOSA (*A Catalina*): Yo pensé romper aquí y después casarme allá.

HILARIO: ¡Conque romper aquí, so canalla! ¡Apártese de mi vista! ¡Usted no tiene familia! ¡Malhaya sea hasta su estampa!

ESPARRAGOSA (*Desde el foro*): Bien, maestro, muchas gracias (*Aparte*). ¡Te salvaste, Esparragosa! (*Mutis derecha*).

HILARIO: ¡Qué hombrecito tan terrible! Si me horroriza pensar que echamos un sueño juntos. Pero él no tiene la culpa; las culpables de todo son ustedes.

RAMONA: ¿Nosotras? La culpa es tuya, por tu maldito aguardiente, que no hay respeto en la casa.

HILARIO: También te cabe derecho: no bebo más. Pero ustedes háganme la caridad de no volver al maldito cinematógrafo. (*Al público*):

Todo lo que aquí ha pasado
que casi fue una tragedia
está al fin solucionado;
falta si les ha gustado,
pues lo que gusta se premia
con un aplauso cerrado
al final de la comedia.

FIN DEL SAINETE

DISCURSO DEL DOTOL NIGÜÍN

VOCES: ¡Que hable, que hable, que hable, que hable Nigüín!
¡Que hable!

NIGÜÍN: Señores, la Midicina es una gran confabulación narvática que no puede vituperarse por el simple achataamiento de las ideas. El cuelpo del hombre es numismático, y la Midicina nos prueba que sería una quirupéltica duodal pretender que el hombre fuera un mozambique.

VOCES: ¡Bueno, bueno, bueno! ¡Bueno, carrizo!

NIGÜÍN: Los honorables colegas aquí presentes se oponen a que el cardomomo de mis ideas llegue hasta ustedes, realizando de ese modo una vacuidad anodina que indudablemente tiene que producir un chinchonal.

VOCES: ¡Bueno, bueno! ¡Bueno, Nigüín!

NIGÜÍN: No es con monosílabos escuálidos con lo que se alcanza la maceración senil; no, señores. Es con pernambúquicos azares y con masteletes palúrdicos con los que la Midicina puede alcanzar un grado pantagruélico y formólico.

VOCES: ¡Bueno! ¡Bueno, bueno!...

NIGÜÍN: Si nos remontamos a la edad panálgica encontramos inmediatamente el enchorizamiento de las ideas. ¿Y por qué? Porque el patagrismo huye cuando se centralizan las orquídeas en las oriflamas celestes.

VOCES: ¡Bueno!, ¡bueno!, ¡bueno!... ¡Que hable, acuña, que hable Nigüín! ¡Métele!

NIGÜÍN: La ciencia médica, señores, nace gerúndica; los bolondrones del pecado la narvatizan. Pero ahí está el Hombre, cerecere angular de todos los tiempos, para sacarla a flote con su fragmatismo cerebral, su obturismo moderno y su caducidad tetánica...

UNA VOZ FEMENINA: ¡Acuña, Nigüín, acuña!

NIGÜÍN: ¡Toy acuñando, hija, toy acuñando! ¡... Y la saca, señores, sí! Y la saca de su oscurantismo hidráulico para hacerla brillar amórfica, etiópica y dinámica en la serenidad pasmosa del cenobismo renal.

LA MISMA VOZ: ¡Métele, métele, Nigüín! ¡Métele!

NIGÜÍN: ¡Le estoy metiendo, hija, le estoy metiendo! ... ¿Cómo, pues, permitir que se mascullen los atavismos balúndricos, caray? ¡No, no y mil veces no! Debemos paniaguarnos sobre las cabañuelas del pasado; influir en las cavilaciones tiroideas; no dejar que del narvatismo mesentérico se adueñe el chupanismo científico, porque eso sería descender a las profundidades caóticas de un carburismo sensual Así, pues, señores, unámonos todos en este gran desrengamiento cletónico; pacuchemos las grandes chamagüinas del pasado; no permitamos el barrigonismo científico; alcémonos como un solo hombre contra las pejiñeras cunénicas; demos la espalda a las traumatizaciones del dolor y así, de tumbo en tumbo, pero con paso firme y político, habremos llevado la ciencia a una altura verrúgica, y todos ganaremos porque con nuestros conocimientos pleuróticos habremos espantado para siempre el chapapote de las violencias y el zorrocloco de las enfermedades.

VOCES: ¡Bueno, bueno, así es que se habla!

NIGÜÍN: Para terminar, señores, yo calculo...

LA VOZ DE MUJER, APREMIANTE: ¡Nigüín, Nigüín, este cálculo que acaba de echar don Crispulo...!

NIGÜÍN: Ved, señores, antes de calcular viene un cálculo en mi apoyo. Este cálculo biliar extraído del hígado de un paciente.

VOZ DE UN DOCTOR: ¡Falso, falso!

NIGÜÍN: ¡No, señores, es auténtico, caray! Esto los convencerá, señores, de que la Medicina es puro cálculo, más o menos aproximado, porque las quirupérticas del tiempo y las caparazones de la distancia se resisten a creer que pueda haber exactitud macaliéndrica mientras los gurruparchos del organismo alberguen obstáculos de esa naturaleza. He dicho.

PERUCHO LONGA

PERUCHO: ¡Mira!, ¡mira, piazó'e fresco! Sí, tú, tú... Tás muy viejo pa la gracia, ¿sabes? ¡Caray, que entre estos caraqueños es que hay hombres sinvergüenzas! Y el viejo este que hasta nietos tendrá ya, poniéndome sobrenombres. ¡Pero el peñonazo que le zumbé, si lo cojo lo estapono!... (*Transición*) ¡Guá, Gregoria, dame un abrazo, muchacha! ¡Qué gorda estás!

GREGORIA: ¡Ay, Perucho, condena! ¡Cuándo viniste, mi negro?

PERUCHO: Me faltan dos días para un mes. ¡Ay, pero me ha pesao, mijita!

GREGORIA: ¡Adiós, peroles!, ¿y por qué?

PERUCHO: Porque yo no me hallo aquí en Caracas. La gente no me hace sangre.

GREGORIA: ¡Guá, niño!, ¿y eso por qué?

PERUCHO: ¡Qué sé yo, chica! Pero me parecen falsos, chismosos y embusteros.

GREGORIA: ¡No hombre, no digas eso que aquí hay mucha gente buena!

PERUCHO: Uhm, será para ti, mijita, que has encontrado tu acomodo. Yo, desde que llegué a esta maldita Caracas vivo como un querre-querre.

GREGORIA: ¿Y por qué? Estarás enfermo. Yo te veo muy barrigón.

PERUCHO: ¡No, niña, qué enfermo voy a estar yo! Que yo soy un hombre serio, Gregoria, y aquí todo es una chercha, una mamadera de gallo.

GREGORIA: ¿Y qué, se han metido contigo?

PERUCHO: ¡Jesús, chica, cada ratico! Y no solo de palabra. Suponte que los muchachos se han atrevido en la calle a tocarme... hasta el sombrero.

GREGORIA: ¿Y quién va a hacerle caso a muchacho?

PERUCHO: ¡Adiós, si la gente grande está lo mismo! Mira: la otra tarde fui y saludé a un señor de respeto en la esquina de Los Isleños, y no me contestó; pero apenas había andado yo como un cuarto de cuadra, chica, cuando va y me pega ese leco, que ique: «¡Adiós, cabeza'e ñaure!».

GREGORIA: ¡Ja, ja, ja, ja! Eso sería por cariño.

PERUCHO: ¿Cariño? ¿De cuándo a dónde?

GREGORIA: ¡Quién sabe! Será algún señor que te conoce de atrás. Es decir, desde hace tiempo.

PERUCHO: ¡Uhm, barajo! Tú me conoces y sabes que amigos tengo muy pocos.

GREGORIA: ¡Bueno, y qué!: ¿no te has concertao?

PERUCHO: ¡Cómo no!, casi al llegar me concerté; me concerté en casa de las Morgallette. Pero me fui a los tres días.

GREGORIA: ¿Y por qué, ah?

PERUCHO: Porque no me gustó el modo de ser de aquella gente, mijita: la casa una guachafita; a la vieja le faltaba

tiempo para estarse viendo al espejo pintándose las ojeras y echándose colorete; las muchachas muy zafadas, viviendo siempre en la calle; por la mañana en las tiendas, de tarde en las vespertinas y de noche con los novios. Y el viejo, ¡ay, mijita!, un señor llamado don Plácido, que me resultó un marrajo.

GREGORIA: ¿De veras?

PERUCHO: Como lo oyes, Gregoria. Además, que uno se contrata, chica, para una sola cosa, y después quieren que lo haga todo.

GREGORIA: Así es verdad.

PERUCHO: Guá, un día me dijo don Plácido que le diera una fricción.

GREGORIA: ¿Y se la diste?

PERUCHO: No, niña, si era una fricción en la cabeza, para la caspa, y que después lo peinara.

GREGORIA: ¿Y se la diste, ah?

PERUCHO: ¡No hombre, te digo que no! ¡Qué voy a darle yo fricción! Le formé un seis por ocho. Le dije que era muy fresco, que habilidad debía tener para decirles a las hijas que no se pusieran esos descotes tan bajos, que iban siempre por la calle emborrachando a los hombres.

GREGORIA: ¡Muy bien hecho!

PERUCHO: ¡Mijita!... Me citó a la Jefatura.

GREGORIA: ¿Y qué te hicieron, ah?

PERUCHO: A mí nada; me preguntaron de dónde era; les dije de Villa de Cura. Después me preguntaron mi nombre, y al decirles Pedro Longa, la gran mamadera de gallo.

GREGORIA: ¡Guá!, ¿y por qué?

PERUCHO: Porque dijeron, chica, que y que Longa y que no era apellido, sino una abreviatura de longaniza.

GREGORIA: Ja, ja, ja, ja, ja, ja...

CANTO AL MAPURITE³

¡Oh copo de algodón, copo de espuma!,
más blanco que una nube de verano;
conjunto de belleza suma
que no se puede tocar con la mano.

Si te tocan te erizas inmediatamente,
se abre el misterioso arcano,
flota tu espíritu en el ambiente
y te portas como un marrano.

Yo te tendría siempre conmigo
en mi hogar confortablemente
y allí tendrías seguro abrigo.

Pero no puedo, aunque decírtelo es duro,
pues tú no eres discreto ni decente
y además te alimentas con carburo.

³ De *Amor que mata*.

EDGAR J. ANZOLA

Como pionero del automovilismo y de la radio en el país; como actor cómico y dibujante de caricaturas; como empresario de las primeras grabaciones gramofónicas en que se oyeron voces venezolanas; como organizador, con Raúl Santana, de nuestros famosos salones humorísticos del Ateneo de Caracas; como cineasta interesado en todas nuestras curiosidades paisajísticas y humanas; como muchacho grande y travieso de presencia infaltable en toda empresa de curiosidad o de gracia, ha sido Edgar J. Anzola uno de los venezolanos más interesantes del siglo XX. De tantas cosas como los caraqueños le debemos a su iniciativa, el humorismo lo recuerda especialmente como autor, coactor y empresario de aquellos sainetes grabados que por el año 1924 llevaron hasta los rincones más remotos del país el arte de Rafael Guinand. El nombre de Anzola está asociado además, junto a los de Alfredo Cortina y Mario García Arocha, a los primeros tiempos del humorismo radial del país, arte que decayó sensiblemente al eclipsarse con Carlos Fernández la figura más reciente de aquella brillante generación.

EL BORRACHO⁴

EL BORRACHO: ¡Ay yayay! ¡A que me rasco voy, caray!, ¡y con agua'e coco! Caray, ta amaneciendo y no he tomado ni un cafecito. ¡Caray, toy de a puya! ¡Ayayay, piazo'e bicha, caray! ¡Malhaya un cigarro!

(*Se oyen dos cornetazos de automóvil.*)

EL BORRACHO: ¡Epa, mucha vista, mucha vista, *chau-ffer!* Caray, si no me aparto me pisa ese trueno. ¡Palo'e trueno, carrizo! Ayayay... Caracas, la ciudad de los paisajes, la ciudad de fuentes, bella como las flores ¡hic! campesinas... ¡Adiós, negra! ¿Pa dónde vas tan sola?

UNA MUJER: ¿Pa ónde voy a dir? Pal melcao.

EL BORRACHO: Ponme a fumá, mijita, y te canto una me... ¡hic! ...lopea.

LA MUJER: Uhm, zapatea pa otro lao. Entoavía no he mantenido a ningún hombre, y menos a un arrastrao como tú.

EL BORRACHO: Ah bueno pues, no te calientes. Dame una locha y no te digo más na.

LA MUJER: Toma, pero no sigas bebiendo.

EL BORRACHO: Gracias, princesa. Mira: debido a tu generosidad voy a abrirme una cuenta en el banco.

LA MUJER: Adiós, y que te nazcan plumas.

EL BORRACHO: ¡Ay yayay!...

La donna e móbile
cuar piuma ar vento...

Oye, cafecero, dame uno de a puya.

⁴ Grabado en disco por Rafael Guinand.

CAFECERO: Aquí lo tiene.

EL BORRACHO: ¡Ay yayay!... Caray, y que está rebueno, caray, está como a mí me gusta: claro, sin dulce y frío. Cóbrate de esa locha y dame lo vuelto. La media puya vuélvemela un cigarro y obséquiame un fósforo, o si no me prestas un tizón.

CAFECERO: ¿No quieres que te dé de ñapa una arepita?

EL BORRACHO: ¡Ay yayay! Usted sí que es mamón, valecito! Bueno, ¿y qué se le hace a una flor que se deshoja?

(Se oyen cuatro cornetazos de automóvil.)

EL BORRACHO: ¡Upa, qué hubo! ¡Un momento, caray! ¡Me volví a salvar, viejito! ¡He nacido hoy dos veces!

CAFECERO: Mire, viejo, pa arriba o pa abajo. Me está estropeando la venta.

EL BORRACHO: Caray, no sabía, no sabía que te habías comprado la esquina. ¿Cuánto vale tu piazo'e negocio?

CAFECERO: ¿Y a usted qué le importa?

EL BORRACHO: ¿Que qué me importa? Es por esto (*Ruido de que le vuelca los peroles de un puntapié*).

CAFECERO: ¡Policía!... ¡No corra, carrizo! ¡Policía!

EL BORRACHO: ¡Y vuelve, caray!, mira, vuelve a parar tus peroles ¡hic!, pa volvéte los a tumbá.

CAFECERO: ¡Lo que es usted me paga todo!

EL BORRACHO: ¡Sí, comoníe! ¡Y cómo te llamas túúa!...

POLICÍA: ¿Qué hubo, qué hubo? ¿Qué pasa aquí?

CAFECERO: Nada, que este borracho me tumbó todos los corotos.

EL BORRACHO: ¡Me dio la gana, caray! ¡Me dio la gana, y no le pago ni uno!

POLICÍA: Un momento, un momento; esto lo arreglan en la jefatura.

EL BORRACHO: Bueno, ta bueno. Con la jefatura sí es verdad que no quiero nada. Bueno, ¿y qué hadremos, pues? Ya que tenemos que ir, hagámoslo alegremente. ¡Ay yayay!... (*Canta*):

Carmen la que contaba diez y seis años,
Carmen la más hermosa de la pradera, ay,
qué linda era,
qué linda era, ay,
ay mi Carmen de mi vida, caramba,
qué linda era.



—«Sílvase de argo el que quiera tomar»,
—Que se sorvan no cantar más y
que tomen este bolívar.

FEDERICO LEÓN (Pepe Alemán)

Con el remoquete de «Tres en Uno» se aludía en la Caracas periodística de 1914 al grupo que formaban en *El Nuevo Diario*, como redactores de la Crónica General, Leoncio Martínez, Francisco Pimentel y el periodista cumánés Federico León, llegado pocos años antes a la ciudad para seguir estudios universitarios. El seudónimo «Pepe Alemán», tomado del nombre de una famosa esquina de la más típica de nuestras parroquias, lo adoptó Federico León mucho después, para firmar sus artículos cómicos en *Fantoches*, del que fue redactor desde los días de su fundación hasta 1932. Favorecido por su hermosa voz y por sus disponibilidades de *causeur* culto y de dicción refinada, en los primeros tiempos de la radiodifusión caraqueña sostuvo por algunos años una hora interdiaria de charlas destinadas a la mujer, que hicieron de él una figura popularísima, así por el acento confidencial de su discurso como por la propensión poética de su humorismo, tan próximo en sus temas y en su arte de expresarlos, al del autor de las *Lecciones de amor en un parque* y a otros maestros menores de la literatura francesa de fin de siglo. Con Blas Millán y Julio Garmendia —aunque con recursos de oficio menos generosos—, figura Pepe Alemán entre los escritores que reaccionaron, por los años de 1920 a 1930, contra los excesos localistas y limitación temática que

agobiaban al humorismo venezolano. Su obra más interesante es *El regreso de Eva*, novela publicada por Editorial La Esfera en 1933.

ORIGEN DEL PECADO ORIGINAL

Hay muchas versiones a propósito de cómo Adán y Eva, desobedeciendo las órdenes del Creador, probaron del fruto del Árbol Prohibido.

La más conocida es aquella que nos relatan los mismos libros santos: la serpiente tentó a Eva y Eva arrancó la manzana, la comió y luego dio de comer a Adán. Esa versión no digo yo que sea falsa, pero tiene sus bemoles.

La primera mujer, Eva, según esa versión, sabía que el árbol prohibido era el manzano; pero no sabía a qué sabía la manzana. Si las indiscreciones de la bicha rastrera la decidieron a arrancar una manzana para probarla, es de presumir que, una vez comida la fruta, pensara en todo menos en ofrecer un pedazo a Adán; porque las mujeres nos han probado siempre que son golosas, y Eva, que sobre ser mujer, fue «la primera» mujer, no iba a resultar menos golosa que sus hijas o descendientes. Por otra parte, aquello de que la serpiente conversara con Eva, tengo para mí que no es cierto. No es cierto por dos razones de peso: la primera, porque las serpientes no han hablado jamás. La segunda, porque, ¿pero qué falta hace señalar la segunda razón si la primera lo dice ya todo?

Posteriormente han corrido por ahí millares de versiones. No vamos ahora a dar una nueva, cosa que a estas alturas resultaría difícil, porque es un tema agotado. Lo que vamos nosotros es a entrar en otra suerte de consideraciones, aunque es posible que nos conduzcan al mismo fin.

En el Paraíso terrenal hubo un inconveniente grave: la falta de calefacción. El frío, sobre todo de noche, congelaba; y hay que ver cómo tiritarían Adán y Eva que,

creados por Dios a su imagen y semejanza, olvidó echarles encima una ropita.

Adán y Eva, durante el día, echados sobre la arena, tomaban el calor del sol; cuando el sol apretaba, a la hora del sesteo, se echaban sobre la grama, a la sombra de los árboles y tomaban el fresco. Pero cuando el fresco tiraba a grados bajo cero, con el relente de la noche, la cosa variaba de aspecto.

Tanto Adán, como Eva, recordaban a cada momento ciertas palabras del Creador. Él les había dicho: «Os he hecho a mi imagen y semejanza». Y aquellas palabras grandiosas los llenaban de orgullo. De manera que desde los primeros días del Paraíso se habituaron a mirar con indiferencia a los otros animales, considerándolos inferiores. No les faltaba razón, a la verdad...

Una nohecita... No. Un crepúsculo (ya la noche se venía encima, porque era un crepúsculo vespertino), Adán y Eva coincidieron, por caminos distintos, en el tronco del árbol que les servía de habitación. Era allí donde se albergaban. Eva se estuvo temprano viendo cómo nadaban las garzas en una laguna; Adán se estuvo de paseo por otro lado. Pero en su paseo Adán hizo un hallazgo: encontró una mata de fresas. Mejor dicho: una cepa completa. Como el rojo de las fresas le llamó poderosamente la atención, se agachó y se llevó la primera a los labios.

—¡Qué dulce!

Y siguió comiendo fresas. Tanto le gustaron que se puso a dar voces, llevándose la mano, en forma de corneta, a los labios:

—¡Eva! Eva! ¡Eva!

Pero Eva no lo escuchó, embelesada con el nado de los cisnes, y a un kilómetro de distancia. Además, el aire soplaba para acá...

Cuando Adán se dio cuenta de que era hora de regresar, no satisfecha aún su hambre de fresas, puso en una hoja todas las que cupieron.

—Iré merendando por el camino, y le llevaré a Eva —pensó.

Y cuando ambos coincidieron, como decíamos, al pie del árbol que les servía de albergue, y que era un corpulento y hermoso manzano, a Adán apenas le quedaban dos fresas...

—Te traigo una fruta nueva que me he encontrado —dijo a su compañera.

—¿De veras? Y, ¿es sabrosa?

Fue entonces cuando Adán advirtió que solo le quedaban dos fresas; ha debido dar a Eva las dos, pero fue tan sinvergüenza que le ofreció una sola. Eva se la comió. Y la encontró tan dulce que, viendo otra fresa en la mano de Adán, tuvo el gesto de pretenderla. Pero Adán, más sinvergüenza todavía, apresuradamente se la llevó a la boca. Eva, deseándola, se le fue encima. Y la boca de Eva se juntó con la boca de Adán...

¿Le logró arrebatarse la fresa? Eso si no lo podemos asegurar. Pero Eva suspiró:

—¡Qué dulce es!...

A todas estas Adán, por un fenómeno óptico, creyó ver la fresa en los labios de Eva. Y siguiendo su ejemplo, acercó a la boca femenina su boca golosa... ¿Sería que el jugo de la fresa había humedecido los labios de Eva, dejando en ellos su néctar? Tampoco lo sabemos. Pero Adán puso los ojos en blanco y suspiró:

—¡Qué dulce es!...

Mas, en ese momento, como siempre solía presentarse —sin hacerse anunciar— apareció el Creador. Traía el ceño fruncido. Los ojos le relampagueaban. Y dijo el Creador:

—Debéis saber de una vez por todas que esa fruta no se toca ni se come...

Y el Creador, que no estaba para fiestas, desapareció en seguida.

Adán y Eva quedaron de una sola pieza. Se miraron asustados. Eva, más dueña de sí, fue la primera en hablar:

—¿Oíste?

—Sí.

—¿Y a qué fruta se habrá referido? ¿Será la que me trajiste?

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque Dios me hubiera dado el aviso hace rato. Donde las encontré me comí no menos de un centenar.

—¿Y entonces?

En aquel momento un pajarito que llegaba a la rama del manzano a dormir, tumbó una manzana. La manzana le dio un porrazo a Adán en la nariz. Adán bajó la cabeza y vio el suelo esterado de manzanas. Y lo vio esterado de manzanas porque era la primera carga del árbol, y había soplado mucho aire durante la tarde.

—¡Ya está! —dijo.

—¿Qué? —inquirió Eva.

—La fruta que no debemos tocar ni comer es esta.

Y señaló las manzanas.

Dicho esto, y ambos de acuerdo, Adán arrancó un gajo del manzano para barrer el suelo, echando las frutas a un lado.

«Esa fruta no se toca ni se come», había dicho el Creador.

Y hubo que barrer aquello, para no tocarlas.

A poco, Adán y Eva dormían profundamente.

*

Al amanecer del día siguiente, ya despiertos, Adán y Eva advirtieron que había mucha neblina. Y el frío que, dormidos, sentían con tanto furor, despiertos los hizo tiritar.

—¡Qué frío tan fuerte, Adán!

—Muy fuerte, Eva.

Frente a ellos, dos palomas. El casar de palomas que había puesto Dios en el Paraíso, sacudieron sus alas. Adán y Eva, sin cambiar ideas, pensaron la misma cosa: «¡Si pudiera sacudirme yo así!».

La paloma estaba inquieta; se comprendía que el frío la tenía con un humor de perros. Entonces el palomo dijo:

—¡Curucú! ¡Curucucú!

La paloma se le acercó. Dijo:

—¡Cucú!

El palomo, luego, hizo unos viajes alrededor de su pareja, acompañándose del mismo estribillo:

—¡Curucú! ¡Curucucú!... ¡Curucú! ¡Curucucú!...

Y de pronto, como la palomita seguía tiritando, el palomo la arropó con sus alas. Para eso fue necesario que la paloma se agachara un poquillo. Pero quedó arropadita.

Adán y Eva, sin cambiar ideas, pensaron la misma cosa: «¡Qué sabroso se debe estar arropado con este frío!».

Y Eva pensó más; pensó: «Si Adán tuviera alas, como el palomo, ahora me arroparía a mí».

*

En la tardecita, ya bajo el sol, Adán y Eva salieron a pasear. Y se bifurcaron como en la tarde anterior. Eva se fue a la laguna, a ver cómo navegaban los cisnes. Adán se fue por el otro lado con la ilusión de descubrir nuevas cepas de fresas. Y las descubrió. Se echó en el suelo y se estuvo atiborrando hasta que no pudo más.

Y aquella tarde Adán fue doblemente sinvergüenza: porque en vez de llevarle a su compañera una porción de fresas, ya que le habían gustado tanto, apenas escogió tres, sintiendo el egoísmo de dejarlas allí para hartarse él al día siguiente.

También como en la tarde anterior coincidieron en el regreso, cada uno por su lado. Adán pensó que darle a Eva tres fresas era demasiado; además, en la caminata de regreso había hecho la digestión. De modo que se comió la número tres. Y al verse uno al lado del otro, Adán, como la vez anterior, ofreció a Eva una fresa, llevándosela él mismo a los labios. Eva se la tragó sin paladearla. Y Adán se llevó a su propia boca la otra. Pero Eva siguió la táctica de la víspera... Sus labios se juntaron a los labios de Adán, y tornó a suspirar:

—¡Qué dulce es!

Y Adán, que según parece no tenía muy buena vista, o tenía demasiada visual, acercó sus labios a los de Eva creyendo tener tiempo de arrebatarse la fresa. Y suspiró:

—¡Qué dulce es!

Quedaron paralizados. El Ángel Cuidador, que blandía una espada flamígera para mantener el orden cuando algunos animales querían armar algún zipizape, estaba a espaldas de ellos.

—¿No recordáis lo que ayer os dijo el Creador? Esa fruta ni se toca ni se come...

Y el Ángel hizo mutis.

Adán y Eva permanecieron cabizbajos. Y Eva fue otra vez la primera en hablar:

—Oye Adán, ¿a ti te han llamado la atención estas frutas? —y dio una patada a la manzana más cercana.

—A mí no.

—Pues a mí tampoco. ¿Por qué tendrán ese temor de que vayamos a comerlas? ¿Te explicas tú eso?

Adán reflexionó un momento.

—Mira Eva, ya me doy cuenta... Como este árbol deja caer sus frutas con la brisa de la tarde, y cuando regresamos a dormir el suelo está esteradito, el Creador, pensando que traemos hambre, nos ha hecho la advertencia. Primero ha sido él; hoy ha encargado al Ángel.

—Eso sí puede ser, Adán.

—No te quepa duda.

Y ya con las conciencias tranquilas, se echaron a dormir.

Pero el sueño no llegaba. Y no llegaba porque el frío aquella noche quemaba. Uno y otra daban vueltas sobre las hojas, sin hallar acomodo. El cielo se llenó de estrellas. La luna asomó su faz llena. De pronto, allá enfrente, se oyó esto:

—Cucú.

Y se oyó esto también:

—¡Curucú!... ¡Curucucú!...

Eva, que estaba con un desvelo atroz, y porque el desvelo atroz obedecía al frío, tuvo una idea:

—Si Adán no tiene alas para arroparme, en cambio podría acurrucarme...

Y junto con pensarlo se le encimó. Pero Adán ya había pescado su sueñito. No obstante, Eva se pegó a él. Su cuerpo cimbreño se onduló buscando aquel tibio arrimo. Pero se quería acurrucar tanto, que Adán abrió los ojos.

—¿Qué te pasa, Eva?

Eva, con una voz que no había tenido nunca, le habló así:

—Tengo frío, Adán. ¡Dame calor tú! Junta tu cuerpo con el mío; pásame los brazos alrededor del cuello; dame calor. ¿No viste esta mañana al palomo arropar a la paloma?

Al decir esto se volvió a oír:

—¡Curucú! ¡Curucucú!...

Y Adán, lleno de piedad por el frío de su compañera, sintió envidia de aquel palomo que podía darse el lujo de arropar a su paloma para que el frío no la entumeciera. Y como no podía sacarse plumas, rodeó el busto de Eva, la trajo a su pecho. Al hacer esto, la cabellera de Eva se derramó sobre el rostro y el busto de Adán. Y naturalmente, Adán sintió el calorcito.

*

¿Cuándo había sido el sueño de Eva más hermoso, más tranquilo? Jamás. Y así como durmiendo mal, con incomodidad, se sufren terribles pesadillas, durmiendo bien se tienen dulces sueños. Y Eva soñó... Soñó que Adán venía con una cantidad fantástica de fresas... Eran tan suaves, tan dulces, tan jugosas, que el hambre por ellas no quedaba fácilmente satisfecha.

Y el sueño fue tan patente que Eva despertó.

Y al despertar, soñolienta, creyó ver fresas en los labios de Adán.

Y creyendo ver fresas, llevó sus labios a los otros labios.

Y tornó a llevarlos.

Porque cada vez que los juntaba, los labios aquellos le resultaban tan dulces como las fresas.

Y Adán despertó a su vez.

Y al despertar, sintió un dulzor de fresa en los labios.

Y era que en sus labios estaban los labios de Eva, que eran dulces también.

*

¿Cuándo volvieron a dormirse? ¡Quién sabe! Lo cierto es que despertaron con el sol alto. Y que, al abrir los ojos, lo primero que pudieron ver fue al Ángel Guardián del Paraíso, con su terrible espada.

Y esa mañana no escucharon al palomo diciendo:

—¡Curucú! ¡Curucucú!

Sino que el Ángel, con voz de pocos amigos, señalando a la Puerta del Paraíso, que quedaba no muy distante, ordenó:

—¡Largo de aquí!

RAFAEL VILLASANA

Con muchas crónicas escritas a manera de cuentos cortos colaboró Villasana en todas las publicaciones humorísticas de Caracas, especialmente en *Fantoches* desde 1924. Su humorismo, muy apegado al estilo de la prosa de «Leo» y nunca demasiado alegre, se fue ensombreciendo a medida que la vida del escritor se consumía en la bohemia sórdida de nuestras últimas «taguaras». Olvidado de sus contemporáneos e ignorado de las nuevas generaciones, murió en Caracas por los días finales de 1950.

LOS DOMADORES

A Marco A. Silva

Luis Enrique Valiente quedó huérfano de padre y madre a la edad de 25 años. Su dolor fue en extremo relativo, pues además de ser hijo único, heredó una fortuna regular.

Valiente se consoló pronto de su orfandad. Rico, en la edad de las ilusiones, cuando el corazón tan solo late para el dios Amor, se entregó dulcemente en los brazos de la vida jacarandosa.

Visitó casi todas las capitales europeas, llevándose de ellas el recuerdo de una pasión efímera, que se borraba con la aurora de un nuevo día.

Amó a las grandes *cocottes* de París; lo emborracharon las caricias ardientes de las españolas; se achicharró con el fuego de las italianas; retratáronse sus pupilas en las azules y serenas de las alemanas; sus labios dejaron amorosa huella en los exangües labios de las rígidas inglesas; y las suecas y escandinavas, blancas cual la leche y cual el hielo frías, también dieron fe de su varonil entereza.

Los amores fáciles, pagados a buen precio, lo hastiaron al fin. Su cuerpo y su alma, enfangados hasta la médula, necesitaron de un amor verdadero, tranquilo y honesto que los purificara de tanto cieno...

Y por vez primera, después de su orfandad, el pensamiento de Valiente voló hacia su ciudad natal, su querida y nunca olvidada Caracas, y con tristeza recordó aquel idilio florecido a orillas del Guaire y trunco por su propia mano sin motivo alguno que justificara su conducta.

—¿Me rechazará Pura? —pensaba—. Mi comportamiento no ha sido del todo regular para con ella, y ahora

es cuando comprendo que es la única mujer que puede hacerme feliz.

Valiente, después de muchas cavilaciones, se resolvió a escribir a Pura y a sus padres, don Homobono Rodríguez y doña Susana de Rodríguez, uno de los matrimonios modelo de la capital venezolana.

A vuelta de correo contestaron ellos y ella, perdonándolo y aceptándolo todo.

*

La boda efectuóse con gran boato en la iglesia de La Pastora.

Pura, vestida de novia estaba imperial. Era el acabóse; el *non plus ultra*; en dos platos: una maravilla de mujer...

Un automóvil protegió la fuga de los desposados y los llevó a su nido de amores, ubicado en la parroquia de Altagracia.

Al llegar a la alcoba nupcial, Pura, llorando cual una Magdalena, se arrodilló ante su esposo, y abrazándose a él por las rodillas:

—¡Perdón! —exclamó.

—¿Perdón? ¿De qué? —interrogó el joven esposo, presintiendo algo terrible.

—¡Soy una infame! Te había ocultado hasta ahora mi falta...: ten...go un hi...jo —dijo Pura, sollozando.

—¡Miserable!! —rugió Valiente—. ¡Y me lo dices ahora, infame!; Burlarse de mí; de todo un Valiente!

Y el pobre hombre se mesaba los cabellos en el paroxismo de la desesperación... Después se dejó caer anorado en una silla, quedando en un estado completo de atonía. Pura se acurrucó en un extremo de la habitación, vestida de novia. En tal estado los sorprendió el nuevo día.

Valiente, más sosegado, optó por mandar a Pura para casa de sus padres, con una carta explicativa.

Doña Susana, al ver llegar a su hija en aquel estado, lo comprendió todo.

—¡Dios mío! —dijo—. ¿Acaso Valiente ha descubierto...?

—Nada; yo se lo confesé todo. Toma y lee —y le entregó la carta.

Doña Susana leyó: «Señor don Homobono Rodríguez y señora.— Pte: He perdido varias horas buscando en el Diccionario de la Lengua la palabra adecuada para denominar la infamia de ustedes; mas, por desgracia, el diccionario no la trae. ¡Claro! Ningún académico podía imaginarse la monstruosidad que en estado embrionario en el cerebro de sus remotos ascendientes tomaría forma en el de ustedes para anonadarme.

»Lo único que acierto a exclamar es tan solo: ¡qué asco!... Darwin ha sido indulgente con la humanidad al declarar que desciende del mono. Creo para mí que el hombre sea el resultado de la unión ancestral de la cascabel con el zorro guácharo.

»Hoy mismo dejo para siempre Caracas. Me voy al centro de África a domar leones, tarea más fácil que encontrar vergüenza y pundonor en el género humano: VALIENTE».

Doña Susana, al terminar la lectura exclamó, llena de ira:

—¡Estúpida! ¿Por qué no callaste? ¿Y ahora qué le decimos a tu padre, que está inocente de todo esto? ¿Dónde está tu inteligencia? Aprende de mí que hace 25 años de mi matrimonio y aún la primera nube no ha empañado

nuestra tranquilidad conyugal; y sin embargo, óyelo bien: tú no eres hija de Homobono...

La puerta se abrió violentamente y el esposo de doña Susana apareció en el umbral, pálido como un muerto.

Doña Susana dio un grito y retrocedió espantada.

El ultrajado esposo, con una calma aterradora, se acercó lentamente al centro de la habitación y dijo con voz pausada:

—Todo lo he oído, ¡sois unas miserables! Ni un grito, ni una protesta. Mi resolución está tomada.

Y subiéndose sobre una silla desanudó un largo cordel que colgaba de un clavo.

Doña Susana, presintiendo una muerte horrible, se llevó ambas manos a la garganta, gritando al mismo tiempo:

—¡Dios mío, Homobono! ¡No me mates así! ¡Dame más bien un veneno!

Don Homobono, asombrado, exclamó:

—¿Matarte? No lo creas; no lo mereces...; arrégleme la maleta grande para un largo viaje y me la amarra con esta cabuya... Me despego ya: ¡otro valiente que se va para el África a domar leones...!

SOLILOQUIO PASCUAL

Son las once de la noche, la fecha es veinticuatro de diciembre de 1945; hace un poco de frío y mis ropas, que la pátina del tiempo ha puesto del perfecto color de la miseria, sin ningún reparo dejan que el airecillo frío decembrino se introduzca en mis carnes y me haga tiritar, y me

acurruco lo mejor que puedo en el amplio quicio de una casa señorial y me duermo dulcemente, y sueño...

—Caballero, pase; esperábamos por usted: la mesa está servida...

Y entré a la mansión... Aquello no era sueño; era la realidad...

Recordé que en mi lejana infancia leí las aventuras de Simbad el Marino; pero esto sobrepasaba aquello; era una perfecta maravilla no comparable con nada: luz refulgente, oro, pedrerías, jardines maravillosos tan solo igualables por los babilónicos.

Mi entrada fue triunfal. Me miré a uno de los grandes espejos que decoraban el salón, y estaba impecable: frac-camisa de blancura celestial, calzado de charol y la punta de un pañuelo se dejaba ver en forma de triángulo en mi bolsillo que tapaba el corazón.

*

La iluminación no dejaba nada que desear y me hacía recordar los maravillosos cuentos de *Las mil y una noches*.

Me recibió un caballero «todo vestido de negro de la cabeza a los pies», como dijo en su impecable soneto, refiriéndose al brandy Felipe Segundo, uno de los hermanos Álvarez Quintero, gloria del habla española.

—¿Tiene tarjeta?

—Sí, señor; tómela.

—¿Su nombre?

—La tarjeta lo tiene.

—¡Ah! Sí, es verdad: Rafael Villasana.

—Perfecto.

—¿Profesión?

—¿Para qué?

—Es una de las cláusulas del establecimiento: profesión, estado civil, domicilio, nacionalidad, etcétera.

—Pues bien, soy telegrafista por el sistema Morse; me casé cinco veces, y todas ellas murieron de muerte natural... usted sabe: enfriamiento paulatino, falta de respiración, etcétera. Nunca la Justicia tuvo que meter su mano, gracias a Dios.

—Muy bien, me gusta su franqueza; pase, baile, coma y beba a su gusto. Aquí encontrará usted de todo.

Me tendió la mano y se alejó.

Me acerqué al botiquín y me sirvieron un brandy... y otro brandy y otro y otro...

Una gentil dama me suplicó que danzara con ella... Lo hice, la barra bramó de entusiasmo y pidió el bis... volví a danzar... el delirio... Saludé con gentileza al público y me senté; no podía con mi carapacho y con mis pobres pies; la gentil señorita me los había pisado de una manera bárbara.

Volví al botiquín y pedí un servicio y otro y otro. Y se me fue el mundo... Recuerdo que uno de los botiquineros me agarró por un brazo y muy cultamente me dijo:

—No tome más, señor, está mareado.

—¿Quién, yo?

—¡No, yo!

—¡Grosero!

—¡Fastidioso! ¡Fuera!

—¿Quién, yo?

—¡Usted!

—¡No!

—¡Sí!

—No puedo. Tengo catarro...

—No importa, ese catarro es de irritación.

... Y me bañaron.

... Y desperté.

Y recordé al poeta: «la vida es sueño, y los sueños
sueños son».

LUIS GUEVARA

Como poeta festivo de un acento y técnica muy modernos, Luis Guevara fue colaborador anónimo de *Fantoches* desde 1924. En los tiempos en que surgió en el país el movimiento literario vanguardista representado por la revista *Válvula*, Guevara se distinguió como uno de sus parodistas más divertidos, no obstante ser él mismo uno de los catecúmenos y mayores animadores de aquella tendencia en la provincia.

Además de sus colaboraciones en *Fantoches*, publicó ocasionalmente versos en la sección «Ensalada de Vainitas» de la revista *Caricaturas* y figuró junto con «Chicharrita», Ramón Hurtado y otros en el grupo de animadores del semanario *Comonié*, fundado en 1930. Luis Guevara nació en Valencia en 1910 y murió en la misma ciudad en 1956 mientras trabajaba con otros escritores en una antología de autores carabobeños.

La brisa se afeitaba
su barba transparente
en el filo curvo
de la montaña.

Y ya afeitada
se peinó el cabello frío
con el peine flexible
de una hoja
de chaguaramo.

Y se limpió los dientes
con el cepillo
del gamelotal.

Y se empolvó
la cara
con la neblina
de la mañana.

Luego se montó en el auto
de la velocidad
Y paseó sus bostezos
por toda la ciudad.

*

La luna
parecía una
locha
tirada
sobre el

mostrador del
cielo.
La silueta
de un poeta
ramplón,
fina como un
alambre,
atravesó la calle,
agónica de hambre...
Los perros lo miraron
y aullaron
desesperadamente,
cual si —¡por Cristo!
no te asombre—
hubieran visto
un fantasma, no un hombre.
El poeta siguió
y llegó,
por fin
al banco de un jardín,
que era su lecho,
y se acostó largo a largo
y se durmió
con las pálidas manos sobre el pecho.
Al poco rato
un gato
lo miraba a la faz,
porque quizás
se imaginaba
que un ratón
que había pasado
como una exhalación

junto a él,
había salido
de la jeta
entreabierta
del poeta!...

*

El lin lin
del violín
era como
el sollozo
doloroso
de un gato
a quien le hubieran
quebrado
un plato
sobre el lomo.

La gente
sonriente
escuchaba
aquella
doliente
melodía
que brotaba,
que subía,
que bajaba,
que se perdía
entre la sala
musitando
Negra Mala.

El violinista,
que era un artista
a quien llamaban
Rosendo,
sabía
hacer
divinamente bien
un «morendo»;
por eso, ya al fin,
el violín
no se escuchaba,
pero se oía...
¡Se metía
pausadamente,
lentamente,
suavemente,
por las vías
respiratorias
de la gente!

POEMA VANGUARDISTA
DESCUBIERTO EN UNA POSADA

para hoy
tenemos:
sopa de letricas,
arroz perla
pargo en sarsa
y queso relleno.
Albóndigas de lomo

chuletas de celdo
i el gran pabellón
de baranda a baranda,
toltilla de sesos
chorizos con papas
hígado molido
i bistecque extra
la gran carne frita
plátanos horneados
arroz con leche
café i palillos
dulce de durazno
i de cabello
de ángel...

J. M. GÓMEZ CASTRO

Después de colaborar frecuentemente para *Fantoches* por el año 1930, al reanudarse la publicación de aquel semanario en 1936, José María Gómez Castro se incorporó a su cuerpo de redacción, cuya jefatura desempeñó después por largo tiempo. En *Fantoches*, así como simultáneamente en *El Morrocoy Azul* y luego en *El Nacional*, figuró Gómez Castro como el más aprovechado y tesorero cultivador del criollismo referido a los temas y tipos de Caracas, que tiene su máximo ejemplo en el arte múltiple de «Leo». Observador simpatiquísimo de nuestra vida doméstica y uno de los escritores humorísticos más versados en materia de refranes y giros metafóricos del habla criolla, sus cuadros de costumbres no solo componen una colección de graciosos testimonios de nuestra intimidad casera, trasladada a la interpretación escrita con la riqueza detallista de una buena caricatura, sino que reúnen espontáneamente tan viva documentación en materia de folklore lingüístico como antes de Gómez Castro no se encontrará sino en los sainetes de Rafael Guinand.

SANOS CONSEJOS PASCUALES

Lo primero que te aconsejamos, ¡oh hermano!, es que bebas tu aguardiente con tasa y medida. Déjate de la bebentina de caña en bruto. Si desde el sábado a las doce del día te fajas con berroterán⁵ en cantidades navegables, cuando llegue la hora de la Misa de Gallo se habrá apoderado de tu cuerpo una imponente rasca hipnótica, con un sueño de morcillera que, si de un manotazo te lo espantas de un ojo, se te arrochela en el otro lo mismito que las moscas.

*

El sábado, antes de pegar los bueyes, vete a tu casa, arregla cuentas con tu amada consorte, brinca con las tres cuartas partes de la paga a fin de que ella pueda hacerle frente a los gastos de hallacas, dulce de lechosa, pan de jamón y muñequitos para la llegada del Niño Jesús. Si no tomas estas precauciones, te vas a ver un poco enredado y las Pascuas de tu casa se van a tornar en una tremolina de pronóstico.

*

Después que tengas al día las finanzas hogareñas y la doña esté más contenta que muchachito en piñata, puedes irte por el vecindario a empujarte unos salpiconeados; pero antes de que te compliques con amigos y amigas, le pagas al pulpero de la esquina el piquito pendiente y le echas el

⁵ Nota del editor: Alusión a un tipo de aguardiente muy apreciado por las clase populares, preparado con berro.

clásico fiado de Navidad de unas cuantas botellas, un kilo de azúcar, algo que sirva de pasapalo y no te retires del mostrador hasta que veas salir ese domicilio. Si el muchacho está ocupado, llévalo tú mismo... por si las moscas.

*

Una rascota de bandera la noche del sábado puede resultar un acto suicida, porque tienes por delante el domingo y el lunes, y si gastas todas las puyas la víspera, vas a tener que pasarte los dos días de fiesta como pollito remojado. Ahora, si la combinación del sábado en la noche es a base de brindis de un amigo platudo y obsequioso, lo indicado es que te resignes a beber hasta que todo lo veas doble para que no digan que estás mono y eres despreciativo.

*

Llama aparte a tu simpática, noble y caritativa consorte y aconséjale buenamente que controle las hallacas, porque si se pega a despachar platos tapados para todas las amigas, cuando a la familia le llegue la hora de forrarse con una cena de peso, en la lata no quedará sino el agua oscura, algunas hojas y el olor. Dile que se controle para que las hallaquitas alcancen hasta el desayuno del martes, que es día de trabajo, de limpieza y de ratón con depresiones.

*

Si las familias amigas andan de cardumen por el vecindario y proponen cenar juntas casa de Fulano, casa de Zutanejo, lo indicado es que te hagas el musiu, el distraído

o el borracho para que no te tomen en cuenta, porque si metes ese gentío en tu casa te lleva el diablo en camisa. Hoy la gente come mucho, y la señorita más fina y delicada se empuja cuatro hallacas, medio pernil, un pan de jamón, un litro de vino, cuatro platos de dulce de lechosa y pregunta si no hay quesillo para quitarse el mal gusto que tiene en la boca.

*

No te arrocheles en los botiquines ni en las taguaras. Trata de visitar a los amigos como lo hacen las personas finas y decentes en estos días. En el botiquín cada palo te sale a cobre y hasta puede dolerte el brazo de tanto meterte la mano al bolsillo; en cambio, si eres sociable y educado puedes amarrarte de valdivieso la rasquita de ritual y a lo mejor bebiendo bueno. Cuartéate, cuartéate y a quienes te obsequien les ofreces un fiestón en tu casa para un día indeterminado.

*

Si observas estos consejos al pie de la letra y le agregas cualquier ayudita que te dé tu imaginación, puedes pasar unas Pascuas muy felices; pero no olvides que al final de tanta dicha viene el tétrico ratón, acompañado de irritillas, temblores, taquicardias, impresiones, salticos, sudores fríos, ojos sanguinolentos y malestar general. Cómprate hoy mismo tus anteojos ahumados y cuatro onzas de sal de higuera, que es infinitamente más ejecutiva que la sal de frutas. Y no te espongas a un cornetazo a la vuelta de la esquina, porque puedes morir.

PAKO BETANCOURT
(Pako, Perico A. Monroy)

Nació en Valencia en 1885 y murió en Caracas el 28 de agosto de 1930. Caricaturista y escritor festivo, en dibujos y crónicas que seguían respectivamente las escuelas de «Leo» y de «Jabino», hizo popularísimos sus dos principales seudónimos y también la columna dialogada de «Tirabeque y Pelegrín», sin firma, que durante algún tiempo estuvo a su cargo en el diario *El Sol*. Aunque colaborador constante de varios periódicos y revistas de la capital, la parte más abundante de su obra y la que le atrajo su vasta reputación como humorista fue su sección «Periqueandito», que hasta la fecha de su muerte publicó semanalmente en *Fantoches* desde 1924. En 1929 recogió algunas de sus crónicas en un libro con anuncios comerciales y prólogo en verso de su compañero el gran poeta gastronómico «Chicharrita».

LOS NUEVOS RICOS

El petróleo, más que ninguna otra cosa, nos ha traído esa estupenda calamidad de los nuevos ricos. Un chorrito de petróleo, por humilde que sea, hace rico en poco tiempo al más paupérrimo de los mortales. De ahí que de la noche a la mañana hayan surgido infinidad de potentados, individuos que hasta hace cinco días no tenían ni un humilde pellejo en qué descender al suelo transformados en cadáveres...

Hay nuevos ricos con talento o, por lo menos, racionales; pero, por regla general, parece que el petróleo les oscureciera el magín; son unos ciudadanos brutos, de una *obtusidad* redonda y pulida como una bola de billar. ¡Qué hermosura!

Y ocurre una cosa muy graciosa: la estupidez en los pobres pasa casi inadvertida, pero en los ricos es algo que resalta mucho, que llama poderosamente la atención como un dominó rojo en un velorio, como un *jazz band* en el coro de una iglesia.

Y es una cosa muy razonable. Figúrense ustedes una casa a todo lujo, con fachada moderna, ático y todo bicho de uña: mosaicos y azulejos desde el portón hasta el departamento del fondo, muebles de mimbre y tapizados en terciopelo, biombos japoneses bordados en hilo de oro, arañas coloniales y modernas, cojines frescos, divanes y alfombras orientales, pianola, ortofónica, radiola, *frigidaire* y demás aparatos, y luego una damisela larga como una figura del Greco, pálida, ojerosa, simpática, metida entre tules, llena de joyas deslumbrantes, con las piernas forradas en maravillosas medias de seda, que dejan ver los vellos largos y desesperantes y traslucen el inefable color de la carne... Hay un perfume turbador, una penumbra deliciosa...

Siga haciéndose cargo.

A usted lo lleva un amigo de presentación. La niña sale por una puerta de cristales miliunanoscos... Se enciende una luz verde que le da más encanto a la aparición...

—Luisita... Le voy a presentar un amigo admirable: Críspulo Cantárida.

—A los pies de usted, señorita.

—¿Con respecto a qué? —pregunta con una voz de bajo la aludida.

Pasada la primera emoción, ella suspira y dice:

—La calor está terrible. Yo sudo mucho: tengo empapados los sobacos...

Pasada la segunda emoción, usted insinúa:

—Qué bella casa, señorita.

—¡Ah, sí! El viejo tuvo que sacar un puyero. Figúrese, todo de mosaico caro, hasta el común.

—Todo muy bello, los muebles estupendos —corta usted.

—¡Ah, sí! Solo que los muebles que teníamos antes eran más sabrosos... ¡Dígame los catres! Ahora con los fulanos colchones no le queda a uno poro por donde no gotee...

—¿Y su papá?

—En su chivera...

—¿Cómo?

—Guá, en su chivera. Antes de salir el chorro de petróleo, él tenía una venta de corotos viejos: ropa, planchas de alisar y de ponerse en la boca; máquinas de cadeneta y doble pespunte; tuercas, tornillos, muebles... Una chivera completa... Ahora vende también cosas viejas, conoce muy bien el negocio, pero lo tiene en un local lujoso y se llama *antiquités*... Desde que estamos en la *cúspite* lo único que no vende es ropa usada...

—¿Y usted no tiene novio?

—Por lo pronto... Tuve uno, pero no hacía sino hablarme de un tal Rubén Darío, de Uropa, de alte y no pude aguantarlo. Tuvimos seis meses de amor, y fuimos como a cien vespertinas... ¿Y usted cree que él me tocó algo? Ni las manos... Rompí...

Usted suda frío. ¿Qué pasa en Cádiz?, se pregunta. El presentador, que debe ser otro idiota, está boquiabierto ante las elegantes referencias de la dama. Por fin nos decidimos:

—Señorita, mucho gusto. A los pies de usted.

—¿Con respecto a qué?

Y sale usted disparado y aterrado para su casa. Pero si esto le ocurre en una casita de mala muerte, ni lo nota. La verdad es la verdad.

LA LAGUNA DE CATIA

¡La laguna de Catia! En los días actuales es el paseo de moda en Caracas. Hombres y mujeres en románticas romerías se largan todas las noches hacia el oeste de la ciudad a gozar del fresco a las orillas de la pintoresca laguneta que, como ovalado espejo de luna sucia, refleja la luz roja, amarilla y azul de las bombillas que en largos hilos se cruzan encima de la ciénaga.

La laguna de Catia es la apoteosis del pantano. La gente, dada siempre al romanticismo (¿quién que es no es romántico?), ha embellecido por su cuenta este charco, un poco hediondo, olvidado hasta ayer, perdido entre las colinas de la tierra roja de Catia. Contribuyen al romanticismo de nuestra ilusa masa una docena de pinos

melancólicos que, como en los versos de Ángel Miguel Queremel, meditan un suicidio sobre las aguas sucias, levemente rizadas por las saludables brisas de Catia. También me ha dado por el romanticismo y en estas noches, acompañado de amigos fantasiosos y líricos, me he ido a las orillas de la lagunita. Allí, frente al quiosco, ante una mesa de peltre, he pasado inolvidables horas nocturnas, viendo los minúsculos cruceros de los pequeños botes que, cargados de cantaores y parejas idealistas, atraviesan en todas direcciones el afortunado pantano de Catia.

Y me he sentido inglés rico y con esplín frente a la rumorosa Costa Azul. Las parejas cruzan en todas direcciones, bordean el romántico charco y se pierden apurruñadas en la hojarasca cercana...

Las *cocotas* pseudocivilizadas de Santiago de León romantizan también y a bordo de las canoítas frágiles y esbeltas, como si estuvieran sobre los canales de Venecia a bordo de una góndola, entonan canciones napolitanas y se desmadejan de amor al lado del afortunado doncel que las brega.

Mientras tanto, la radiola muele unos discos criollos: Guinand en su célebre discurso de Nigüín o la ya fastidiosísima matrona denominada Mamá Inés...

Se vacían las copas de cognac, de humilde ron de Aragua, de cerveza rubia y nevada. Idealizamos todos frente a la charca.

¡La apoteosis del barrial!

Nos saca de nuestro sueño el grito agudo de los colectores de buses:

—¡Plaza Bolívar voy!

—¡Vámonos, Plaza!

La otra noche un amigo mío, tal vez el más romántico de todos, se fue en compañía de una adorable criatura

hasta la laguna de Catia. Bogó por espacio de dos horas sobre las aguas dormidas, donde tiemblan suavemente las luces multicolores, y en alas de la fantasía se transportó a la vieja ciudad del Adriático. Las pintorescas casas edificadas frente a la laguna se convirtieron en San Marcos, y cuando desfilaba su góndola bajo las bombillas luminosas, se soñaba bajo el arco del historiado Puente de los Suspiros.

Desembarcó luego. Se dedicó a beber en compañía de la amada. Sus ojos soñadores se clavaban sobre las aguas y el ánimo en un fantástico *Spirit of Saint Louis*, se remontaba muy alto, en raudo vuelo, hacia inefables regiones. De pronto, la voz de faldete de su dama lo hizo aterrizar:

—Vámonos, chico. Esto está muy fastidioso.

—¡Ah!

—Que esto está muy fastidioso y muy hediondo.

—¿Hediondo? No seas prosaica...

—¿Por qué?

Con un discreto «Vámanos, pues», se cortó aquel diálogo que hubiera sido interminable, dada la Dulcinea accidental.

Se fueron. Al día siguiente mi amigo me refirió:

—¡La muy canalla me robó ocho duros que en dos verdines tenía en la cartera! ¡Después de haberle recitado tan bellos versos de Nervo, de Rubén, sobre las ondas armoniosas!

Y es que mi amigo cree que todos van en su tono, a romantizar alrededor de la laguna, la ovalada úlcera abierta en el corazón de Catia, al oeste de la Nueva Caracas.

LA GASOLINA EN LA PERCHA

En una crónica anterior me referí a mi smoking, prenda de vestir que algún día hago figurar en uno de nuestros más interesantes museos y a la cual estoy unido por estrechos lazos que ¡solo la «pelona» podrá romper con su guadaña siniestra!

¡Mi smoking! Cómo le he agradecido a mi padre su herencia en las temporadas de ópera. ¡Si no hubiera sido por él, a estas horas el pobre Perico no hubiera visto las óperas que en el Municipal nos obsequian los macarrónicos compatriotas de Garibaldi!

Pero ya basta de mi propio smoking. Vamos a referirnos en esta solemne oportunidad lírica a los otros, a la percha de lujo que se gastan los demás y que sale a relucir en muy contadas oportunidades. Es raro el mísero mortal que no tenga escondido en su escaparate un viejo smoking, un flamante frac antiguo o un estupendo paltólevita, de aquellos que en el Centenario de la Independencia ponían a palpitar como locos los corazones femeninos.

Por lo de la indumentaria solamente es de agradecerle a nuestros empresarios el esfuerzo de traernos un gran espectáculo como la ópera. Yendo en noches grandes al Municipal se evocan las épocas lejanas e inefables en que nuestros abuelos, metidos hasta los hombros en el frac o el smoking, acompañados de nuestras «mamás viejas» vestidas de miriñaque, iban a deleitarse con las notas de *La sonámbula*, *La favorita*, *Romeo y Julieta* y otras obras grandiosas. La generalidad de los smokings actuales son heredados.

Desde que comienzan a aparecer en los diarios los avisos de la ópera, nuestros aficionados brincan entusiasmados al primer puesto de «Venzóleo» y se arman de la

clásica botella de gasolina para poner el traje «como un clavo». Desde entonces, cepillo y cepillo, y gasolina y gasolina, hasta que la prenda queda como un propio papel de coger moscas. ¡Y los vendedores encantados! Con la llegada de una gran compañía, la venta de gasolina aumenta en un ciento por ciento.

Y ahora me explico el porqué de la terminante prohibición en el Municipal: «¡Se prohíbe terminantemente fumar!». ¡Figúrese el lector lo que ocurriría si la chispa del fósforo de un fumador llega a un smoking! ¡El candelorio es gordo! ¡Ni el incendio del Teatro Novedades de Madrid lo iguala! Porque en los ternos de los «fanáticos musicales» hay más gasolina que en el tanque de un camión Broackway.

Entre por gusto al Municipal. Al traspasar la puerta, le parecerá que está en un garaje .¡Qué violincito! ¡Y no hay perfume posible para apagarlo! ¡Qué va! Contra gasolina no hay sen-sén ni chiclet. Si el aguardiente tuviera el violincito de la «esencia», como la llaman los aviadores, habría menos borrachos y sería imposible transitar por la playa del Mercado.

Y a propósito de gasolina y fluxes. Todos saben que la gasolina para limpiar ropa es una maravilla; pero casi todos ignoran que huele a ataúd: diríjase usted a La Equitativa y meta las narices en una urna. Lo mismo que si estuviera oliendo un radiador de auto... Bueno, es el caso que cierto día falleció repentinamente un apreciable caballero de nuestra sociedad. Un amigo suyo, amigo mío también, al saberlo salió apresurado para su casa, mandó a buscar gasolina y se puso a limpiar su flux negro para ir al velorio. La madre del difunto era ciega y sabía perfectamente que las urnas olían a gasolina. Nuestro tercio se

puso como un clavo, «todo de negro hasta los pies vestido», y se dirigió a la casa mortuoria.

La puerta y el anteportón de par en par. La siniestra hilera de sillas de todos colores a lo largo del patio. Entró. En el corredor estaban un tío y dos hermanos del difunto. Los abrazos de ley:

—¡Lamentándolo mucho!

—Gracias.

—Lo acompaño en su sentimiento.

—Agradecido.

Luego tres o cuatro palabras sobre el pobre difunto:

—¿De qué murió?

—El médico dice que de insuficiencia mitral.

—Caramba. ¡Tan joven y tan lleno de vida!

—Quién iba a decirlo...

—Parece mentira.

—¿Dónde está doña Juana?

—Mamá está en el cuarto con el cadáver...

—Desearía saludarla...

—Venga por aquí...

En el centro del cuarto, la cama con el cadáver envuelto en una blanquísima sábana; una mesa con un Cristo, floreros y dos briseras con sus velas de a medio, ardiendo; en un rincón, una viejecita, llorosa, con grandes quevedos ahumados...

—Buenas noches —dice al entrar nuestro tercio.

—Buenas noches —responden.

El cuarto se llena con el olor de la gasolina del flux y la viejecita, llevándose las manos a la cabeza, comienza a gritar llena de lágrimas:

—¡Llegó la urna! ¡Llegó la urna!

Figúrese el lector cómo quedaría nuestro tercio. En el centro del cuarto, viendo para todos lados y echando bollos *sotto voce*, mientras a sus espaldas, las damas de compañía de la adolorida matrona se ríen a más y mejor.

Por eso, lector, te aconsejo que no limpies tu flux negro con gasolina cuando se trate de un velorio. ¡Te pueden confundir con el ataúd, y si es para ir al teatro, ojo de garza con los fósforos!

LOS VELORIOS

Si por algo no quisiera yo morirme es por esa última noche que pasa uno en su casa, en calidad de difunto. Por eso; porque es la oportunidad en que los amigos nos tributan los postreros testimonios de aprecio, los cuales testimonios, sobre ser muy costosos, no creo yo que hagan maldita la falta para los efectos del viaje eterno, ni que vaya a tomarlos en cuenta el Juez Supremo a la hora de la liquidación, que es en lo que debe poner mayor interés todo difunto que se estime.

A mí me gustaría marcharme al otro barrio sin disfrutar de esa juerga póstuma que llamamos velorio, para quitarle a la familia el derecho de exclamar: ¡Caramba! ¡Hasta después de muerto nos fue oneroso!

La verdad, entre las malas costumbres nacionales, esa de los velorios no cede la supremacía a ninguna. Podría equipararse a la de pedir fiado, concediendo mucho a esta última.

Es lo que dije a un observador muy avisado: «El amo del muerto es el que llora. Los demás son bebedores de café».

Y de Hennessy y de Ceiba, agregaría yo.

Porque estos elementos entran en la casa mortuoria juntamente con los arreos de la agencia funeraria.

Desde que el candidato a muerte recibe la extremaunción, los deudos que piensan sobrevivirle tienen que allegar licores y comestibles en abundancia, para hacer frente a la condolencia de los relacionados. Llega la noche del *velorio*, empieza para los *amos del muerto* la tarea de recibir innumerables abrazos, y referir a cada uno de los visitantes los pormenores de la catástrofe, a saber: a qué hora murió el sujeto, su serenidad en tan triste emergencia, sus últimas palabras, etcétera. Son detalles que inquiere con el mayor interés todo el que llega a ponerse al habla con los doloridos, y que se oyen poniendo cara de funeral, e intercalando exclamaciones más o menos encomiásticas para el difunto.

—¡Pobre fulano! [dice uno que le trató íntimamente]
¡Era lo mejor de la familia!

—¡Lo mejor! —corroboran todos los deudos sollozando.

—Era excelente como padre, como hijo, como esposo, como tío y como sobrino.

—¡Excelente!

—¡Ay, amigo! —infiere un señor de aspecto grave que ha estado reflexionando largo rato—. ¡Ay, amigo! Todos tenemos que andar ese camino.

Los circunstantes guardan silencio y admiran la penetración del último que ha hecho uso de la palabra.

Siempre hay en los velorios alguno de estos filósofos resignados que no lloran ni se conmueven, ni suspiran, pero que llevan a las casas mortuorias los consuelos de su filosofía estoica y nunca tienen cigarros. Las primeras horas de la noche se invierten en enaltecer las virtudes del finado



Ilustración de «Leo» para la publicación de «Las Visitas», de «Jabino», en *Fantoches*.

y disertar sobre la inestabilidad de las cosas humanas. Pero luego comienzan a perder terreno las disquisiciones lúgubres, se hacen lugar los chascarrillos, las reminiscencias de cosas alegres, y el cuerpo va entrando en ganas de jolgorio. Máxime si ha circulado el Hennessy o cualquier otro producto de alambique.

A todas estas, el elemento femenino ha ocupado las piezas interiores. Allí se habla de la saya de la señora B., de lo fea que se ha puesto la señorita A., de los amores de fulanita con menganito, y de todo lo que no tenga asomos de duelo.

Las niñas se han colocado de manera que se las pueda ver bien desde el campo contrario (el de los hombres) y que

puedan ellas ver lo que les interesa. Las que pueden llorar sin *descomponerse*, obsequian al difunto con unas cuantas lágrimas; pero las que tienen sus razones para no gastar sensibilidad acuosa, se arreglan como pueden para dar pruebas de dolor auténtico.

—No llores, Paulita, que te destiñes —dice una mamá previsor a su tierno renuevo.

La aludida, que. conoce toda la importancia de la observación materna, se limita a suspirar con frecuencia y cumple sin menoscabo de sus encantos personales.

—A cenar, a cenar —dice uno de los allegados, y recorre toda la casa repitiendo la frase mágica.

Pero en eso de la cena hay que hacer distingos.

Si la cosa no merece los honores del mantel, los doloridos se encargan de llevar a cada prójimo su taza de lo que sea, con un aditamento masticable que el favorecido pueda despachar sin moverse de su asiento.

Suele suceder que lo que se pone en circulación es un cacao claro, con bizcochos de poca trascendencia, y entonces es casi seguro que el muerto amanece solo.

Tonto será el que vaya a pasar una noche despabilado con semejante sutileza en el estómago.

Pero cuando la cena se verifica en mesa general, es otra cosa.

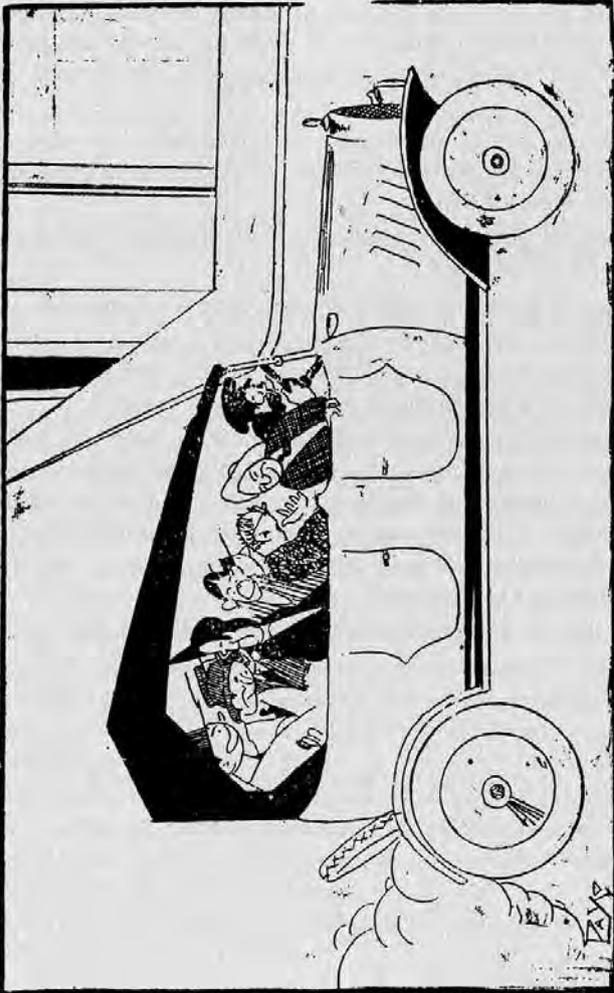
Allí están los novios que se dieron cita para el velorio; el íntimo de la casa, que consume comestibles con la más honda pena; y no faltan los graciosos que amenicen el acto con sus chistes.

En oposición a estos, hay otros comensales de semblante compungido que sufren y toman chocolate silenciosamente; pero son tan pocos que prevalece la alegría,

y transcurren las horas en medio de la armonía y el contento general, como dicen los revisteros; en tanto que el anfitrión se está en la sala, tendido largo a largo entre cuatro candelabros de La Equitativa y sin decir esta boca es mía.

Si por algo no quisiera yo morirme es por eso del *velorio*.

PRODUCTOS NACIONALES



"LA VAQUITA"



DETRÁS DE BASTIDORES

- Aquel que corre detrás de la dama es el actor de carácter.
—Pero de muy mal carácter.



BEL CANTO

Ella: —¡Yo soy un pajarillo enamorado!

Él: —¡Maldita con sarampión!

Filosofía gatuna



El micifús. —Eso le pasó por no hacer su boladas como yo:
a media noche.

CASO CLINICO



—Después de un detenido examen, he venido a comprender que usted no tiene fósforos.

—Ni cigarrillos tampoco.

RAFAEL MICHELENA FORTOUL (Chicharrita)

Nació el 13 de mayo de 1890 en Barquisimeto y murió en Los Teques el 27 de octubre de 1933. Escritor fácil y de obra abundantísima que prodigó generosamente en los mejores periódicos y revistas de su tiempo, por los años de 1925 a 1930 anunció repetidamente varios libros, de los que no llegó a publicar sino una colección de *Avisos comerciales en verso* y un novelín satírico en prosa, *Los Tití*, que por su contenido alusivo a ciertas falsas aristocracias que habían prosperado a la sombra del gomecismo, fue inmediatamente decomisado por la policía. Bajo el padrinazgo siempre estimulante y bondadoso de «Leo», realizó Michelena Fortoul, como jugando, una obra que en su balance final resulta la contribución más interesante de la generación de *Fantoches* al humorismo venezolano de nuestro



Caricatura de «Alfa»

siglo. Después de un período inicial de poesía firmada, en el que cultivó sin éxito un lirismo menor de acento decadente, al asumir por el año 26 la personalidad intencionadamente chirle del bardo orillero «Chicharrita», llega a la fiesta de la poesía humorística de Venezuela con la desenvoltura de un invitado tan confanzudo como goloso, que a esperar ceremoniosamente en la sala las atenciones gastronómicas de la anfitriona, prefiere pasar directamente a la cocina. Antes de la aparición de «Chicharrita» en *Fantoches*, los temas de gastronomía criolla no habían tenido sino muy esporádicos cultivadores, como Juan José Breca y Teodosio Adolfo Blanco en el siglo pasado. Cantor inimitable de los más sólidos y humildes productos de nuestra tradición culinaria, su obra es la de un auténtico *gourmet* popular, cuyo discurso llega al lector con la abundancia gustativa y olfativa de una mesa de feria. Nuestro caraqueñísimo hervido picado; la complicada colección de espesos platos que van desde el proletario pabellón con baranda hasta el barroquismo transculturado de la indigesta olleta de gallo, ningún sabor de nuestro folklore gustativo escapó a las solicitudes de aquella su musa cocinera,

Gustosa, criolla, sólida y sencilla
 como un faldón de carne a la parrilla;
 dulce y picante y buena de beberte
 más que un buen vaso de guarapo fuerte.

Para prologar un pequeño cuaderno de versos de «Chicharrita», escribíamos en 1962 lo siguiente:

Con sus fragantes elogios del majarete, con sus nostálgicas evocaciones de los sólidos tequiches de su niñez,

con la multitud de condumios tradicionales que nos llegaban en sus estrofas como el gran almuerzo versificado de los sábados, o con sus quejosas epístolas de amor en que la evocación de la amada fugitiva se relacionaba indefectiblemente con la de los succulentos sancochos que sabía condimentar, «Chicharrita» fue al mismo tiempo nuestro Arcipreste de Hita y una especie de Peter Brueghel traducido a la poesía criollista. Su gula insaciable y su pupila espléndidamente educada en el espectáculo mañanero de los mercados y carnicerías, se traducían para los lectores de sus versos en un derroche de color y expresividad gastronómica, semejante a los de esos grandes azafates de viandas con que el viejo Brueghel parece convidarnos a participar en su historiada *Boda de los campesinos*. Y aunque en su caraqueño vecindario de El Guarataro no le fue dado a «Chicharrita» conocer amoríos de tan santo olor como los que gozó su otro ilustre antecesor en la espiritual Doña Garoça, su obra toda, como la del pícaro Juan Ruiz, fue un canto permanente a aquellas dos cosas sabrosísimas por las que «según Aristóteles» vivía el hombre:

... la primera
 el aver mantenencia. Et la otra cosa era
 el aver juntamiento con fembra placentera.

Pero como sucede también con los dibujos de «Leo», más allá de estas gozosas apariencias flota una indefinible sensación de tristeza. Y para aquellos que sean capaces de percibir el trasfondo humano, el mundo un poco sórdido y desamparado que palpita en la secreta intimidad de estos versos, acaso resulte «Chicharrita» más

que el poeta de los hartazgos, un exponente por antífrasis de la vieja hambre de nuestro pueblo. Su obra para el estudioso del costumbrismo o de la poesía satírica en el país, lo exhibe como el gran reivindicador del buen condumio vernáculo y de la abundancia alimentaria, frente a los caprichos de una sociedad que, desde los tiempos de Guzmán, se había acostumbrado a entretener su hambre con delicadezas de un gusto francés pésimamente interpretado; pero como testimonio de historia y examinada en su honda humanidad, describe la obra de «Chicharrita» el cuadro torvo de una Caracas aguardentosa, mugrienta y arrabalera cuyo signo más constante, entonces como hoy, es la miseria de su pueblo.

SONETARIO GALANTE

(En el álbum de doña Romualda Leña, exquisita cocinera del restorán La Gran Chinchurria)

Doña Romualda, tan frondosa y bella,
pulpa sana en sazón, mas deliciosa;
embalsama el fogón como una rosa;
alumbra el restorán como una estrella.

Para hacer un menú nadie cual ella.
Española de estirpe apetitosa,
prepara con majeza salerosa
el cocido, el gazpacho y la paella.

Pero yo, como buen venezolano,
la admiro más cuando se pone criolla,
¡oh, Venus otoñal de la cocina!

Cuando aliña un mondongo de marrano
o hierve el menestrón... y de la olla
¡se exhala el suave olor de la cecina!

*

Así me gustas más, señora mía,
musa inefable de las caraotas,
que mi apetito olímpico alborotas
y me sancochas las melancolías...

Yo *La Ilustre Fregona* te diría;
de Cenicienta diérate las botas...
Pero aunque tengas las chancletas rotas,
¡tú eres mucha maraca todavía!

Por ello y por lo otro que tú sabes,
pondré a tus pies, después que te los laves
este haz de floridas emociones,

para cantar la gloria de tus ojos...
y recordarte, trémulo y de hinojos,
¡que me guardes también los retallones!

EL PUENTE DE DOLORES

Hoy, dulce Lola, mi rabel enfloro
con púdicas violetas y azucenas,
porque en la fiesta de tu boda estrenas
un puente de marfil con chapas de oro.

Ya no habrás de comer solo maicenas
ni masticando sufrirás azoro,
y el amado pondrá beso sonoro
en tus mejillas, de gordura plenas.

Debes, oh Lola, inaugurar el puente
—jocundo el corazón, la faz sonriente—,
pues para siempre sanarás del flato;
no te saldrán furúnculos ni orzuelos
y triunfarás de digestivos duelos
sin usar nunca más bicarbonato.

DE RETORNO

A bordo de su lírica goleta
—¡oh, lírica gaviota!—
a la playa natal torna el poeta
(¡ay, rima siempre infiel!) ¡torna el poeta!

Regresa el vate a la nativa costa
con la voracidad de la langosta;
y así, al brincar de su velera nao,
le tortura las tripas un calambre,
pues ni aun en Curazao
el gran funche holandés le mató el hambre.

Conocer quiso la cocina exótica,
su musa, en la gran gira trasatlántica,
y hoy retorna neurótica,
o lo que es *pior*: romántica;
y el astro lanza su rebelde grito
en el retortijón del apetito:
—Caracas está allí: ¡me huele a frito!

Salud, ¡oh pueblo hermano!
En las tierras ignotas
del oscuro y famélico ostracismo,
no te olvidé, mondongo de marrano,
ni os olvidé, divinas caraotas,
con sus inconvenientes de lo mismo.

La cocina de fuera es muy majunche:
gofio canario o antillano funche:
de hoy más a lo extranjero hágame el sordo,

lo digo en alta voz pa' que se sepa:
¡Nada como una arepa
y un buen sancocho de novillo gordo!

¡Dios te guarde, oh mi valle de Caracas!
¡Próvido valle al corazón tan caro!
Oh, bendito pensil de las hallacas:
¡Ya nunca más saldré del Guarataro!

CONFITEOR DEL POETA IRREDENTO

Perro que come manteca,
mete la lengua en tapara.

REFRANERO

Yo, poeta del hampa triste,
pordiosero sentimental
que nunca come ni se viste,
jamás se baña y come mal;

Yo, que camino sobre abrojos
y llevo, por lírica ley,
en la cabeza muchos piojos
y en el corazón un mapuey;

Yo, por subir a la montaña
de tu amor, intenté —¡ay de mí!—
olvidar la maldita caña
y ser un burgués, un sigüí...

Pero no puedo, oh dulce Paca,
aunque sangra mi corazón,
porque todo el que bebe ñaca
le mete el pico al garrafón.

Renuncio, pues, a tu cariño;
me zumbo un palo y estoy *full*;
mi mondongo cuezo y aliño...
¡Adiós, divino ensueño azul!

HIPOCONDRIAS PLUVIOSAS

En la tristeza gris del día de lluvia,
solo tú me consuelas, ¡oh mi princesa rubia!
(«fuerza del consonante, a lo que obligas:
a decir que son blancas las hormigas»,
porque la dulce musa que me alegra
en el día de lluvia
es... ¡ya lo tengo!, una princesa nubia,
es un rolo de negra).

La negra que me trae como loco
tiene ojos gachones
como vivos carbones,
los dientes como finos toleticos de coco,
cual sortijas de ébano los suaves chicharrones,
y toda ella, linda muñeca de carbón,
por amorosa y buena, para mí es un jamón...

Ella, que del poeta
 las hondas aflicciones interpreta,
 tierna y sentimental,
 adivinando así mi pensamiento,
 para mí ha hecho una semana nacional
 del alimento.

Y así para el *ratón* del lunes me receta
 el gran plato de olleta;
 el martes ya la cosa es más sencilla:
 caraotas guisadas y carne a la parrilla;
 el miércoles de gala
 el menestrón de arvejas que al paladar regala;
 el jueves —¡eso es fino!—
 mi viejo mondonguito de cochino;
 el viernes, día módico y honrado,
 gordo hervido picado;
 el sábado de gloria
 sopa de frijolitos de adorable memoria...
 Y el domingo repica mi campana argentina:
 ¡el sublime sancocho de gallina!

Fuera todo lo exótico, fuera el plato extranjero;
 ¡gocemos los nativos del criollo venero!
 Por eso te bendigo, dulce princesa nubia,
 que de tan fuerte modo me alimentas
 y mi numen alientas
 en la melancolía de las horas de lluvia.

INGESTA MAGNA

Me arranco por lo clásico, señores,
en este instante estomacal, y quiero
a la musa *adornárlele* el pelero
con este ramo de campestres flores.

Me recuerda mis épocas mejores
este sancocho tan repajolero,
en donde el ñame y el mapuey tuyero
vierten su jugo, esparcen sus olores.

¿Y qué decir, doctor, destas cecinas,
la gordura elogiar destas gallinas,
tan bien criadas, tan apetitosas?...

Yo de su exquisitez seré el heraldo
y, mientras pruebo el oloroso caldo,
diré: —¡No son gallinas, sino rosas!...

EPÍSTOLA A MATEA

En Petare

En mi poder tu atenta, fechada el 31.
Muy buenas las arepas —¡colosal desayuno!—
Pues con las longanizas y el chicharrón de cerdo
puse la fiesta. ¡Gracias! Te agradezco el recuerdo.

Yo pienso en estos días visitar Petare,
soñar junto a la orilla del manso Caurimare
y quitarme la mugre del carnaval, Matea,
en ese delicioso «pozo de La Batea».

Bastante limpio y triste pasé estos carnavales,
con los males renales y apenas doce reales
para brindar por Momo un modesto *palito*.
Conseguí una «levosa»⁶, una careta, un pito,
y me uní a la fantástica loquera del antruejo
con mi descolorido disfraz de... dominguejo.

Ya me aburre esta fiesta que antaño fue mi grillo...
Las mismas serpentinas, el mismo papelillo,
la saturnal eterna que pasa cual un bólido,
pero ahora, Matea, no tiran nada sólido...

Añoro con tristeza aquellos dulces días
de cuando se jugaba con ricas granjerías,
cuando, desde florido y elegante templete,

lanzaban un paquete de gofio o majarete,
y, más allá, un femenino brazo,
nos tiraba un tequiche... ¡Qué amable tequichazo!

De los coches lujosos llovían los bizcochos
las «tortas bejaranas», los mangos, los topochos,
un maná de maní, una lluvia de cosas
sanas, alimenticias, baratas y sabrosas.

⁶ Paltó-levita viejo.

Y estoy triste evocando el bello tiempo aquel.
El carnaval de ahora es solo de papel,
inútil papelillo que luego el viento aventá,
que no deja un recuerdo y tampoco alimenta...

Adiós, gentil Matea, compadece al poeta
que mitiga con caña sus hondas decepciones,
y pues tu fino espíritu mi dolor interpreta,
mándame otras arepas con otros chicharrones.

SONETO DE LA AÑORANZA

No te puedo olvidar, oh Panchita,
porque vence los tristes olvidos
evocar tu sazón exquisita
¡en aquellos lejanos hervidos!

De El Mamey en la esquina bendita
—viejos tiempos tan idos, tan idos...—,
yo gusté tu ideal carne frita:
¡su recuerdo me causa vahídos!...

Bien mereces, oh Pancha, un soneto,
por tu gusto tan fino y discreto
en aliño de asados y mojos.

Canten otros poetas más sabios
tus cabellos, tus manos, tus labios:
¡yo al radiante fogón de tus ojos!

AUTONECROLOGÍA

Presiento que algún día
me matará un doctor.
Y habrá una fiestecita
íntima, en mi pensión.

Café. Charla. Cigarros.
Golpes de risa y tos.
Muy pocas sillas, y
mucho murmuración.

«Era un pobre muchacho»
«Dormía como un lirón».
Y tendré biografía
¡como tanto señor!

La gente, poco a poco,
irá, en el corredor,
entusiasmándose, hasta
hablar en alta voz.

Y no habrán de faltar:
el cuento de color,
un terno, crudo y áspero,
y alguien que huela a ron.

Mientras que yo, el difunto,
metido en mi cajón,
mendigaré el mendrugo
piadoso de una flor.

DÉCIMAS CIRCUNSTANCIALES

En un almuerzo

En este amable convite
me parece noble y justo,
que yo alabe tu buen gusto
al preparar el carite.
Nadie contigo compite
en este plato sin par;
dame una rueda a gustar
rociada con vino grave,
pues tu carite me sabe
cual si estuviera en el mar.

A una dueña de pensión

Surja mi verso sentido
para proclamar, señora,
la delicia turbadora
de este succulento hervido.
Oh, numen agradecido,
es natural que relinches,
te exaltes y te embochines
con tan rico plato ahora,
aunque a la noche, señora,
nos despalillen las chinches.

Para echar un fiado

Ilustre señora Carmen,
dueña del hotel Tolima,
es necesaria la rima
para que a ti te desarmen.
Caballeros, no se alarmen:
yo a la rima el cuello tuerzo,
y pues en lírico esfuerzo
al padre Apolo me asocio,
ya la dueña del negocio
nos va a servir el almuerzo.

En un acto literario

En esta elegante fiesta
donde el júbilo palpita,
dentro del paltó-levita
luce su figura apuesta
el anfitrión, cuya testa
es volcán de inspiración;
poeta de corazón,
de dulce y ardiente canto,
por cuya gloria levanto
esta copita de ron.

En casa de un dentista

Quiero levantar mi copa,
pues de gozo el alma henchida,
tu clientela agradecida
bulle en pintoresca tropa.
Nadie aquí tomará sopa,
pues en tu honor, gran Padilla,
toda esta gente sencilla
que antes comía verduras,
probará tus dentaduras
zumbándose una parrilla.

En un parto

La señora Chucha Gil
un nuevo niño ha alumbrado
y el nene le ha resultado
como pimpollo de abril.
Vaya mi verso gentil,
bueno, bonito y barato,
en un suceso tan grato
y en honor del chico nuevo,
por cuya ventura elevo
¡esta copa de carato!

En un almuerzo

Quisiera del ave el canto
o de Apolo el instrumento,
hoy que, llena de contento,
vas a celebrar tu santo.
Así, mi copa levanto
y el cuello a la musa tuerzo,
para que con dulce esfuerzo,
cante para ti, Dolores,
y prodigue sus loores
a este succulento almuerzo.

En la inauguración de un restorán

Hoy que inaugura Julián
—para gozo y alegría
de nuestra gastronomía—
su famoso restorán,
vuela mi verso galán
de *gourmet* y de poeta
para, con gracia discreta,
alabar las condiciones
¡de sus suaves macarrones
y su deliciosa olleta!

A una joven que acaba de cantar

Mañana es tu santo, Chucha,
y tu alma virginal
el tesoro sin igual
de sus ritmos desembucha.
Yo me quito la cachucha
y mi vieja lira toco
en tu honor, y no me apoco,
pues ya un presente te traje
y ahora gusto en tu homenaje
este fino arroz con coco.

A una alumna de la Escuela de Música y Declamación

Delicada Margarita
—voz matinal, claro trino—,
que con tu canto divino
alegras la fiestecita.
¡Qué bien recitas, mijita,
versos de Nervo y Lugones!
¡Al escuchar tus canciones
se me alebresta el cacumen
y entonces, con alto numen,
te pido los macarrones!

NUEVA EPÍSTOLA, AHORA A TADEA

Tadea inolvidable: esta noche de luna
quiero en dísticos lánguidos lamentar mi fortuna
pues sufro horriblemente desde que estás ausente;
me la paso caliente, no quiero ni ver gente
y vago, taciturno, sin encontrar reposo,
pestífero y hambriento, cual un perro sarnoso.
¿Cómo, pues, me reprochas, Tadea, que me queje,
si no bebo ni duermo y paso el hambre hereje?
En mis tristes nocturnos me calo el viejo gorro,
me enrolló en mi cobija y, desde mi chinchorro,
evoco los distantes, encantadores días,
cuando tú me colmabas de ingenuas alegrías.

Con qué deleite añora mi alma de poeta
los risueños domingos, cuando hacías olleta,
de gallo algunas veces y otras veces de rabo,
¡Con gratitud ferviente su exquisitez alabo!
Se me alborota el estro, romántico me pongo
al recordar el clásico, sabatino mondongo,
de gusto tan intenso, de digestión tan suave,
sobre todo en combina con guarapo y casabe.

¡Oh, miércoles de moda!, ¡oh, jueves elegantes!
¡menestrones de arvejas, guasacacas picantes,
que tú, con el prodigio de tus manos de armaño,
me obsequiabas los lunes con maternal cariño!

Dime, ¿por qué te fuiste en tu lírica nao,
¡oh, pérfida sirena!, dejándome ambilao?
Errante golondrina, soñadora cigarra,
acaso, como loca, te entregaste a la farra
¿y hoy no tenés ni un cobre pa' comete una arepa?
¡Ah, si eso fuere cierto, que yo nunca lo sepa!

Dime que volverás. Mi musa necesita
tus mimos, tus arrullos, tu ideal carne frita.
Con ansiedad doliente te esperaré en la playa
(la playa del Mercado, cerca de La Atarraya)
con los brazos abiertos, el ánimo contrito,
y mucho más abierto mi habitual apetito.
Y juntos, muy felices —pareja endiñadora—,
tendremos una prole robusta y bregadora.

UN ROMÁNTICO...

Así dan en llamarlo ciertas cursis señoras
y ciertos señoritos de gusto *comilfó*,
por sus rimas, perladas de lágrimas sonoras,
donde un caudal inédito de ripios agotó.

Las damitas modernas, que reparten sus horas
entre el cine, las modas, los versos y el *fostró*,
admiran de este pájaro las plumas incoloras
y guardarlo quisieran en jaula rococó.

Son su amor los crepúsculos desvaídos y quietos;
las caraotas fritas, los refritos sonetos
y el mondongo le inspira una pasión fatal.

Siempre poeta joven, de romántica cepa,
ama la luna... porque le parece una arepa:
—¡una imposible arepa del menú sideral!—.

AUDICIONES FONOGRÁFICAS

Todas las tardes, si me siento triste,
pongo en funcionamiento la victrola,
y manque siempre estoy limpio de bola,
mi alma de ensueño y de ilusión se viste.

¡Dios te guarde, gran Edison, que hiciste
ese invento que encanta y que consola!
¿Mejor que tu aparato?, ¡la pistola!,
¡en el globo terráqueo nada existe!

Por eso, si la pena me hace cisco,
en mi victrola pongo disco y disco
y gozo las más dulces emociones;

canto, bailo, me zumbo mi cañita,
olvido la tristeza y la mavita
y me río del berro y sus ratones.

CARTA A UN AMIGO EN EL CAMPO

¡Oh! mi caro colega, ¡oh!, mi amigo del alma,
que, cual Virgilio, gozas de la campestre calma,
sin que ese honesto goce te cueste ni una puya,
¡pues la choza do habitas es de la amada tuya!

¡Qué vidón te estás dando! Te levantas temprano,
sales a ver la aurora y a oír trinar las aves;
luego, el gran desayuno: costillas de marrano,
queso, ñemas y arepas tan grandes como suaves.

A mediodía, el disloque: succulento sancocho,
carne gorda, y de postres, rico cambur topocho,
elásticas melcochas, digestivo guarapo;
y en seguida la siesta, sin pijama y sin gorro,
como Dios te echó al mundo, contento cual un sapo
y roncando al vaivén del rústico chinchorro...

Yo en cambio, en la ciudad, pasando el hambre hereje,
con las chancletas rotas y rotos los calzones.
Sin embargo, no quiero que mi musa se queje,
pues no soy de la cuerda de los vates llorones
¡y, aunque he perdido el hígado, me quedan los riñones!

EPISTOLARIO VENEZOLANO

De un curazoleño a su novia caraqueña

Ayel mi ta yegá Pueltocebey y ta picá lo zancú; ta enfelmá
y echá nel pata manteca cuchín cum sufre batí pa quitá
picazón, que ta pica mucho, cará!

Cum bay, mi amol? Mi te ta mandá cum schom Je-
surum um carga plátano di cost de Paraguaná pa' que tú
ta cumé p'álante y'ta engordá y ta poné sabrosa.

Tú ta mamá gay a mí, que dis que yo cumé mucho
funche, cará, y que no gastá ni un plac! I tú y tu papa shon
Hiesú no tá cumé tort burrera y caraut negrita cum arep

casliente y ta bebé agua cum papelón raspá? Cará, no mamá gay a mí, polque ta calentá y tá peliá cum familia, negra!

Sábadi ta di cayuc schon Pedrito pa puelto la Guaira, cogé pata limpia carretera y ta llegó dumingo pa cas tí.

Tá perdoná la mala letra, ma cum yo no sabé escribí ta encargá un amí y él ta escribí rascá.

Mi ta mandá recuerdo y un quilo funche pa' cumé; me ta gualdá

(No ta contestá en papiamento).

HIESÚ CHORÍ

Contestación

Adorado Jesús:

No puedes imaginarte cuánto me ha alegrado el recibo de tu cartica; ¡ay, chico!, pero procura escribir aunque sea en venezolano, valecito, porque si no... ¡ñeñé! Yo no voy a estar descifrando charadas, chico.

Lo que dices de las picadas de los zancudos en el Puerto me parece una caña; ¿eso no será sarna? I quién sabe si *gatoemán*... Lo mejor será que te dejes de unturas y eso, y te zampes el *número*. Tú sabes.. .

Recibí los plátanos, muy grandes y sabrosos; los ligué con ese viejo funche y papá y yo pusimos la fiesta. Mamá no quiso comerlo, porque dice que eso y que es para los cochinos.

Ya veo que vienes más limpio que talón de lavandera, puesto que no tienes ni para coger el tren; pero eso no importa, que para eso está aquí tu negra, que te quiere y te apurruña.

Mucha vista con los palitos; y recibe los besos, olorosos a funche, de tu

CARMELA CHENIQUE

*De Hermágoras Rondón, orfebre maracучo,
para su novia*

¡Dulce ondina del Coquil:

¡No puedes suponerte mi tristeza en los días que he pasado sin verte! Con mi cara muy pálida y mis piernas muy flacas, atravieso sonámbulo las calles de Caracas. Me duele la cabeza, me duele el corazón, y creo, dulce ondina, que he perdido un pulmón. ¡Ya ni escribo mis versos ni pago la pensión! ¡Ay! Yo quiero tornar a la ciudad del Lago, donde me dan las musas su delicioso halago, y tú, con tus caricias alisas mi melena ¡y perfumas mis pies como la Magdalena! Si don Epaminondas me consigue el pasaje, la semana que viene, mi amor, hago el gran viaje, y soñaré a tu lado fumando mis cachimbos, comiendo mis maúros, sandías, huevos chimbos, cachicamos rellenos y perdices trufadas, ¡mondongo de marrano y sardinas ahumadas! En las noches azules, por la lacustre orilla, iremos abrazados, tomando manzanilla y la maravillosa cerveza maracucha, incomparable líquido que ni rasca ni embucha. Adiós, pues, mi sirena, flor del Coquivacoa.

(Ve si, por el telégrafo, me arrimas la canoa, pues hace días vago sin mis sueños ignotos, con la melancolía de los fondillos rotos.)

No me digas que no, luz de mi corazón, y recibe los ósculos del poeta Rondón!

Tuyo,

HERMÁGORAS

*Contestación
de la ondina del Coqui, para el orfebre Hermágoras*

¡Mi poeta!

Tu bella carta ha llegado a mi alma cual el bálsamo del consuelo, pues en estos días he estado de lo más embromada con un catarrón horroroso, y me la he pasado en la cama dándome unturas de sebo y tomando sudores. ¡Imagínate, poeta, con el calor que aquí hace! Pero llegó a mí el fresco soplo de tu inspiración y me sentí muy repuesta, porque tus palabras son para mí tan eficaces como el alquitrán de Guyot. ¡Ay, poeta! Me duele mucho que estés pasando trabajo en Caracas, pero aguanta tu chaparrón *callá* (como dicen los curazoleños) porque papá, con los malditos automóviles, ya no le saca bastante plata al negocio de alquiler de burros para paseos y matrimonios. ¡Qué tiempos aquellos en que por una hora de burro pagaba la gente pudiente hasta catorce reales! De modo, mi hijito, que no te pongas a delirar con cachicamos rellenos; esas son fantasías de tu mente loca. Sostente en la Sultana del Ávila como puedas, y dile a don Epaminondas que te dé por mi cuenta cien cobres para tus cachimbadas, torquitos y demás yerbas.

Te besa y ruega por tu felicidad y larga vida,

UTÁRALA DERRÓN

COMEDIETAS ABSURDAS

Bautizo de pobre

La escena, una salita donde se celebra un bautizo. Del techo de la salita pende un lamparón humeante de kerosene. Del salón en el ángulo oscuro un arpa, un cuatro y un güiro, tocados por músicos del gran cañón. Están en pleno yemeo.

Los personajes: negritos albañiles y algunas damas jóvenes del mismo color: son las parejas para el bailecito. Momentos después entra Juancito, que es todo un «capachero». Viste de pambiche; lleva el pajilla hacia atrás y gruesa vera bajo el sobaco. Empieza la música y se pegan...

UNO: Por seis bolos no se puede pedir más...

OTRO: Mejor será que tranquilemos las ventanas.

UNA PUPUSITA: ¡Ay, no! Yo no quiero bailar trancado.

Termina la pieza y las parejas van al botiquín, donde hay depositadas varias botellas de ron y anisado; otras, con etiquetas de champaña y brandy, están vacías, pero sirven de adorno.

UNO: Beba, señorita, este anisito, pa que nos peguemos del corte

ELLA: ¡Ay! ¿Y si me mareo?

ÉL: No le pasa nada, nosotros semos decentes.

Las demás parejas trasiegan también sus copitas.

Y prosigue el yemeo.

CUADRO SEGUNDO

Ya no hay licores. Todos están vueltos papelillo.
Se siente un olor penetrante a cují y a mono chiquito y el
gran violín cañero.

Ahora es cuando entra Juancito.

JUANCITO (*Con retrechería*): ¡Ipa! Que viva la... fiesta.

UNA PAREJA: ¡Oiga, vale, esto es de a seis bolos por cabeza!

JUANCITO: ¡Cállese, yo dentro onde sea sin pagá!

Empieza una discusión acalorada en que se calienta Juancito. Manufactura una serie muy bella de bollos aliñados, enarbola la vera... y el gran palo al lamparón, que cae hecho añicos, dejando a la selecta concurrencia en la más profunda oscuridad.

Gritos femeninos, desmayos, palabras «orsenas», pavorosa confusión. Las parejas —damas y caballeros— salen disparadas como alma que lleva el diablo.

Momentos después sale Juancito, con su vera bajo el sobaco, canturreando:

¡Pa mí los hombres son de merengue,
pa mí los hombres no valen ná!
¡Por mi valor,
por mi torear...!

TELÓN SÚPER RÁPIDO

El restorán Cucaracha

Gran inauguración del nuevo local del restorán Cucaracha, centro de refocilamientos gastronómicos de todas las clases

sociales donde alternan, ejercitando las mandíbulas para dar lastre al estómago fatigado, doctores pobres, poetas y literatos, toreros, generales viejos, parihueleros, limpiabotas y demás gente de tronío.

El dueño del elegante restorán Cucaracha ha introducido importantes mejoras en el establecimiento: un juego de comedor al estilo coriano; tres latas de querosén (bien lavadas) para hacer el mondongo; varios útiles para los demás platos y una olla grande de tierra para poner a enfiertar el guarapo.

Para celebrar este acontecimiento, el propietario ha invitado a su numerosa y selecta clientela a un almuerzo, no propiamente gratis, pero sí a mitad de precio, y hasta con la ventaja de poderse pagar por cuotas.

Son ya las 12 m. y el local está lleno. ¡Va a empezar el fiestón!

*

El dueño, con el aire satisfecho del deber cumplido:

—¡Muchachos, preparen esa lipa! ¿Qué les parece el negocio?

CORO DE DOCTORES: ¡Admirable! ¡Excelente! ¡Magnífico!

UN BACHILLER: ¡Tres adjetivos muy bien puestos! ¡No les agrego ni una palabra más!

EL DUEÑO: ¡Y esa vieja carta! ¿No quieren que se las lea?

UN GENERAL DESPRESTIGIADO: ¡Eche pa'lante, que la pelea es peliando!

El dueño lee la carta especial del gran día:

Almuerzo de oy

Mondongo de pata'e ganao	3	puyas
Guaracaros con chicharrón	3	ideme
Riñones con moscatel	3	ideme
Corazón encebollao	3	ideme
Durce de plátano		Una locha

Hestra

Carautas guizás	Un rial
Ideme fritas	Un rial con medio
Ideme refritas	Un bolíbal

Mangos, café y guarapo helado con concha'e piña.

Al terminar de leer el dueño el exquisito menú, estalla una ovación delirante; se oyen «vivas» y «olé»; y en seguida suena «el gran cañón» en la puerta, atacando el pasodoble «Conchita», que es coreado por la multitud entusiasmada y bailado en la cocina por las maritornes jacarandosas...

EL DUEÑO: ¡Dentren, muchachos, pa' que se peguen el palo y le zumben al mondongo!

EL REY DEL CAÑÓN: ¡Eso es con nosotros!

En el gran mesón coriano toman asiento, en grata camaradería, dando una bella lección de democracia, el coro de doctores, cinco literatos, un general, los cañoneros, ocho parihueleros y gente menuda.

En el instante de servirse el berro, penetra en el salón el ex-simio poeta «Chicharrita» y su botones, o sea el banderillero «Cocoíta» (*Suena una musiquita*).

«Chicharrita» se inspira al ver la lata de mondongo, humeante sobre la mesa, y se desata en las siguientes décimas oportunistas:

Mi musa, alegre muchacha,
viene a entonar su canción
en esta inauguración
del restorán Cucaracha.
Retozona y vivaracha,
viste su traje de fiesta;
y a los ritmos de la orquesta,
con donaire singular,
brinca furiosa a bailar
¡porque está la mesa puesta!

Como una noble esparciata,
alza el venusino busto
y se relame de gusto
ante el mondongo de pata;
y pues en torno a la lata
los platos listos ya están,
ustedes permitirán
que con un berrito ahora
brinde yo por la señora
del dueño del restorán.

COCOÍTA: ¡Olé!

EL DUEÑO: ¡Bravo! ¡Todos a la mesa!

«Chicharrita» y su botones toman asiento de honor. En el fondo del salón, detrás de un tabique, el flautista del gran cañón toca pianísimo la *Serenata* de Schubert...

HUMORISMO DE *FANTOCHES*

TOROS DESGARITADOS

En la Caracas de antes, cuando menos se pensaba, se oía de súbito una algarabía:

—¿Qué sucede?

—¡Corra, que por ahí viene un toro desgarrado!

Y entonces era un correr desorientado, algunos se metían en un zaguán y trancaban estrepitosamente las puertas de las casas que habían escogido como lugar de salvación; otros se encaramaban en una ventana casi queriendo coger el tejado y la mayor parte de los transeúntes se pegaban las patas del pescuezo, más desgarrados que el mismo toro. Era, hasta cierto punto, divertido.

Muchas veces a las dos de la tarde, bajo los ardores de un sol templado, se encontraba un galán departiendo con su «galana» y cuando más abstraído se hallaba en sus divagaciones amorosas, percibía de repente:

—Sálvese, que *porái* viene un toro desgarrado.

Y el galán, moderno Romeo, ante las miradas sorprendidas de su dama, olvidando todo, dignidad, amor, etcétera, trepaba por la ventana de su Julieta en un dos por tres, oyendo los mugidos del toro, que no eran propiamente gorjeo de ruiseñor.

Otra película frecuente que se desarrollaba en nuestras calles era la de las mujeres vendedoras de majarete

y conservas de coco. Apenas oían los gritos de: «un toro desgaritado» se encaramaban el azafate en la cabeza y recogién dose las faldas más arriba de la rodilla, como adelantándose a la moda actual, echaban a correr desafortadas dejando a lo largo de la carrera un reguero de conservas y otras sabrosuras criollas.

Pues bien, hacía muchos años que quien esto escribe no veía un novillo desgaritado, hasta que días pasados, paseándose cabe la orilla del río que riega las vegas del pueblo de San Roque y de Juan España, oyó las alarmantes voces que advertían la carrera desenfadada de un toro.

A este pobre cronista no le quedó otro recurso que encaramarse en una mampostería como de tres metros de altura que su buena suerte le deparó en aquel angustioso trance, y por la cual trepó en tercera velocidad, sin explicárselo aún. Ya en parte segura y sin miedo a los afilados cuernos, se puso a observar las maniobras para enlazar al bicho que se encontraba en un momento parado en tono amenazador. Uno de los hombres, especie de «monosabio», comenzó a citar lo y hacerle piruetas como para pegarle un par de banderillas.

En un instante inesperado el toro se le arrancó y el tercio, dándole la retaguardia, emprendió por la línea recta del camino una sola carrera con «el turco atrás». Un hombre, que por suerte venía en sentido contrario, dándose cuenta del inminente peligro y situándose fuera del alcance del toro, le tiró una cobija que portaba, hacia la cual se fue toda la furia del cornúpedo, salvándose de esa manera el atrevido banderillero, que tuvo tiempo de buscar un sitio para su seguridad personal.

Después, los comentarios:

—Caray, compadre, palo de susto.

- Mira, como que te rompió el paltó.
—Le hubiera sacado un lance, yo en tu caso me lo quito de encima con un quiebro.
—A que no te bajas los pantalones.
—A que no —exclamaron muchos.
Y el tercio encarándose les dijo:
—¡Yo soy un hombre!
—Busca tu toro, caimán —dijo una voz.
—A que no te bajas los pantalones —dijo otro.
Y, en verdad, el asustado no se los bajó.

OBJETOS MABITOSOS

Un amigo nuestro, que como todo el mundo tiene sus supersticiones, en días pasados nos contaba que entre los objetos más mabitosos que conocía, estaban a la vanguardia las yuntas de morrocoycitos; el caracol usado para sujetar el entreportón; el pantalón de dril de los que llaman encubridores; los zapatos que se recortan; los cuellos de celuloide; los puños de ídem; las pecheras de camisa; las corbatas de lazo hecho; algunas pajillas; los tirolés de a Bs. 12; los pocillos de peltre; las lámparas que representan una mujer parada en la punta de uno de los pies, cubierta por una especie de velo bronceado y sosteniendo en el brazo derecho el envase del mabitosísimo kerosene. Y a propósito de esto, nos refería la historia de un pantalón de dril encubridor que, en una mala situación, lo había acompañado en toda su dolorosa odisea. Aquel pantalón fue por muchos años su cruz, su corona de espinas, su Calvario, su maldición; y eran tantas las lavadas que recibía semanalmente, que cada vez que veía una batea o una barreta de

jabón, sin necesidad de las piernas de su dueño, echaba a correr como si hubiera visto un tigre.

UN DÍSTICO Y UN DISCO

Fue en la clase de literatura, que daba en la Universidad el doctor Urbaneja.

Entre los alumnos había uno al que no le entraba la Métrica y cuando le preguntaban, por ejemplo, qué es una sinalefa, brincaba a pies juntos el mar Negro. Los sofocos eran continuos. Un día el profesor explicaba lo que era un dístico y para que mejor comprendieran los discípulos dijo aquel conocidísimo del gran Acosta:

Lindísimo botón partido en dos,
hojas dio al mundo y el perfume a Dios.

Al día siguiente preguntó, dirigiéndose al obtuso compañero de clase:

—Dígame un dístico.

De seguidas contestó:

Iba por un callejón,
y me salió un león.

—¡Muy bien, bravo!

Al otro día, la misma pregunta al mismo condiscípulo y el mismo dístico:

Iba por un callejón,
y me salió un león.

En la clase sucesiva el profesor repite la preguntica y vuelve el dístico:

Iba por un callejón,
y me salió un león.

Cansado ya el maestro a los seis días de la aparición del «Rey de las Selvas», en la otra clase le dijo:

—Vamos, jovencito, quisiera que usted me dijera un dístico, pero algo nuevo.

—Casualmente, doctor, hoy traigo uno que no es igual al otro en cantidad.

—Veamos:

Yo iba por dos callejones,
y me salieron dos leones.

A lo cual, indignado, el doctor Urbaneja le replicó:

—¿Y está usted vivo? ¡Qué lástima que no se lo hayan comido en bien de la literatura patria!

CUENTO DE ANIMALES

Dos amigos aficionados a la avicultura se encuentran en la calle y comentan la excelencia de sus respectivas crías.

—Yo —dice uno— tengo una cría de gallinas javanas que cada cual pone veinte huevos a la semana.

—Pues yo —repone el otro, por no ser el de menos— soy dueño de un loro que posee siete lenguas, es decir, habla siete lenguas distintas, además del español: inglés, francés, italiano, alemán, ruso, chino y portugués.

—¡Caracoles, compañero, qué prodigio! ¿Usted no cree que si cruzáramos ese loro con mis gallinas resultaría un negociación?

—Una fábrica de loros políglotos, que vendidos a cincuenta bolívares lo menos, sería una fortuna al mes. Convenido, mañana estoy en su casa con el animalito.

En efecto, llevaron a *lorenzo* al gallinero y lo montaron en una estaca, a ver qué hacía; él, sin conocer el patio, limitóse a observar lo que allí ocurriera. Campeaba el gallo entre las gallinas, hermosísimas por cierto.

Acercóse al gallo una poncha: el sultán del corral le hizo la rueda y cumplió con sus deberes conyugales. A poco vino una jabada; el gallo, después de varias vueltas en torno, la pisó también. Minutos después una blanca, grifa, y el incansable *chantecler* le hizo la corte con el consiguiente epílogo. Así se rindieron sucesivamente seis u ocho odaliscas plumíferas a los ímpetus amorios de su dueño.

El loro, aburrido de ser testigo de tales escenas, pensó en irse a otro sitio más discreto y se lanzó de la estaca al suelo. El gallo, al ver aquel extraño huésped, sin saber qué pájaro era ese verde y patizambo, se le fue encima pero no se atrevió a atacarlo, sino que comenzó a darle vueltas, levantando polvo con las alas y cacareando. A lo cual el loro, poniéndose en guardia, en la actitud más severa que puede asumir un loro, le dijo enérgicamente:

—Un momento, mi amigo, no se equivoque: yo no estoy aquí sino de profesor de idiomas.

CORREO SIN ESTAMPILLAS

«Bachiller Mugre».—

Caracas. Como usted se empeña en que le demos publicidad a sus horripilantes versos «Negra mía», aprovechamos este Correo sin Estampillas, advirtiéndole que al darle cabida en nuestras columnas, nos tomamos el derecho de publicar con sus respectivos errores, la carta que usted le envió a nuestro Administrador.

Vamos al grano:

La negra mía

Para el Fantoche

Dedicado al gran Leo... quien save aprecial estos deslises. Si lo yegan a dar cabida en su Eddomerario me gustaría que salieran con horlas. Pongo mis humildes hideas bajo la égida de mi inorbidable condicípulo y endenantes compañero de fatigas en las cervas de guallana Francisco pancho Paes que no tenga ostacúlo en que sarga en el procimo el fantoches.

LA NEGRA MÍA

O, mi querida panchita
cuan enamorado estoy
de tu preciosa boquita
y tu andares de morrocoy.
Pol la vida ciempre boy
cantando a solas mi quit;

pero te quiero negrita
te querré mañana y oy.
trua, trua, trua, trua, truá.
el cumaco de san josé.

EL BACHILLER MUGRE

(Nota: La versorrea de Mugre está insertada textualmente.)

UN CUENTO DE DON TULIO FEBRES CORDERO
¿ME COMPRA EL GALLO?⁷

Hombre manso, apacible, incapaz de matar una mosca, tal era el doctor Cienfuegos. Pero cuando llegaba a ponerse bravo era un polvorín, estallaba como una bomba; por lo cual él mismo procuraba dominar su carácter irascible hasta donde las circunstancias lo permitían.

Cierto día estaba muy ocupado redactando un alegato, cuando fue bruscamente interrumpido.

—Tun, tun, tun.

—¿Quién es?

—Buenos días, doctor. ¿Me compra este gallo?

—No señor, no compro gallos.

—Está gordo.

—No lo necesito, ni gordo ni flaco.

—Es de buena cría.

—Le digo que no le compro el gallo.

—Se lo doy muy barato.

⁷ En la segunda edición de *Colección de cuentos* que el ilustre amigo publicó, en gran parte, originalmente en nuestro semanario.

—Aunque así sea.

—Es nuevo y bien emplumado.

—No, mi amigo, no le compro el gallo.

—¡Qué lástima! Deja usted de hacer un buen negocio.

Vamos, hasta por cinco reales.

—Ya le he dicho que no necesito gallos.

—Pero véalo usted: es una preciosura.

—Aunque sea, no se lo compro; y hágame el favor de retirarse, porque estoy sumamente ocupado.

—Mire, doctor, que estas ocasiones no se presentan todos los días. Anímese, pues, ¿me compra el gallo?

—Al fin, mi amigo..., al fin me pone usted en el caso...

—De comprarme el gallo, ¿verdad?

A Cienfuegos le estalla el apellido por todos los poros del cuerpo y arremete contra el tenaz vendedor, a quien rompe las narices y saca a trompadas hasta la puerta de la calle.

Gran escándalo. Acuden los vecinos y la policía. El hombre muestra la cara ensangrentada, y el doctor bufa de pura cólera. La policía lo arresta, y entonces el malferido vendedor, volviendo a coger del suelo su gallo se interpone entre la autoridad y Cienfuegos, diciéndole:

—Yo no pido cárcel para el doctor, sino otra cosa; y todo quedará arreglado.

—¿Qué cosa? —preguntó la policía.

—Que el doctor me compre el gallo.

—¡Ah, grandísimo bellaco! —exclamó Cienfuegos, yéndosele encima.

—No se enfade otra vez doctor: el gallo es bueno y barato.

Al fin el doctor, aconsejado por la policía y para cortar el escándalo, porque la gente llegaba como a campana tañida, resolvió aceptar la transacción.

—Tome, pues, amigo, los cinco reales, y asunto concluido.

—Mil gracias, doctor. Dígame, ¿a qué hora lo hallaré mañana en su casa?

—¿Y qué más quiere usted conmigo?

—Es que tengo otro gallo mejor que este.

—¡Otro gallo!

—Sí señor, para ver si me lo compra.

—Un trabuco naranjero es lo que voy a comprar ahora mismo, para quitármelo a usted de encima —exclamó Cienfuegos dispuesto a cometer una diablura y con razón.

TIRITOS Y TAL

Si se llama Adriano
bésale la mano.
Si se llama Andrés
bésale los pies...
Si se llama Angulo
bésale también los pies
para que la gente no
se ponga a hablar tonterías.

Si él es muy chocante
arrójale el guante.
Si él es muy bonito
tírale un besito,
pero si es muy feo
tírale también un besito
y así no habrá motivo
de comentarios.

Si es todo prudencia
báñalo de esencia.
Si es un tipo fiel
báñalo de miel.
Y si no es de izquierda
báñalo también de esencias
olorosas para que nadie
diga que si tal cual.

Si es un hombre fino
puede beber vino.
Si es hombre decente
que beba aguardiente.
Y si está rascao
pues que beba más aguardiente
para que se acabe de rascar.

CUENTOS INFANTILES
AVENTURAS DE PEDRO RIMALES,
FAMOSO SINVERGÜENZA

Una vez que Pedro Rimalles estaba sin dinero, vino una viejita a decirle que el cura del pueblo necesitaba un muchacho para que le tocara las campanas, le barriera la sacristía y fuera a comprarle en voz bajona, todas las noches, el cuartico de canela que él se tomaba tibiecito antes de acostarse.

—Yo soy el tercio para ese puesto —dijo Pedro. Y al día siguiente se levantó con las gallinas, amarró un porsiacaso de papelón y casabe y cogió camino del pueblo.

Al llegar a la casa parroquial fue recibido por el párroco, una vieja hermana suya y dos hijas de esta, personajes femeninos que nunca faltan en una casa cural de pueblo, y no por nada malo, sino porque todo buen padre cura viejo como el de nuestro cuento, necesita tener a su lado algún alma caritativa que le lave y le planche los cuellos, que le adorne el altar para las fiestas patronales y hasta sepa poner la mesa cuando el señor obispo se aparece en visita pastoral sorpresiva.

Pedro les cayó muy simpático, por lo que le dieron el empleo sin mucha conversación. Por la noche, cuando vino a traerle su cuartico al cura, este le dijo:

—Hijo mío, te he dado un empleo en mi casa y todavía no sé cómo te llamas... ¿Cuál es tu nombre?

—Ay, padre, mi nombre es un poco raro y casi me da pena decírselo. Yo me llamo *Focaray*.

—A la verdad, hijo mío —le observó el cura—, que el nombrecito es raro; pero, en fin, hágase la voluntad del Señor. Vete a dormir y que Dios te bendiga, *Focaray*.

Acababa de salir Pedro del cuarto del cura cuando encontró en el patio a una de las muchachas.

—Ay, joven —le dijo esta—, es increíble: usted ha estado todo el día en esta casa y yo todavía no sé su nombre... ¿Cómo se llama usted?

—Yo, señorita —le contestó Pedro—, tengo un nombre muy feo. Es mejor que usted me llame como le dé su gana...

—Pues si no me dice su nombre me pongo brava...

—Ah, bueno, señorita... Siendo así, se lo voy a decir. Yo me llamo *Laensalada Mehacedaño*. Ese es mi nombre y apellido.

—¡Caracho! —brincó la muchacha—. Eso sí que es un nombre raro... Pero si así te llamas, no habrá más remedio que llamarte así.

Y siguió su camino.

Un momento después vio Pedro aparecer a la otra sobrina que le venía con el mismo piano.

—Tenga la bondad, mocito, ¿cómo se llama usted?

—Ah, caramba, señorita, me va a dispensá que no se lo diga, pero yo tengo un nombre sumamente cochino...

—¿Cochino? Bueno, eso no importa... Dímelo de todos modos, o se lo digo al padre para que te bote esta misma noche...

—Está bien, señorita. No hay necesidad de eso. Yo me llamo *Quemensucio*.

—¡Qué nombrecito tienes, muchacho!... ¡Cará, a quién se le ocurre bautizar a un cristiano con un nombre tan puerco!

La única que no preguntó el nombre a Pedro fue la vieja, y eso porque estaba durmiendo desde las siete por haberle echado demasiado cucuy al guarapo de canela para el pestón.

Sería la una de la madrugada cuando Pedro se levantó de puntillas, y después de cerciorarse de que tanto el venerable como sus parientas dormían a pierna suelta, abrió todos los cepillos de la iglesia y los limpió, hizo lo mismo con la alcancía de las muchachas, se apoderó de unos ahorritos que el cura venía haciendo para la próxima fiesta de San Chorquiz, y picó los cabos sin más dilación.

Dos semanas después, día domingo por la mañana, volvió Pedro al pueblo, y como venía huyéndole al comisario del caserío donde se había refugiado desde la noche del robo, se vio obligado a meterse en la iglesia, precisamente en

momentos en que nuestro cura cantaba la misa y su hermana y las dos niñas la oían devotamente.

Una de estas acertó a voltear hacia la puerta en el momento en que Pedro entraba, y entonces se volvió hacia la mamá diciéndole con mucha alarma:

—Mamá, mamá... ¡*Laensalada Mehacedaño!*

Iba la señora a contestarle cuando sintió dos codazos de su otra hija, que pálida y asustada le avisaba angustiosamente:

—Mamaíta, mamaíta... Mira, *Quemensucio*.

En este instante se ponía el cura de frente al público, abriendo devotamente las manos para decir *dominus vobiscum*, pero viendo a Pedro lo que hizo fue ponerse a señalarlo con el dedo mientras gritaba desesperado:

—¡*Focaray!* ¡*Focaray!*

Y entonces se formó la gran cómica del siglo. Pedro, dándose cuenta de que en aquel lugar peligraba, salió a escape; al verlo que ponía los pies en polvorosa y para no perderlo de vista, se le pegó atrás una de las muchachas que lo llamaba:

—¡*Laensalada Mehacedaño!* ¡*Laensalada Mehacedaño!*

Pisándole los talones a esta, corría desaforadamente la otra que también le gritaba a Pedro para que se parara:

—¡*Quemensucio!* ¡Párate! ¡*Quemensucio!*

Y más atrás, por fin, iba el cura, que pensando en recuperar algo de lo perdido había salido también en la persecución de Pedro, dando también estruendosos gritos:

—¡*Focaray!* ¡*Focaray!*

La única que no corría era la vieja, y no por falta de voluntad, sino porque la pobre se había desmayado al recibir un papelito donde Pedro le decía:

«Señora, la culpa es suya. Cuando usted preparó la enalada anoche sufrió una equivocación y cogió el aceite de tártago creyendo que era el aceite de comer.

Pedro Rimales



FILOSOFÍAS DE UN REVERENDO

El reverendo de Sinamaica, presbítero Julio César Faría M., es un cura simpático, francote, llano y poseedor de una filosofía muy suya, que le ha dado muy buenos resultados en el ejercicio del curato, de manera especial cuando tiene que pasar el mal rato de pedir contribuciones para santificar las fiestas y homenajear a los santos.

En la hoja que distribuyó pidiendo contribuciones para la fiesta del gran San Bartolomé, habla de la cicatería de los ricos y dice lo siguiente:

Y no quieren dar y sin embargo, están obligados, en conciencia, a pagar las debidas contribuciones a la Iglesia de Dios, como pagan los impuestos al gobierno. Pero ese es el hombre. Paga al gobierno porque le teme al castigo corporal y no paga a Dios porque ve equivocadamente muy lejos el castigo eterno... pero llegará cuando menos lo crea.

Como ven ustedes, el campechano padre Faría presenta a papá Dios como un formidable *inglés*, que cobra lo que se le debe y si no le pagan puntualmente procede contra el deudor y hasta lo entrega en manos del demonio, para que lo acuñe de cabeza en la última paila del infierno.

En cambio, de los pobres se expresa muy bien el padre, dice que son abiertos, generosos, amigos de largar la platica para solemnizar las fiestas y que muchas veces dan más que los ricos. La cosa es así:

En cierta ocasión recibimos cinco bolívares de un pobre sirviente para una fiesta y el señor de ese donante envió cuatro. Inconsecuencias y contrastes de la avaricia.

Pero a esos ricos avaros los tiene el padre Faría en guarimba y el día de arreglar cuentas les va a aplicar aquello del elefante por el ojo de la aguja. No van a pasar ni que se pongan más delgaditos que cintura de avispa y entonces es cuando van a lamentar las lecherías que tuvieron para con el reverendo de Sinamaica. Se los va a llevar el diablo por pichirres.

GUERRA POÉTICA

Si los militares hicieran la guerra como la hacen los bardos, estaríamos encantados con los guerreros y hasta los acompañaríamos en sus campañas y estaríamos al lado de ellos en los campos de batalla, sin miedo a paracaidistas con ametralladoras ni a bombarderos con toneladas de dinamita.

En el colega *Oriflama* de Maturín, nos da el aeda Gerardo Luces G. algunos detalles de lo que es la guerra para

el mundo de los portaliras. El bombardeo nocturno de una ciudad imaginaria, es así:

El sol se hundía en el canal profundo de una nube gris. Un grillo, en la torre empinada de un mamón, daba la voz de alarma a la tétrica urbe; una escuadrilla de cotorras descargaba su carga de algazara sobre un anón añoso. Después, la noche pasó sus legiones motorizadas de sombras, por desiertos y pueblos...

De un bombardeo así, no protesta nadie. El mayor daño que pueden hacer las cotorras volando sobre la ciudad, es ensuciarle la ropa a uno que otro transeúnte; pero por lo demás, esta guerra es completamente inofensiva y hasta pintoresca. Ni aun saliendo uno herido sufre daño alguno, según se puede ver por este párrafo:

Yo, herido levemente por una granada de sueño, me escondí en el sótano mullido de mi cama y me cubrí el rostro con la máscara antigás de la sábana.

Lo relativo a gases asfixiantes sí nos parece ilógico y hasta peligroso, porque regularmente debajo de las sábanas se producen los gases deletéreos y si el tercio está arropado hasta la cabeza, se traga íntegros los gases por la nariz y al día siguiente amanece verde y con el estómago malo.

Por lo demás, todo el resto de la guerra poética del trovador Luces G. es un encanto. Lo único que nos ha disgustado es el capítulo de los gases; pero como están prohibidos...

¡BUENA PLANCHA!

En *Excelsior*, de Maracaibo, leemos el aviso siguiente:

SE HA PERDIDO

una plancha dentadura de marfil, donde llaman El Gavilán,
calle Colón a Urdaneta, faldeando la Cañada Nueva.
El que la presente en la Quinta Betsaida será gratificado.

Con respecto a dentaduras artificiales, teníamos noticias de las que vulcanizan corrientemente los odontólogos con caucho. Pero, ¿plancha de marfil? Solo en Maracaibo se ve cosa semejante...

Además, las planchas «dentaduras» se prestan para muchas planchas. Recordamos algunas. ¿No conoces, lector, el cuento del hombre a quien su doble plancha dentadura le mordió las asentaderas? Este sujeto, absolutamente falto de molares, incisivos y caninos en ambas mandíbulas, se mandó fabricar una plancha doble, de cierre automático. Cierta noche, al ir de visita, mientras dejaba el sombrero en el colgador, se le salió la plancha.

¡Qué plancha! No tuvo más remedio que guardársela en el bolsillo de atrás del pantalón. Pero instalado cómodamente en una mecedora, a un movimiento que hiciera comprimió la bicha, que se cerró automáticamente pegándole un mordisco salvaje en el mismo sitio en que mordió al «rey que rabió» el perro de la zarzuela.

La pérdida de la dentadura es cosa seria. Aquí, recientemente en el Circo Metropolitano, un toro de Veragua se ensayó en acrobacia brincando hasta los palcos. Un señor que veía la corrida en antepalco perdió varios dientes... sin dolor.

Por cierto que todavía no los ha encontrado, aunque no puso ningún anuncio al estilo del señor de Maracaibo.

SANCIÓN APUREÑA

Las muchachas de estos corredores nuestros, en cuanto se sienten molestadas por un *cucarachón* indeseable, llaman al policía de la esquina, le dan el pitazo y en seguida el tercio rueda a la Comandancia a declarar y luego al garaje a ensabonarse por quince días.

En el estado Apure las chicas son infinitamente más suaves, tolerantes y femeninas, le hacen una advertencia al candidato para que no pise el peine y si el individuo es inteligente escurre el bulto y se evita desagrados.

En el colega *El Cunaguaro* de San Fernando encontramos esta advertencia:

Sr. J. L. chofer de Barbarito,
no pases más por mi casa
porque te tienen mal visto;
y mamá juró por Cristo
que te zumbará la taza
con cierto perfume raro
que no es coty ni tabú:
¿será tetraetilo de plomo?
eso lo sabrás tú
cuando te caiga en el lomo.

Eso es lo decente. Es decir, lo decente no es echarle esa hedentina en el lomo al chofer de Barbarito; pero sí es decente menearle la oreja con una advertencia poética para

que esté en cuenta de que el aguacero que le tienen preparado no es propiamente de pétalos de rosas.

Y luego, que el doctor Barbarito es un caballero ajeno a esos cucarachoneos, está inocente de lo que pasa y si va en el carro cuando la vieja se empuje, puede chupar en el reguete y no hay derecho a que paguen justos por pecadores.

¡QUÉ VA, SANTINI!

¡Pero qué birria tan seria es el señor Pedro Santini-Ordóñez cuando se arranca a escribir versos! ¡Es más malo que una serie de *golondrinos!*

En el colega *Nosotros*, de Trujillo, comete el exabrupto de unos renglones que a él se le antojan un soneto, y los divide en estrofas, les pone una pila de títulos y la firma y la fecha, todo, lo mismo que se hace con los poemas *de verdad verdad*. Veamos:

Su boca es frágil, purpurino insecto;
 ducal y bello su color de cera;
 y sus ojos de menta o adormidera,
 surten de amor embriagador efecto.

Eso es... Y Santini-Ordóñez se queda muy tranquilo y campante después de haberle dicho a una dama, como un gran elogio, que ella tiene la boca lo mismo que un chinche de monte. Lo del color de cera no es muy raro, a lo mejor se trata de una muchacha palúdica o enferma de la sangre, o tal vez la ha picado un murciélago; pero esa berenjena de los ojos de menta o de adormidera sí que no tiene coyuntura por ninguna parte. Es verdad que a los

gatos, por ejemplo, de hora en hora les cambia el color de los ojos; pero esa señorita no es ninguna gata ni sus ojos son camaleones.

¡Córrela, Santini, usted no es la pulga que trasnocha a nadie ni el trovador que le hace derramar los helados a una muchacha!

VORACIDAD GUANAREÑA

En la ciudad de Guanare vive un hombre-monstruo, dotado de una voracidad verdaderamente asombrosa. Si a ese tercio lo exhibieran en la Exposición de Nueva York, dejaría pálidas, desacreditadas y por el suelo todas las cosas maravillosas que los *yankees* han reunido en esa Feria para admiración del mundo.

De este ser extraordinario nos habla en versos emocionados el bardo Pedro Tulio Henríquez desde las columnas del colega *El Portugueséño* y comienza el inconcebible relato de esta manera:

¡Un hombre se traga el sol!
Corred compañero a verlo.
¡Un hombre se traga el sol!
¿Será verdad tal milagro?

No tan solo es rigurosamente cierto que este hombre monstruoso se tragó el sol como si fuera una píldora, sino que además se comió un pedazo de cerro y anda con una sogá, dándole vueltas al brazo, dándole vueltas, dándole vueltas, con la maligna intención de enlazar a la luna y a

las estrellas para comérselas también. Escuchen la palabra impresionante del poeta:

Dicen que ensogó la luna,
que dobló el lomo ríscoso
del Cerro del Calvario
y que jinete en parda nube
hizo correr las estrellas
por delante de su sogá.

Este ser insaciable, después que enlace todos los astros para engordarlos y comérselos, vendrá seguramente contra el planeta que nosotros habitamos. Ya comenzó por comerse, como un aperitivo, la mitad de un cerro. Si viniera a Caracas, en el acto se comería nuestro amado Ávila... Y a un hombre tan feroz, el poeta Pedro Tulio Henríquez se atreve a escribirle versos, buscando que el monstruo se ponga bravo y se lo coma a él también.

UN ÓRGANO DEL AMOR

El simpático coleguita *Cupido*, de Boconó, es órgano del amor, de igual manera que otros órganos de un partido, de una agrupación o simplemente de una botica. El simpático coleguita *Cupido* es órgano del amor y solo del amor trata en sus páginas líricas, poéticas y olorosas a noviazgo y a matrimonio.

Uno de sus enamorados colaboradores le dice a la chica de sus mortificaciones: «La amo con locura, Flor de mi vida; de por Dios le exijo que sea más indulgente, para entregarle todo mi amor, para unir nuestras almas para siempre».

Cuando se está en ese período de enamoramiento, lo indicado es hablar con el papá de la niña, dar un plazo de seis a ocho meses, cruzar aros, ir poco a poco comprando los muebles y solicitar una casita barata y bonita para pasar la luna de miel, lo demás es perder tiempo en tonterías.

Otro enamorado dice: «Evito pasar por tu casa, para que no comprendas mi dolor y te burles de él si es que eres tan mala. Pero no, no quiero creer que seas así y como el corazón me obliga, todavía espero de ti aunque sea una esperanza».

Este jovencito se encuentra en peores condiciones que el otro porque está enamorado como un chino y no es atacón, no gusta de pasar por la calle de la muchacha. Eso no es así, caballero, y dispense la entrepitud; pero esta es la época en que a usted le corresponde regalar bombones, flores, libros de versos, perritos lanudos y frutas; y en cuanto al ataque y a la peladera de pavo, tiene que ser por la mañana, a mediodía y en la noche, porque cuando uno está en esa brega tiene que prescindir hasta de la comida para no perder un minuto. Ahora, si la mamá es de las que le echan agua a los pollos enamorados, lo mejor es que usted se siga por su cabeza y no pase por esa calle.

LA CLINICA LITERARIA DE "FANTOCHES"



Uno de los dibujos de «Leo» que hicieron célebre la temida figura del Doctor Landrú y su implacable bisturí crítico, especialista en la dirección de literatos maletas.

CALOJHISTO ANDA SUELTO

Hay muchos tipos que un buen día se ponen a escribir versos con el solo objeto de decirnos sus cosas más íntimas, como si la humanidad estuviera muy preocupada de ellos o de los actos que llenan su existencia.

A este número de inefables pertenece J. Ulises Calojhista (¡palo de apellido, carrizo!), quien en el bisemanario *Cromos*, de Araure, acaba de publicar unos versos titulados «Así es... mi vida...».

¡Caramba, qué desparpajo tienen algunos poetas! Da gusto leerlos para saber hasta qué punto son capaces de llegar empujados por la inspiración.

Calojhista, según las primeras estrofas de «Así es... mi vida...», es un escéptico, un ser amargado, uno de esos hombres que no creen en nada. Para él es lo mismo andar sucio o aseado, bañarse o no bañarse, comer o quedarse en ayunas, tal el primer verso con que se nos presenta:

Es mejor en el mundo vivir de cualquier modo.

Pero no es nada esto, lo serio es después, cuando nos obsequia la siguiente estrofa:

Fuera estoy de mi tierra y me gusta andar suelto
porque hace mucho tiempo me fugué de la jaula;
soy cumplido unas veces, otras veces soy maula,
y con nadie me junto para no andar revuelto.

Con esto nos comprueba el vate Calojhista que en su pueblo no eran muy zoquetes, y apenas se puso a escribir versos lo enjaularon. Luego se logró fugar, para terror de

los comerciantes de Araure, a quienes vive echando fiados. El hombre no paga ni de casualidad, él mismo ha confesado que es maula, y no es que «con nadie se junte para no andar revuelto», sino que nadie se reúne con él, porque ya lo conocen.

Cañafístola, es decir, Calojhista, finaliza su autobiografía en consonantes de la siguiente manera:

No es pecado tener una vana conquista,
 parar tipos ligero como hace un buen cajista
 y escribir versos malos cuando me viene en gana.

Sí, señor, cada uno tiene derecho a escribir versos malos, pero lo que sí es censurable es que se dé a «parar tipos» en la calle para leérselos, o que los publique en *Cromos*, de Araure, para fastidiarnos.

A Calojhista hay que enjaularlo otra vez.



Uno de los muchos títulos dibujados de «Leo», que contribuyeron a hacer famosísima la clínica del temido Doctor Landrú en *Fantoches*.

CLÍNICA LITERARIA

Cuando el cancerbero del establecimiento abrió, hoy en la mañana, la puerta de la Clínica, se coló por la rendija un sujeto que empinado, a todo correr, con la cola alzada, como dicen las gentes vulgares, echó zaguán adentro. Un enfermero lo detuvo gritando: «¡un ladrón, un ladrón!».

El desconocido, encarándose con el enfermero, le repuso:

—Usted se equivoca: yo soy un poeta y nunca he plagiado a nadie, no soy ladrón.

—Entonces, ¿por qué corría en puntillas?

—¡Ay, joven! ¿No ha oído decir nunca que los Matos son pintados y corren empinados? ¡Yo no soy pintado, pero soy Matos!

—¿Eh?

—Candelario Matos, a su mandar. Vengo de la Villa.

—¿Y perdió la silla?

—No, señor, salí a pie, en una sola carrera, en pos de esta casa, para que me dieran un calmante, porque traigo un susto fenomenal y una gran opresión en el pecho.

—¿Qué le pasó, mi amigo? —interviene Cánula.

—¡Un horror! ¡He visto dos hombres matándose! ¡Qué tragedia!

A la voz de *tragedia*, Landrú, Caifas y Barrabás, portero, practicantes, enfermeros y barrenderos, forman corro en torno del atribulado Candelario Matos, espoleándole:

—¡Cuenta, cuenta!

—Ya yo conté el caso —responde el agredido tras un suspiro— en un soneto que publiqué en *El Paréntesis* de Villa de Cura, titulado «Ocaso rojo».

—¡Oh, caso rojo! —exclama Landrú y agrega—: continúe, poeta, continúe. A mí esas cosas sentimentales me parten el alma.

Candelario agarra una silla, se coloca tras ella en actitud de repartición de premios y se arranca: «Ocaso rojo»...

Se mataron los dos. Yo vi la lucha.
La causa fue una mujer ligera.

—No vaya tan ligero, don Candelario, porque puede perder un pie... o una sílaba: ese verso se le ha quedado cojo —interrumpe el imprudente Cánula.

—Yo lo que encuentro mal hecho —objeta Landrú— es que haya visto el pleito y lo venga a decir ahora, en lugar de írselo a contar a Gregorio Vegas. Siga, vate, siga.

Amarlos simulaba, zalamera,
que en intrigas de amor era muy ducha.

—O muy regadera.

—Ducha, doctor, ducha.

—Eso es lo que le vamos a dar a usted para que se calme —truenan el intransigente Caifás—, porque ese zalamera entrecomado es un ripio que aquí le tenemos que quitar.

Eran dos bravos mozos. Delirantes
se acometieron, y, con saña fiera...

—¿Qué le ocurre, señor Matos? ¿Se le acabaron los consonantes en *ucha*, para completar el soneto? Aquí podemos alquilarle algunos de medio uso: hucha, cachucha, trucha, escucha, maracucha, capucha, casucha, garrucha,

machucha (y machicha), achucha, embucha y todos los diminutivos femeninos, como Mariucha.

El practicante Veniquet, que tiene algo de poeta y de aficionado a los toros, le corrige el cuarteto así:

Eran dos resabiosos. Uno achucha,
el otro embiste, como bestia fiera,
y una media estoca lagartijera
propina al otro por la ingrata Chucha.

Pero Candelario no le hace caso a la reforma tauro-gramatical y recita, aún más:

...de sus largos puñales la hoja entera.

—Dos puñales, porque es de suponer que cada quien llevaría el suyo, y ¡una sola hoja para los dos!

—Claro, si le pongo una hoja a cada uno el verso me resulta muy frondoso y no aconsonanta.

—Existe razón —apacigua Landrú—, déjenlo que acabe de relatar el crimen, es más emocionante que una película de serie.

De sus largos puñales la hoja entera
hundíase en los pechos palpitantes.

—Vamos con los tercetos, que son los dos últimos episodios:

Rodaron por el suelo y, ¡todavía!,

—¡Y todavía! ¡Qué admiración!

sobre charca de sangre se abrazaron
mordiéndose con furia en su agonía.

—¡Cuánta saña!

—Y cuando usted salió corriendo, ¿quedaban siquiera los zapatos?

—¡Nada! ¡Empezaron a pelear de pata en el suelo!

—¡Qué horror!

—Lo que encontraron fue un flux metido entre otro.

—¡No interrumpen!

Y en tanto que ocurría esta tragedia,
la vil mujer, por la que se mataron,
continuaba con otro su comedia.

—Ya decía yo —exclama uno de los barrenderos—
que una cómica debía ser, porque esas mujeres de teatro
siempre son malas.

—Alguna de la Compañía Saavedra, que fue la última
que estuvo en Villa de Cura.

—¡Vaya que tuvieron algún éxito!

—A callarse, que este señor está muy delicado. Después de lo que ha visto, queda propenso a una afección cardíaca. ¡Denle bromuro, denle esparteína, trinitrina, morfina, estricnina... y hasta una guillotina! Queda prohibido, antes de acostarse de noche, contarle cuentos de muertos y fantasmas y mucho menos decirle: ¡Candelario, que viene el coco! Se deben quitar todos los objetos rojos que pueda alcanzar su vista, no darle vino tinto ni refrescos de granadina y ponerle unos anteojos verdes para que vea el ocaso... Hay que curarlo, este mozo podrá ser un buen repórter: ¡cuando trae ese *notición!*

—Yo creo más bien —opina el sesudo Barrabás— que, después de curado, debemos nombrarlo cirujano mayor de la Clínica, porque un hombre que ve a dos volviéndose albóndigas y sale tranquilo a escribir catorce versitos malos, se atreve a todo.

—¡Aprobado! —corea la Clínica en cuerpo.

Y Candelario queda hospitalizado, desde luego a las órdenes de las autoridades villacuranas, para las averiguaciones del caso.

¡Oh, caso rojo!

CLÍNICA LITERARIA

Desde Mérida, la Ciudad de los Caballeros, escribe pidiendo a nuestro muy amado doctor Landrú sus servicios profesionales el joven y talentoso poeta Roberto Picón Lares.

El doctor Landrú, siempre atento a su numerosa clientela, está amolando el bisturí, pues cree que en este caso se va a hacer necesaria una amputación para librar al joven Picón Lares de la incomodidad en que se encuentra.

¡Imagínense ustedes la tortura que significa no poderse poner el paltó; y en Mérida, con tanto frío! Si la necesidad obligara a Picón Lares a meterse a cargador, no podría echarse un bulto a la espalda; desde que llegó la primavera, el pobre poeta duerme boca abajo... y cuando se levanta, lo hace de repente. No se puede recostar en los postes de las esquinas y se sienta a la orilla de las sillas. ¡Todo para que no se le estropeen las alas! Pues, según él mismo nos revela en un soneto que publica en el diario *Patria*, de la capital merideña, a Picón Lares le están saliendo dos alas de paloma.

¿Picón y con alas? ¡Debe resultar un pájaro raro! Algo así como una cigüeña.

He aquí el documento en referencia y que por título no se queda, pues el poeta echó el resto para bautizarlo: «A ella, que es la primavera».

¡Ya viene Primavera! Ya la miro
surgir gloriosa entre cantora brisa;
miro su rostro rubio y su sonrisa
y sus perfumes de doncella aspiro.

Esto nos recuerda las entradas de un nuevo vicario o de un nuevo jefe civil a un pueblo, cuando aparece por la carretera y empiezan a gritar: ¡Ya viene! ¡Ya viene! Y tiran cohetes, echan las campanas al vuelo y las gallinas se quitan asustadas del medio de la calle.

Los versos, aunque asonantados, no son tan malos, ¿verdad? Suenan, como los relojes, que nunca dicen nada nuevo; aparte de un pequeño embuste, porque el amigo Picón no le ha visto la cara a ninguna primavera. ¡Puede que la haya olido!

¡Ven Primavera, que por ti suspiro!

Como puede verse, el poeta tiene gran confianza con la prima Vera. ¡Para algo ese parentesco! Aunque sea para tratarla de tú.

¡Y viene! La campiña se engalana;
cantan las aves, brilla la mañana,
la flor esparce celestial aroma.

¡Llegó la dulce Primavera mía!
¡Hosanna! ¡Soy feliz, tengo alegría
y me nacen dos alas de paloma!

Menos mal que le han nacido de paloma. ¿Qué tal si le resultan de zamuro? Se nos pierde de vista el poeta.

El doctor Caifás dice que él no es mecánico y por lo tanto no se halla en capacidad de ejercer con ese pichón de aeroplano; Landrú se indigna y ordena a su secretario:

—¡Contéstele a Picón que venga volando!

Y después gruñe:

—Lo hospitalizaremos en una jaulita y, mientras llega el momento de la operación le cortaremos las plumas de las puntas. ¡Pobre querubín!

Al llegar aquí, Landrú no puede contener un sollozo enternecido y se seca una lágrima con el codo de su levita académica.

SE GOZÓ PAQUITO

Cosa de un mes, más o menos, hará que en esta misma sección comentamos los versos de un vate amigo que, disfrazado, se nos presentó diciéndonos que él era el «viejo Muro», a la vez que llamaba a una señora o señorita —no lo sabemos aún— «Tula Hiedra».

Ahora, otro amigo nuestro, simpatiquísimo por cierto y quien aúna al don de ser dibujante ciertas expansiones poéticas —F. Villanueva López de Uralde, ¡así, sin un apellido menos!— se nos perfila desde el quincenario *Perfiles* con unos versos que son «La velada en el patio» y en los cuales el poeta da muestras de haber sufrido una gran influencia del falsificado viejo Muro.

López de Uralde, al comenzar su «Velada en el patio» nos desvela con el siguiente golpe de guitarra:

Estamos los tres aquí
—nosotros dos y el niño—
y en el cielo está la Luna.

¡Vaya, hombre! Salimos de una duda: nosotros creíamos que la Luna estaba en la «Quinta Crespo». Ahora tendremos que coger un aeroplano para dejarnos chorrear los sábados por allá.

Luego Villanueva agrega:

Somos los amos del Mundo
—del de abajo y del de arriba—
Yo soy el Rey; tú la Reina,
¡y Paquito es el Delfín!

¡No ve, el hombre está influenciado! ¡Palo de disfraz, carrizo! Tú no eres ningún Rey, ni de barajas, ni ella tampoco es Tula Reyna. Quítate la careta, que nosotros te conocemos: tú eres Villanueva, el que ha publicado aquí en este semanario varias caricaturas. Y eso de que «Paquito es el Delfín» no lo aceptamos; a menos que se trate del fin de la estrofa que acabamos de comentar.

Según parece, «La velada en el patio» quiere finalizar con una corrida de toros, porque Villanueva, abriéndose de capa y citando, nos dice:

Yo lo mando a mi albedrío.
Oye un poco:
¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

Una lección taurina a nuestro amigo Uralde: no hay que mandar solamente, también hay que templar y ceñirse.

Y para finalizar, el vate de *Perfiles* se pone cariñoso, repartiendo besos:

¿Qué más quieres todavía?

¿Solo un beso?

¡toma dos!

(A Paquito le doy tres).

¿Conque tres? ¡Ah muchacho sortario que es ese Paquito! Por algo era el Delfín. Y lo que él dirá: «Los últimos serán los primeros».

CONGRESO FANTOCHÍSTICO

Tilín, tilín, tilín y tilín.

—No se escarranche, vale, recoja las patas questa no es su casa.

—¿Tú como que vinite con ganas de formá brollo?

—¡Zó!, cállense la jeta que parecen unos guaros...

—Pero cuando no venimos te pones a refunfuñá.

—Es verdad. Hoy me siento contentísimo de verlos a toíticos aquí. Veo que se van amañando con esta casa.

—Yo iba pasando porái, vide a mi compadre y dentré.

—Yo me vine derecho pacá y hasta el desayuno me lo truje.

—Ya lo veo que hoy todos madrugaron.

—Claro, como que es el día del brinquinini.

—¡Guá! Yo ni me acoldaba que hoy era día de visitá la caja con el recibito.

—Queridos colegas: por ser hoy día de cobrar, me permito proponer que prolonguemos las sesiones dos horas más de lo acostumbrado hasta que hayamos adelantado los trabajos.

—Y yo propongo a la viceversa.

—¿Qué quiere decir a la viceversa?

—Que arrebajemos más bien una hora del trabajo diario pa que téngamos más tiempo pa pasía y debeltinos.

—¡Aprobao!

—¡Aprobao!

—¡Aprobao!

—Eso lo vide yo denje el comienzoé la mosión, qui una propuesta de flojiá más era una línea. Con lo jaragana que esta gente.

—Güeno pues, el que tenga algo más que proponé que lo proponga.

—A mí no se me ocurre naíta.

—Ni a mí tampoco.

—Ni a mí.

—Entonces, si no hay nada de qué tratar...

—Un momento, maestro. A mí se miá ocurrió decí una cosa.

—¡Dígala! ¡Dígala!

—Pues yo lo que tengo que desí es quia Venezuela lo único que le falta es moralidá y más moralidá.

—¿Y qué propone usted para que obtengamos bastante moralidad?

—Que haiga una ley bien brava y bien templá pa que naide le dé ni un beso a una mujé si no se ha casao con ella. Que naide siga cuncubinao ni que el hombre quiera viví y la mujé quiera viví. Que naide tenga babagundería con

mujé si no ha díó al sebil y a la iglesia. Esa es la moralidá que yo propongo.

—¿Y cómo podemos averiguar si un hombre y una mujer han tenido relaciones amorosas para castigarlos?

—Guá, diciendo en la ley que ellos mismos están obligaos a denunciáse pa que la autoridá los castigue.

—Este colega como que está mal del coco.

—Yo, como medida previa, me voy a sentar más allá.

—Y yo lo que hago es irme porque ese tercio carga dos revolvotes de este tamaño.

—Y yo también.

—Y el otro.

Tilín, tilín, tilí.

HEMORRAGIAS DE SANGRE

—Los pétalos de las flores.

—Las fiestas de la feria.

—El último ultimátum.

—Bilis amarga.

—Otra vez otra vuelta.

—Comerse la comida.

—Las ramas de la enramada.

—Aún todavía.

—Una porción bastante.

—Varios morochos.

—Correr en carrera.

—Volver de nuevo.

—Meditar en silencio.

—Enterrar en la tierra.

—Y un pequeño regalito.

LUIS ENRIQUE MÁRMOL (Lem)

Al margen de su extraordinaria obra poética, que lo destaca como el lírico más original de su generación y uno de los más grandes de toda nuestra historia literaria, con el seudónimo «Lem» se hizo popularísimo Luis Enrique Mármol como escritor de crónicas humorísticas y especialmente de *pastiches* en que parodiaba con liviana ironía a los principales escritores de su tiempo. En su pequeño libro *Pastiches criollos* reunió casi toda esa parte de su producción que originalmente se había publicado en *El Universal* por los primeros años de 1920. Luis Enrique Mármol nació en Valencia en 1897 y murió en la misma ciudad en 1926. Sus restos reposan en Caracas.

PASTICHES CRIOLLOS
COMO SE PASA LA VIDA
A la manera de Armando Lovera

Yo creo que para escribir no se necesita tener sobre qué escribir. No tiene gracia que un señor escriba teniendo asunto sobre qué hacerlo. El que hace eso puede muy bien no ser escritor.

Un buen señor me discutía el otro día eso, mas yo le discutía lo contrario. A él le parecía que tenía razón, pero yo pienso francamente que esta era mía. Pero yo he hecho la observación de que la gente cuando discute cree siempre estar en lo cierto. Y eso no puede ser, porque uno de los dos que discuten es natural que esté equivocado. Por eso digo que el buen señor estaba errado.

Es claro que aquello no sucede siempre así. La verdad es que hay veces en que es más difícil escribir teniendo motivo, porque uno encuentra que no hay por qué lado empezar. En efecto, le saca usted punta al lápiz, escribe una línea, se mueve en la silla en que está sentado y eso que llaman inspiración no viene todavía, pero no hay tal falta de inspiración. Lo que pasa es que usted tiene flojera. Yo no creo, francamente, que haya una cosa así, que venga como llegada del cielo a facilitarle a un señor su trabajo.

La cuestión es empezar por alguna parte. Yo no sé, pero me parece que ahí está la cosa... Yo siempre que he terminado alguna crónica es porque antes la había empezado.

NO PUEDO RECORDAR

A la manera de Ángel Corao

¿Cómo fue que me dijiste
que tú te llamabas, Soñadora?
Yo no recuerdo bien,
pero creo recordar...

Tu nombre como una voz
se derritió en el silencio,
¿Recuerdas? Me diste tu nombre bello,
y a mí se me olvidó...

¿Cómo fue que me dijiste
que te llamabas, Soñadora?
Desde entonces estoy triste
porque tu nombre se hundió en la nada.

Yo no recuerdo bien,
pero creo recordar...
Fue que acaso cuando tú me hablaste
no me di cuenta...
Me dijiste que te llamabas Magdalena
pero ahora no me acuerdo...

NOTAS

A la manera de Fides

La señorita Timotea Cascarrabias, gentil botón del pensil avileño, contrajo ayer primeras nupcias con nuestro apreciable y queridísimo amigo Br. Pantaleón Zurcido. Que sea por muchos años.

*

Ayer, después de levísima enfermedad, dejó de existir la distinguida dama de nuestra sociedad, doña Cataclismo Malo. Presentamos la más sincera expresión de nuestra condolencia a sus deudos, pobres pero honrados, y especialmente a su yerno Pacífico Homobono.

*

De la conferencia que dio ayer en la Asociación Filantrópica el conspicuo pensador Cucufate Pardo, reproducimos los siguientes conceptos: «El matrimonio es la base de la familia», «La familia es la piedra angular de la sociedad», «Quien no tiene parientes ni amigos está solitario». Luego el talentoso escritor se extendió en otras consideraciones no menos sesudas...

LA SAMPABLERA

A la manera de Rafael Guinand

(Sala de casa pobre. Cuatro sillas corianas. Una lámpara barata, por si acaso le dan el palo. Bartolo cepilla un paltó-levita, tarareando un alegre cuplé popular que comienza: «Se murió mi mare!»)

BARTOLO *(Solo)*: ¡Concha! ¡Ya este bicho se puede usar como impermeable, caray! Y las conquistas que hice con él en mis buenos tiempos... Con él puesto conocí a Macaría. ¡Maldita sea!, y la condenada me decía que yo y que le gustaba mucho de paltó-levita. ¡Qué va! Más le gustaba cuando me lo quitaba *(Aquí el copista suprime un bocadillo íntegro, por demasiado íntimo)*.

TIMOTEO *(Entrando)*: ¿Qué húfole?...

BARTOLO *(Aparte)*: Me fregué. Y palo de bicha que trae *(A Timoteo)*: Llevándola. ¿Dónde amarraste esa?...

TIMOTEO *(Aquí el copista vuelve a suprimir, por los mismos motivos)*.

A LA LAJA QUE TROPECÉ ESTA MAÑANA AL SALIR DE CASA PARA IR A LA OFICINA

A la manera de Pedro Sotillo

Este pedazo de laja
que encontré junto a mi puerta
en mi cerebro despierta
mil ideas en voz baja.
Laja, laja, laja, laja...

Laja de aguda punta,
fragmento aborígen,
mirándote me asalta una pregunta:
¿dónde tuviste origen?

Entrecortando la fácil geometría del pavimento,
¿te saldrías del cemento
¡laja!
o un granuja —¡qué granuja, mire usted!—,
con la navaja
hurtada del paterno bolsillo te despegó de la pared?

¡No quiero faltarte el respeto
creyendo que eres una laja sin objeto!

Prefiero pensar que te dejarías caer de una carreta
—si es así eres bien zoqueta—
porque en ella hubieras paseado la ciudad,
la ciudad milagrosa
donde ríe la moza,
donde el perro retoza,
y al compás del *jazz-band*
los danzantes cubistas
ensayan futuristas
posturas entrevistas
en el *cine-mamá!*

Este pedazo de laja
me ha dejado pensativo...
dime tu secreto esquivo,
laja, laja, laja, laja...

CHARLAS CON CUALQUIERA

A la manera de Edmundo Chispa

Entro un tanto cohibido. Tengo que esperar poco. Mis ojos se detienen sobre una mesa que adornan floreros. Él llega hasta mí y con gesto cordial me tiende la mano. Su primer movimiento es de sorpresa, cuando le digo el objeto de mi visita. Se resigna al fin.

- ¿Y?
- ¿Cómo?
- ¿Dice usted ...?
- ¿...?
- ¿Y bien?
- ¿Qué?
- ¿Cuál?
- ¿Más?...
- ¿Decía?
- ¿Sí?...
- ¿No?
- ¿Dice usted?
- ¡Ah!
- ¿Eh?...
- ¿Y?...
- ¡Oh!...
- ¡Uh!...

PEDRO PÉREZ DE PERAZA
A la manera del Dr. Vicente Dávila

El ya teniente del heroico conquistador vasco Pedro Pérez de Peraza, Archimorro de Quiñones⁸, recibió el encargo de reducir a los *paramaichíes*, que con sus frecuentes guazábaras turbaban la apacible infancia del recién fundado pueblo de Garrapatica. De cómo cumplió el corajudo castellano su encargo, lo dicen bien los documentos que recogió para su historia inédita fray Secundino de Currutay, donde consta que los feroces indígenas, no sin que se librarán antes cien combates y escaramuzas, fueron rechazados hasta las selvas impenetrables. Venganza cumplida tomaron de Quiñones los *paramaichíes*, pues en una ocasión en que este iba con cuatro compañeros a visitar a una doña Dorotea cuyos negros ojos le habían rendido, sorprendieronlo y tras ruda refriega en que los cinco peninsulares dieron buena cuenta de innúmeros enemigos⁹, cayó Quiñones mortalmente herido, no sin haber seguido luchando, perdida la tizona, a cabezazos y mordiscos.

⁸ De quien descendía Canuto de Quiñones, que fundó hogar en la caliente tierra de Nueva Andalucía, casando con doña Clara de Rabieta, pariente cercano del encomendero Gil Sanchuca, cuarto abuelo de Parménides y Matías Sanchuca, este último que militó bajo Mariño, y de quien arrancan los Sanchuca de Cumanacoa; casada la hija mayor, Euménides Sanchuca Escalafón, con el licenciado Bárbaro Estramúñiz, uno de los afiliados al desorden federal, que murió —bien hecho— en el año 1887, dejando un hijo a quien le puso por nombre Antonio Leocadio, falleciendo este último sin sucesión el 12 de marzo de 1891.

⁹ Probanza de méritos y servicios de Archimorro de Quiñones, expediente 81327 del Archivo Enciclopédico.

Ciego y ferviente Dios del Amor, pon en mi pecho el fuego que animó a Quiñones y que los bellos ojos de mi dama me vean siempre propicios y ardientes, aunque me quemem...

CAMINANDITO

A la manera de Perico A. Monroy

Silbandito y como quien no quiere la cosa (juí juí juí, juí juí juí juí, juí juí juí juí, juí, juí, juí...) salgo a periquear por estas calles de Dios, cuando ¡tras!, el corazón me da un vuelco que me desplaza aurículas y ventrículos, porque apercibo que por la acera contraria, y contra mí, viene el orfebre Pascual, célebre desconocido, con un rollo de papeles que ni una bobina...

¡Vuelvan caras!, me digo, y pico para atrás, cuando *pipún*, casi me topo, topo a topo con mi respetable y espeluznante mamá política, que el diablo se lleve; y como anoche no encontré la puerta de casa como que di a ambular por la parte opuesta de la ciudad, si la espero —¡pring, pam, pum, pobre Perico!

Pero benditas sean las esquinas que tienen cuatro calles para elegir y *zuás*, me suelo por una, mas con tan mala pata que allá viene mi sastre, con quien no quiero dejarme ver porque me da pena mi falta de atención: después que me hizo mi último flux no ha podido vérmelo puesto, cosa que le hubiera llenado de alegría. Continúas, mi sastre se ha metido a boxeador, terrible cosa, y dicen que pega tan duro que lo llaman «El Desastre en Acción»...

¡Eureka! Una puerta abierta:
—¡Adelante! Guá, ¿eres tú, Perico? Vienes como
pedrada en ojo de farmaceuta para un pastiche...
¡No decía yo! ¡Ahora sí que la compuse!

JUAN BAUTISTA PLAZA

Nació en Caracas el 19 de julio de 1898. Después de estudiar dos años de Derecho y a continuación dos de Medicina, abandonó finalmente la Universidad para dedicarse por completo a sus estudios de música. En 1920 fue becado por el Arzobispado y Cabildo Metropolitano para estudiar en Roma, donde permaneció hasta obtener en 1923 el diploma de Magisterio en Composición Sagrada. Desde entonces hasta 1948 ocupó el cargo de Maestro de Capilla y Organista de la iglesia Metropolitana de Caracas y ejerció hasta la fecha de su muerte el profesorado en diversas ramas de la música. Como compositor, al mismo tiempo que sus obras de mayor aliento compuso Plaza una serie de piezas pequeñas de carácter coral, ricas de contenido festivo e inspiradas principalmente en el folklore infantil de los retozos filológicos, ovillos, aliteraciones y recreos dialogados. Verdaderos juguetes o golosinas musicales por las que el artista desahogaba la vena popular que ocultamente lo animaba, provienen casi todas estas composiciones de una época especialmente encantadora tanto de la biografía del autor como de la historia de la música venezolana. Son del año 1928, cuando al calor del entusiasmo suscitado por las presentaciones en Caracas del Coro Ucraniano, formaron Plaza, Vicente Emilio Sojo, Miguel Ángel y José Antonio Calcaño y otros notables músicos el grupo coral que organizado un poco festivamente para divertimento

de amigos, dio origen a lo que después ha sido el Orfeón Lamas. Asimismo alternó Plaza su prosa didáctica de historiador de nuestra música con deliciosas cartas y ocasionales crónicas que lo definen como uno de nuestros más exquisitos humoristas en el género costumbrista. Juan Bautista Plaza murió en Caracas el 19 de enero de 1965.

La picazón

Juanito Rey

Allegro

Handwritten musical score for the first system of 'La picazón'. It features a vocal line and two piano accompaniment lines. The lyrics are: 'Me pi-ca-ma pul-ga, ay que pi-ca-gón la tengo coqui-ta de mi co-ra-zón. Me pi-ca una pul-ga, ay que pi-ca-gón la tengo coqui-ta de mi co-ra-zón. Ay que pi-ca-gón, de mi co-ra-zón. Ay que pi-ca-gón, de mi co-ra-zón.'

Handwritten musical score for the second system of 'La picazón'. It features a vocal line and two piano accompaniment lines. The lyrics are: 'Aien-to que me pi-ca pi-ca. Pri-mo que me rasco Aien-to que me pi-ca pi-ca. ¿que te peca mi-ni-a, di. don-de? ¿que te para mi-ña, di. don-de?'

siento que me pi - ca siento que me pi - ca, siento que me pica, que me pica, que me
 siento que me pi - ca siento que me pi - ca, siento que me pica, que me pica, que me
 donde? donde es que te pi - ca di me una, pues que te pica, que te
 donde? donde es que te pi - ca, dime una, pues que te pica, que te
 pica, que me pica pi - ca Ay! Ay! quién fue na pul - ga pa pi - ca zón
 pica, que me pi - ca pi - ca Ay! Ay! quién fue na pul - ga pa pi - ca zón -
 pica, que te pi - ca pi - ca Ay! pul - ga
 pica, que te pi - ca pi - ca Ay! pul - ga
 ti - to junto a tu co - na - zón. Pi - ca pi - ca, me pul -
 ti - to junto a tu co - na - zón Pi - ca pi - ca, me pul -
 pa bi - cas jun - to - to a tu co - na - zón 2
 pa bi - cas jun - to - to a tu co - na - zón 2

qui-ta, pi-ca pi-ca siempre a-sí; pi-ca pi-ca, ri-ca-ri-ta, pi-ca pi-ca siempre a-
 qui-ta, pi-ca pi-ca siempre así; pi-ca pi-ca, ri-ca-ri-ta, pi-ca pi-ca siempre a-
 a — pi-ca siempre así; a — pi-ca siempre a-
 a — pi-ca siempre así; a — pi-ca siempre a-

qui. ¡a-ya-yay! ¡a-ya-yay! ¡a-ya-yay!
 qui. ¡a-ya-yay! ¡a-ya-yay! ¡a-ya-yay!
 qui. ¡a-ya-yay! ¡a-ya-yay! ¡a-ya-yay!
 qui. ¡a-ya-yay! ¡a-ya-yay! ¡a-ya-yay!

Caracas, 1928.

ORFEÓN PERRUÑO EN MARIPÉREZ

En la avenida Principal de Maripérez, a mitad de camino entre la línea férrea del «gran» Ferrocarril Central y la avenida Andrés Bello, dio principio, al filo de medianoche, en noches pasadas, el más grandioso concierto vocal, mejor dicho, gargantil, que he escuchado en mi vida. Un orfeón perruno, excelentemente organizado y de la más alta calidad, nos mantuvo en vela a los vecinos durante tres horas aproximadamente.

El coro se componía de unos 20 ladrones, distribuidos, como conviene, en los grupos clásicos de sopranos, contraltos, tenores, barítonos y bajos. Mérito muy principal de aquel imponente conjunto era el carácter interracial de sus componentes, pues es seguro que los había de todas las «marcas de fábrica» acreditadas en el mercado de esa extensa y bien acogida especie zoológica.

La cosa empezó con algo así como un tema iniciado por los bajos, un tema tan impresionante como para poner «en fuga» a todo el vecindario. Fuéronse uniendo a aquella «exposición», en sucesivas «entradas», las demás voces, llegando estas a formar, en algunos momentos culminantes de la horrisona sinfonía, los más endiablados contrapuntos. No menos sorprendente resultó ser la complejidad rítmica de aquellos contrapuntos. Como en las mejores producciones de ese tipo de música concertante *a capella*, pude observar un perfecto balance en la intervención de las distintas «voces». La predominancia de los «tenores» me pareció, sin embargo, algo exagerada en algunos pasajes, muy pocos en realidad. Creo de justicia hacer constar, de pasada, que el joven «barítono» de mi casa, quien parecía

bastante indiferente al principio, sintió, una vez llegado el clímax de la sinfonía, la necesidad de unir su bien timbrada voz a las de los demás colegas orfeonistas. Su intervención, aunque breve, fue particularmente apreciada por los miembros de la familia.

Pero lo que más llamó la atención fue la súbita aparición de un «sopranito» —indudablemente la *vedette* del conjunto— y la fórmula rítmica que adoptó con desesperante insistencia hasta el final de la pieza. Dime cuenta desde un principio de que este fogoso «sopranito» era un profundo admirador del gran Beethoven, pues la aludida fórmula rítmica era nada menos que la de la *Quinta Sinfonía*: jau jau jau JAU, jau jau jau JAU...

Me intrigaba mucho el título que podía llevar aquella vasta composición. Al fin di con él, analizando, no tanto la «estructura» y el «contenido», la *practical* y la *poetical basis* de la obra, como diría mi colega Camille Bellaigue, cuanto el efecto que de inmediato produjo sobre el alarmado auditorio. No cabe duda: aquella espeluznante sinfonía coral se titulaba *Insomnio de una noche de mayo...* Tanto más cuanto parecía ser, en estructura y contenido, la antítesis exacta del *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare-Mendelssohn.

Aquel «efecto» fue, en efecto, sorprendente, hasta el punto que a las 3 de la madrugada, cuando en el apacible barrio maripereño volvió a reinar el silencio bajo la espléndida claridad lunar de aquella inolvidable noche, ya ninguno de los oyentes pudo, seguramente, volver a conciliar el sueño, embargados como habían quedado los ánimos por el recuerdo de la suntuosa polifonía. A ello contribuyó, además, la manera tan exquisitamente poética como se desarrolló la conclusión de la obra. El autor debió de tener muy presente

el final de la sinfonía de Haydn vulgarmente conocida como *Sinfonía de los adioses*. Lo mismo que en aquella humorística composición del maestro austríaco, los solistas, a medida que se iba acercando el final, fueron discretamente retirándose del conjunto, hasta que ya no quedaron sino tres, dos y por último, uno solo: el perrito «soprano» con su incansable motivo beethoveniano... jau jau jau JAU, jau jau jau JAU...

Dada la notoria escasez de conciertos que hemos tenido últimamente en Caracas, aunada a la plácida, idílica vida urbana que estamos llevando los caraqueños, es de desear que el Orfeón perruno de Maripérez siga obsequiándonos con nocturnas audiciones, de 12 a 3 a.m., como la que acabo de reseñar.

(Canon infinito)

Andante

Es. te. rum. que te. ni. a tres di

gas, las me. tis en tres bo. ti. jas y las te.

- jas, las me. tis en tres bo. ti. jas y las te. pi. con. paz.

o. tra. vez. Quie. ras que te lo cuen. te o. tra. vez.

Es. te. rum. que te. ni. a tres di

Fin.

D.C. al. Fin.

Compos. 25 de Noviembre de 1997

Allegretto

El cuento

J. B. Planai

La a-bue-li-tas-tá de ve-na — y los nie-tos re-to-go-nes —
La a-bue-li-tas-tá de ve-na — y los nie-tos re-to-go-nes —
La a-bue-li-tas-tá de ve-na — y los nie-tos re-to-go-nes —

Li-den-ya me-to-re-a me-na, en que se ha-ble de dra-go-nes. No re-
Li-den-ya me-to-re-a me-na en que se ha-ble de dra-go-nes. No re-
Li-den-ya me-to-re-a me-na en que se ha-ble de dra-go-nes. No re-

cues-da le re-ji-ta — nin-gun cuento me-cio-nante — cho-chas-tá la pa-lab-
cues-da le re-ji-ta — nin-gun cuento me-cio-nante — Cho-chas-tá la pa-lab-
cues-da le re-ji-ta — nin-gun cuento me-cio-nante — Cho-chas-tá la pa-lab-

para el coro
-ci-ta ya-som-pie-ga va-ci-lan-te ca-si, ca-si-a-go-mi-zan-te.
-ci-ta ya-som-pie-ga va-ci-lan-te ca-si, ca-si-a-go-mi-zan-te. fin
-ci-ta ya-som-pie-ga va-ci-lan-te ca-si, ca-si-a-go-mi-zan-te.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Último de los grandes representantes de una familia larga y numerosamente vinculada a la historia literaria y artística del país, José Antonio Calcaño nació en Caracas en 1900. Al mismo tiempo que como compositor y director de orquesta, se le ha señalado como el más culto y ameno de nuestros críticos e historiadores de la música. Con su seudónimo «Juan Sebastián» ejerció desde 1918 en diversos periódicos de Caracas, y especialmente en *El Heraldo*, un tipo de crónica musical caracterizado por su sencillez expresiva y por el fascinante colorido popular de su prosa; valores que sumados al tono familiar y persuasivo de su palabra directa, han hecho también de Calcaño un conferencista de fama, reputado especialmente por sus gratísimas charlas por televisión, así como por sus cursos de apreciación musical grabados en disco. En 1958 obtuvo el Premio Municipal de Literatura con *La ciudad y su música*, libro de honda belleza donde la historia de la ciudad y la de su más antigua expresión espiritual se desarrollan simultáneamente, con el animado visualismo de un vasto fresco cinematográfico en colores. En sus *sketches* televisados de *Qué tiempos aquellos*, risueños ejercicios de arte menor, Calcaño desarrolló una serie de cuadros costumbristas que evocaban con gracia de caricatura la vida caraqueña de principios de siglo, con su bizarra escenografía doméstica, con sus viejos picarones, sus niñas cursis, sus

matronas exuberantes y sus galanes de tarjeta postal; todo ello traducido a un humorismo culto, basado en un conocimiento entrañable de los ambientes, de la época y su tipología, y expresado con una amplitud y calidad de recursos que no han conocido parangón sino en los célebres programas de *La familia Buchipluma* escritos por Carlos Fernández en los tiempos de oro de nuestra radiofonía.

Espirajo

(En la tumba del enano Bon Ami.)

Letra de Lope de Vega

"Dorotea" - Acto IV - Escena III.

Música de José Antonio Calcaño

Allargo.
buena

En el pa - so ca-mi-nan-té a ver lo que rehas de

al pom-pom-pom

ver! Aun que sé té - ras que ha-

al pom-pom-pom *al tiempo*

cor. pue des se- guir a de lan- ta

al pom-pom-pom *al tiempo*

cresc.
molto sospeso
rit
un poco rit. *solo voce e misterioso*
 Deo si vor - lo la pla - ce. *rit* *pp* *al tempo* *f*
 tan pe - que - ro ga - ce a
 que *rit* *pp* *al tempo* *f*
 el eterno Do - na - rei *rit* *pp* *al tempo* *f*
 un poco animato *rit* *pp* *al tempo* *f*
 que no se sa. be si ga ce
 misterioso e grave un po' più lento *al tempo* *f*
rit.

QUÉ TIEMPOS AQUELLOS

Episodio quinto

(Corredor de la casa de don Juan Pablo. Luisa y Aurora)

AURORA: Ay, Luisa, qué susto pasamos ayer.

LUISA: Qué mala suerte la mía. Cualquier muchacha puede tener novio y hablar con él, y yo no puedo.

AURORA: Porque tu papá y tu mamá se han empeñado en que no te pueden presentar a Pedrito por la ventana, sino en una visita formal. Y eso es lo que no se ha podido hacer.

LUISA: Sí; y por eso es que hay que estar inventando maneras de hablar a escondidas.

AURORA: Y todas las que Miguelito ha inventado han resultado un disparate.

LUISA: El pobre Miguelito. Tanto como quiere ayudarnos.

AURORA: Bueno, no te aflijas que ya todo se arreglará.

LUISA: ¡Ah, y se me había olvidado preguntarte! ¿Cómo sigue tu papá?

AURORA: ¿Papá? Él no está enfermo.

LUISA: ¿Y ese dolor que tenía en un colmillo?

AURORA: ¿Niña, qué colmillo? Yo no he sabido nada de eso.

LUISA: Sí; el día que Miguelito se metió aquí escondido con Pedrito, dio la casualidad que tu papá había venido aquí para que papá lo acompañara a comprar un remedio, como que era una tintura de fruta de burro, para echársela en un colmillo que le dolía mucho.

AURORA: ¡Pero yo me estoy desayunando con eso! Yo no sabía nada.

LUISA: Sí; y sin esa casualidad, Miguelito y Pedrito se hubieran encontrado con papá aquí y eso hubiera sido una torta horrorosa.

AURORA: Mira, Luisa, eso es rarísimo, porque si Miguelito vino era porque tenía la seguridad de que ningún viejo estaba aquí.

LUISA: ¿Tú lo crees?

AURORA: Claro, Miguelito no se lanza así, como un loco.

LUISA: ¿Y cómo lo sabría?

AURORA: Eso es lo raro. Y más raro todavía ese dolor de colmillo de papá, porque él no dijo nada en casa.

LUISA: Pero es imposible que tu papá se hubiera entendido con Miguelito.

AURORA: No, niña, eso sería una locura.

LUISA: ¡Ay, qué misterios! Yo me voy a volver loca.

Entra don Juan Pablo.

DON JUAN PABLO: Me voy a la barbería porque estoy más peludo que una hallaquita piche.

LUISA: ¡Jesús, papá!

DON JUAN PABLO: Y voy a la barbería de Eladio, porque en el Petit Trianón hay demasiada gente. Allí va mucho sigüí y mucho patiquín, y sus habladurías me paran los pelos de punta.

LUISA: Pero con los pelos parados debe ser más fácil cortártelos.

DON JUAN PABLO: Sí; pero no me peinan bien. Y ahora que me acuerdo, Aurora, ¿cómo sigue tu papá?

AURORA: Así, alentado.

DON JUAN PABLO: Vicente debía sacarse ese colmillo, aunque le quedara el portillo en la boca.

AURORA: ¡Pobre papá!

DON JUAN PABLO: Vicente desde hace días, desde que le empezó ese fulano dolor, se la pasa haciendo cosas raras. A él como que le pasa algo.

AURORA: Pero don Juan Pablo, ¿y qué le va a pasar?

DON JUAN PABLO: Yo no sé. Quizás negocios malos.

AURORA: Al contrario, si el otro día él le dijo a mamá que nunca habían ido mejor sus negocios que ahora.

DON JUAN PABLO: ¡Pues entonces me cogió el toro!

LUISA: Yo no le he visto nada raro.

DON JUAN PABLO: Bueno, me voy a la barbería para volver temprano, porque Rosario me tiene una polenta para el almuerzo. Hasta ahora.

LUISA: Hasta ahora, papá.

AURORA: Hasta luego, don Juan Pablo.

Se va don Juan Pablo.

LUISA: La verdad que a tu papá le pasa algo raro.

AURORA: No sé.

LUISA: Y a veces parece como que estuviera de parte de Miguelito y quisiera ayudarnos para que Pedrito pueda hablar conmigo.

AURORA: Luisa, ¡cómo va a ser!

LUISA: Sí. Parece como si Miguelito lo manejara.

AURORA: ¡Tú estás desvariando, Luisa!

Entra doña Rosario.

DOÑA ROSARIO: ¡Guá, Aurora! ¿Tú por aquí?

AURORA: Sí, misia Rosario, entré un momentico a saludar a Luisa.

DOÑA ROSARIO: Cómo no, mijita. ¿Y Josefina, siempre preocupada porque van a poner los tranvías eléctricos?

AURORA: No, ahora de lo que más habla es de la compañía de ópera, que dicen que va a traer Leicibabaza.

DOÑA ROSARIO: ¡Ay, mijita! Ojalá sea buena, porque la compañía que trajeron hace años fue un horror. El tenor era gordo y parecía inflado, y cantando *El Trovador* se le fue un gallo del tamaño de un pavo.

LUISA: Yo nunca he visto *El Trovador*.

AURORA: Dicen que es muy bonito y que salen unos hombres dando martillazos.

DOÑA ROSARIO: Ese es el coro de los martillos, pero no es así como tú dices, que parece que estuvieran trabajando en una carpintería.

LUISA: La ópera que yo quisiera ver es *Aída*.

DOÑA ROSARIO: Sí, mijita. Es muy linda, pero los novios se mueren ahogados en un subterráneo, y eso no me gusta. Me parece más artístico que se mueran de otro modo más fino y decente, como *La Traviata*, que se muere tísica.

AURORA: ¡Jesús, doña Rosario! ¿Y eso es más artístico?

DOÑA ROSARIO: ¡Claro, mijita! La tisis es la enfermedad de los artistas. De eso murió Chopin.

AURORA: ¡Ay, doña Rosario! Ahora que usted dice Chopin, el otro día fuimos a casa de las Álvarez, y Julia tocó un nocturno tan bonito...

DOÑA ROSARIO: Ella toca muy bien. Es discípula del maestro Bustamante.

LUISA: Yo, una vez, le oí tocar una pieza que se llama «La plegaria de una virgen».

DOÑA ROSARIO: ¡Ay, niña! Eso es bellísimo. A uno le llega hasta el alma.

AURORA: Y usted sabe, doña Rosario, las Álvarez han puesto luz eléctrica hasta en los dormitorios.

DOÑA ROSARIO: ¡Si la gente es de lo más novelera! La luz eléctrica es para la sala, para el comedor, para el corredor. Yo convengo, si se quiere, que la pongan en la cocina y en el patio. Así se ha hecho siempre. Pero ahora la han cogido por ahí, por ponerla en los dormitorios.

LUISA: ¿Y eso no hará daño?

DOÑA ROSARIO: Lo que es bueno no puede ser. ¿Tú sabes lo que es estar respirando esa electricidad...?

AURORA: Pero uno también la respira en el comedor o en la sala, si está encendido el bombillo.

DOÑA ROSARIO: Sí. Pero en el comedor o la sala circula el aire, mientras que en el dormitorio está uno encerrado con la luz eléctrica. Yo no estoy por tanto modernismo.

AURORA: Y dígame, tantas cosas como están inventando. ¿Usted sabe que en París hace unos meses un señor inventó una máquina para volar?

DOÑA ROSARIO: Sí, mijita. Y sé también que se mató. Es natural; el hombre fue hecho para andar sobre la tierra, y nadie podrá nunca volar. Solamente a un loco se le ocurre inventar una máquina de esas.

LUISA: Y hace años se mató otro con otra máquina de volar.

AURORA: El globo sí es seguro.

DOÑA ROSARIO: No, niña, no digas eso. Si con los globos también se matan. Y yo no veo cuál es el objeto de subirse en un globo y estar un rato medio mareado allá arriba, como loro en estaca, para después medio matarse al bajar. Eso es una ociosidad y una estupidez.

LUISA: Pero sería muy sabroso si uno pudiera volar como un pajarito.

DOÑA ROSARIO: ¿Y qué ganarías con eso?

LUISA: Guá, pasear por el campo.

DOÑA ROSARIO: ¡Luisa, no digas tonterías!

AURORA: Pero doña Rosario, así como se inventó el teléfono y el fonógrafo, quién sabe si inventarán una máquina de volar que sirva. No como esas que han hecho, que vuelan media cuadra y se caen.

DOÑA ROSARIO: No, niña, eso no lo inventarán nunca, porque el hombre nació para andar por la tierra. Si Dios hubiera querido que el hombre volara, habría nacido con alas.

LUISA: Ay, mamá, eso hubiera sido muy incómodo. ¿Cómo sería el paltó de papá si él tuviera unas alas en la espalda?

DOÑA ROSARIO: ¡Ay, niña! Ustedes están muy ociosas hablando tantas tonterías. Yo tengo mucho que hacer para perder el tiempo de ese modo.

Se va doña Rosario.

Una barbería. Pedrito está sentado mientras el barbero le corta el pelo.

PEDRITO: Mira, Eladio: ¿tú no has visto a Miguelito?

BARBERO: No. Hace días que no lo veo. Desde que hubo el baile en el Club Concordia.

PEDRITO: Él me dijo que nos encontraríamos hoy aquí.

BARBERO: Ese Miguelito es un pícaro. Siempre maquinando e inventando diabluras.

Entra Miguelito.

MIGUELITO: ¿Qué hay, vale?

PEDRITO: ¡Hola!

MIGUELITO: Eladio, ¿cómo estás?

BARBERO: Ahí, llevándola.

MIGUELITO: Sí, y haciendo churupos. Debes tener un puyero escondido en el colchón.

BARBERO: ¡No! ¡Qué puyero!, si parece que a la gente no le creciera el pelo.

MIGUELITO: Es que tú debías echarle Tricófero a todo el mundo, en vez de esa agua florida o no sé qué porquería que tú nos echas.

BARBERO: Yo lo que uso es pura quina calisaya, y su poquito de macasar después.

MIGUELITO: No, hombre, qué macasar ni qué agua de quina. Tú lo más que usas es pachulí con agua.

BARBERO: Si fuera así, tú no vendrías por acá. Pero tú sabes que cuando vienes, sales de aquí empolvado y oloroso, como un papel de coger moscas, y las muchachas cuando te ven se desmigajan.

MIGUELITO: ¡Veo esa caña!

PEDRITO: Bueno, ustedes con sus boberías, y tú Miguelito encantado con la vida, sin acordarte ya del mal rato que me hiciste pasar el otro día.

MIGUELITO: ¡Guá, vale, no te puedes quejar! Yo te conseguí una entrevista con Luisa y te dejé solo con ella.

PEDRITO: Sí, me dejaste muerto de miedo, porque los viejos podrían regresar a la casa y pescarme metido allí con Luisa. ¿Cómo quieres tú que estando tan nervioso, pudiera yo hablar con Luisa?

MIGUELITO: ¡Ah, vale!, yo te conseguí la ocasión, si tú no hablaste no es por culpa mía.

PEDRITO: ¿Y tú sabes lo que eso me costó? ¿Tú sabes lo que es que yo tuve que esconderme en un escaparate a mediodía y no pude salir sino a medianoche, cuando los viejos estaban dormidos, muerto de hambre, de sed y de miedo?

MIGUELITO: Ay, mi vale, pero eso con el amor no se siente.

PEDRITO: ¿No se siente? Si tú vieras cómo me dolía la barriga de pura hambre.

BARBERO: Eso debe ser muy malo; amor con hambre no sirve.

MIGUELITO: Ya tú verás cómo arreglamos algo bueno con ayuda de don Vicente.

PEDRITO: Yo no veo cómo es que nos va a ayudar.

MIGUELITO: Es que yo lo obligo.

BARBERO: ¿Y cómo puedes obligar a un señor a que haga lo que él no quiere?

MIGUELITO: Ah, Eladio, es que tú no sabes. Mira, a ese señor lo pescamos enamorando a una cocinera. Y él sabe que si no hace lo que yo le digo, lo acuso con su esposa y se forma la de San Quintín.

BARBERO: Pero eso es peligroso, porque un señor no va a estar toda la vida sometido. Ten cuidado, porque cualquier día se te va a zafar.

MIGUELITO: Eso es más difícil que tomar agua con tenedor.

BARBERO: Bueno, tú verás.

Entra don Juan Pablo.

DON JUAN PABLO: Buenos días, señores.

Barbero y Miguelito contestan. Pedrito trata de esconderse con la sábana del barbero.

DON JUAN PABLO (*Sin distinguir la cara de Pedrito*): ¿Qué hay de nuevo, Miguel?

MIGUELITO: Pues nada, don Juan Pablo. La misma barca atravesando el río.

DON JUAN PABLO: ¿Y el negocio cómo va, Eladio?

BARBERO: Pues ahí, don Juan Pablo. Bien por lo conforme.

DON JUAN PABLO (*a Miguelito*): ¿Y usted se va a afeitar?

MIGUELITO: No, es que... quedé en verme aquí con un amigo.

BARBERO: Ah, ¿tú venías a reunirte aquí con...? (*Indicando a Pedrito*).

MIGUELITO (*interrumpiéndolo, disimulando*): Sí, con Eudoro... Eudoro Freites.

BARBERO (*indicando a Pedrito*): Ah, yo creía que era con...

MIGUELITO (*interrumpiendo*): ¿Con Alejandro? No, no era con él, sino con Eudoro.

El barbero lo mira asombrado. Miguelito le hace una seña. El barbero no entiende, pero se calla.

DON JUAN PABLO: ¿Y qué se ruge por ahí?

MIGUELITO: Pues que yo sepa... Don Hernando Sotomayor me dicen que acaba de comprar otra casa. Está podrido de real.

DON JUAN PABLO: Ahora que habla de don Hernando. Yo quisiera comprarle ese caballo blanco en que él pasea de tarde por las calles, pero el hombre no me lo quiere vender y no encuentro cómo convencerlo.

BARBERO: Ah, don Juan Pablo, pues Miguelito es su tercio.

DON JUAN PABLO: ¿Por qué?

BARBERO: Porque él sabe obligar a la gente a hacer lo que no quiere.

Miguelito se escandaliza y le hace señas al barbero, pero este no entiende.

MIGUELITO: ¡Las cosas de este hombre! Tan guasón como es.

BARBERO: ¿Y eso no era lo que tú decías?

MIGUELITO (*alarmado y haciéndole señas*): ¿Tú como que tomaste ron? Hoy no es día de inocentes. Tienes la cabeza como una zaranda de a real y medio.

DON JUAN PABLO: Yo no le conocía ese registro a Eladio.

BARBERO (*desconcertado*): Bueno, yo no sé...

MIGUELITO: Yo sí sé. Eso debe ser que estás enamorado.

DON JUAN PABLO: Y a propósito, Miguel, ¿qué se ha hecho su amigo?

MIGUELITO (*alarmado*): ¿Cuál amigo, don Juan Pablo?

DON JUAN PABLO: Yo no sé, porque no lo he visto, pero es uno que me dice Rosario que se para en la esquina con usted.

MIGUELITO: Ah, pues... hace días que no lo veo.

DON JUAN PABLO: Mejor así, porque ya ese muchacho me tenía el gorro lleno. Debe ser un vago y hasta un sinvergüenza.

Pedrito, atemorizado, se esconde entre la sábana del barbero.

MIGUELITO: ¿Y usted no lo conoce?

DON JUAN PABLO: No, ni me interesa.

El barbero acaba de arreglar a Pedrito y este se dispone a irse. Don Juan Pablo se apresta a ir a la silla y Miguelito se levanta.

MIGUELITO: Eudoro como que no va a venir. Yo más bien me voy.

DON JUAN PABLO (*que no ha visto a Pedrito*): Bueno, hasta la vista, Miguel

MIGUELITO: Adiós, don Juan Pablo.

Se va Pedrito y Miguelito llama por señas al barbero, y cuando este se le acerca, le dice en voz baja:

MIGUELITO: Mucho cuidado, Eladio, con decirle a don Juan Pablo nada de lo que conversamos antes. Si le dices algo, vamos a tener un disgusto muy serio y te formo una cayapa que te dejo como guanábana de regalo. No se te olvide.

El barbero se queda con la boca abierta.

*

Corredor de la casa de don Juan Pablo. Aurora y Luisa.

AURORA: Ya tú verás cómo entre Miguelito y yo te vamos a arreglar todo.

LUISA: Ay, Aurora, tan buena que eres tú con nosotros.

Yo no sé cómo vamos a poder pagarte.

AURORA: Niña, de eso ni se habla. Hoy te ayudo yo a ti y a lo mejor mañana me ayudarás tú.

LUISA: Y tú sabes, Aurora, que cada vez estoy queriendo más a Pedrito (*suspira*). ¡Ay mi Pedrito, mi Pedrito!

Entra doña Rosario.

DOÑA ROSARIO: ¡Luisa! ¿Qué estabas diciendo tú?

LUISA: Guá... mamá..., yo decía... mi perrito. Porque ¿tú sabes?, me gustaría tener un perrito.

DOÑA ROSARIO: Nada de eso; yo no quiero animales en mi casa.

Entra precipitadamente doña Josefina.

DOÑA JOSEFINA (*nerviosa y casi llorosa*): ¡Ay, Rosario, qué desgracia tan horrible, qué cosa más espantosa!

DOÑA ROSARIO: ¿Qué fue?

AURORA: Mamá, ¿qué es?

LUISA: ¿Qué ha pasado?

DOÑA JOSEFINA: ¡Esto es horroroso! ¡Yo me muero!

DOÑA ROSARIO: Pero dinos, ¿qué pasa?

DOÑA JOSEFINA: ¡Ay Rosario, el pobre Vicente! ¡Qué desgracia!

DOÑA ROSARIO: ¿Qué le pasa?

AURORA: ¿Qué tiene papá?

DOÑA JOSEFINA: ¡Vengan a casa, por Dios! ¡Vengan para que vean qué desgracia!

Se van todas.

Sala de la casa de don Vicente. Don Vicente está sentado en traje de casa y con pantuflas. Está de perfil e inmóvil y como atontado. Se pone un dedo en la punta de la nariz y se da varios golpecitos. Después se pone el dedo en el centro de la frente y echa una mirada sospechosa de soslayo.

Entran doña Josefina, doña Rosario, Aurora y Luisa.

DOÑA JOSEFINA (*a doña Rosario*): Mira y calla.

Don Vicente se quita una pantufla, la examina, la huele y dice:

DON VICENTE: ¡Qué bella flor!

Doña Josefina se echa a llorar en silencio sobre el hombro de doña Rosario.

Don Vicente se pone la pantufla. Se quita la otra y la pasea por el aire y dice:

DON VICENTE: Lindo pajarito de peltre. Sigue volando entre las nubecitas dulces... y entre las nubecitas saladas, rellenas con queso de mano.

DOÑA JOSEFINA (*llorando*): ¿Tú no ves, Rosario? ¡Pobre Vicente! Así está desde hace más de una hora.

DOÑA ROSARIO (*con seriedad*): Esto hay que verlo con cuidado.

DON VICENTE (*que se ha puesto la pantufla*): Shiii... no le hagan bulla al tinajero, que tiene sueño. Cuando la gente quiere dormir se le debe poner el sombrero entre los labios y regarle por encima pétalos de carne frita.

DOÑA JOSEFINA (*desesperada*): ¡Esto es espantoso! ¡Yo no resisto más!

AURORA (*abrazándose a Luisa*): ¡Pobrecito mi papá!

DOÑA ROSARIO (*a Josefina*): Déjame ver a mí (*se acerca a don Vicente*). Vicente, Vicente, ¿usted tiene algo?

DON VICENTE (*como alelado*): Sí, tengo dos reales.

DOÑA ROSARIO: Pero, ¿le duele algo?

DON VICENTE: Me duele el nombre y me duele también el apellido

DOÑA ROSARIO: ¿Usted quiere algo?

DON VICENTE: Sí, quiero un burrito de hojalata y una sopa de fieltro.

DOÑA ROSARIO (*volviéndose a Josefina*): No, mijita, esto es inútil. ¿Por qué no le hablas tú?

DOÑA JOSEFINA: Es que no me conoce.

DOÑA ROSARIO: Pero prueba otra vez.

DOÑA JOSEFINA (*acercándose a don Vicente*): Vicente, Vicente, ¿tú sabes quién soy yo?

DON VICENTE: Sí, tú eres Epifanía, la cocinera de doña Virginia.

DOÑA JOSEFINA: ¿Tú ves, Rosario?

DOÑA ROSARIO: Aquí hay que hacer algo.

DON VICENTE: El mazo y la maza. El mono y la mona.

La madreperla y el padreperla. Nominativo, genitivo y vomitivo.

DOÑA JOSEFINA: Ay, Rosario, yo me vuelvo loca.

AURORA: Ay no, mamá. Porque con los dos así ¿qué hago yo?

DON VICENTE (*sentenciosamente*): Teri-terio, guabinerio.

Entra don Juan Pablo.

DON JUAN PABLO: ¡A ver, a ver!, ¿qué pasa aquí?

DOÑA JOSEFINA: ¡Ay, Juan Pablo, el pobre Vicente!

DOÑA ROSARIO: Sí. Está como alelado y habla con incoherencias. Cree que Josefina es una cocinera.

DON JUAN PABLO: ¡Cómo va a ser! Déjame ver (*Se aproxima a don Vicente*). Vicente, ¿qué te pasa?

DON VICENTE: Me pasa un tren por debajo.

DON JUAN PABLO: ¿Y qué sientes?

DON VICENTE: Siento... ciento uno, ciento trece, ciento catorce.

DON JUAN PABLO (*a las señoras*): Caramba, como que no entiende muy bien. (*Volviéndose de nuevo a don Vicente*)

¿Tú quieres que te busque algo?

DON VICENTE: No, no me busques.

DON JUAN PABLO: ¿Quieres que te traiga alguna cosa?

DON VICENTE: Sí. Un frasco de jarabe de pico.

DOÑA JOSEFINA: ¿Tú ves, Rosario? Es para volverse loca.

DON JUAN PABLO: Vamos a ponerlo en la ventana para ver si así se distrae un poco.

Las señoras van a abrir la ventana.

DOÑA ROSARIO: Sí. Es muy buena idea.

DON JUAN PABLO (*tomándolo por el brazo*): Ven, Vicente, para que veas una cosa muy interesante por la ventana.

DON VICENTE: Vamos, aunque no traje mi maleta.

DON JUAN PABLO: No, si el viaje es muy corto.

Don Vicente se sienta en la ventana y mira atentamente.

DON VICENTE: Mira quién está allá.

DOÑA ROSARIO (*a Josefina*): ¿Niña, y quién es?

DOÑA JOSEFINA (*asomándose a la ventana y volviéndose luego a doña Rosario*): Es la cocinera de doña Virginia que está hablando con el panadero.

DON JUAN PABLO (*a don Vicente*): ¿Y quién es, Vicente?

DON VICENTE: Es mi amor, es Josefina, mi Josefina.

DOÑA JOSEFINA (*llorosa*): ¿Tú no ves, Rosario? A mí me llama cocinera, y a esa cocinera la llama su amor y dice que soy yo. ¡Esta es una desgracia horrible!

DON VICENTE (*con ternura*): Y mira qué bonita está Josefina hoy. parece un capullito.

DOÑA JOSEFINA (*con rabia, a doña Rosario*): Mira cómo estará de desequilibrado Vicente, que a ese trozo de negra la llama capullito y la confunde conmigo.

DOÑA ROSARIO: Mijita, es que no sabe lo que dice.

DON JUAN PABLO: Yo creo que hay que buscar un médico para que lo examine.

DOÑA JOSEFINA: Sí, será lo mejor.

Traen a Vicente a su silla de antes y cierran la ventana.

AURORA: ¿Pero papá no estará enfermo?

LUISA: Enfermo como que no, pero parece loco.

AURORA (*alarmada*): ¡Luisa!

DOÑA ROSARIO: Lo mejor es buscar al doctor Cardozo; o mejor, al doctor Ravelo.

DOÑA JOSEFINA: ¿Pero Rosario, el doctor Ravelo no es médico de locos?

DOÑA ROSARIO: Sí, pero también lo llaman para la gente nerviosa.

DON VICENTE (*a solas*): Subió una mona a un nogal.

DON JUAN PABLO: Si quieren yo voy a buscarlo.

DOÑA JOSEFINA: No, Juan Pablo, prefiero ir yo misma, porque así me lo traigo inmediatamente. Además, como él vive aquí mismo al voltear, podré traerlo ligero. Acompáñame, Rosario.

DON VICENTE: Colorín colorado.

AURORA: Yo también voy, mamá.

DON JUAN PABLO: Sí, váyanse, que yo me quedo aquí con él.

DOÑA JOSEFINA: Vámonos ligero.

Se van todas las damas. Don Juan Pablo se queda observando atentamente a don Vicente, quien está moviendo las manos como si fuera algo que estuviera volando. Después de unos momentos, don Vicente pregunta a don Juan Pablo.

DON VICENTE (*con voz natural*): ¿Ya se fueron?

DON JUAN PABLO: Sí, se fueron (*Don Vicente deja quietas las manos*). Vicente, ¿tú me conoces?

DON VICENTE: Juan Pablo, no preguntes pistoladas. ¿Cómo no te voy a conocer!

DON JUAN PABLO (*asombrado*): Chico, es que como estás un poco así... un poco... bueno, medio mal del coco...

DON VICENTE: ¡No seas idiota, Juan Pablo! ¿Tú también has creído que estoy medio loco?

DON JUAN PABLO: Guá, chico... no sé...

DON VICENTE: Mira, Juan Pablo, he tenido que hacer todo esto porque estoy metido en un berenjenal muy serio.

DON JUAN PABLO (*que todavía lo cree medio trastornado*):
Tranquilízate Vicente, que ya va a venir el doctor.

DON VICENTE: ¡Juan Pablo, no seas bobo! ¿Tú no comprendes que todo lo que estoy haciendo es puro teatro?

DON JUAN PABLO: Tranquilízate, Vicente. No te pongas nervioso...

DON VICENTE: ¡Ah caramba! Como que eres tú el que no comprende. Mira, a mí me han amenazado con levantarme una calumnia con Josefina, y yo tengo que defenderme.

DON JUAN PABLO (*sorprendido*): ¿Pero cómo es eso?

DON VICENTE: Mira, un individuo, que no quiero decir quién es, quiere obligarme a hacer ciertas cosas que no me gustan.

DON JUAN PABLO: ¡Cómo va a ser!

DON VICENTE: Sí, y ese individuo cuando le dije que no, me amenazó con decirle a Josefina que yo enamoro a una sirvienta de la cuadra.

DON JUAN PABLO (*burlón*): ¿Y eso no será verdad?

DON VICENTE: ¿Cómo va ser verdad, Juan Pablo? Un señor tan respetable como yo, enredado con una cocinera.

DON JUAN PABLO: Guá, podría ser que quisieras echar una cana al aire.

DON VICENTE: Bueno, no se trata de que sea verdad o mentira, sino que si a Josefina le cuentan esa calumnia, me van a armar un lío muy gordo en la casa.

DON JUAN PABLO: Y entonces, ¿qué piensas hacer?

DON VICENTE: Guá, chico, si yo me hago el loco y hago creer que no conozco a Josefina y que creo que ella es una cocinera, y si a una cocinera de la cuadra la llamo Josefina, cuando vengan con su calumnia, Josefina creerá

que se trata de alguna confusión que tuve durante esa locura pasajera.

DON JUAN PABLO: Pero Vicente, estás razonando con toda la malicia de un pícaro de siete suelas.

DON VICENTE: Juan Pablo, no me ofendas.

DON JUAN PABLO: No, chico, no he querido decir eso, sino que tu plan es muy bueno, porque así desarmas al sinvergüenza que te quiere calumniar.

DON VICENTE: Sí, lo he pensado bien y de este modo me zafaré de todo (*señalando con el dedo a don Juan Pablo*); y oye lo que te digo, ese sinvergüenza, ese canalla...

Entran las señoras con un murmullo de voces. Don Vicente, sin volverse a mirarlas sigue con el dedo señalando a don Juan Pablo y traza varios pequeños círculos en el aire.

DON VICENTE: Esto es nariz. La nariz es un tubito de carne.

DOÑA JOSEFINA: ¡Ay, Rosario sigue igual!

DON VICENTE: Está muy olorosa la blanca flor del túetano. De esta manera voy a ganar esta batalla, siempre que tú me ayudes (*a don Juan Pablo*).

DON JUAN PABLO (*a doña Josefina*): Josefina, sea fuerte y no se haga ilusiones. Lo que es Vicente está loco de perinola.

DON VICENTE (*abrazando a don Juan Pablo*): ¡Qué buen amigo eres!

DOÑA JOSEFINA (*abrazando a doña Rosario y llorosa*): Oye qué de disparates dice...

ÁNGEL CORAO

Nació en Valencia el 10 de marzo de 1898 y murió en Caracas el 18 de abril de 1951. En 1910 fue llevado a Alemania, donde cursó el bachillerato en el Jacobsen Schüle de Dresde, y regresó a Caracas en 1914. Después de una brillante actuación periodística como redactor de *El Sol* y director de *El Mundial*, pasó en 1922 a ocupar la jefatura de redacción del diario *El Heraldo*, en cuya dirección sucedió al poeta J. A. Calcaño Herrera al morir este en 1929. Con Rafael Michelena Fortoul y Luis Enrique Mármol pertenece al grupo de poetas que se acogieron en nuestro país a las formas renovadoras del modernismo —y también a su acento desencantado— divulgadas desde México por la obra de Ramón López Velarde. Gran admirador de Queiroz y Chesterton y como ellos agudo polemista, en sus celebradísimos «Broadcastings» diarios de *El Heraldo* produjo un tipo de crónica breve, punzante y culta en que la paradoja y la ironía se combinan en dosis extraordinariamente concentradas y bien medidas como para producir el efecto de un buen *cocktail* seco. Mucho del deporte en que había brillado en sus tiempo mozos, el tenis, tenía Ángel Corao en la movilidad encantadora de su prosa y aun en el mecanismo de sus ideas, ricas en giros sorpresivos y en salidas fulgurantes. Mas ni la traviesa juvenilidad de su estilo ni la cualidad juguetona de su ironía

logran encubrir totalmente la intimidad de su temperamento, que es el de un filósofo crepuscular, melancólicamente ocupado en inventariar las «enormes minucias» de su época a la hora del ocaso.

Toda la obra humorística de Ángel Corao está reunida en su libro postumo *Obras completas*, editado en Madrid en 1963 por Carmen Carvallo de Corao, con prólogo de Ramón Díaz Sánchez.

EL ÉXITO DE LOS ABRAZOS

Enrique Bernardo Núñez publica en *El Universal* de ayer una breve apostilla sobre el éxito, «el éxito que organiza el propio interesado» y que construye «piedra sobre piedra, abrazo por abrazo».

No sé contra quién va dirigido el disparo; pero algunos presumen que el petardo estalló en la misma casa.

¡El abrazo! Se podría escribir un tratado acerca de las proyecciones del abrazo en la política, la ciencia, el arte y los negocios. Todos los compinches se abrazan. Mejor dicho, se reconocen cuando se abrazan.

Alguien dijo que Venezuela es un país de reputaciones consagradas y nulidades engréidas. Las generalizaciones son peligrosas. Además, el juicio —apresurado y apasionado— tal vez tuvo calidad verídica en un determinado momento, es decir, cuando se produjo.

Ahora, por ejemplo, no corresponde a la realidad. Ahora solo tenemos unas cuantas nulidades que nosotros mismos, en una especie de farsa complaciente, hemos unido con el óleo impuro de la condescendencia y la complicidad. De todos modos, abrazo por abrazo se llega lejos. El abrazo es la mitad del éxito, como las cuchipandas, las tertulias y los tragos.

Para alcanzar la inmortalidad o, mejor dicho, esa especie de inmortalidad a plazo fijo que arriendan en vida ilustres contemporáneos, tiene uno forzosamente que pasar por muchos abrazos, como las cortesanas célebres.

Yo sonrío dulcemente y mi alma enfervorecida se estremece cuando miro a dos compinches que se abrazan. Son dos éxitos a medias, dos promesas para la Patria, dos

imágenes menguadas que nosotros mismos, a falta de otros ídolos, colocamos en la patena, bajo el coro de los altares.

¿Que se envanecen? No importa. La vanidad es un aspecto infantil del éxito. Cuando se obtiene éxito, se está siempre al borde de la majadería. . .

Los hombres somos por naturaleza vanidosos. Creemos, por ejemplo, que la humanidad se divide efectivamente en dos especies: los sagaces y los imbéciles. Es decir, juzgamos a los hombres a través de un concepto; pero cuando uno los observa sin prejuicios, advierte en los unos y los otros los mismos signos de estupidez.

DONJUÁN EN FUSTANES

El «Encamisonado de El Consejo». He aquí otra historia pintoresca, como la «Araña de Maracay». Los casos, sin embargo, difieren sustancialmente. Cuando se estudie el fenómeno de los «encamisonados», nos daremos cuenta exacta de que invariablemente el «encamisonado» es un donjuán con fustanes.

La solidaridad sexual de las mujeres ha determinado esta peregrina simulación. Para seducir a Margarita, Fausto no recurre a Mefistófeles, sino que simula ser mujer. El «encamisonado» es una especie de quintacolumnista del amor. Yo sé que existen otros medios de seducción; pero son demasiado conocidos y ofrecen ciertos riesgos. Entre otros el enlace matrimonial.

Como lo podría demostrar mi querido Antonio Reyes, docto en el género, «El Encamisonado» es la expresión más peligrosa de donjuán. Seduce como mujer.

Existen encamisonados célebres, encamisonados que han hecho historia en numerosos estropicios.

En cierto modo, el encamisonado es una figura familiar a los venezolanos. Se reproduce en ciertos meses del año, como los caimitos. Casi todos nuestros pueblos, además del cura, el jefe civil, el boticario y el barbero, tienen su encamisonado. Yo no me explico por qué causa las autoridades de El Consejo multaron con treinta bolívares al corresponsal de la «Peve» que transmitió a los diarios caraqueños la noticia estupenda del encamisonado de aquel burgo.

La noticia no constituye un agravio ni para la sociedad ni para las autoridades de dicha población. Todo lo contrario. Una sociedad donde el amor encuentra expresión tan peregrina es porque conserva sus fuerzas vitales en un estado perfecto.

Y por lo que respecta a las autoridades, basta con un ejemplo: en París, para combatir o reducir la prostitución, se les fijó un barrio riguroso a las profesionales, pero los buenos guardias municipales, a pesar de los edictos, se hacían la vista gorda cuando encontraban a una pareja de tórtolos besuqueándose en los jardines de Luxemburgo.

En París, los enamorados no necesitan o, por lo menos, no necesitaban encamisonarse. En aquellos buenos tiempos no se perseguía al amor. Ni a los corresponsales tampoco.

EPÍSTOLA A «CLARIBEL»

«Claribel», o mejor dicho, la señorita Ana Mercedes Pérez, al refutar una de mis crónicas, comete dos errores. Mejor

dicho, dos injusticias. Me considera enemigo de las mujeres y me atribuye una ambición de la que estoy completamente desprendido: la presidencia de la AVP. Qué mal me juzga usted, mi querida Ana Mercedes. No se deje llevar por sus arrebatos. Ni por los arrebatos, ni por lo que digan. Usted no me conoce; y, permíñeme la franqueza, me parece que también conoce mal a los hombres.

Es una lástima. Para usted y para los hombres. Yo no creo en la inferioridad biológica de la mujer. Los hombres no creemos que ustedes son seres inferiores. Lo demuestra la misma historia. En el pórtico del Medioevo, cuando aún Leonardo no había logrado la más alta expresión de espiritualidad femenina en la sonrisa de su *Gioconda*, ya nosotros, caballeros, trovadores, monjes, juglares y mendigos, las habíamos entronizado a ustedes en los altares del pensamiento y del corazón.

Naturalmente, yo comprendo lo que sucede. La mujer desea descender de los altares. Por lo menos usted quiere que la bajen de la peana. Francamente, no vale la pena, mi querida «Claribel». Cuando ustedes lleguen a ser ministras y princesas de la Iglesia, generalas y banqueras, alcaldesas y verdugas, comprenderán lo que les digo; y experimentarán en su propio espíritu el inmenso cansancio y el profundo desconsuelo que experimentamos los hombres después de haber gobernado el mundo durante más de cincuenta siglos.

Entendámonos, colega. Yo, en el fondo, comparto sus ideas. La mujer no es propiamente un ícono. Usted no se considera una imagen; pero no por esto seré yo quien les tienda la mano para que desciendan de su pedestal y se incorporen al «Ejército de Salvación», que es la única ocupación y la única salvación de las mujeres que no saben o no pueden aparentar que son bonitas.

Usted sueña la Presidencia de la República. Todos, en el fondo, la soñamos; pero piense. La idea es un poco extravagante; y además, ya eso está arreglado. Créame, querida Ana Mercedes, las mujeres, como los hombres, se dividen en dos categorías: las que piensan y las que no piensan; y, perdóneme esta última majadería, a mí me parece que este acto prodigioso, «la gran hazaña del pensamiento», como lo denomina Ortega, se ha cumplido pocas veces en usted.

LA TERNERA DE SARRÍA

«Comamos y bebamos que mañana moriremos». Los almuerzos históricos están a la orden del día. Se almuerza y se hace historia. Dos nobles funciones.

Como el almuerzo del 23 de mayo, la reciente ternera de Sarría, organizada por mi buen compañero Pedro Sotillo en honor del mayor Armstrong, de la Standard, ha provocado un revuelo.

Yo no sé qué fecha celebraban con amable coloquio los comensales de la ternera. Se reunieron como en cónclave los representantes de los credos, tendencias y doctrinas más disímiles. Junto al eclecticismo de Sotillo se acodaba dulcemente la intransigencia proletaria de nuestro gran poeta solferino Miguel Otero. Míster Linam, presidente de la Standard en Venezuela, oía con recogimiento emocionado las sonoras estrofas de «Taladro». Una lágrima le rueda por la arrugada mejilla y Francisco José Delgado, director de *Últimas Noticias*, le ofrece la virginidad de su pañuelo, en demostración de solidaridad capitalista.

Más allá, en el patio, bajo una opulenta enredadera, el ministro Sangróniz y el marqués Luca de Tena desalojan de su espacio vital al modesto y franciscano Pascual Venegas, quien les cede el sitio y les concede la razón. Ricardo Montilla sonrío socarronamente y se aproxima a la ternera. Ricardo comprende que está fuera de ambiente; pero empieza a ambientarse.

Luis Churión permanece en el limbo; y no sabe si se encuentra en un coro de serafines millonarios, como don Henrique Otero Vizcarrondo, o si, por olvido involuntario, se ha incorporado a la legión de los ángeles que anuncian la aurora roja.

Lucas Manzano está que revienta de orgullo. Lo confunden con Luca de Tena y algunos creen que son primos. Pedro de Répide coquetea con Guillermo Austria; y mi fraternal amigo Marco Aurelio Rodríguez le comunica al doctor Alejandro Pietri el asombro que le causa la espléndida salud del noble recién llegado de España. Rodríguez asegura que es un ejemplar de propaganda.

Esta fue la ternera de Sarría. Dietética e Historia. La Historia del fin. O el fin de la Historia. Como el abrazo de La Quebradita, la ternera de Sotillo tuvo la significación de un armisticio.

EL «BIS» DE LA TERNERA

Rectificar es de hombres honrados. Mi buen amigo Francisco José Delgado me pide que rectifique y lo complazco. Por honradez y amistad. Francisco José Delgado no asistió a la célebre *ternera* de Sarría. Tampoco es director de *Últimas Noticias*, aunque lo parece.

Incurrí en dos errores, pero errar dos veces es errar poco en un país donde el error se produce de una manera silvestre, como lo demuestra el caso de la famosa ternera, en torno a la cual cordializaron falangistas, fascistas, comunistas, monárquicos, republicanos, demócratas, creyentes y ateos.

Francisco José Delgado no fue a la ternera. A Pedro Sotillo se le olvidó invitarlo. Quien asistió fue Francisco Delgado; pero la fama tiene sus inconvenientes. Uno lee, por ejemplo, que entre los asistentes estaba Francisco Delgado; y como al acto solo concurren grandes personajes de la diplomacia, la industria y el periodismo, uno piensa que Francisco Delgado tiene que ser lógicamente Francisco José Delgado, quien sin ser propiamente un pez gordo, no es tampoco el más delgado de los peces.

Era lógico pensar que al lado de Miguel Otero estuviera su Ayudante de Campo o, por lo menos, cualquiera de sus ayudantes, o de los que él ayuda. Miguel es generoso. Gran caballero y gran artista, es incapaz de incurrir en la indelicadeza de saborear él solo los deliciosos bocados, de una manera capitalista, sin compartirlos, por lo menos, con algunos de sus correligionarios.

Yo no sabía que Miguel, desagradado por la presencia de algunos comensales que, aunque comen lo mismo, no piensan como el poeta, se abstuvo de probar bocado para demostrar sus convicciones y respetar la disciplina. Esto lo vine a saber después, cuando leí la aclaratoria que apareció en *El Morrocoy Azul*.

Miguel no saboreó la ternera; pero yo, que ignoraba el dato, me lancé por los resbaladizos barrancos de la dialéctica. Miguel comió ternera —me dije—. Luego, Delgado,

el comensal, es Francisco José. Francisco José también comió ternera.

La deducción era falsa y rectifico. Yo podría usar esta rectificación para incluir entre los comensales a varios personajes que se quedaron en el tintero; pero nada más lejos de mi ánimo que este propósito mezquino.

Francisco José Delgado no asistió a la ternera. Yo consigo la rectificación honradamente. Irá cuando lo inviten.

MANUEL GUILLERMO DÍAZ

(Blas Millán)

Cuentista y escritor de costumbres, Manuel Guillermo Díaz remozó ambos géneros, llevando principalmente al cuento el dinamismo expresivo y la temática urbana característicos de la época vanguardista. Le imprimió al costumbrismo un acento culto, confidencial, despojado de localismos y exquisitamente irónico, que emparenta su arte con el de Teresa de la Parra. Publicó dos tomos de sus *Cuentos frívolos* (1924-1925) y *La radiografía y otros casos* (1929). Nació en Caracas en 1900 y murió en la misma ciudad en 1960.

LA CASA DE PENSIÓN

Estoy seguro, lector, de que hasta ahora tú, lo mismo que yo, no tenías conocimiento de que existieran más de cinco infiernos; y así probablemente se lo han venido creyendo desde mucho tiempo a esta parte, todos los que sin entrar en investigaciones infernales se han atenido a las declaraciones del primer avernólogo a quien se le ocurrió decir «el quinto infierno». Ahora bien, yo creo que a ese número de antros pavorizantes donde los infelices pecadores, por tres o cuatro miriñaques y cambalaches que hicieron a su paso por este pobre mundo, van a achicharrarse por toda la eternidad, se hace indispensable agregarle uno más: la casa de pensión, o sea el sexto infierno.

¡Aquí se pagan las verdes y las maduras! El infortunado pensionista empieza por despertarse sobresaltado con el escándalo de cuarenta perolazos que el lechero descarga horrendamente en el portón, y a los cuales responde, con no menos estrépito, la voz espeluznante de la patrona, que grita repetidas veces a la trasnochada maritornes: «¡Fulana, la leche!». Desde este momento, las seis de la mañana, principian los suplicios chinos en la mansión pensional. Bajo tan retumbante despertar, se levanta el pensionista, se da su consabido fregatorio y espera pacientemente el cafecito negro que la fámula acostumbra llevarle a su pieza; pero esto de que «acostumbra» no es más que un decir; lo más probable es que él mismo tenga que salir a buscarlo y se lo beba en la cocina. Hecha esta ligera ingestión, el huésped enciende un cigarrillo y toma el periódico matinal que reciben en la casa; ¡pero qué va a leer! Apenas ha desdoblado el diario, cuando se le acerca el señor reumático, convecino suyo, que con el pescuezo envuelto en un

pañó de mota viene a hablarle de sus puntadas; o bien una vejucona fañosa que se prodiga en consideraciones morales sobre las modas y costumbres de hoy; y así, entre las sandeces de este, las impertinencias de aquel y la chillería de algunos chicos malcriados que arman desde esa hora una barahúnda verdaderamente infernal, llega para el martirizado pensionista el momento del desayuno. ¡Qué momento más desconsolador! Café con leche, es decir, achicoria, aguachirle o cualquier otro brebaje por el estilo; pan, regularmente dos, que por sus dimensiones bien pudieran pasar como benditos; mantequilla, una grasa amarillenta a cuyo través se ve el sucio del plato; y una lámina de queso, del grueso de una película fotográfica. Con esta franciscana colación se marcha el cliente a sus ocupaciones, llevándose el firme convencimiento de que no será sorprendido por un ataque apoplético.

Un poco de «gradilleo» a la salida de la oficina o del almacén, un rato de charla con algunos amigos —plantigrados inmancables de la traficada esquina—, unas copitas en La Unión para irse a almorzar, y he aquí otra vez al pensionista camino de su sexto infierno. Desde que llega a la puerta, *a porta inferi*, le pone los pelos de punta el estridente chirrido de una victrola; porque hoy, desgraciadamente, no hay casa de pensión que no cuente con uno de esos diabólicos aparatos y lo mantenga en exasperante actividad hasta las diez de la noche. Nuestro hombre, que se ha quedado sobrecogido de espanto en el zaguán, hace un llamamiento a todas sus energías, y afrontando el cataclismo musical y el gárrulo charloteo de unas cuantas señoronas y señoritingas que forman una algazara de cotorras en el comedor, logra llegar «sin complicaciones» a su cuarto, de donde se dirige al baño. Pero allí continúan

las calamidades. La sala de baño está ocupada y hay que esperar por lo menos tres cuartos o una hora, a que salga el bañista o lo que sea, pues en esta clase de sala están comprendidos el baño, el W.C. y algún otro mueble de uso sanitario, del que no tiene necesidad la clientela masculina. Transcurrido el tiempo prefijado, se desocupa el discutido local y el aguardante se posesiona de él, tira de la cadena de la regadera, y agua... en el Guaire. Maldiciones, gruñidos, protestas; pero no hay más remedio que volverse a vestir sin haberse remojado la empegostada epidermis y prepararse para el almuerzo.

¡El almuerzo! Esta es una de las cosas más conflictivas y consternadoras en la vida de pensión. Entre una trifulca de platos, cubiertos, movimientos de sillas, gritos de la dueña a las criadas, etc., consigue cada quien acomodarse como mejor puede, y hace su aparición sobre las mesas el primer plato.

¡Bienaventurados los estómagos de los pensionistas! El lector perdonará que haga la más absoluta omisión del «menú» en consideración, ya que el autor de estas cuartillas tiene la negrísima suerte de ser también pensionista, y que de solo pensar que dentro de un par de horas se verá sometido a la tortura de tener que ingerir semejantes truculencias, se le quita completamente el apetito.

Con el mismo ceremonial de ruidos y de gritos con que se inició, termina por fin el catastrófico yantar; y los comensales, habituados ya a estas rigurosas dietas, entretienen con el escarbadietes sus penalidades gastronómicas. Entre 7 y 7 y media p.m. tiene lugar la *reprise* de esta tragicomedia de comedor, basada en los religiosos preceptos de los viernes de cuaresma: *ayuno y abstinencia*.

El viejo Job parecería un señor impaciente y nervioso comparado con la resignación y conformidad con que sufre un pensionista el chaparrón de contrariedades que se aguanta en una casa de pensión. Eso sí, los días 15 y último, por menos afición que se tenga a la acrobacia, hay forzosamente que *brincar*: los bolos de la quincena. En esas dos trágicas fechas el atribulado pensionista, quien ya viene casi totalmente desvalijado por la caterva de ingleses que desde muy temprano ha empezado a asaltarlo, es recibido con la sonrisa más zalamera de la patrona. Tanteo de la cartera, de los bolsillos del chaleco, de los agujeros más recónditos de la ropa, y gracias si se logra completar el monto del recibito; quedándose el tercio en un estado de escualidez verdaderamente alarmante. De lo contrario...

Dios te guarde, lector, de ir a caer a uno de estos funestos lugares de expiación, donde por muy capitales que hayan sido tus pecados, te hallarías con un castigo cien veces más horripilante que el de las decantadas pailas del quinto infierno.

LAS VISITAS DE PÉSAME

Nada más inadecuado para lograr su objeto que una visita de pésame. Se practica para aliviar el dolor de personas afligidas por la muerte de un ser querido. Pero, en realidad, solo sirve para atizarles su tristeza, para abrumarlas de aburrimiento. Si alguien lo duda, que venga conmigo a casa de las Mosaico. Las Mosaico lloran la pérdida de doña Pepita, madre, hermana y abuela, respectivamente, de las tres mujeres que hoy componen la familia. Entremos.

De resultas de la sensible defunción, todos los muebles que había en el corredor y en la antesala han sido trasladados a otras habitaciones y sustituidos por negras sillas de la agencia funeraria, colocadas en fila, el respaldo contra las paredes. Solo quedan en su puesto, del habitual mobiliario de la pieza, los grandes retratos de antepasados ilustres, dos militares, un civil y una anciana, con trajes coloniales, los hombres con la barbilla muy embutida dentro de enorme cuello de salientes puntas, el ceño fruncido, el mirar lejano cargado de idealismo.

Las tres doloridas, solas cuando llegamos, reciben sentadas en sendas mecedoras de mimbre, únicas piezas del juego que no fueron expatriadas del corredor.

Arriesgamos confusas frases de condolencia, cernidas entre los dientes. Las Mosaico responden a o fuera de propósito con numerosos: «gracias, muchas gracias». A falta de algo mejor, pregunto:

—¿De qué fue que murió doña Pepita?

—Pues murió de una pulmonía —responde la hija de la difunta—. Figúrese que el jueves antepasado por la noche ella se levantó a abrir la puerta del corral, para soltar al perro que se había quedado trancado y estaba ladrando. Como estaba soplando viento de Catia, y mamá no se puso abrigo, cogió un resfriado. Al día siguiente ya tenía dolor en el pecho. El sábado tenía cuarenta grados de fiebre, y el lunes ya estaba tendida.

—Y tan fuerte que parecía —apunto haciendo un gesto doliente.

—¡Ah, no! Mamá parecía de hierro. ¿Cree usted que le daban catarros ni dolores reumáticos? ¡Y eso que tenía ochenta años! Pero era muy descuidada. Nosotros vivíamos con una lucha terrible con ella: Mamá cuídate,

mamá no levantes pesos; mamá no te serenes; pero ella como si tal cosa, ¡y eso la llevó a la tumba!

—Ah —murmuró doña Petra, hermana de la difunta, y con toda probabilidad próximo cliente de las agencias funerarias—. Ella nunca nos hacía caso.

En este momento entró otro visitante y habiendo dicho que no pudiera asistir al entierro por hallarse fuera de la ciudad, formuló la siguiente pregunta:

—¿Y que fue de una pulmonía que murió doña Pepita?

—Sí. Figúrese que el jueves de la semana antepasada ella se levantó, como a las once de la noche, para abrir la puerta del corral y soltar al perro que se había quedado trancado y estaba ladrando para que le abrieran. Era un perro que ella quería mucho. Esa noche estaba venteando de Catia. Mamá salió desabrigada. Al abrir la puerta del corral cogió un aire. Al día siguiente ya tenía dolor en el pecho. El sábado la fiebre le llegó a cuarenta. Y el domingo ya estaba tendida.

De pronto Matilde, nieta de la difunta, se pone en pie exclamando:

—¡Sale! ¡Sale para afuera, animal!

Era Fefé, un cachorro foxterrier causa ocasional de la muerte de doña Pepita, que observaba desde la puerta con perspicaces narices nuestros olores personales.

—¡Y mire que doña Pepita estaba conservada! —opinó un recién llegado.

—Conservadísima. No le daban ni catarros ni pulmonías. Pero no se cuidaba. No quería tomar remedios. Nosotras nos la pasábamos diciéndole: mamá cuídate; mamá no levantes pesos; mamá no te serenes. Pero ella como si tal cosa.

Durante el relato observé que Matilde taconeaba de un modo impropio. Luego noté que miraba angustiosamente a su tía-abuela, doña Petra. Era que la anciana se estaba quedando dormida. Sus párpados cerrábanse lentamente y su cabeza inclinábase hacia el respaldo. Matilde taconeaba por despertarla, pero en vano. Por fin el moño de la vieja dio contra el respaldo; doña Petra tuvo un reflejo; pareció como si fuese a despertarse. Mas, para desesperación de Matilde, doña Petra se arrellanó en su mecedora y tomó el semblante beatífico de los ancianos dormidos. Entonces Matilde, poniéndose de pie so pretexto de abrir una ventana para ventilar la pieza, pasó junto a su tía y le dio con disimulo un violento rodillazo. Doña Petra parpadeó velozmente, se incorporó en la mecedora en el preciso momento en que el recién llegado afirmaba:

—La gripe se lleva a muchas personas de edad.

Y doña Petra, no despierta del todo, murmuró maquinalmente:

—Ah sí, ella nunca se cuidaba, nunca nos hacía caso.

El resto de la palabra se perdió en un bostezo insondable, que puso circular la boca de la anciana, desdentada y tenebrosa como el ojo de una guitarra.

En esto se presentaron dos hijas de la difunta que acababan de llegar de Mérida en automóvil. Allí fue el romper todos a llorar, a hablar todos a un tiempo, a abrazarse, a gemir, a dar traspies. Los que no éramos de la familia nos sentíamos absolutamente desconcertados. Experimentábamos esa nerviosidad que produce el estridente lloro de las mujeres. Por fin se serenaron un tanto, se sonaron, y una de las recién llegadas preguntó:

—¡Dime! ¡Cuéntame cómo fue que murió mi mamaíta querida!

—Figúrate que el jueves por la noche ella se levantó a abrirle la puerta al perro...

Fue así como a cada nueva persona que llegaba, las doloridas referían casi con las mismas palabras la misma historia. No es exagerado afirmar que si recibieron cuatrocientas visitas, relataron doscientas veces las circunstancias de la enfermedad y muerte de la anciana, o sea que renovaron doscienta veces su dolor. ¿Se concibe que esto sea un alivio? Antes bien es añadir la fatiga y el aburrimiento al dolor. El divino Schopenhauer decía que la vida del hombre oscila entre dos polos: el dolor y el aburrimiento. De fijo no hizo nunca una visita de pésame, pues habría apuntado que en estas el aburrimiento y el dolor, que por lo común se excluyen uno a otro, se superponen en la sensibilidad de los doloridos. Además, la frecuente narración de la pena tiende a perpetuarla en su memoria y se opone al bienhechor olvido, que permite al hombre reconciliarse con la vida, borrándole el recuerdo de sus males. Pero como somos vanos preferimos un mes de aburridos y fatigosos pésames a la prueba de desconsideración y desprecio que nos darían nuestros amigos no visitándonos en nuestros duelos.

CONCHITA MÉNDEZ GUZMÁN

(Conny Méndez)

La eclosión triunfante de Teresa de la Parra por los años veinte tuvo para las mujeres venezolanas de esos tiempos las más estimulantes resonancias. Animado por el clima de entusiasmo que suscitó la revelación de la autora de *Ifigenia* como la primera gran figura femenina de nuestras letras, internacionalmente celebrada, surgió por entonces un activo movimiento de rescate espiritual y reevaluación cultural de la mujer venezolana, que tuvo sus manifestaciones más memorables en la aparición de nuestras primeras choferesas o «reinas del volante», en los vuelos iniciales de la señorita Mary Calcaño, pionera de nuestra aviación civil, y principalmente en la fundación por Luisa Martínez de la famosa revista femenina *Nos-Otras*. Del cultísimo grupo de damas que escribieron en *Nos-Otras* desde 1930 se destacaron Mary de Pérez Matos y Conny Méndez como las dos figuras en quienes el país conocía sus primeras mujeres humoristas.

Dedicada la señora Pérez Matos a la traducción de humoristas extranjeros y a una labor preferentemente referida a la actualidad periodística, de las dos fue Conny la que en largos años de ejercicio alcanzó a decantar una obra más personal, coherente y perdurable. Aunque siempre circunscritas al temario demasiado exclusivo y algo antipático que se expresa en las llamadas «páginas sociales» de la prensa, las crónicas de Conny Méndez gustan especialmente

por el lenguaje directo y popular en que están escritas. Como su padre, el celebrado escritor costumbrista Eugenio Méndez y Mendoza, Conny Méndez es también dibujante. En 1931 publicó en París su colección de caricaturas *Bis-turí* prologada por Massaguer y Pedro Emilio Coll. Su obra más reciente es *Memorias de una loca*, publicada por la editorial Nueva Segovia en 1955.

LA LOCA EN CÁDIZ

El cable de Caracas no me dejaba otra alternativa. Tendría que recortar mi viaje y regresar inmediatamente. Había caído otra vez el pago del impuesto sobre la renta y me preguntaban ¿qué se hace? Yo no podía contestar «paguen» porque me estaba gastando todos los reales en España y ¿con qué iban a pagar?

Imposible regresar en avión, por el cuadro. Este era un retrato tamaño natural con todo y marco, que me pintó Esteban Sanz en Madrid. En él aparezco con mi traje típico, mis joyas de cochano y mi guitarra Santos, en fondo tropical con lago sombrío y, para orgullo y deleite de mi posteridad, el pintor puso abajo la inscripción: «Veraz imagen de Doña Concepción Méndez ante su “Lago dormido” (título de una de mis canciones que gustó en España); lo pintó Esteban Sanz en Madrid, en el estío de MCMLI (1951)».

Muy pergamino cocoso, altisonante y romántico, ¿verdad? Cada vez que me contemplo y leo esa leyenda me siento de lo más Felipe II y *Meninas* de Velázquez.

En la Trasatlántica Española me informaron que tendría que irme a Cádiz tres días antes de la salida del *Maggallanes*, y me prometieron reservarme habitación en el mejor hotel. Todavía no comprendo esos tres días de anticipación. En Maiquetía el avión no exige sino una hora y hasta lo espera a uno si se retarda en la cola de los pasaportes. Pero en fin, así es allá y no había otro remedio. Me obligará a conocer Cádiz, pensé.

En la estación me despidieron muchos amigos con muchas flores y regalos, y Celia llorando a chorros. Arrancó el tren y entré a mi compartimiento. Siempre he evitado viajar

en tren e iba predispuesta. Tal como yo lo esperaba, hacía allí un calor de caldera y las ventanas estaban herméticas. Para que se pasara el tiempo más rápido me dispuse a dormir. El compartimiento era lujoso, lo más cómodo posible, tenía lavamanos, W.C., muchos chinchorritos para depositar menudencias y un gancho especial para el reloj, pero nada de eso compensaba el que no hubiera aire y me propuse abrirlas. Nada. No cedían ni los vidrios de arriba ni los de abajo. Me colgué del de arriba hasta que logré bajarlo un poco. Entró un torrente de hollín que me cegó y por poco me asfixia. No me pregunten por qué no llamé al mozo porque yo misma no me lo explico. España me atrasó la chispa, por lo visto. Bajé rápidamente la cortina de resorte para tapar el boquete y que entrara aire al mismo tiempo, aunque fuera saturado de hollín, pues era preferible que se me carbonizaran los pulmones a derretirme. Apagué la luz y me entregué a pasar la noche más perra que recuerdo.

Pasó la noche con su peste a carbón de piedra y comenzó a entrar una claridad por las rendijas y levanté la cortina. Amanecía y estábamos pasando por Jerez de la Frontera. ¡Qué barbaridad!, ya pronto estaríamos en Cádiz. Salté de la cama para comenzar a vestirme y caí de pie frente al espejo de cuerpo entero. ¡Qué extraño!: del otro lado de aquel espejo me estaba mirando una negrita tinta con los ojos espantosos. Me miré los brazos y las manos. No cabía duda: yo era de raza africana. Las sábanas estaban gris oscuras. El traje gris perla con que me había subido al tren ayer, era negro con listas claras en donde se habían hecho pliegues al yo colgarlo. A toda carrera comencé a lavarme aquella capa de carbón, pues no tardaríamos en llegar. Tarea ardua, penosísima e ingrata. La llave del lavamanos era de un resorte muy tenso. Había

que apoyar las dos manos encima para que saltara un chisguete de agua con tal ímpetu que salpicaba todo el compartimiento y solo quedaban tres gotas en la ponchera. A escupitazos del chorro logré, no solamente vetearme toda la cara, el cuello y los brazos como con lambetazos de tinta china, sino empapar todo el compartimiento, el maletín, la guitarra y mi ropa. Pero en fin, me conformaba el pensar que lo primero que haría al llegar a Cádiz era darme un soberbio baño y luego acostarme a dormir. Terminada de vestir abrí la puerta del compartimiento, y a la luz que entró me enteré de algo que me había pasado desapercibido la noche anterior: arriba, encima de la cabecera de la cama, tan a la vista y tan a la mano que si es culebra me mata a picotazos, había una perilla de cobre con un letrero y una flecha apuntando en semicírculo hacia la derecha. AIRE, decía; GÍRESE PARA GRADUAR A VOLUNTAD. SE SUPLICA NO INTENTAR ABRIR LAS VENTANAS.

¡Oigan eso! Ni intentar siquiera, y yo las había forzado con mis cincuenta kilos de peso. No me cupo más dudas de que a mí España me había robado toda la chispa. Bien merecido tuve el llegar a Cádiz vuelta una cebra. Pero qué me iba yo a imaginar nunca que en Europa los trenes tenían aire acondicionado.

De lo que transcurrió después hasta el momento en que reclamé mi habitación en el hotel, no hay registro alguno en mi cerebro. Toda mi atención la dediqué a hacerme invisible, a ocultarme; en fin, a llamar la atención lo menos posible, ya que yo me imaginaba que todo el mundo al verme sabría la estupidez que acababa de cometer.

En el hotel me informaron que no habían podido reservarme habitación por estar todo Cádiz copado de turistas,

pero que me habían logrado conseguir alojamiento en una casa de familia decente. Tuve que aceptar, por supuesto.

Acompañada por dos cargadores de equipaje me llevaron a pie a casa de la familia decente.

A medida que atravesaba callejuelas estrechas, pavimentos gastados y pulidos, bordeados de extrañas casas verdigrises por el salitre de un milenio, me iba transportando al siglo XI. Ya para cuando llegué donde la familia decente, me sentía cartaginés.

Aquella casa merece ser ofrecida como bocado succulento en un programa de turismo. Está para hacer las delicias de un coleccionista de recuerdos o un explorador de *modus vivendi*; creo que no ha sido retocada desde el tiempo de los árabes. De uno de los balcones moriscos colgaba hacia la calle una sogá que al ser templada hacía sonar una campana avisando la llegada de alguien a la puerta. En el portón interior hasta el tercer piso. Al oír la campanada, cualquiera de la familia templaba, a su vez, la sogá que iba al aldabón, este se levantaba y permitía abrir la puerta.

Yo podría pasar rato describiendo los secretos y vericuetos de aquella antiquísima mansión venida tan a menos. En cualquier otro país ya hubiera sido convertida en museo. Es sensible que mi permanencia en ella haya sucedido en 1951 y no cinco o seis siglos atrás, cuando hubiera sido recibida por un romántico príncipe moro reclinado entre tapices y almohadones de seda en un ambiente perfumado a jazmín. La cruenta realidad fue que al entrar al zaguán me tumbó una peste a pipí de gato y que me atendió una viejita tipo ciruela pasa desgredada, quien me llevó al tercer piso y abrió la puerta de mi aposento.

Este resultó ser un cuarto muy grande y muy alto, con piso de cemento y paredes pintadas con cal. En un rincón

había una mesa de cocina y una silla. En otro, un pequeño aguamanil de hierro con ponchera de peltre, de la cual no había sido vaciada aún el agua enjabonada que había usado la anterior ocupante. En el tercer rincón había una máquina de coser, y en el centro una cama de hierro cuyo colchón me dio escalofríos, pues presentaba el aspecto de un mapa topográfico, puro montes y valles. Detrás de la puerta colgaban unos sostenes y unas pantaletas olvidados por mi predecesora.

He dicho que España me apagó la chispa, pues no se me ocurrió nada más que hacer sino resignarme a pasar allí los tres días antes de embarcar.

—¿Y dónde está el baño? —pregunté a la viejita.

—Por aquí —me dijo, y me llevó al último piso de la casa. En la pieza que me mostró había un W.C. tipo cadenita. Solo que en este caso la cadena se había roto y había que encaramarse encima de la poceta para agarrar el rabito de cadena que había quedado. Había también un chorro incrustado en la pared.

—¿Y el baño? —insistí.

—El baño —contestó la viejita— hace varios años que estamos pensando ponerlo, pero se nos ha ido pasando el tiempo.

—Todo sea por Dios —le dije, y luego pregunté—: ¿Cuanto es el precio por día?

—Siete pesetas.

Al cambio del día era medio y cuartillo. Estuve tentada de ofrecer ciento cincuenta bolívares para comprar la casa entera, pero luego pensé que una dilapidada mansión morisca en Cádiz podría resultarme un elefante blanco y me contuve.

Regresé al hotel y pedí un baño.

—Le cuesta 10 pesetas —me dijo el empleado— y si usted usa toallas le costará 15.

No me pude contener.

—¿No le parece a usted mucho más económico que yo salga del hotel desnuda, chorreando agua y me seque al sol?

Pero mi tipo de humorismo no fue apreciado, porque en seguida me informó que eso no estaba permitido.

Esa noche vacilé mucho para meterme en la cama. Escribí varias cartas, desbaraté y rehice mis maletas, es decir, todo lo que retardara el momento desagradable de acostarme en aquel colchón, pero al fin el cansancio de la mala noche anterior me venció y me zambullí como quien se tira al agua. ¡Cuál sería mi asombro al caer sobre aquello que yo creía nudos de algodón apelonado, sentir que me hundía moldeada y acariciada en la más tierna, muelle y suave de las nubes! Aquellas montañas eran formadas por finísima pluma de ganso. Jamás en mi vida he encontrado ni volveré a encontrar algo parecido. Era lo único que quedaba de ese sueño del príncipe moro, en Cádiz, año de gracia 1951.

Al día siguiente me desperté ansiando mi cafecito mañanero, y salí a buscar la cocina de la casa. La encontré al lado de mi cuarto y en ella estaban dos señoras hijas de la viejita, a las cuales les pedí el favor. Mientras me lo preparaban conversaban conmigo. Una de ellas estaba sentada en una actitud muy extraña. Vestía una bata suelta y completamente abierta por el frente. Debajo no tenía ropa, y me resultaba muy molesto responder a su charla por tener que voltear y mirar aquellas generosas redondeces tan exhibidas. Ella notó mi azoramiento y me dijo:

—Usted disculpe que yo esté sentada en el *water* mientras le hablo, pero cuando el cuerpo manda, el cuerpo manda.

—¿En el *water*? —pregunté un poco atontada.

—Sí, vamos, esto en que estoy sentada es un *water* (W.C.) que hemos instalado aquí por mayor comodidad.

—Ah... sí... —balbuceé yo—, ya veo, se come y se descome sin tardanza...

—Pues claro está —contestó con vigor andaluz la dama sentada—. De esta manera no tié usted que salir corriendo.

Y basta de Cádiz. Hice lo que todos los turistas, paseé en coche de caballos con un cochero parlanchín y simpático que me llevó por unos barrios bellísimos donde vi con mucha envidia hoteles y casinos blancos y villas de lujo.

El día que subí a bordo y me encontré a mi buen amigo Eliseo Delgado Hidalgo (el Conde Federico) vine a saber que estaba de Cónsul General de Venezuela en Cádiz y que, según lo expresó él, todo Cádiz había estado esperando mi llegada para festejar y agasajar a la diva venezolana, y que yo, no solamente había dejado frío a todo Cádiz, sino (y esto fue lo que más me dolió) un lindo apartamento en su propia casa.

Pero ya les dije yo a ustedes lo de la chispa.

ALEJANDRO ALFONZO LARRAIN
Y MARIANO MEDINA FEBRES
(Alfa y Medo)

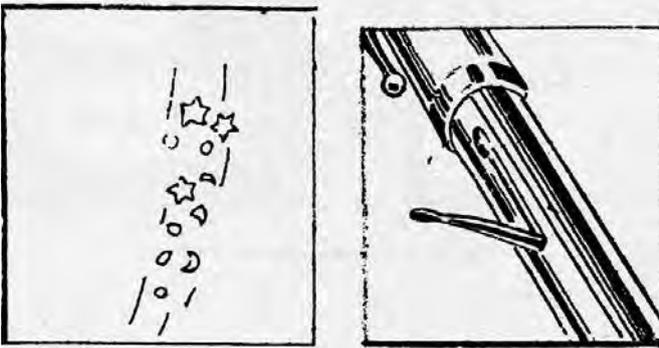
La generación de *Fantoches* tenía por el año 30 su representación más joven en las figuras estudiantiles de Alfa y Medo. Precocísimos dibujantes los dos, andaban en los veinte años cuando empezaron a producir caricaturas y crónicas para el popular semanario. Una vez liberados de la influencia de «Leo», bajo la que nacieron los primeros dibujos de ambos, Alfa adoptó las formas quebradizas y geométricas favoritas del cubismo, y Medo, después de intentar una caligrafía finísima y demasiado esquemática cuyos valores descansaban principalmente en el apoyo que les prestaba el color, terminó acogiéndose a un estilo sólido que parecía seguir el de Léger. Hasta poco después de 1936, ambos artistas fueron colaboradores de la mejor prensa de Caracas. Posteriormente Medina Febres se consagró a ejercer su profesión de médico y ocasionalmente la diplomacia, y Alfonso Larrain a empresas relacionadas con la publicidad.

ARTÍCULOS DE FONDO HECHOS
A LOS FONDAZOS

Ruca rícola tirubilísima

Aunque algunos afirman que el español es completamente rico, nosotros aseguramos que está completamente pobre. No porque lo hayamos visto con los fondillos rotos o pidiendo a la puerta de una botillería, porque no se trata de ninguno nacido en España, no, sino que nos referimos al idioma español.

Bueno, íbamos en que el español es pobre y nosotros vamos a enriquecerlo (también vamos al cine algunas veces), es decir, pensamos hacer del español un «nuevo rico»¹⁰.



Existen muchísimas cosas que no tienen nombre. Por ejemplo: ¿saben ustedes cómo se llama esa cuestioncita que llevan las plumas fuentes para absorber la tinta? ¿Palanquita? ¿Perolito? ¿Antropófago? No. No hay palabra en español que la defina exactamente.

¹⁰ Cita: Señor cajista: agradecémosle no poner «Nuevo Circo».

Un agricultor inglés ha inventado una palabra que casi designa la cuestioncita en cuestión. Es la palabra «bichito». Pero... ¿«bichito»? Hay muchas cosas que se llaman «bichito»; por ejemplo: un bichito. Es necesario, pues, adjudicarle un nombre apropiado. Nosotros proponemos (con el permiso de la Ilustre Academia de la Lengua, por supuesto) el sustantivo siguiente: «fustarrín».

¿No es acaso elegante decir: «Este fustarrín no funciona bien, caramba!»? O mejor aún: «¡Caramba, este fustarrín no funciona bien!». Sí, decididamente, lo llamaremos fustarrín.

Tampoco tienen nombre esos pequeños pero útiles pedacitos de papel que salen cuando el colector nos marca la correspondencia y nos caen en el vestido¹¹.

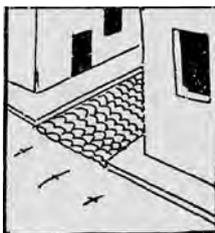
¿Sabe alguien cuál es el nombre de esas partículas que tan importante papel desempeñan en la vida? No.

Bueno, pues proponemos (con el permiso de la I. A. d. l. L., por supuesto) el sustantivo «tilindrín». Ejemplo: «Mire usted, animal, que me ha llenado todo de tilindrines».

Asimismo existen infinidad de cosas que no tienen nombre, v.g.: «Tomarle la sopa a un huérfano y romperle luego el plato en la cabeza». ¡Esto, señores, no tiene nombre!

Dígannos ustedes: el punto donde termina una calle de macadam y comienza un empedrado, ¿cómo se llama? ¿Qué nombre tiene esto? ¿Serán melocotones? No. ¿Peras? Tampoco.

¹¹ La «correspondencia» o boleto de transferencia del tranvía, traía a la izquierda la lista de las rutas que cubría el servicio tranviario. El colector marcaba, perforándola con un alicate, aquella para la que el pasajero deseara hacer trasbordo (Nota del compilador).



Nosotros proponemos (con el permiso d. I. I. A. d. I. L., p.s.) este nombre: «rula»¹². Ejemplos: «una calle rula», «dos calles rulas», «tres calles rulas», etc.

Hay otra cosa que está reclamando a gritos (mal educados) un nombre; son esos huequitos que tienen las hojillas de afeitar como las Gillette, las Zaz y las Kirby y todas las demás hojillas, etc. Después de acaloradas discusiones en Maracaibo y de larguísimas deliberaciones y de aventuradísimas consultas a un diccionario hawaiano, hemos resuelto que el nombre que acomoda a los tales huequitos, por su dulce significado psicoliterario e hipnomagnético y, además, porque nos da la gana, es «culióbulo». Pero ahora se nos presenta un problema¹³: ¿cuál es el culióbulo izquierdo?, ¿cuál el derecho? (El culióbulo del centro no vale). Porque hemos llamado culióbulo izquierdo al culióbulo que está a la izquierda y culióbulo derecho al culióbulo que está a la derecha. Mas resulta que ¡zas!, al darle vuelta a la hojilla se nos cambian los culióbulos, porque el izquierdo se nos convierte en culióbulo derecho y el culióbulo derecho en culióbulo izquierdo.

¹² Cita: calle rula del Cenizo, la casita verde que está junto al poste. De noche, puerta franca.

¹³ Problema se llama todo lo que no sabemos resolver en álgebra, geometría, gramática y fantasía.



Profundo, profundísimo es este problema, y nos parece lo mejor dejar que lo resuelvan las generaciones futuras. Así tendrá el hombre en la cabeza dos problemas por resolver: el de los culióbulo y el de la cuadratura del círculo. Este último ha sido casi resuelto por los burros.

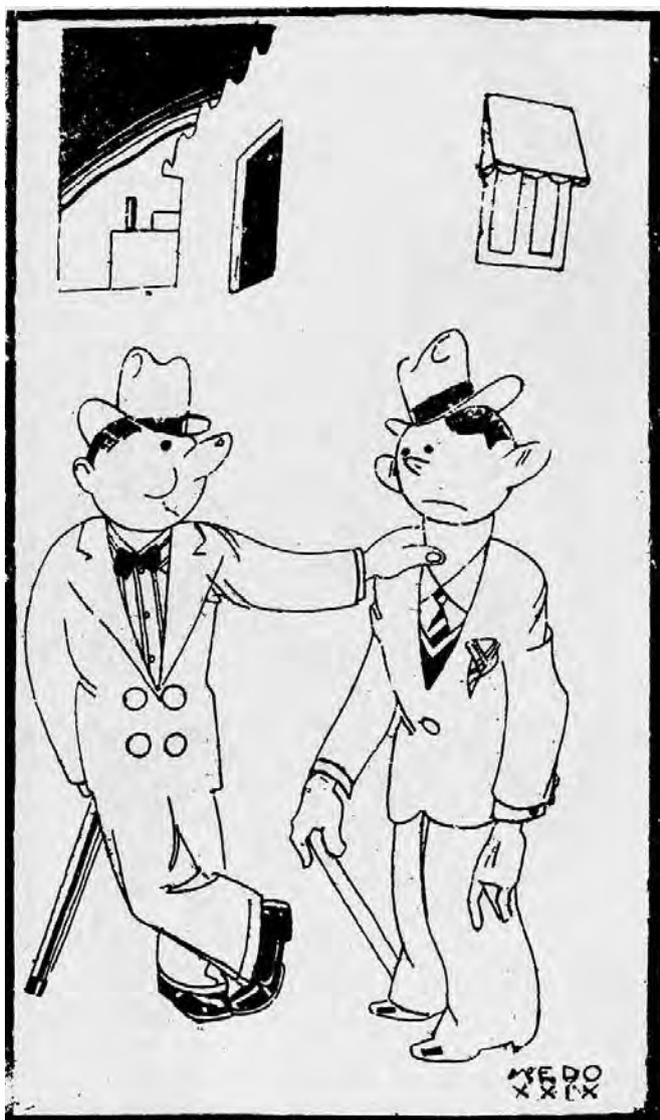
Sigamos.

Hemos observado que los escritores noveles, los novelistas, andan por ahí con unos títulos que dan pena. No ponen sino: «Aquel solar que está allá lejootes», «En rolos», «Barbas y otros pelitos», «Sinfonía de a medio», «Ostras lívidas», y todo eso. Estos títulos están muy usados. ¿Quién dice que «Mis zapatos rotos» no es cosa gastadísima? Más bonito sería: «Mis zapatos nuevos», o sencillamente: «Catilos Rapilaterínica».

Así como este, tenemos otros muchos títulos, dulces y llenos de armonía, que podemos vender garantizados o regalar sin garantía a los escritores que aspiren a la celebridad, tales como «Cuqueriquiando la betumpenatería», o más dulcemente: «Arrepatenándose con el Maraconatiróptero».

Otro ejemplo de lo bellos que son nuestros títulos es el que lleva este sesudo artículo. ¡Si dan ganas de repetirlo de puro bueno que es! «Ruca rícola tirubilísima».

Si ustedes no se han enterado de nada es porque son muy brutos o quizás muy brutos. ¡Sí, es con ustedes! Y si no les gustó, estamos a la orden.



- ¡Cónfiro, vale, palo de orejas!
—Y tú. cpm esa narizota.
—Sí, prro siquiera es una...



- ¿Cuál es su segundo apellido, Gordóñez?
—Bravo.
—¿Y usted se pone Gordóñez solamente?
—No. Algunas veces me pongo Bravo.



CONDOLENCIA

- Ayer murió mi señora.
—¿Sí?
—¿Pero no se te ocurre decirme nada?
—¿Y qué te voy a decir?
—¡No seas imbécil!
—Buenos, no seas imbécil.



La señora. —En días pasados fui al manicomio. ¡Que cuadro! Se me hizo un nudo en la garganta...

—¡Dígame! Usted era la única cuerda ¡y con un nudo!

LA CRIADA TESTARUDA



—Señora, ¿le saco el niño a paseo?
—No.



—Señora, ¡deje que le saque el niño a paseo!
—¡Noo...!



—¿Quiere que le saque el niño a paseo?
—¡Noooo!



—Sí, señora, le voy a sacar el niño a paseo.
—¡Que noooo!



—Yo le voy a sacar el niño a paseo.
—Que no, le digo.



—Sííí, señora...
—¡Sácamelo, pues!

Gozoso recibimiento



—¡Por fin llegaste! Ya se han excusado tres: ¡creí que fueras el cuarto excusado!

CUCARACHONICIDIO



—Anoche, disfrazado, te estuve embromando en el baile y no me conociste.

—¡Que cosa! Y ahora me pasa lo mismo.



- ¿Qué le sucede?
—Que me he tragado la plancha por centésima vez.
—¡Usted sí que ha gastado en dentadura!
—¡No, si es la misma siempre!

Piñatas Aristocráticas



—Llévame hacia la izquierda, a ver si le atiesto un palo al que está hablando con mi señora!



Cómo se inspiró el autor del fox-trot «Chicago»



—Joven, ¿tiene usted una telita vaporosa con una rayita aquí y otra allá?

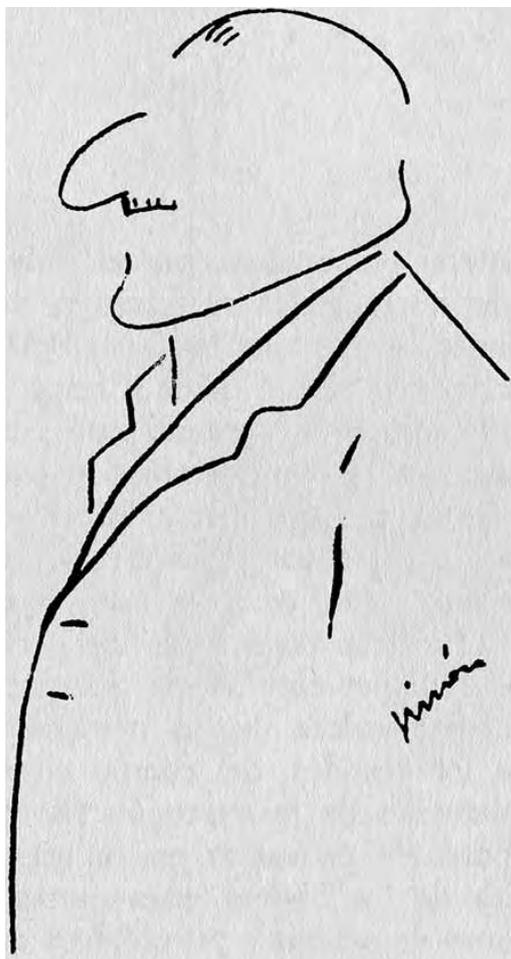
—Precisamente, no, señorita; pero tengo una con un puntico ahora y otro después.

NINA CRESPO BÁEZ

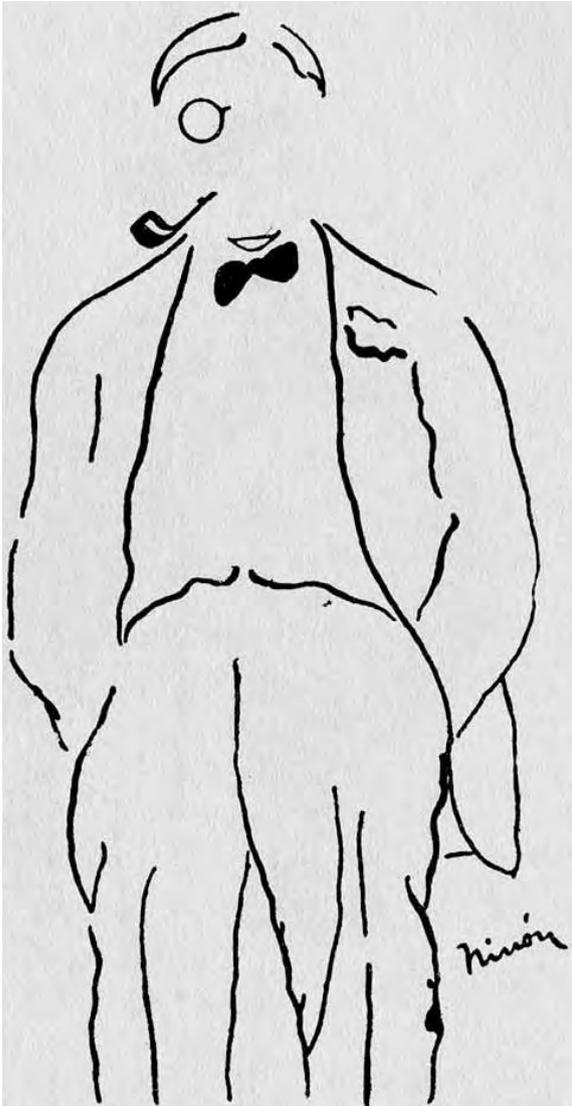
(Ninón)

Por su talento precocísimo, por el noble tipo de belleza venezolana representado en su figura y, sobre todo por haber sido la primera mujer que en Venezuela se dio a conocer como caricaturista, figuró Nina Crespo alrededor del año 30 como el benjamín o *enfant gaté* de los círculos intelectuales caraqueños. A la caricatura por exageración o hipérbole de la fisonomía, que había impuesto el expresionismo popular de «Leo», opuso Ninón la gracia femenina de un dibujo esquematizado, de línea muy depurada, en que el carácter y la atmósfera cómica de los personajes parece estar logrado más bien por eliminación que por alteración de los rasgos. Gran observadora de las maneras de andar, de los ademanes, de los vestidos, del cuerpo entero como continuidad o complemento de la expresión fisonómica, el arte de Ninón desborda la caricatura en su acepción ortodoxa de parodia gráfica de los rostros, para darnos a sus personajes en el conjunto de atributos psicológicos que constituyen lo que llamaremos su estampa o su facha.

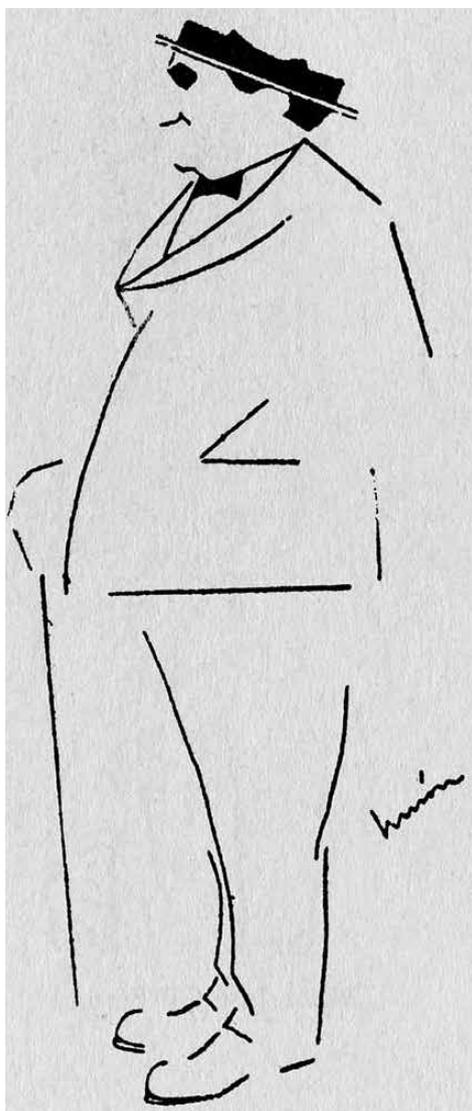
Ninón fue colaboradora de *Élite* en los primeros tiempos de esta revista y también de *Nos-Otras*. Algunas de sus caricaturas fueron reunidas en el libro de José Ramírez *Las marionetas de Ninón*, con un comentario de Andrés Eloy Blanco. Ninón obtuvo medalla de oro en el Segundo Salón de Humoristas del Ateneo de Caracas en 1931.



Dr. Luis Razetti



Dr. José Luis Fortoul



Antonio Martínez Sánchez



El arquitecto Rafael Seijas Cook

MIGUEL OTERO SILVA

Nació en Barcelona, estado Anzoátegui, en 1908. Aunque vinculado desde sus tiempos iniciales a la redacción del semanario festivo *Fantoches*, donde publicó sus primeros poemas en 1925, Miguel Otero Silva no se dio a conocer como escritor humorístico sino en la revista *Caricaturas*, que fundaron en 1926 los dibujantes Alejandro Alfonzo Larrain y Rafael Rivero. Junto a nombres ya conocidos y de amplia popularidad como Francisco Pimentel, Pako Betancourt o Rafael Michelena Fortoul, en las páginas de *Caricaturas* se reunieron algunas figuras jóvenes formadas en una cultura más ambiciosa y universal que la de sus inmediatos precursores, entre las cuales se encuentran los escritores y poetas más significativos de nuestro vanguardismo literario. De los intelectuales nuevos que entonces indagaban con el ensayo de *Caricaturas* una literatura humorística menos comprometida con la tradición criollista que se había impuesto desde los tiempos de Daniel Mendoza y Rafael Bolívar, el único que perseveró en ese propósito fue, sin duda, Miguel Otero Silva, en algunos de cuyos trabajos de entonces, en las prosas y versos que en *Caricaturas* firmaba como Miotsi, apuntaban ya las formas evolucionadas de humorismo que más tarde en sus «Sinfonías tontas» del diario *Ahora*, y luego al fundar su memorable semanario *El Morrocoy Azul*, lo señalarán como un auténtico revolucionario del género en el país. A un estilo

de humor que ya por los años treinta empezaba a resultarnos demasiado grasiento de tanto pasearse por los bajos fondos del costumbrismo suburbano o por el mundo ruinoso de las «taguaras», vino Miguel a oponer desde sus famosas «Sinfonías tontas» la novedad de una escuela de gracia que al ampliarle sus temas y depurarle su lenguaje, tuvo para el criollismo humorístico la significación de un rescate. Con precursores tan ilustres en las poesías festivas dialogadas como el gran contemporáneo Job Pim, o como el más remoto Bolet Peraza en sus célebres «Evoluciones» de la época guzmancista, Miguel no solo continuó en sus «Sinfonías» una de las tradiciones más venerables de nuestro periodismo festivo, sino que logró llevarla en la forma de una obra teatral como *Venezuela güele a oro* —compuesta en colaboración con Andrés Eloy Blanco—, o a veces en las transmisiones radiales de *Los vuelos de El Morrocoy Azul*, a un punto de popularidad nunca alcanzado por sus antecesores.

Favorecido por la reconquista de las libertades públicas que siguió a la desaparición del gomecismo, fue Otero Silva, con Leoncio Martínez y Job Pim, uno de los primeros autores que llevaron en esta época el gran temario de la política nacional a la expresión humorística. Y porque fue de los tres el que más constantemente vinculó su obra a la vigencia del debate público, una evaluación clara y justa de su significación para la literatura humorística nacional no sería posible si la lectura de sus escritos no se relacionara simultáneamente con la actualidad que glosan y con el conocimiento de los personajes a que aluden. Mejor por eso que en muestrarios de sus regocijadas ocurrencias —así hayan sido tan bien seleccionados como el que reunió en 1962 la Casa del Escritor bajo el título de *Sinfonías*

tontas—, es en el brillante conjunto que compone la colección de *El Morrocoy Azul* donde, en definitiva, puede apreciarse al humorista en sus mejores calidades.

Queda, sin embargo, entre tanta materia contra cuya integridad y lozanía conspiró su propia condición periódica, un conjunto de primoras realizaciones en las que siguen valiendo, más allá de los hechos de que fueron comentario, algunas de las cualidades que conceden a Otero Silva la significación de un moderno maestro de nuestro humorismo, y las que explican la influencia que en esta zona de expresión ha logrado ejercer en escritores más recientes. Está su excelente castellano, casi excepcional en un país donde lo tradicional es que los humoristas sean mediocres escritores; está su versificación limpia y sencilla y que parece haber aprendido en Arvelo Larriva —junto con el encanto de los ritmos sorprendivos— el arte de vencer las más espinosas dificultades. Y está especialmente su facultad de fundir a la materia festiva y costumbrista un diluido acento lírico, merced al cual sus más risueñas composiciones en verso parecen al mismo tiempo estremecidas canciones; de la misma manera que, a la inversa, algunos de sus poemas de la época juvenil impregnan su desencanto subyacente con un poco de buena sonrisa popular.

Desde su separación de *El Morrocoy Azul* en 1950, no volvió Otero Silva sino muy esporádicamente al ejercicio literario del humorismo. Fuera de algunos regocijos circunstanciales que a veces publica en muy pequeños espacios de *El Nacional*, su perseverancia en el género se manifestó en estos últimos años más que todo por la vía oral de sus improvisaciones, siempre muy festejadas.

Tiene el arte de la improvisación oral un largo haber de tradición en la vida venezolana, junto a la tradición

también oral del *banqueteo*. Costumbre amabilísima de las gentes acomodadas e inteligentes, a la luz de sus brindis versificados con gracia, de sus rejuergos y gracejos sabrosos de buena habla y de buen brandy, surgieron aquí tan refinadas manifestaciones de humorismo culto como la lírica digestiva de don Rafael Arvelo, preste famoso de nuestras musas de sobremesa en el tiempo guzmacanista.

Pero con esa práctica deliciosa de nuestra urbanidad espiritual, contrajo también nuestra literatura una de sus tendencias más nefastas, tendencia recurrente en que se frustra cada cierto tiempo alguno de nuestros grandes humoristas. Es la de aquellos que absorbidos por el éxito social, a medida que los acapara la vida de los saraos constantes, de los banquetes y tertulias, van por simple inercia confinando los alcances de su sensibilidad, de su inteligencia y de su cultura al ámbito claustral de sus invariables interlocutores, al monótono círculo de sus temas, a su visión falsa de un mundo con el que no tienen contacto alguno. Allí, armados con la fuerza fascinadora de la simpatía, actúan las nociones extrañas a la realidad, las fórmulas convencionales, los modos de expresión postizos, las interpretaciones caprichosas de la vida, la conjunción de presiones que el medio le va imponiendo como un troquel de remodelación, al alma del humorista. Los resultados se traducirán, para la obra de tal autor, en una derogación absoluta de su sentido de la autenticidad, en forcejeos ásperos con el lenguaje, en retorcimiento, en ausencia de gracia, en ausencia de frescura, en vacío de ideas.

Si no a la totalidad de este cuadro, a algunos de sus rasgos más dramáticos corresponden los últimos productos de Miguel Otero Silva, en la especie del humorismo. Desde sus años radiantes en *El Morrocoy Azul*, ha sido la evolución

de Otero Silva, como humorista, una progresiva emigración desde el mundo popular en que se hizo famoso, al de sus contertulios elegantes, al de las urbanidades gastronómicas, al que practica como expresión superior del humorismo las fórmulas inocuas y convivenciales del buen humor, de la fina chistología tematizada e incidencias de salón, en tipología y sucesos de página social. Unos recientes versos cómicos de Miguel enviados a *El Nacional* desde Italia, consistían en tan trivial asunto como enumerar en dieciocho octosílabos todas las marcas de whisky conocidas, sin que falten en el trasfondo de la composición las complacencias al anacrónico racismo de nuestras castas adineradas:

QUÉ HOMBRE TAN *RARITY*

Llegó de *etiqueta negra*,
 montado en *caballo blanco*,
 con una pea de *tres filos*
 y de *chivas* ataviado.
 Abrió su inmensa *bucana*
 de *presidente* tumbado
 y así le gritó a *los monjes*:
 ¡tomen *Old Parr*, que yo pago!
 y con *antiquary* estilo
 pagó con un *checkers* falso.
 Qué hombre tan *rarity* es ese,
 me dije con *grant* cuidado,
 le encuentro *something special*
 de *ambassador* anglicano,
 y le descubrí *el ancestor*
 de *black and white* trinitario

al verle los chicharrones
de escocés arrosquetado.

MOS

Análoga sensación de vacío, de frustración literaria, de falta de aire, de enajenación de un gran talento por la simpatía social, respira la obra con que intentó la reactualización de su humorismo; fue *Don Mendo 71*, espécimen de filiación irreconocible, escrita para el teatro y animada por la pretensión absolutamente desquiciada de sacar una parodia de otra parodia. Revestida de un fausto digno, a lo sumo, del atropellado original, la criatura se sostuvo varios meses en cartelera, heroicamente apoyada desde fuera por una maquinaria de publicidad que aún recordamos con angustia.

La situación de marginadas de la vida activa del país a que Miguel Otero Silva ha confinado las manifestaciones de su talento, se corresponde de manera muy significativa con los constantísimos viajes del poeta al extranjero. Al informar su regreso de Italia el 28 de agosto de 1971, decía *El Nacional* que el viajero venía de residir «en una ciudad italiana donde se ocupó en coordinar los elementos literarios que conformarán su próxima obra en prosa». ¡Qué largas se le antojan a uno las distancias a que tiene que viajar el poeta en pos de los elementos de su obra, cuando las compara con los mercados sucios y los pobres barrios de nuestra ciudad, donde tan fácilmente encontró los suyos un Leoncio Martínez!



Caricatura de Víctor Simona Delima

LA UNIVERSIDAD

A Carlos Pérez Cova

Casa amarilla que fue convento,
tú diafanizas la multitud,
tú vas forjando mi pensamiento
pero te guardas mi juventud.

Vieja casona. Tus pomagases
fueron comidos aún no en sazón.
Pero no importa; nietos rapaces,
tú gozas dándoles el corazón.

En tus paredes, lira y paleta,
incuba el genio su resplandor:
papel en blanco para el poeta;
lienzo sin mancha para el pintor.

Tú sabes todas las picardías
de los piropos estudiantiles
y sabes cómo lucen los días
cuando se tienen 18 abril.

Oíste el cuento corto y picante
bajo la estatua de Cajigal.
Sabes lo alto que el estudiante
pone la gloria de su ideal.

Gustas el néctar de vacaciones
y la pereza del mediodía;
la mal comida de las pensiones
y cuánto pesa la Anatomía.

Sabes lo triste que es encontrarse
con que están secos nuestros bolsillos:
jovial recurso de petardearse
unos con otros los cigarrillos.

El Carnaval, días risueños,
sabes lo mucho que nos inquieta.
Gasto excesivo, casas de empeños
o el mal recurso de la ruleta.

Casa amarilla que fue convento,
tú diafanizas la multitud.
Tú vas forjando mi pensamiento
pero te guardas mi juventud.

SINFONÍAS TONTAS
ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO

Personajes:

Adán

Eva

La Serpiente

El Ángel

Juan Bernardo Arismendi

(Al levantarse el telón acaba de realizar Jehová la primera intervención quirúrgica que registra la historia, arrancándole una costilla a Adán mientras dormía. Adán despertó; absorto y mudo se palpó el costillar disminuido, se puso la bata de baño y luego se dio cuenta de la presencia de Eva, que permanecía acurrucada al fondo de la escena, acabadita de sacar del horno.)

ADÁN

—¿Quién es usted señora?

EVA

—Yo soy la mujercita que te adora.

ADÁN

(Castigador)

—¿A mí solito y con amor profundo?

EVA

(Mimosa)

—A ti solito, desde que te vi
supe que para mí
ya no existía más hombre en este mundo...

ADÁN

—Y verdad que no existe. Yo me aburro,
y le envidio la burra al pobre burro.

EVA

—Pero ya estoy aquí. Con mi presencia
adquirirá sentido tu existencia:
verás la poesía de las cosas,
y cuando en la mañana florecida

mi voz como un arrullo te despierte,
sabrás que es fuente límpida la vida
y odiarás el abismo de la muerte...

ADÁN

—Bienvenida seáis. ¡Qué feliz soy!
¡Vamos a celebrar el día de hoy!

EVA

(Como quien no quiere la cosa)

—Está llena de trinos la enramada
y es un cantar de vida la mañana.
¡Celebremos, bien mío, mi llegada
comiendito manzana!

ADÁN

(Asustado)

—Manzana no, porque Jehová me dijo:
«Nunca te acerques a la fruta, hijo».
Y si a tu dulce insinuación me presto
nuestra osadía pagaremos cara,
pues nos aplicará el Inciso Sexto
y la Ley Lara.

EVA

(Despectiva)

—¿Tienes miedo?

ADÁN

—Tal vez, pero no puedo...

(La Serpiente lo interrumpe sonando sus campanillas con más fuerza que un presidente de la Cámara empeñado en hacer pasar una Ley del Ejecutivo. Adán, que es más supersticioso que Pedro Juliac, intenta salir corriendo en lo que divisa la bicha, pero Eva lo sujeta por un brazo.)

LA SERPIENTE

(Cantando)

—Escuchen esta verdad
que va diciendo la copla:
si Adán no come manzana
¡es porque Adán ya no sopla!

ADÁN

(Presidiendo democráticamente)

—Los que estén por pegarse del manzano
que levanten la mano.

(Eva y la Serpiente hacen la señal de costumbre)

ADÁN

(Que es un zángano)

—Ya veis. No es culpa mía
si me someto ante la mayoría...

(Cae el telón mientras Adán se come la manzana. Y a los pocos momentos vuelve a subir el telón.)

ADÁN

(Que aparece con un palillo entre los dientes)

—¡Buen almuerzo, hija mía!

AQUILES NAZOA

EVA

(Cariñosa)

—¿Yo no te lo decía?

(En ese instante se aparece un ángel tremendo con el machete desenvainado del doctor Izquierdo.)

EL ÁNGEL

(A Adán)

—¡Gusano vil! ¡Hombre desobediente
que provocas las iras del Señor,
con el trabajo sudará tu frente!

(A Eva)

¡Y tú tendrás los hijos con dolor!

ADÁN

(Consolando a Eva que rompe a llorar)

—No temas tú la maldición del cielo
ni la voz de Jehová que nos desprecia.
Para el sudor inventaré el pañuelo
y para tus dolores la anestesia.

EL ÁNGEL

(Llevando a cabo el primer desahucio de la historia)

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí *ipso facto*,
pareja lujuriosa y pendenciera!
Si no cogéis el cachachá en el acto,
os pongo los corotos en la acera...

(Adán y Eva abandonan el Paraíso y se detienen desorientados a la puerta. Es entonces cuando aparece Juan Bernardo Arismendi.)

JUAN BERNARDO

—¿Qué sucede? ¿El casero qué les hizo?

EVA

(Gimiendo y llorando)

—Nos arrojó, señor, del Paraíso.

JUAN BERNARDO

(Convincente, a Adán)

—El Paraíso, mi querido amigo,
pasó de moda. Y además, no es bueno.
Yo en cosa de minutos te consigo,
mucho mejor situado, un gran terreno...

LA SERPIENTE

—No le hagas caso, Adán, porque en tu vida...

JUAN BERNARDO

(A la Serpiente)

—¡Satanás, *vade retro!*

(A Adán)

—Te ofrezco un terrenito en La Florida
a setenta bolívares el metro...

(Adán se entiende rápidamente con Juan Bernardo y compra el terreno. Y bajo un espléndido atardecer, cruzado el cielo de pinceladas violeta, se aleja nuestro padre Adán triste y cansado pero con su carretilla de manzanas por delante.)

TELÓN

EPÍSTOLA LÍRICA

(De un morrocoy sub-realista a su hermano el tranvía)

Hermano de la percha y del vientre con bancos,
refugio de las cocineras con cesta
y de los ancianos que tiemblan en los autobuses,
paciente hermano que simbolizas
la electrificación de nuestra raza.

Hermano que perteneces
a la aristocracia venezolana
porque eres sobrino de Nicomedes Zuloaga
y tienes tus abuelos en Inglaterra.
Eres una añoranza que camina
despacito, pero que camina.

Se te humedece la percha pensando en el pasado.
Cuando le dabas la vuelta al Paraíso
rebosante de muchachas bonitas;
cuando los caballeros te montaban de un salto
para demostrar al público que todavía soplaban;
cuando bajabas hacia Candelaria
pleno de colegiales y de suspiros,
de cartas primerizas de amor en los carrieles
y de adolescentes emocionados en la plataforma;
cuando remontabas hasta La Pastora
pujante de trigueñas admirables
como un tiesto de flores que hubiese echado a andar.

Qué tiempos aquellos los de Míster Ludford,
cuando costaba medio pisar tu carapacho

y sabías deshojarte en correspondencias¹⁴
como una flor que diese sus pétalos al pueblo.

Hoy, hermano tranvía, eres un pobre diablo.
De ayer solo te queda la paciencia
y llueven sobre ti las maldiciones
de los choferes de los autobuses,
de los inspectores del tráfico,
de los peatones apresurados,
de toda la ciudadanía
que te tilda de torpe, de inútil y de horrible
y que pide a los santos tu desaparición.

¡Hermano!

Demuéstrales que tienen pudor los morrocoyes
y vete de Caracas para no volver más.

ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE LEO

Subió hace un año hacia las nubes Leo
y con el pecho de esperanzas pleno,
a la puerta del cielo metió el freno
y expresó por entrar justo deseo.

Lo vio San Pedro mal vestido y feo,
leyó el balance de su andar terreno

¹⁴ Correspondencia: Boleto de transferencia que le daba derecho al pasajero a usar dos carros con el valor de un solo pasaje

y no obstante haber sido un hombre bueno
le negó el pasaporte por ateo.

No se arredró su alma por tal cosa,
entró por el corral con Santa Rosa
y al cabo de tres meses Leo fue:

profesor de danzón de San Pascual,
redactor de *El Pinocho Celestial*
v tenedor de libros de Noé.

SONETO EXÓTICO

Muchachita sportista y bibelot
astro del basket ball y del cocktail,
con tanta sal como la femme de Lot
y tanto fuego como el mismo hell.

Musa del charlestón y del fox trot
que vas a misa y lees a Voltaire,
que pones tu ilusión en un Peugeot
y no distingues entre amor y flirt.

¿Qué culpa tengo yo, si demodé,
biznieto de Rodolfo, el de Murger,
no sé pedir amor con I love you?

¡Helás! Pero a mi tierno je t'adore
respondes con un seco never more
como el cuervo del trágico musiú.

SONETO SIN EÑES

Era una nina párvula y risuena
con un sueño de amor en el corpino
banado el rostro con blancor de armino
y negra la mirada malaguena.

Una bisona nina caraquena,
más caraquena que Justo Patino,
y con una montana de carino
construyendo su alma tan pequena.

No enseñaba la nina malas manas
pues se banaba todas las mananas
y no aranaba cual danina gata.

La adoraban parientes y extranos
y para celebrar su cumpleaños
resolvieron ponerle una pinata.

RESPONSO AL GRUPO VIERNES

Como el sollozo de las mariposas,
como el vuelo imposible de las rosas,
como el lucero abierto
que no supo
hablar de amor a la mañana en ciernes,
ha muerto
el Grupo
Viernes.

Se marchó como lírico turpial
que renuncia al topacio de las vegas,
la flor del nido y la emoción del nardo,
Pascual
Venegas
Filardo.

Huyó como el arroyo opalescente
que copia el cielo sin mirarlo casi,
Vicente
Gerbasi.

Alejóse cantando
por entre madre selvas y perdices,
Fernando
Cabrices.

Fugóse cual jazmín de espuma roto
en la ternura verde de la ola,
Otto
De Sola.

Lo abandonó cual abandona el cedro
deshilachando rumbos el cuclillo,
Pedro
Sotillo.

Se escabulló como se escurre el diablo
entre engendros del Bosco, brujas cojas
y balas de cañón con taquicardia,
Pablo
Rojas
Guardia.

Se fue
cual el espíritu burlón
que escapa al filo de las doce y media,
José
Ramón
Heredia.

Deshojóse cual árboles de Munich
bajo el otoño turbio, hostil y feo,
Ulrich
Leo.

Y se perdió como la nube gris
que cruza los crepúsculos soñando,
Luis Fernando.

Cual la llanura se quedó desierto,
cual el aliento de las sombras, muerto,
cual el portal del infinito, abierto,
cual el arcano por la luna, tuerto,
cual el sentido de la brisa, incierto,
cual el arcángel pálido, despierto.

Despliegue el viento su canción de cobre
por el grupo disuelto que no supo
guardar la voz de la mañana en ciernes,
el pobre
Grupo
Viernes.

Bailen el tamunangue las sirenas,
aprendan alemán las azucenas,
lloren las golondrinas trashumantes
y vibre
este ramo de ancianos consonantes
sobre la tumba en flor del verso libre.

ORIGEN DE LAS CORRIDAS DE TOROS

(Alcoba de madame Putifar, en Egipto. Una esclava asiria le echa aire, con pesado abanico de plumas, a su señora que yace tendida en mullido diván. Por cierto que madame Putifar es un maravilloso espécimen de mujer, capaz de alborotarle las hormonas masculinas a la propia esfinge del desierto. Todas las curvas del Nilo florido, todo el calor del Sahara ardoroso, toda la majestad de las pirámides imponentes, están presentes en su descacharrante cuerpo africano.)

MADAME PUTIFAR *(a su esclava Aída)*:

Yo quiero ver al judío
que encontraron en el pozo,
aquel del rostro sombrío,
alto, moreno y buenmozo.

Yo quiero ver a ese hombre
que me ha quitado la vida,
anda a buscarlo en mi nombre
a todo vapor, Aída.

(Sale presurosa Aída en busca de José. Madame Putifar adopta una postura tentadora en el lecho, dejando al descubierto una pierna como la soñó Fidias y como me la recetó el médico.)

AÍDA *(entrando con José)*:
Aquí está, señora mía,
el Pepe que usted pedía.

(Madame Putifar silba la «Marcha» de Aída. Aída comprende la indirecta y se marcha. Penetrantes olores a mirra, cigarrillos turcos y mujer recién bañada hacen palidecer al israelita.)

MADAME PUTIFAR:

Tú que adivinas los sueños
de las vacas y del trigo,
¿sabes que sueñan contigo
mis tiernos brazos trigueños?
¿Sabes que ya no podré
vivir sin vivir en ti
y que desde que te vi
me muero por ti, José?

JOSÉ *(ruborizado)*:

No me ponga usted, señora,
en tan grave compromiso.
Comprenda usted que yo soy
amigo de su marido

y que cometer traiciones
no es mi misión en Egipto.

MADAME PUTIFAR:

¡No me mortifiques tanto!
¡No seas maluco, Pepito!
Pórtate como quien eres,
como gitano legítimo...

JOSÉ (*aproximándose al diván*):

Yo por las buenas, Madame,
siempre he sido casto y digno.
Solamente por las malas
y ante la fuerza me rindo.

(Al oír aquello Madame Putifar, que ahora tiene a José al alcance de su mano, le zumba un zarpazo y le arranca la túnica, dejándolo en paños menores, que para aquella época no se usaban. Y en ese preciso instante, por una fatal coincidencia, entra a la alcoba sorpresivamente Putifar en persona.)

MADAME PUTIFAR (*a José*):

¡Encomiéndate al Buey Apis
que apareció mi marido!

(Putifar es un ejemplar de varias arrobas, berrendo en colorado, con mucha pólvora y unos cuernos por las nubes. Al ver a José desnudo y con la túnica en la mano, se le abalanza esgrimiendo un machete primitivo que usaban los egipcios para cazar cocodrilos. A José no le queda otro recurso sino defenderse con la túnica y propinarle con ella a Putifar seis verónicas con

los pies juntos y las manos bajas, de pura estirpe gitana que remata con un recorte ceñidísimo y pinturero.)

JOSÉ (*acariciándole un cuerno a Putifar en un desplante temerario*):

¿Por qué me quieres matar,
Putifar, si soy tu amigo?
Entre tu mujer y yo
ningún miriñaque ha habido
y si me hallaste desnudo
fue porque la doña quiso
en un arranque amistoso
que le mostrara el ombligo.
En vez de manchar tus manos
con la sangre de un judío,
préstame cincuenta rupias
y me marcharé de Egipto.

*(Putifar vacila un instante, luego se apacigua, descuelga la es-
carcela de su cintura y le presta las cincuenta rupias que José le
pide. Son las «banderillas». Sin embargo, al sentirse banderi-
lleadado, Putifar se enardece con el castigo y vuelve a embestir.)*

PUTIFAR:

Con este puñal sangriento
voy a matarte, cretino.

JOSÉ (*cayendo de hinojos*):

Perdóname la existencia,
¡de rodillas te lo pido!

(Lejos de perdonarlo, Putifar vuelve a la carga machete en ristre. A José, arrodillado e indefenso, no se le ocurre sino desprender una cortina que le queda cerca. Y ahí mismo, aguantando mecha con las dos rodillas en tierra, le da al Gran Visir dos ayudados por alto y uno de pecho que son una preciosidad. Después se levanta, se pasa la cortina para la izquierda y dibuja seis naturales seguidos, doblando la figura como los grandes y sin moverse un palmo de terreno. Putifar se detiene un instante a tomar aliento.)

MADAME PUTIFAR (*a José*):

Si no te defiendes, Pepe,
te matará ese bandido
y si tú falleces, yo
falleceré de fastidio.
¡Toma esta lanza caldea
de mi abuelo Ramsés Quinto
y sin compasión de Dios
clávasela en el morrillo!

(José toma la lanza de manos de tan fastuosa moza de estocques, se perfila frente a Putifar y, cuando este arranca una vez más sobre él, logra una perfecta estocada recibiendo que tumba al Gran Visir en redondo, sin puntilla y listo para el arrastre.)

MADAME PUTIFAR (*sacando el pañuelo*):

¡Qué gran torero en la plaza!
¡Qué salero y que tronío!

¡Qué faena y qué estocada!
¡Mi José! ¡Mi Joselito!

*(Y mientras cae el telón, madame Putifar le concede la oreja
y otros apéndices a José.)*

HORACIO VANEGAS Y LUIS PASTORI

LAMENTO Y DESPEREZO DE CHEPITA MANRIQUE

Au milieu, au milieu de la mer.

PAUL GERALDY

Reniego de esa palabra que sabe a centavo negro
y de esas torres que de noche son policía de los gatos.

Reniego de las brujas de la feria mundial
y del becerro que se tragó la ubre del samán.

Reniego de mis zapatos de fútbol
y de mis calzoncillos desmenuzados en tu ausencia.

Por ti
—siete veces por ti—
por ti,
Chepita Manrique,
reniego de tu lamento,
reniego de tu desespero,
reniego de tu cuntuntún,
reniego de tus cinco hijos:
Pedro,
Pablo,

Chucho,
Jacinto
y José,

—¡báñate!—

ora pro nobis.

1940

HUMORISMO EN *EL MORROCOY AZUL*

EL MABITÓGRAFO

El pintor Luis Alfredo López Méndez es un hombre entendido, no solamente en la historia del arte sino también en las causas y efectos de la mavita o mabita (que no sabemos si es con «b» o con «v» porque el diccionario no la pone, porsia). Ha descubierto el director del Museo de Bellas Artes que el Instituto confiado a su celo es víctima de efluvios mabitosos emanados de su vecino el Museo de Ciencias Naturales, donde se conservan calaveras, bichos muertos y bichas embalsamadas, etc. Al efecto, López Méndez hizo sembrar alrededor del edificio una arboleda de cariaquito morado con la cual pretende librarse del maleficio.

Profundizando más en tan arduo problema social, el pintor López Méndez ha ideado un ingeniosísimo aparato que ha denominado el *Mabitógrafo*, con el cual asegura que puede medirse el grado de mabitosidad de las personas, cosas, ideas, músicas, etc. El pintor se propone someter al Mabitógrafo innumerables asuntos y ofrecer luego a la humanidad un estupendo catálogo y eficientes tablas de mabitosidad que contribuirán a la felicidad del género humano.

Hasta hoy López Méndez ha logrado precisar con su aparato el altísimo índice de mabitosidad de los siguientes sujetos de estudio:

1. Las cortinas de lágrimas de San Pedro
2. Los zaguanes empapelados
3. Las repisas de carretel
4. La «Serenata» de Toselli
5. Las alpargatas con medias
6. Los poyos de ventana
7. Las pantuflas bordadas con la palabra «Amistad»
8. Los caracoles decorados con las frases «Recuerdos de Macuto», o «Detente que el Corazón de Jesús está conmigo».
9. Los marcos de verada
10. *La María* de Jorge Isaacs.
11. Los retratos en grupo porque al cabo de algunos años se ve uno entre una pila de muertos.
12. Comer dulces de pasta
13. Los dramas de Linares Rivas
14. Los paraguas. Si están enfundados se exalta su malignidad. Abiertos dentro de la casa son el acabóse.
15. Las flores de papel
16. Las declaraciones de amor por carta.

DICCIONARIO DE CACERÍA

Yo siempre había creído a pies juntillas las historias de nuestros cazadores. Ramella Vegas y Pancho Blanco, Hermán Róo y Humberto Mondolfi, Juan Mendiri y Fidel Roton-daro, Curra Fernández y Nacho Lavié, todos ellos acostumbraban contarme sus aventuras cinegéticas y hablarme llenos de orgullo de su propia puntería y del hermoso venado que dejaron sin vida bajo el sol del llano. Hasta que un día, con el auxilio del sagaz Carevaca, descubrí la verdad

sobre las cacerías y los cazadores. Y es así como hemos confeccionado este breve diccionario que dedicamos especialmente a las señoras de los cazadores, víctimas ingenuas de la imaginación de sus Tartarines.

Cazador: Borracho campestre muy embustero y con mucha paciencia.

Bastimento: Conjunto de artículos de primera necesidad, tales como whisky, soda, hielo, ron, cerveza y potes de jugo para los amaneceres.

Camioneta: Artefacto que sirve para conducir al prójimo a la policía y para prestárselo a los cazadores, los cuales acostumbran devolverlo en el más absoluto deterioro.

Escopeta, rifle: Armas de fuego que los cazadores consiguen, también prestadas. Los dueños de rifle nunca van de cacería.

Hato: Tierras abandonadas por sus dueños, inútiles para la agricultura y la cría, cuyo único papel social es servir de hospedaje a los cazadores.

Baquiano: Tipo pintoresco, con algún defecto físico (un dedo menos que «se lo arrancó un tigre», un ojo tuerto que «se lo vació un caimán»), y al mismo tiempo el hombre más embustero del hato. Su misión en la vida es vengarse de los patiquines caraqueños y esa misión la cumple inexorablemente sobre los cazadores que caen en sus garras.

Horqueteo: Una de las torturas más empleadas por los baquianos contra los cazadores. Consiste en encaramarlos en palos cruzados, en la más difícil de las posiciones por horas enteras. Y cuando el cazador, con los huesos molidos

y las coyunturas dormidas intenta moverse, el baquiano lo manda a callar con el dedo índice mientras le dice: «Cuidado, que espanta al venado!».

Venado: Animal mitológico que solamente existe en la imaginación de los cazadores. Según ellos cuentan, siempre le pegan en plena carrera y desde muy lejos, pero siempre se les va herido mientras los cazadores dicen orgullosamente: «Mañana aparece muerto».

Huella: Rastro en la tierra ocasionado por los chivos, el viento, las piedras removidas u otros fenómenos de la naturaleza, y que el baquiano utiliza para convencer a los cazadores de que hay cacería cercana. Los cascos del burro del hato sirven para convencer a los patiquines de que hay tigres en las cercanías.

Y así sucesivamente. Nosotros les aconsejamos a las señoras de los cazadores que no les crean. Y que cuando sus maridos les hablen de cacería les respondan resignadamente:

—¿Por qué no te compras tu bastimento y te rascas aquí mismo, en casa?

DICCIONARIO DE DOMINÓ

Dominó: Juego inventado por un mudo, eminentemente fastidioso, que consiste en ingerir grandes cantidades de aguardiente mientras se hacen sonar brutalmente unas piedras negras sobre una mesa de mármol, en pellizcar dos veces por debajo de la mesa al compañero cuando se quiere que ponga un dos y en cambiarle caprichosamente

los nombres a los números ordinales, de esta manera: uno, *la uña del pavo*; dos, *duquesa*; tres, *triste orejón pata'e perro*; cuatro, no recuerdo qué cosa de *un pavo*; cinco, *sin cuero*; seis, *Sixto Quinto en la arena*.

Dominosista: Sujeto que trata de hacer creer a los demás que posee facultades de adivinación y que conoce las piedras de los otros sin haberlas visto. En realidad no sabe por dónde van tablas y cuando con voz autoritaria le dice al contrario: «¡Pon tu doble cinco!», resulta que el doble cinco ya ha salido.

Compañero: Paciente sujeto que está obligado a soportar resignadamente los insultos más soeces de parte del dominosista. Cuando un dominosista afirma: «¡Fulano es un buen compañero!», es porque Fulano es un sinvergüenza que soporta que lo llamen imbécil sin inmutarse.

Mirón: Individuo que se coloca detrás de los jugadores para dar consejos después de haber visto las piedras de los contrarios. Por lo general son muy inquietos, saben mucho y beben sin pagar a costa de la partida, a pesar de que los jugadores afirman continuamente que «Los mirones son de palo». Hay otros mirones con una facultad que llaman «vistrín», la cual consiste en que cuando se ponen detrás de un jugador, este no levanta sino dobles.

Telégrafo: Truco de mala fe que usan todos los dominosistas, lo cual no impide que cuando se lo descubran a uno más torpe lo llamen ladrón y lo desacrediten con los amigos. Cuando algún jugador de dominó pierde, no es por falta de capacidad ni por mala suerte, sino porque como los hombres de otro siglo, desconoce el uso del telégrafo.

Doble seis: Piedra muy antipática a quien llaman corrientemente «la cochina» y otros epítetos insultantes. Afortunadamente, casi siempre está hábilmente marcada, lo cual hace que le toque con mayor frecuencia al más pistola de los cuatro.

Cabeza: Jugada de dominó que nunca he podido comprender y que me intriga enormemente. No puedo evitar alarmarme cada vez que oigo a un jugador gritarle a otro que los jugadores de dominó se comen la cabeza para echárselas de taquititaqui.

Y así sucesivamente. Nosotros advertimos a las señoras caraqueñas que el dominó, considerado por muchos como un deporte inofensivo, es el más peligroso de los vicios, la fuente de todos los vicios. Los dominosistas son jugadores porque cuando se descuida el botiquinero los he visto pagándose las apuestas en dinero contante. Son borrachos porque hay que ver la cantidad de alcohol que ingieren en una sentada. Son aprovechadores porque cuando van adelante y tienen un buen juego piden tres tragos seguidos, sándwiches y cigarrillos, para que los paguen los contrarios. Son sinvergüenzas porque tienen que soportar insultos espantosos cuantas veces meten la pata. Son tramposos a base de telégrafo, teléfono y demás inventos de la ciencia moderna. Y son embusteros porque yo los he visto llamar por teléfono y decir:

—¡Espérame un momentico, mi vieja, que no faltan sino diez tantos!

Y comienzan una nueva partida.

MAURICE CHEVALIER SE LE DECLARA
A UNA REDACTORA
DE ESTE IMPORTANTE PERIÓDICO



Maurice Chevalier no hizo sino pisar tierra venezolana, y a los cinco minutos ya estaba fajado rolo a tolete hablando francés con la especialista en cuestiones amorosas de *El Morrocoy Azul*.

Con la originalidad que la caracteriza, la primera pregunta que se le ocurrió a nuestra compañera dirigirle al gran artista fue:

—¿Vú parlé francés, mesié?

—Güí —le respondió Chevalier después de pensarlo un buen rato.

Y los dos guardaron silencio mientras a ella se le apagaba el coco, que a causa de la pregunta le había quedado echando humo.

Repuestos ambos, la conversación siguió adelante en forma tal que nunca se llegará a saber con precisión quién entrevistó a quién.

—Bien, mesié chanchonier —comenzó ella—, ye quier parler avé vú.

—Tré bien. Eché pichón.

—Mercí, mesié panchonier.

—Chevolé cupé, chevrolé cupé.

—¿E pur cuá no quité votre paltó? Con cette calorón de Maiquetí nest pa posible parler avec le paltó puest.

—No, nó. ¿Pa qué va a quitá mon paltó? ¿Yo va parla yo va bañá?

—Ah buen... Si vú le prefer.. . Cette une quechón de gut. Allá vú.

*

Y en este punto, para que los lectores de habla hispana se den una idea de lo que quiere decir este exquisito diálogo, nos parece justo ofrecer la traducción al castellano de la versión taquigráfica tomada por Alejo Carpentier para reproducirla en su popular sección «Letras y Sulfa».

—Oh, señorita. ¡Si yo hablara el español tan bien como usted el francés!... —gimió Chevalier—. ¿No quiere usted enseñarme su bella lengua?

—Con mucho gusto —contestó ella, y le sacó un rolo de lengua que parecía materialmente un plátano sancochado.

—¡Qué mujer tan simpática! ¡No jile! ¡Usted es más simpática que el carrizo! ¡Eso sí que es simpatía y no aquella comía de cochino que tenemos en París!

—Mercí, señor colchonier.

—Chevolé cupé, chevrolé cupé. Pero dígame francamente, señorita: ¿usted es de verdad venezolana? ¿Usted no recuerda haber nacido en París?

—No, niño. ¡Qué París ni qué París! Yo soy criollita. Caraqueña y criada en pieza.

—¿Y entonces quién le enseñó el francés?

—El profesor Pierre Juliac dans combinachón avec de programme de radió du Galerón Premiá de Guinán.

—Ah bueno, pues si usted es criollita como dice, la invito a que tomemos algo criollo.

—Muy bien pensado. Una copa de caraotas fritas no caería mal con este calor.

Seducido el famoso ronchonier por el encanto de nuestra colaboradora, la envolvió en una larga mirada. Lo malo fue que después que la tenía envuelta, se le olvidó llevársela.

CUENTO DEL LORO Y EL COCHINO

Hace de esto muchos años. En una casa de campo cercana a la población de Villa de Cura vivía una familia que tenía, entre otros animalitos caseros, un cochino muy sufrido y un loro muy perverso. Los sufrimientos del pobre cochino se debían a dos circunstancias muy particulares: primera, a que la familia había tenido la desdichada ocurrencia de amarrarlo precisamente debajo de una mata de mango en cuyas ramas se pasaba el loro todo el día; y segunda, a la extraordinaria capacidad del loro para imitar las voces de todas las mujeres de la casa. De esa manera, cada vez que la señora ordenaba desde la cocina:

—¡Échenle su comida al cochino...!

—¡Ya comióóó! —contestaba el loro con una vocecita muy persuasiva.

—Ah, bueno —decía la señora y olvidaba el asunto.

Así pasaban los días y el desdichado cochino iba enflaqueciendo en silencio.

—¿Qué le pasará a ese cochino? —se preguntaba la gente al verlo—. Come que come y no engorda... ¿Será que tiene huevito?

En efecto, al pobre animal se le podían contar las costillas a veinte metros de distancia. De tan flaco que estaba, la trompa se le había puesto como un pico de manguera.

—Pero ¿por qué ese cochino se habrá puesto así, Dios mío? —decía la señora—. Ya eso no es cochino ni nada... Míreme eso: lo que parece es una polaina vieja.

Y el cochino los miraba a todos con una lánguida mirada de moribundo, como pidiendo misericordia con aquellos ojos en los que el prolongado ayuno había impreso unas profundas ojeras.

Pero la perversidad del loro no cedía ni un ápice. Cada vez que alguien ordenaba desde el interior de la casa:

—¡Échenle la comida al cochino...!

—¡Ya comió! —contestaba el loro desde la mata, y se tapaba la nariz con una pata para no reírse.

Hasta que cierta vez se levantó un viento tan fuerte que el loro se dio un resbalón y fue a caer precisamente al lado del cochino. Este, en un esfuerzo supremo logró reventar el mecate y se pegó a perseguirlo mientras emitía unos gruñidos que al mismo tiempo eran de hambre y de deseos de venganza.

La primera reacción del loro fue de profundo estupor. Al ver que el cochino se le venía encima con los dientes pelados se quedó mudo y como clavado en el suelo. Pero en un segundo logró recobrase y al darse cuenta del

peligro que corría picó los cabos en desalada carrera por todo el corral, mientras gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Échenle la comida al cochino! ¡Échenle su comida a ese cochino! ¡No sean malos, carrizo, van a matar de hambre a ese pobre cochino, vagabundos!

Y esto fue lo que lo salvó, pues de repente el cochino dejó de perseguirlo a él para pegársele atrás, en el colmo de la furia, a una de las mujeres de la casa que sin darse cuenta de lo que estaba pasando tuvo la ocurrencia de salir a contestar:

—¿Otra vez? ¡Si ya ese cochino comió...!

¿SE MONTA EN O SE MONTA CON?

Un distinguido lector de *El Morrocoy Azul* y también de la página deportiva de *El Universal*, nos escribe sobre una nota publicada hace algunos días en dicha página, lo siguiente:

«En la mentada página y en letras bastante legibles se refiere el cronista a una aristocrática señora que “a los tres años empezó a montar con un burro llamado Pepito”.

Examinando detenidamente el caso y hechas las averiguaciones sobre el particular, certifico que:

- 1º La distinguida señora ni en su tierna infancia ni en su floreciente juventud podía, ni puede al montar llevarse consigo un burro, aunque este se llamara Pepito.
- 2º No hay razón que justifique el que una persona en su sano juicio, y así fuera una criatura de tres años, se eche encima un burro cada vez que va a montar un caballo, salvo que se trate de un miope en un período ya tan avanzado que sea capaz de confundir un burro con una capotera.
- 3º Por otra parte, por algunos supervivientes de la vieja guardia del mercado, he sabido que la niña en realidad

nunca llegó a montar con Pepito. Por el contrario, cuando ella montaba no podía montar con él puesto que en quien montaba era precisamente en él, y en esas condiciones él no podía montar con ella por la sencilla razón de que a un burro le es completamente imposible montarse en sí mismo.

4º Con la debida cautela he logrado averiguar que a los cronistas deportivos de *El Universal* les gusta mucho viajar con vapor, con avión, con ferrocarril, con camello y sobre todo con un burro; pero lo que no se ha podido averiguar, no obstante mi gran información, es si les gustaría viajar con una gramática castellana».

Firmado
Restituto Disruptivo
(Autor de una importante obra sobre
Psicología de las niguas en su primera infancia)

SOPLIDOS DE MUJER

Consultorio Amoroso de El Morrocoy Azul

por CASCABEL

Querida Casca:

Figúrate que el único hombre al que he llegado a amar de verdad es el bombero que asiste a papá cada vez que se le olvida quitarse el flux negro para entrar a la cocina. Pero el tercio es más mañoso que cochino entrando en bongo, y aunque está enamorado de mí, lo único que hace cuando está a mi lado es pegarse a hacerme cariño por las orejas

hasta que me las deja bien coloradas. ¿Qué hago, Cascabel? ¿Tomo yo la iniciativa y lo obligo a que se me declare, o sigo esperando a que lo haga por sí mismo aunque de tanto hacerme cariño me ponga esas orejas como dos sopladores?

«TELETIPIA»

Contestación

Por lo que me dices, querida Tele, creo que estás tratando con un caso típico de timidez. Tanto la costumbre de acariciar orejas como la de hacer pío pío, son propias de los novios tímidos. Yo conozco estas cosas por experiencia, pues de joven tuve un novio que se pasaba íntegramente las dos horas de la visita sacándole las pulgas a la piel de perro Mucuchíes donde nos sentábamos. Por esa razón, no debes forzarlo a que se te declare, sino esperar a que lo haga por sí mismo. Lo que sí debes hacer es ponerte una cachucha con orejeras cada vez que le toque visita, o cuando acuerdes no vas a tener con qué oír la declaración.

*

Me escribe «La Novia del Nudista»:

Admirada Cascabel:

Desde hace algún tiempo y a espaldas de mis padres, mantengo unos amores clandestinos con el nudista que soba en casa. Aunque sabedor de que yo empecé a amarlo desde la primera vez que lo vi, su actitud hacia mí fue al principio de completa indiferencia: todas las noches, al sonar las doce, se encaramaba por la tapia del corral, lamía las

ollas de la cocina, sobaba a toda la familia, cargaba con dos o tres gallinas del patio, y para mí ni una sonrisa. Pero una noche, una noche, querida Casca, al tercio se le ocurrió meter su cabezota por la ventana de mi cuarto y allí, oh dicha, me sorprendió cortándome un callo de esos que llaman ojo'e pollo. Pareció sorprenderse de que una muchacha moderna como yo pudiera ser aficionada a las labores manuales, y entonces le conté mi vida. Al despedirse me besó en la frente, me pidió prestada la tijerita, se cortó unos pelitos del pecho y él mismo me los puso en el viejo guardapelo con cascabeles de culebra que perteneció a mi difunta madre. A la noche siguiente volvió y me suplicó que le bordara sus iniciales en un parche poroso que cargaba en la espalda. Y así vino otra noche y otra y otra, y en cada visita se me ponía más antojoso: que si sácame esta espinilla que tengo en el tronco de la oreja, que si consígueme un poquito de leche de jabillo pal corrimiento, que si me está saliendo un cadillo y necesito una cerda de rabo de caballo, que si échame manteca con sal en este poporo...

Hasta que una noche vino lo inevitable. Abrió los brazos como si le estuviera sacando la cabuyita a un saco de harina, puso esos ojotes lo mismo que un chivato con hematuria y sacando una lengua que parecía una tripa de bicicleta, me pidió un beso. Ay, Cascabel, yo nunca esperé semejante pata de banco de un hombre como aquel, a quien yo creía tan idealista, tan puro, tan bien intencionado. Sin embargo, no fueron estas razones, ni aun las que me dictaba mi ofendido pudor las que invoqué para negarle el beso. Me limité a decirle que otra vez sería, que ahora no podría besarlo porque ese día había comido piña y a mí la piña me da boquera. Claro que él no era tan

pajuato para tragarse el estray, y comprendiéndolo todo, cogió el techo dejándome ese corazón como albañal de carnicería. Desde entonces lo he esperado en vano. Lo último que supe sobre él es que su situación ha mejorado mucho y que acaba de firmar contrato para sobar en una casa rica por San Agustín. Oh, Cascabel, tú que en estas cosas sabes más que pescado frito, tú eres la llamada a aconsejarme en este caso. Así que pela por esa pluma y dime si lo debo cortar con hojilla como si fuera un mismo callo, o si le debo sacar punta a una vigueta para acuñármela yo misma por la vena arteria.

Tu admiradora y amiguita,

«LA NOVIA DEL NUDISTA»

NUESTRA PRIMOROSA PAVOFOTO

El último descubrimiento del mabitógrafo que funciona en *El Morrocoy Azul* es el de la *pavofoto*, denominada también *fotopava* por los expertos en esa delicada materia. Se trata, como lo hace sospechar su nombre, de un tipo de fotografía familiar, principalmente de las comprendidas en la categoría de las llamadas fotografías de estudio, que tanto en los atributos del personaje fotografiado como en el conjunto de elementos escenográficos y de utilería que lo acompañan, ha logrado reunir el máximo potencial pavo-activo en el mínimo de espacio disponible.

El modelito que presentamos en la gráfica nos fue suministrado por el Comité Pro-Ampliaciones por Cuotas



de la Asociación de Escritores Venezolanos¹⁵ y constituye el ejemplar más acabado de mabita fotografiado que se haya presentado hasta ahora a la consideración de nuestros técnicos mabitológicos. Para comodidad de los estudiosos, ofrecemos el interesante ejemplar con sus principales valores mabitográficos señalados con referencias numeradas en el margen, tal como hacen los dibujantes topográficos para señalar en los mapas los puntos de interés turístico. Siguiéndola, pues, en la enumeración de sus componentes explosivos, la descripción de nuestra *pavofoto* es la siguiente:

1. Cortina fabricada con moticas de cocuiza teñida, unas de colorado y otras de verde.

¹⁵ Se refiere a la Galería de escritores desaparecidos existente en esa asociación.

2. Sombrero de panamá retocado con una o más manos de blanco de zinc.
3. Anteojos de vidrios naturales, para que los que ven el retrato crean que el personaje que se retrató es doctor.
4. Bigotes fotopreparados con un peinito.
5. Cuello postizo y corbata tejida en la casa.
6. Pañuelo de bolsillo perfumado con albahaca macerada en aguardiente.
7. Correa de Bandera Venezolana con hebilla de cacho pulido.
8. Yuntas de esas que llaman mancuernas, y tabaco de madera suministrado para la ocasión por el fotógrafo.
9. Pantalones de fantasía con ruedo.
10. Zapatos de patente con tacón de goma.
11. Silla coriana haciéndose pasar por poltronita.
12. Alfombra de cuero de tigre con su cabeza y todo.

Nota de la Redacción: No decimos nada de la firma caligráfica del fotógrafo, porque en la enumeración le tocaba precisamente el número 13.

HISTORIA AL ALCANCE DE LA MANO
ODISEA DE MAHOMA Y KADIJA

Esta es la triste historia que la hija
de un viejo boticario me echó en broma.
Se trata de Mahoma y de Kadija
y empieza por la edad en que Kadija
estaba enamorada de Mahoma.

Y se pregunta: La vez primera que Mahoma
le confesó: —Te quiero, hija,
¿qué contestó Kadija?

Le dijo lo que toda mujer inteligente
jamás le dice a un hombre delante de la gente.
Con cada ojo abierto como flor de topocho
le dijo: —¡En la pirámide de Chéops, a las ocho!
Y allí, a la luz de un camafeo,
Mahoma le propuso el bembeteo
y ella aceptó.
Pues (mientras se rascaba la base de su moño),
muy en razón pensó:
—Cuando el amor viene en otoño...
¡let's go!

Lo que no cuenta la historia de Mahoma,
lo que no cuenta la historia de Kadija,
es si Kadija,
viéndose decadente como arpa sin clavija
le echó el lazo a Mahoma,
o si Mahoma, el gran Mahoma
se echó la «baratija»
por las múltiples puyas de Kadija.

Del matrimonio aquel no vino ni una hija.
Los mahometanos son hijos de Mahoma... ¡sin Kadija!

CAYETANO RASPAGUETA

PROGRAMAS QUE SE LE OLVIDARON AL RADIO

El matrimonio de Pipiolina Lampiñoso

LOCUTOR DEPORTIVO: Señoras y señores, muy buenas noches. Nos encontramos en los elegantes salones de la Quinta Tírame-algo para transmitirles a ustedes las incidencias del sensacional matrimonio que se celebrará esta noche entre la señorita Pipiolina Lampiñoso y el bachiller Tetelino Congofio. Ya los padres de la novia se encuentran listos para ocupar sus posiciones en el terreno. Las ventanas están totalmente abarrotadas de muchachos, el público empieza a impacientarse... Y, señores, ¡parece que hay una pega en la barra! ¡Y es la primera pelea de la noche, señores!

LOCUTOR COMERCIAL: Y este es el momento de recordar el abecé de Coliflor: A, abaja la fiebre; B, abaja el dolol, y C, se vende a locha.

LOCUTOR DEPORTIVO: Y aquí viene llegando el primer invitado de la noche. Vamos a ver qué opinión nos trae sobre este magnífico matrimonio. ¿Cómo se llama el señor?

EL INVITADO: Tronconio Lampiñoso.

LOCUTOR DEPORTIVO: Maaaagnífico, señor Lampiñoso. Y ahora deseamos, señor Lampiñoso, que usted nos dé su opinión de aficionado consciente sobre el candeloso matrimonio que se va a celebrar esta noche.

LAMPIÑOSO: Bueno, yo he estado en muchos matrimonios porque yo siempre he sido un buen aficionado... Y le voy a decir una cosa, no es porque la novia sea prima mía, pero este es el mejor matrimonio de Caracas.

LOCUTOR DEPORTIVO: ¡Muuuuy bien, señor Lampiñoso...!

Y por haber contestado correctamente la primera pregunta de la noche, aquí tiene usted un cuarto de docena de copitas para lavarse los ojos, y medio litro del delicioso colirio refinado que le obsequia La Casa de los Orzuelos... Y aquí se encuentran ya los novios, señoras y señores, que van a decir para ustedes unas breves palabras antes de empezar el candeloso evento. ¡El primero en acercarse al micrófono es el novio! ¡Un aplauso para el novio!

APLAUSOS: Pla pla pla pla pla pla.

EL NOVIO (*Nervioso y un poco acezante*): Únicamente para decirles que me encuentro en mi mejor forma y que espero salir triunfante de este magnífico evento, a ver si logro que me contraten para casarme en Cuba el año que viene. Mucha gracia.

LOCUTOR DEPORTIVO: Ya oyeron ustedes, pues, al novio, que si logra divorciarse en el presente campeonato puede convertirse en un candidato seguro para representarnos en el próximo Campeonato Internacional Amateur de Cuba. Y ahora vamos a ver qué nos dice la novia, quien como ustedes saben, también participa en este sensacional matrimonio.

LA NOVIA: Saludo a la afición de mi querida patria y también les ofrezco mejorar en lo posible mi *average* para poner muy en alto el nombre de la escoba venezolana. Mucha gracia.

EL PÚBLICO (*Aplaudiendo*): ¡Pla pla pla!

LOCUTOR DEPORTIVO: Y seguidamente trasladamos nuestros micrófonos al cuarto donde están los regalos, dejándolos a ustedes en compañía de los invitados, mientras llega el momento de sacar el primer gorrero de la noche.

Los micrófonos pasan al cuartico donde está la cama de los regalos.

UNA SEÑORITA: ¡Ay, pero qué novios tan afortunados...!
¡Ya les han regalado dos juegos de desayuno...!

UN BORRACHO: ¡Qué suerte...! Así podrá desayunarse cada uno con un juego.

LA SEÑORITA: Pero, ¿verdad que esa lámpara de cacho en forma de pescado con el bombillo dentro de la boca está soñada?

SEÑORITA II: ¡Ay, miren este jamón planchado de yeso!
¿Verdad que quedó igualito?

UNA SEÑORA: Sí, niña, qué perfección... ¿Cómo harán para planchar el yeso así?

SEÑORITA I: ¿Y qué me dicen de esas pantuflas forradas en piel de perro de Mucuchíes?

LA SEÑORA: Pues si usted supiera que a mí esas bichas me impresionan. Uno se las pone y es igual que si anduviera con los pies metidos dentro de unos perritos.

SEÑORITA II: Lo mismo me pasa a mí. A mamaíta una vez le regalaron unas pantuflas de esas y figúrese que el pelo les siguió creciendo y les cayeron pulgas y todo. Hasta les cogimos cariño. Mamaíta, ¿qué se hicieron por fin esas pantuflas?

MAMAÍTA: Guá, niña, ¿no te acuerdas que cuando estuvimos en Maracaibo se las llevó la Perrera Municipal por equivocación?

EL BORRACHO: Mire, misia, yo le voy a decir una cosa: no es por nada, pero ese bicho que está ahí es pavoso.

LA SEÑORA: Ay, mijita, este borracho está fastidiosísimo...
¿Qué es lo que usted dice que es pavoso, señor?

EL BORRACHO: Ese bicho que está ahí, misia, ese, misia: ¡ese! ¡Ese bicho es más pavoso que una alpargata blanca!

LA SEÑORA: ¿Pero a qué se refiere usted concretamente: a ese cojín de peluche que dice Felicidad o a la cabeza de toro embalsamada con la bandera española por el pescuezo?

EL BORRACHO: Ni a una cosa ni a la otra: me refiero a eso, eso...

LA SEÑORA: ¡Ah! ¿Esto? ¡Ay, pero qué ocurrencia; lo que son los hombres cuando están tomados! ¡Dígame y que pavoso ese colgador de caramera de venado!... ¡Entonces se priva si llega a ver el bandolín pintado al óleo que tenemos allá adentro!

EL BORRACHO: ¡Dios mío, ten piedad de este tu humilde siervo! ¡Ahora resulta que también tienen un bandolín pintado!

LA SEÑORA: Mire, señor, usted me va a perdonar, pero me parece que ya ha bebido demasiado.

EL BORRACHO: ¿Demasiado?... ¡Qué váquiro, señora! Yo mandé un ramo que me costó sesenta bolívares, y el lavagallo ese que ustedes me están pichando hace rato ¡no ha llegado todavía ni a los siete cincuenta!

En este punto de la transición, el Locutor Deportivo interviene rápidamente para evitar que las intimidades de la familia trasciendan a los radioyentes.

LOCUTOR DEPORTIVO: Y de esta manera, señoras y señores, termina la transmisión que les hemos ofrecido desde la Quinta Tírame-algo, con motivo del sensacional matrimonio de la espiritual señorita Pipiolina Lampiñoso con el distinguido caballero Tetelino Congofio. ¡Buenas gracias y... muchas noches!

ALEJANDRO GÓMEZ

Nació en Caracas el 9 de febrero de 1909. Catedrático de Geografía e Historia en el liceo Andrés Bello de Caracas, Alejandro Gómez abandonó la docencia en 1936 para dedicarse al periodismo como columnista fijo del diario *El Heraldo*. En su sección diaria «Columpio», una de las lecturas más venenosas y explosivas que se hayan ofrecido a los venezolanos de este siglo, cultivó Gómez un humorismo caracterizado por su expresión agilísima, tan rica de fulguración y de giros nuevos que casi lograba escamotear entre los talcos de sus galas visuales su fondo político profundamente reaccionario. En el juicio más breve y al mismo tiempo más inteligente que se ha formulado sobre el arte de Alejandro Gómez, ha escrito Arturo Uslar Pietri:

Colgado de una mano y en medio de la voltereta que deforma humorísticamente las proporciones de seres y cosas, la parte iconoclasta y en veces injusta de su labor se suaviza con la transparente calidad de su ironía. Ha magnificado nuestra maledicencia y ha dado categoría literaria a lo que hasta ahora era solo uno de nuestros vicios. No hay que detenerse en la falta de equidad del satírico, pues su función reside precisamente en la aberración evangélica de dar una serpiente a quien le pide un pez.

Murió en Caracas en 1956.

LA DECADENCIA DEL SABLISMO

Parece mentira pero es una verdad muy cierta: el sablismo, señores, va en franca y lamentable decadencia. ¿Qué se hizo o qué se hicieron aquellos aguerridos mosqueteros que andaban, como si dijéramos, lanza en ristre por los cuatro costados de esta cristiana ciudad en busca insaciable de posibles enemigos? ¿Qué se hicieron? ¡Ah! Una respuesta sorda contesta a mi reclamo. Mudo está el cielo azul, gloriosamente azul; mudos los hombres, y por sobre los hombres, los líderes de la democracia. ¡Qué tragedia mayor!

El sablismo fue en su época una profesión ilustre y ennoblecedora. En sus filas se contaban los valores más recios de la nacionalidad. Los artistas le infundieron un grado de exquisito esplendor, le comunicaron parte de su propia vida, en resumen, ¡le hicieron perdurable!

Pero el torbellino de las nuevas ideas, de las nuevas tendencias, de las nuevas orientaciones, ha determinado la decadencia, muy lamentable por cierto, de la profesión ennoblecedora del sablista. Por ahí no queda ni un simple rezago, ni la más leve huella, ni el menor indicio que nos hablara a esta generación de aquel florecer esplendoroso del sablismo. Los banderilleros son una gente inferior y despreciable, una copia grotesca de ese arte maravilloso y desaparecido, una especie indigna de tomarse en cuenta. ¡Cómo han derrochado el precioso tesoro que tuvieron entre las manos inexpertas!

De mí sé decir que guardo una profunda veneración por la memoria de esos próceres. Aún recuerdo el severo continente del señor Fombona, con su barba puntiaguda y pulcra, su andar pausado, sus maneras afables y su voz rotunda y persuasiva. Cuando hablaba para atacar en firme

era capaz de convencer al más arisco y resbaloso lechero que pisara el globo, y luego, ¡oh, luego!, casi instantáneamente, en un abrir y cerrar de ojos, en un intervalo de segundos, entre sus manos traía no digo el dinero de la repleta escarcela del avaro, ¡sino el corazón agradecido del miserable infeliz!

Pero Fombona era un maestro; sí, señores, todo un maestro, o mejor dicho, un especialista en la materia. Representó con dignidad una generación y fue el más significativo exponente de su tiempo. No se hizo sablista por fuerza de las circunstancias, no. El germen primitivo lo traía en él, en su organismo, y como se nace rubio o se nace moreno, Fombona nació sablista. Un sablista mercedor de todos los honores de la Academia, donde hay tanto viejo sablista retirado por falta de agresividad, por falta de constancia, por falta de ese verdadero espíritu que es el determinante de la personalidad, del auténtico sablista.

El egoísmo tal vez haya sido la causa por la cual no entró el maestro al apacible rincón de los Inmortales. ¡Cómo hubiera destacado su figura procera y mundana en ese histórico recinto! Pero aún es hora; todavía es oportuno remediar ese tremendo error, porque las campanas de la justicia están repicando sin cesar en este país amante de las reivindicaciones. Proponemos, en consecuencia, que se le erija un busto de mármol en el patio de la Ilustre Casa, bajo los pinos dolientes que tanto ama el paternal corazón de Pedro Emilio.

Ese día memorable, cuando sin duda el panegírico lo haga un hombre de las luces y el talento del doctor Dávila, ¡yo vestiré de negro y bajaré emocionado la cabeza para ocultar las lágrimas que desde ahora me están quemando el rostro!

AQUILES NAZOA*

Nació en Caracas en 1920. Libros humorísticos: *El ruiseñor de Catuche*, *El burro flautista*, *Caballo de manteca*, *Pan y circo*, etcétera.

* Nota del editor: Esta escueta reseña es tomada de la edición original de esta obra, en momentos en que el autor se hallaba con vida.

ZOO DOMINICAL

Llevemos los niños al zoo
y aprenderán el secreto de. los animales
el zoo es más barato que el cine
mucho más sentimental también
y a todos nos gusta del mismo modo
que nos gustaría exprimir el tubo del dentífrico
para ver la salida del chorrito súbito.

Elefante para ir a la escuela
el canguro pintándose los labios
el león se está fumando un tabaco
el mono siempre tratando de ensartar una aguja
el cisne stradivarius.

Hipopótamo cuasimodo subyacente
vejez de ana pavlova el avestruz
burro verdaderamente en calzoncillos la cebra
el tigre aburrido de tanto ser tigre
mariano picón salas se parece a mefistófeles
régulo burelli rivas usa bigote para cepillarse la sonrisa
pedro emilio coll royendo un chiste como un pedacito
[de queso.

La jirafa deshoja la flor de su adolescencia
la jirafa evocación de la primera novia
me provoca enamorarme de la jirafa.

Y por fin la ardilla enanito buscando a blanca nieves
dentro del corazón perfumado de las nueces.

Llevemos pues los niños al zoo
y serán poetas cuando estén grandes verdad rosita.

MURMURACIONES DE SOBREMESA
CON JACQUES PRÉVERT

En estos tiempos no se puede creer en milagros
hoy al cortar el pan salió volando un pollo
luego supimos que era una broma del panadero
ya decía yo.

En estos tiempos no se puede creer en el amor
anoche nuestro hijo mayor
se tragó a su novia mientras le daba un beso
luego se disculpó diciendo que había sido sin querer
ya decía yo.

En estos tiempos no se puede
creer en lo que pintan los pintores
Picasso acaba de pintar un caballo
comiéndose el corazón de una muchacha
pero el cuadro se titulaba
muchacha comiéndose el corazón de un caballo
ya decía yo.

POEMA RIGUROSAMENTE PARROQUIAL

Un día —cualquier día—, sin meditarlo mucho,
cansado de hacer versos cogeré mi morral

y en busca de sosiego me marcharé a un pueblucho
donde nunca suceda nada trascendental;

donde pueda pasarme la vida en un chinchorro
hablando con la vieja dueña de la pensión
sobre los amoríos de su ahijada Socorro,
la moral de estos tiempos, la mala situación...

Por las tardes, sin saco me sentaré a la puerta
—recostada la silla de cuero a la pared—
para ver al curita que en la plaza desierta
evoca las estampas cristianas de Millet.

Me llegaré otras veces al botiquín de enfrente
en donde los «pesados» juegan al dominó,
y allí tendré una charla pueril e intrascendente
con un bachillercito poeta como yo.

Seré el mejor amigo de un viejo excomulgado,
detenido tres veces por el jefe civil
por acusar al cura de ladrón de ganado
y a la Iglesia católica de empresa mercantil

Y vendrán los domingos —esbozo de sonrisa
sobre la adusta cara del tedio parroquial—,
con sus pobres muchachas que concurren a misa
y su descolorida banda municipal.

Yo también daré entonces unos cuantos paseos
por la pequeña plaza, y acaso yo también
me incorpore a la cuerda de locales romeos
que «se tiran a fondo» con todo lo que ven.

Después para sus casas se irá toda la gente
mientras de algún potrero viene el triste gemir
de un burro que rebuzna melancólicamente
anunciando la hora de acostarse a dormir.

Y seguiré mi vida monótona y oscura
sin que en ella suceda nada trascendental,
salvo alguna pequeña discusión con el cura
o alguna periquera de tipo electoraL

Hasta que un día salga montado en mi tarima
rumbo del camposanto, y algún corresponsal
escriba mi elegía con esta frase encima:
«Ha muerto el secretario del Juez Municipal».

SONETO CON COCHINO

¡Cómo me gustaría ser un cerdo:
vivir en un corral, en una piara,
o amarrado a una mata de tapara
entre pollos que brincan si los muerdo!

Más robusto y feliz cuanto más cuerdo,
no habría conmoción que me turbara:
me bastaría con mis conchas para
con todo lo demás estar de acuerdo.

Y cuando ya pletórico y gordazo,
me asestaran el clásico manazo
para ser en chuletas convertido,

aún veríais mi rostro doble-ancho,
sonriéndole a la gente desde un gancho,
como diciendo: —Muy agradecido...

LOS ANIMALES EN CARACAS

Porque leyó en su tierra que Caracas
era prolija en fieros animales,
una ametralladora en la maleta
de Trípoli se trajo un inmigrante.

«Por si las moscas», era su consigna.
«DDT», la inscripción de su estandarte,
y aunque se enoje más de un compatriota
por darle la razón al inmigrante,
mi modesta opinión es que la culpa
la tenemos nosotros y más nadie.

Y si queréis las pruebas,
juzgad por estas joyas del lenguaje:
«A Fulano de Tal lo cogió el toro.
A mi casa no van sino chivatos.
Yo tengo un hermanito que es un tigre.
Regálame una locha, ¡mi caballo!
La mujer de Mengano es una zorra
y él un pájaro bravo.
Anteanoche fui al cine con el Mono,
con el Chivo Capote y con el Gato.
¿Quién es aquel que va con las pollitas?
—No sé, yo no conozco ese pescado.
¡Qué ratón tan terrible el que yo tengo!

¡Qué pava tan feroz tiene Fulano!
¿Quieres un zamurito?
Vamos hasta la esquina del Venado.
Anoche te encontré con esa perra:
¡Tú no eres sino un perro desgraciado!»

Y es bueno que termine
antes que algún lector malhumorado
salga diciendo: —¡Miren, pues, al burro
dándole la razón a un italiano!

LO QUE ABUNDA

La señora Paquita de la Masa,
ricacha de esta era,
se compró hace algún tiempo una nevera
y la instaló en la sala de su casa
en donde se la ve todo el que pasa,
ya que desde las seis de la mañana
abre doña Paquita la ventana,
pone allí, en un cojín, una perrita
y hasta la media noche no la quita.

Y aunque tiene teléfono en su casa,
la señora Paquita de la Masa
usa el de la cercana bodeguita,
procurando pedirlo a aquellas horas
en que haya en la bodega otras señoras
que no tienen nevera ni perrita.

Y por si ustedes quieren escucharla,
les transmito un fragmento de su charla:
«—¿Hablo con el Bazar Americano?
Es la señora del doctor Fulano...
Mire, que yo quisiera
que mandara a arreglarme la nevera...
Sí, la que le compramos de contado;
pues le metimos un jamón planchado
y al ir hoy a cortar un pedacito,
la sirvienta de adentro pegó un grito
porque el jamón estaba conectado.

»Además, casi todas las mañanas,
al meterle la torta de manzanas
el motor hace un ruido
que despierta al chofer de mi marido...

»Bueno, pues, yo confío
en que hoy mismo vendrán a repararla.
Mire que vamos a necesitarla
para la graduación de un primo mío.
Usted sabe: mi primo Pantaleón
que llegó de Chicago por avión».

Cuelga el auricular, y la mirada
le tuerce a alguna pobre cocinera,
como diciéndole: —¡Desventurada,
qué le vas a tirar a mi nevera!

Y es lo peor que si usted, que no es discreto,
le suelta un bollo que la larga fría,

todo el mundo lo acusa de irrespeto
y le acuñan un mes de Policía.

Lo que le prueba una vez más al mundo
que no hay justicia en este mundo inmundo.

SERENATA A ROSALÍA

Levántate, Rosalía,
a ver la luna de plata
que el arroyuelo retrata
y el lago fotografía...

Levántate, vida mía;
¡anda, no seas ingrata!
Levántate con la bata
o sin ella, Rosalía.

Ay, levántate, mi nena:
sé complaciente, se buena
y ¡levántate, por Dios!

Levántate, pues, trigüeña,
que esta cama es muy pequeña
¡y no cabemos los dos!

EXALTACIÓN DE LA SOPA DE CEBOLLA

*Discurso leído en el Hotel Tarrumaco
para inaugurar la Sopa de Cebolla
Especial, Naiguatá.*

Señores invitados e invitantes:
Permitidme que me asome unos instantes
a este sávido altar de succulencias
donde dictan su norma los trinchantes
y vosotros, conspicuos oficiantes,
proclamáis la más noble de las ciencias;
permitidme, señoras y señores,
que alzadas nuestras copas como flores,
ciña el viejo laurel mi musa criolla
para exaltar la sopa de cebolla.

Yo las sopas probé más exquisitas,
yo dormí los más pródidos mondongos,
yo fui barquero chino en la de hongos
y astrónomo en la sopa de estrellitas;
yo fui Drake en la sopa de tortuga
y en la sopa de pan fui el Lazarillo,
comprendí en la de coles a la oruga
y en la de ajo a los cuadros de Murillo;
no hubo, en fin, en el mundo una soperá
donde yo mi cuchara no metiera.

Pero frente a esta sopa de cebolla
que más que un comestible es una joya,

con las otras me pongo en pie de guerra,
y declaro al chocar de nuestras copas:
¡La cebolla es la perla de la tierra
y esta sopa es la perla de las sopas!

Hoy gran dama, ayer moza de hostería,
la cebolla en un tiempo sufrió tanto
que a pesar de los años, todavía
todo el que se le acerca vierte llanto.
Como una Cenicienta sin madrina,
su infancia fue el rincón de una cocina
donde llegó a manjar de baja estofa,
pitanza de mendigos y juglares,
en tanto que en la mesa de los Pares
triunfaban el faisán y la alcachofa.

Ella fue de Villón musa y divisa,
ella de Pantagruel cantó en la risa;
su historia juvenil es tan sencilla
que en dos versos la cuenta el menos parco:
ella lloró en Compiègne con Juana de Arco
y estuvo con el pueblo en la Bastilla.

Hasta que por su dicha y por la nuestra,
apareció Escoffier en la palestra,
y como quien del cieno alza una estrella,
o como el que en un rastro encuentra un Goya,
probó Escoffier la sopa de cebolla,
y descubrió lo noble que hay en ella.

Y entonces le enseñó buenos modales;
de aroma y de sabor le dio lecciones,

la enseñó a comedirse en las porciones
y la sentó a las mesas señoriales.
Y así pasó derecho, de la nada,
a Madame Recamier sopificada.

¡Loado de Escoffier el nombre sea,
loada, dondequiera que haya un plato,
esa nariz vidente cuyo olfato
trocó a Teresa Panza en Dulcinea!

Y a ti, sopa de luna derretida,
para ti, flor de lis de la comida,
las letras de canto cambio en flores,
y así anuncio con lengua florecida:
—Caballeros, la mesa está servida.
¡Cantemos al Amor de los Amores!

VENEZUELA, CONOCE A TUS ESBIRROS,⁽¹⁾

Colabore con nuestra edificante campaña contra los esbirros. Grábese bien estas caras en la memoria, y si llega a encontrar alguno por la calle, no vacile: avise inmediatamente al Aseo Urbano.



Tripepinio Postemado
Oficial de Clase indefinida.
Le sacó el hígado a un dirigente de A. D. y se lo echó a las gallinas.



Bolonio Periménez
(Aprovechando la identidad de las iniciales, se hacía pasar por agente de la Sanidad Nacional).

¹ Parodia de las colecciones de retratos que publicaron los periódicos de Caracas después de 1958, denunciando a las personas que habían figurado en el aparato policial secreto de la dictadura de Pérez Jiménez.



Asquerancio Grimaldi
(Guardespaldas de Pérez Jiménez. Fue destituido en 1956 por haber perdido una de las espaldas que Pérez Jiménez le dio a guardar).



Amado del Toro
Oficial de Primera Clase.
Cachimbo Colt 45.



Jauloso Brincaperrito
Oficial de la Peor Clase.
Arma: se le fue a dar un revólver, pero contestó que él prefería un cuchillo quesero.



Laureanito Doñaloro
Oficial de Cierta Clase
Arma: Chucho con Hierro Adentro.



José Agachancio Tapabuey
(Hombre de confianza de Pedro Estrada. El día de su cumpleaños don Pedro le regaló cinco presos para él solo).



Ulpiano Potito
Oficial de Infima Clase.
Arma: China regamentaria de calibre 45.



Escarpandolo Burrisueño
Oficial de Media Cuchara.
Arma: Hierro de montar cauchos y zapatos con "espaics".



Soplonio Torturano
Oficial de Segunda Clase.
Arma: no está armado.
(Empeñó el revólver.)



Tripepinio Postemado
Agente nomás, y gracias.
Arma: una manopla para los
días de trabajo y una manipla
para los días de fiesta.



Marcos Pérez Jiñema
Oficial de clase Mitá y Mitá.
Arma: decirles a los demás que
él era primo hermano de
doña Flor.



Guabinio Antonio Mascañema
Oficial de Clase "A"
Arma: chaparro enebado y
manopla.



Eructemio Guardapeloso
Oficial de Clase Bébéeéé
Arma: zancadilla y Punzón
de Hielo.



Purulencio Focarriz
Vulgar Agente.

Arma: Mientras aprende a manejar el revólver se le suministró un hierro de los que se usan para montar los cauchos.



Poceto Casibidet
Oficial de Clase Turista.
Navaja Pico e'Loro,
serial 2534—K. 3.



Manuel Tucusio Picarin
Oficial único en su Clase.
Pistola Dupont de las usadas
para pintar al duco.



Cachilapito Correapio
Oficial de la Oficina de
San Diego.
Arma: cuando está muy apurado
prefiere las del venado.

MÉTODO LÍRICO PARA PREPARAR EL CHOCOLATE

Nosotros creíamos hasta hace poco que con el chocolate con leche, con el chocolate con bizcocho y con el chocolate sin bizcocho y sin leche habían quedado prácticamente agotadas todas las maneras posibles de servir el chocolate. El chocolate —pensábamos— es uno de los alimentos más monótonos que existen, a causa precisamente de las escasísimas posibilidades de variedad que ofrece su preparación. Para comprobar hasta dónde llegan sus limitaciones en este sentido bastará compararlo con la generosa amplitud que nos brindan otros alimentos populares, como por ejemplo el chorizo. Una de las razones por las que el chorizo será siempre más popular que el chocolate es que usted puede prepararlo con huevo, con cebolla, como caballero de compañía de las caraotas, o bien freírlo solo para ofrecerlo en el desayuno junto con el queso y la mantequilla, en calidad de candidato independiente. No sucede así con el chocolate. Preparado con agua, preparado con leche o mezclado con mantequilla como lo toman algunos viejos cuando tienen catarro, la única posibilidad que queda para variar un poco es la de comérselo crudo.

Pero en un reciente número de su semanario *Kiki-rikí*, nuestro querido amigo el caricaturista Arturo Linero —quien por lo visto también les echa de vez en cuando sus picaditas de ojo a las musas— nos canta una «Canción del tumbador de cacao», en la que se nos revela no solo como un poeta revolucionario en el sentido social, sino —lo que es más importante para la industria chocolatera venezolana— como iniciador de toda una revolución en lo que se refiere a la manera de preparar y repartir el

chocolate. Como conviene a su achocolatada naturaleza, se trata de un poema donde la densidad de las ideas se conjuga perfectamente con la del sabroso tema que constituye su materia prima. Y el poeta se lo dedica «A mis hermanos de Chuao, Barlovento, Ocumare de la Costa y Choroní, Morón, Urama, Alpargatón, Taría, etc.». Dedicatoria que en cualquier otro caso parecería un poco larga, pero a la que Linero es capaz de satisfacer plenamente, ya que en su poema hay chocolate para todos, incluida la etcétera. ¡Y qué chocolate! El poeta comienza su canción con repetidos llamados a un tal Negro Macumba y a una negrita de nombre Soledad, que por lo visto trabaja en la Compañía de Teléfonos:

Negro Macumba,
 negro Macumba,
 ¡neegro Maaacumba!
 (Negro Macumba y la negrita Soledá)
 ¡Soledá!
 ¡Soledáaaa! (No contesta).
 —Ah, sí. Contestó.
 (Contesta el eco)

Bueno, después de recibir la contestación del eco y sin decirnos si por fin apareció Macumba, Linero comienza la gran repartición de chocolate, teniendo cuidado de ir contando a los que van bebiendo porque ya se sabe cómo es la cosa en esos tumultos: ¡Es mucho el chivato que repite! Pero apropíncuense, que aquí viene la chocolamentazón:

¡Un, dos! —¡un, dos!,
 uno — dos,

tres — cuatro
 —sol meridiano
 ¡estira la mano!—,
 cinco — seis,
 siete — ocho,
 nueve — diez,
 11 —chocolate—,
 12 —chocolate—,
 13 —chocolate—,
 14 —chocolate—,
 15 —chocolate—
 toma el papa, chocolate,
 toma el rey, chocolate,
 toma el rico, chocolate,
 toma el hombre, chocolate,
 toma la mujer, chocolate,
 toma el anciano, chocolate,
 toma el niño, chocolate,
 toma el peón...

Y al llegar a este punto, algo debió pasarle al poeta que se le olvidó ponerle su correspondiente chocolate al peón. Que se le acabó no sería. Lo que al parecer ocurrió fue que debió suspender momentáneamente el reparto para salir a atender a un distinguido grupo de personajes históricos que a la voz de ¡Chocolate! resolvieron venir a empujarse su tazota.

16 —chocolate—;
 Cristo y Bolívar — chocolate,
 bodega y barco —chocolate—,
 Marx y Engels —chocolate—,

Lenin y Stalin —chocolate—,
 La Guaira y Guayaquil —chocolate—,
 mujer y hombre —chocolate—,
 niño y niña —bombón de Perugia—,
 choco-choco,
 choco-choco,
 ¡choco-late!

Muy elegante nos parece este sistema de distribuir a las personas por parejas para repartirles el chocolate. Es, además, el procedimiento más aconsejable para atender a la totalidad de los invitados sin tener que ensuciar toda la vajilla, ya que tratándose de parejas que se tengan mutua confianza, como Cristo y Bolívar o La Guaira y Guayaquil, se les puede servir a los dos en una misma totuma. En cuanto a los tres últimos versos de la estrofa, o sea los que se refieren al «choco-choco», creemos sinceramente que al poeta no le hubiera costado nada agregarles sus correspondientes «lates», y así habría quedado chocolate para varios invitados más. Con esa simple adición hubiera podido agregarle a su poema algunas parejas injustamente omitidas de la lista, y de quienes estamos seguros que también les gusta mucho el chocolate. Así como escribió «Lenin y Stalin, chocolate», «bodega y barco, chocolate», «mujer y hombre, chocolate», ¿qué le costaba agregar por ejemplo:

Frijolito y Robustiana, chocolate,
 pantalón y camisa, chocolate,
 Miguel y María Teresa, chocolate,
 Carrasquel y Valverde, chocolate?

Pero continuemos con el poeta y su delicioso atracón de chocolate:

Bolívar-oro: ¡chocolate!,
 plata y estaño: ¡chocolate!,
 bolívar-dólar: ¡chocolate!,
 —dame un bolívar
 del hambre tuya,
 ¡negro hijuepuya!—.

Choco-choco,
 choco-choco,
 ¡chocolateee!...
 Resuena el grito
 del negro peón
 en la extensión
 de su garito
 —que es la hacienda—
 ¡Miren qué ofrenda!
 —Aaaaaúúúúúúúú,
 aaaaaúúúúúúúú...

Sí, hombre, miren qué ofrenda: tener que llevar ese negro para el Puesto de Socorro a esta hora. Porque ¿qué otra cosa indican esos espeluznantes aullidos que el negro deja oír «en la extensión de su garito», sino que se quemó con el chocolate o, mejor dicho, con el choco-choco? Sin embargo, la gravedad del accidente no parece afectar en lo más mínimo la repartidera de chocolate. Eso sí, como todavía queda tanta gente por beber, el poeta resuelve acelerar el servicio, sustituyendo el anticuado transporte en bandeja por el más rápido, cómodo y eficaz que le ofrece

el Instituto Nacional de Ferrocarriles. De esta manera, el reparto de chocolate poético continúa efectuándose por medio del tren, tal como se hacía antiguamente con el pescado que venía de La Guaira. La única diferencia entre el tren de Linero y los demás trenes es que, cuando camina, no hace chiqui-chiqui, chiqui-chiqui, sino choco-choco, choco-choco, lo que seguramente ha de atribuirse a que la locomotora también funciona con chocolate:

Choco-choco,
choco-choco,

(...)

—A mí me dan
(lo dice Cam),
mi gran ración
de chocolate.

—Y tan bonito,
(lo dice en grito
el San Benito),
a mí también
mi chocolate
venido en tren.

¿En qué forma repartirá Linero ese chocolate venido en tren? No lo sabemos, pero considerando que se trata de un chocolate viajero, nos imaginamos que en lugar de repartirlo por tazas lo repartirá por maletas.

Felicitemos calurosamente al poeta por el significativo aporte que su poema representa para el desarrollo de la industria chocolatera en el país. Y desde ahora le prometemos que en el primer velorio que tengamos, le extenderemos una invitación para que nos lo recite con bizcochos.

«TRAILER» DE UNA PELÍCULA MEXICANA

En un cine de lo más *chic* de Caracas. Al apagarse la luz, y cuando ya el público está bien fastidiado de ver pasar vidrios de propaganda, la pantalla se oscurece brevemente y, con los tres primeros compases de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, aparecen unas letras que anuncian:

Mamerto Urruchúa, el prestigioso director mexicano que se consagró el año pasado en *La mujer sin pelo* y *El cajón de pellejos*, vuelve ahora triunfante para ofrecernos la conmovedora historia de una mujer que vendió su cuerpo para pagarle los estudios de cornetín a su hermanito.

A continuación la pantalla se pone como si se estuviera quemando, y mientras suenan las melodiosas notas de la guaracha «Esa no porque me jiede», aparecen unos rondelitos de letras que, después de dejarlo medio ciego a uno, van formándose en renglones sucesivos, así:

acomódense

para que brinquen

con este sensacional

D R A M A D E

P-A-S-I-Ó-N

(Sale un descarnado morfínmano metiéndole la cabeza por el cogote a una mujer vestida de suaré)

ÉL: Ya no puedo más. No me importan las fronteras sociales que nos separan. Déjame morderte el cerebro.

ELLA: No, tú eres el marido de mi mejor amiga. No me atques.

(A continuación, con el fondo de una coreografía de rumberas en plena actividad artística, y que de tan carnosa tienen la zona umbilical como un caucho de automóvil, se oye la voz del narrador, que dice:)

—*El Albañal Arrepentido*. Una película que recomendamos con orgullo a todas las madres desnaturalizadas. El conflicto íntimo de miles de muchachas que sueñan con dedicarse a sinvergüenzas y no saben cómo empezar.

(Otro cuadro, en un cabaret. A media luz, rodeada por un público de viejos libidinosos que la miran con media vara de lengua afuera, una catira con cara de león chiquito canta el último hit musical. La voz se le oye como si estuviera metida dentro de una lata, para dar la impresión de que es una voz acariciadora)

Quién pudiera zamparse en tu boca
y morder con ansia de caimana loca
tu agalla sensual.

Pero yo a tu lado resulto muy peque:
tú tienes rubises, vidriantes y cheques;
yo si no me vendo no consigo rial.

(Se esfuma este cuadro y sale otro rincón del cabaret, en el que el morfinómano y la catira aparecen enclinchados en un beso con rajuñitos en la espalda, mientras el locutor continúa:)

—Momentos de amor y de intensa poesía.

(La «intensa poesía» se la da a la escena la llegada de otra tertia, una narizona con ese pelero parado y una impresionante cara de mula con sueño, que coge una botella por el pico, la rompe contra una mesa de mármol y yéndosele encima a la catira, le acuña como veinte cortadas. Luego, al verla huir chorreando sangre y con el traje desgarrado, le advierte, encañonándola todavía con el pico de la botella:)

—Y que no te güerva yo a ver sonsacándome el macho, porque entonces sí es verdad que te la meto por la barriga y le doy güerta adentro.

LOCUTOR: Además, debut de los famosos cómicos del cine mexicano Tequiche y Caliche, quienes harán las delicias del público con su fino humorismo.

(Aparecen Tequiche y Caliche cayéndose de borrachos)

CALICHE: Oiga, mi Tequi, ¿sabe que un tío mío acostumbra bañar a sus gallinas todos los días?

TEQUICHE: Pos, ¿y eso para qué?

CALICHE: Dizque para que los huevos le salgan pasados por agua.

UN AGENTE DE INVESTIGACIÓN QUE ESTÁ EN GALERÍA: ¡Ja, ja, ja, ja!

(Cambia el cuadro y aparece la escena correspondiente al letrero «Conflicto de sentimientos», que acaba de dejar encandilado a todo el mundo. Se trata de una dramática conversación entre la protagonista y una mujer de luto con siete muchachitos jalándole los camisones y diciéndole que tienen hambre)

—Mi marido era un hombre honorable antes de conocerla a usted.

—No sería muy honorable puesto que se casó con usted.

—No me ofenda. Usted no es sino una cortesana. Una mujer que debía meterse la cabeza debajo del brazo cuando hablamos las que tenemos la frente en alto.

—Yo no soy lo que usted cree. Yo soy buena. Lo que pasa es que no se me nota porque estoy muy acabada.

LOCUTOR: *El Albañal Arrepentido*. No deje de ver esta sensacional película, en donde el gran Urruchúa vuelve a poner el dedo en la llaga y después no se lava las manos. ¡Pronto en esta sala!

ANÍBAL NAZOA

Nació en Caracas en 1929. Desde 1943, cuando ingresó en *El Morrocoy Azul*, en cuya redacción figuró por largo tiempo, ha desarrollado una obra abundante y heteróclita, que va desde livianas notas de *croniqueur* de los sucesos del día, hasta extraordinarias parodias de la literatura de *science fiction*. En sus crónicas de costumbres, en sus primorosos cuadros dialogados, en sus artículos de filología,



brilla Aníbal Nazoa como el mejor prosista y el humorista más culto de su generación. Como escritor de radio redactó los libretos para los programas de Rafael Guinand en la última época del gran cómico. Junto con Juvenal Herrera, Claudio Cedeño, Gabriel Bracho Montiel, Aquiles

Naoa y Francisco José Delgado, ha sido sucesivamente cofundador y redactor de los periódicos humorísticos *El Tocador de las Señoras*, *Dominguito*, *Una Señora en Apuros*, *El Fósforo* y *La Pava Macha*, y con alguna frecuencia ha colaborado en *El Gallo Pelón*, en *Cascabel* y en el periódico jocoso del estudiantado universitario *El Torturado*. En los últimos años se ha destacado también como columnista de *El Nacional* en dos épocas, del clausurado diario *Clarín* y especialmente de la revista *Élite*, donde mantiene una página semanal de crítica filológica que ya ha sido consagrada por la sanción carcelaria.

LA CASA DEL PARTIDO

Para explicarse esa apatía de los líderes venezolanos ante la vida del mundo es necesario hacer análisis muy profundos que escapan a nuestros conocimientos y al espacio disponible. Pero una explicación parcial bastante satisfactoria la podemos obtener dispensando una visita a las sedes de los sopotocientos partidos presentes en la actual contienda política nacional. Los partidos venezolanos lucen siempre ruinosos, encogidos, empavados, y ese empavamiento comienza en lo que llaman «la Casa del Partido». La «Casa del Partido» en Venezuela es tradicionalmente un caserón semide-ruido, no colonial sino viejo, simplemente viejo, recuerdo de la buena época de alguna familia venida a menos o desaparecida en el torbellino de las crisis sucesivas. A veces tiene en el zaguán, aparte de un santo irreconocible a fuerza de telarañas, unos melancólicos cisnes pintados al óleo por un artista ingenuo que a lo mejor no era tan ingenuo. El piso es de mosaicos, cuyo dibujo puede ser la esvástica y adornado con grandes úlceras de cemento y almagre. Al trasponer el anteportón nos encontramos con el clásico recibo y el amplio patio, también enmosaicado, separado del comedor por una romanilla que no tiene un vidrio sano. Pegadas a las paredes hay dos docenas de sillas plegadizas, en algunas de las cuales cabecean el sueño de «la hora del burro» uno o dos «compañeros», mientras en la sala otro contempla absorto las manchas dejadas en el cielorraso por las goteras, tratando de hallar en esas manchas el mapa de un país imposible o las fauces de un animal fabuloso. No hay en las paredes ni cosa parecida a un cuadro, salvo un papel toscamente pegado, por lo regular una «Conbocatoria» o una invitación al picoteo del sábado «a beneficio de las Finanzas». Aquí

y allá, cartelones amontonados en los rincones y perolas de engrudo endurecido con el olor a piche amordazado por la concha criada durante meses o tal vez años. Más allá de la romanilla, más cartelones arrumbados, sillas quebradas a la espera del basurero, la cocina con el fregadero guindando de uno de sus clavos y un chorro amarrado con trapos goteando y dejando en el piso una mancha de baba rojiza. En esta cocina suele encontrarse de vez en cuando a una señora gorda y pringosa envuelta en humo, friendo tequeños para el picoteo a beneficio de las Finanzas. Allí al lado está el baño, con su regadera clausurada, su *W.C.* de los de cadena, increíblemente sucio y anunciado por una atmósfera de amoníaco que agua los ojos. Y la bañera enorme, otrora suntuosa, atestada de corotos viejos, con una inmensa tristeza de *cocotte* caduca que nos recuerda a la Bouboulina de *Zorba el Griego*. Allí también hay cartelones, brochas y jirones de coleta. A ratos se siente el galopar de las ratas por el cielorraso, por cuyos huecos asoma la caña amarga. De pronto se descubre en el corral un objeto absurdo como un piano vertical o el letrero de un cine de Zaraza y en medio de tanta cosa muerta, un ser vivo: una gallina trepada como un loro en el asa de una antigua plancha de sastre. Es la gallina de aquel pobre hombre flaco, mechudo, que dormita en el cuartico del fondo entre botellas y revistas viejas y a quien se conoce como «el funcionario», tristísimo guardián del local que recibe veinte o treinta bolívares cuando las cosas están buenas. Y las cosas no están buenas con demasiada frecuencia para militantes como él.

Sinceramente, señores: ¿creen ustedes que pueda haber algún aliento universal en gente que ve el mundo desde ruinas como esas? No, en casas así no puede morar sino la ambición parroquial. Nada más.

¡VAMOS A GOZAR EN EL SUPERMERCADO!

Antiguamente —si se puede llamar antiguo lo que existió hace menos de dos décadas—, cuando los caraqueños querían distraerse, se iban a darles maní a los monos de El Calvario. Si querían disponer el diario de la casa se llevaban hasta la pulpería, donde además podían echarse un lamparazo de berro o anís de mochilita mientras les picaban el ocumo. Y si querían distraerse y disponer el diario simultáneamente, entonces se encaminaban al Mercado Principal, donde se podía adquirir lo que a uno se le antojase, desde un arrendajo o un saco de dividide hasta un trombón de vara o un retrato de los reyes de Italia, todo aliñado con los pintorescos gritos de los pescaderos, las sabrosas discusiones entre martiniqueñas y el canto de centenares de pájaros enjaulados. Pero todo eso se lo llevó la consabida piqueta del progreso. Ahora el caraqueño se divierte viendo culebrones en cinerama o partiéndose las espinillas a silletazos en la oscuridad de una *boite*. En cuanto al Mercado, le sucedió más o menos lo mismo que al Imperio Árabe en España, cuando se dividió en pequeños estados llamados Reinos de Taifa, o sea que se partió en una serie de rolitos repartidos por toda la ciudad, pequeños establecimientos cuyas dimensiones hacen que el nombre de «mercado» les quede demasiado grande pero que, sin embargo, tampoco son «mercaditos» en el sentido tradicional.

Sobre todos estos herederos del Mercado Principal se extiende hoy una sombra gigantesca, todopoderosa, que se llama Supermercado o Automercado. El Supermercado es una especie de mercado disfrazado de botica, a donde nadie pensaría en ir a divertirse a no ser que esté loco. Allí

no hay vendedores, ni pájaros, ni nada: solo largas hileras de potes absolutamente mudos.

¿Qué se vende en los Supermercados? Averiguarlo es precisamente la única forma admisible de diversión que tales negocios ofrecen. El noventa por ciento de los artículos en venta son enlatados con unas etiquetas en inglés que han ocasionado el envenenamiento de más de una familia por razones idiomáticas. Una clientela que siempre va vestida como si fuera para una excursión, pero que paradójicamente guarda un respetuoso silencio digno del Panteón Nacional, mariposea por allí a todo hora comprando carne cruda acuñada en vasitos como mermelada; queso rallado en laticas; almidón, azulillo y azulillo con almidón ya preparado y embotellado y otras cosas utilísimas, como un repelente tipo aerosol para que no se le metan los venados en su apartamento a uno, alimento para quetzales (en unas graciosas cajitas adornadas con un quetzalito picando el ojo y diciendo «Yum, yum, I like it!»), aserrín en papeletas y hasta pantano preparado por si el cliente quiere hacer adobes en su propio hogar (*Home-brick mixture* lo llaman).

El departamento de adminículos para el hogar no es menos tentador: hay, por ejemplo, un estante lleno de aparaticos que nadie sabe para qué sirven pero vienen pegados en un cartoncito demasiado atractivo para dejar de comprarlos. Claro que después de haber botado el cartoncito usted se entera de que lo que debía botar era el aparatico... Pero no importa; en el estante que sigue hay otros artículos realmente indispensables, como sillas para montar camello y clavijas de balalaika. Y en el último se consigue todo lo imaginable en accesorios e instrumentos para el cuidado del automóvil, desde una Venus de Milo con su

ventosita para pegarla al parabrisas hasta pañitos especiales con silicona y fibras antiestáticas para limpiar esa bolita que tiene la antena en la punta.

Finalmente, en la sección comestibles la cocina norteamericana invita, generosa, con sus mejores platos: cabeza de cochino en jarabe yodotánico (*Pig's head in Iodotanic Syrup*), tuétanos de gallina puertorriqueña en tubitos, pepa de mango horneada con ostras (*Mango Nuts with Oysters*), consomé de cacho de rinoceronte (*African Caterpillar a la Marsellaise*) y las sensacionales pepitas de auyama tostadas, envasadas bajo el exótico rótulo de «Mexican Pepitas». Mas no se crea que las modestas vituallas criollas están ausentes del Supermercado. No; lo que pasa es que las presentan en una indumentaria tan sofisticada que, al verlas, el venezolano lo menos que puede hacer es exclamar: «¡Cónchale, pero eso es mucho camisión pa' Petra!». Nuestro humilde ñame aparece tan bien embojotado en material plástico, que en vez de ñame lo que parece es ñema o, mejor dicho, un huevo de pascua italiano. El maíz pilado viene en unos paqueticos que dan ganas de cogerlos para ponerlos en el sofá a manera de cojín. Y si es el papelón, se suministra en unas panelas que, francamente, da lástima utilizarlas para hacer guarapo y no para enmosaicar la casa.

En una palabra, el Supermercado es una maravillosa invención que ayuda al ama de casa a salirse de la rutina de ir diariamente a comprar lo necesario, brindándole la oportunidad de comprar lo que no necesita.

DIÁLOGO CIEN POR CIEN CARAQUEÑO

—Guá, Teobaldo, ¿qué haces por aquí tan temprano?

—Ando buscando una ferretería que quedaba por aquí.

—Ah, ¿tú dices una que estaba ahí donde estaba la esquina de San Lázaro?

—No, una que quedaba ahí donde quedaba aquella plaza que quedaba más arribita de donde quedaba la placita del Nuevo Circo.

—Bueno, San Lázaro era, ¿no?

—Francamente, yo no me acuerdo. Yo lo único que me acuerdo es que yo me venía derechito de allá donde quedaba la Plaza España y llegaba como un clavo.

—¡Sí, hombre, ya caigo! La ferretería que tú dices es aquella que estaba primero allá donde quedaba la esquina del Corazón de Jesús, ¿no?

—¡Eee-lena! ¿Te acuerdas que el dueño siempre la dejaba sola para irse a echar palos ahí donde estaba la esquina del Tejar?

—Sí, cómo no. Pero eso lo mudaron hace añisimos. Yo creo que ahora está por ahí por donde estaban los venados aquellos que estaban donde después estaba la Plaza Venezuela.

—¡Hum! ¿Tú no estarás confundido con eso ahí donde quedaba la Plaza Morelos?

—No, señor. Yo sé muy bien que eso ya viene quedando por ahí por donde quedaba El Conde. Yo estoy hablando de otra cosa.

—Cará, chico, y a propósito de hablando de otra cosa, ¿tú no sabes qué habrá sido del negro Agustín?

—¿Cuál dices tú, aquel que era muy ocurrente, que vivía por ahí por donde estaba la Subida de Moreno?

Él como que tiene ahora un botiquincito por ahí por donde quedaba Campo Alegre. Yo lo he visto dos o tres veces. La última fue por ahí por donde quedaba el Mercado.

—Si lo ves me lo saludas; y pregúntale que cuándo volvemos a parar una partida de bolas como aquellas que parábamos ahí donde quedaba El Cenizo.

—Cómo no, viejo... Y por cierto que hace tiempo no nos echamos unos tequichazos en aquella taguarita que estaba ahí donde quedaba la esquina de Santa Bárbara.

—¿Santa Bárbara? ¿Por qué dices que «quedaba» si eso no lo han tumbado?

—¡Claro que lo tumbaron! Lo que pasa es que tú crees que yo estoy hablando de la Santa Bárbara que todavía queda por donde quedaba Salas a Balconcito, y yo la que digo es la que quedaba más arriba de donde quedaba la esquina de Pagüita.

—¡Ah, sí! Bueno vale, nos podemos ver cuando tú digas. ¿Dónde estás viviendo tú?

—Yo estoy viviendo por ahí por donde quedaba la estación del Ferrocarril Central, ¿y tú?

—Pues yo, chico, estoy en mi mismo punto de siempre. Ahí nací, ahí me crié y ahí espero morirme cuando Dios me llame: ahí donde quedaba la esquina de Tenería me tienes a la orden.

DIÁLOGO DE PAYASOS

—¡Mi querido Mangofredo, dichosos los ojos de la cara!

—¡Romualdino, mi hermanazo! ¿Qué me cuentas?

—Aquí chico; viendo a ver si me consigo un reloj de tiempo barato, porque ahora estoy entrando a trabajar a las 6 a.m. de la mañana.

—Pues si supieras, chico, a propósito de eso: a mí me está pasando una cosa muy rara, y es que no me puede dar sueño porque me quedo dormido.

—Eso debe ser algo de la digestión; seguramente tú comes mucha comida y bebes pocos líquidos.

—¿Tú sabes que a lo mejor tú tienes razón? Porque yo no ando muy bien del estómago. Imagínate que desde hace meses, cada vez que como comida se me quita el hambre.

—A mí me pasa algo parecido, pero al revés: yo no puedo dejar de comer un día porque me da un hambre tremenda. ¿Qué será eso, chico?

—Yo no sé, pero nada bueno debe ser. Esas cosas no se deben descuidar... Acuérdate de Petra Estílitá, que en paz descansa.

—¡Ah, sí! Ella cuando cogía un disgusto se ponía muy brava.

—Y ya tú ves lo que le pasó: cuando la vinieron a enterrar ya estaba muerta. ¡Así es la vida!

—Bueno, y ya que estamos hablando de estas cosas, ¿por qué no vamos juntos a ver a un médico que sepa de medicina? Tú sabes que yo les tengo mucho miedo a los médicos, y en lo que me entra el miedo me asusto todo y no sé ni decirles lo que tengo. ¿Por qué no me acompañas, a ver si así se me anima el ánimo?

—¡Guá, cómo no, viejo! Podríamos irnos a recetar con el doctor Aguacátégui, que es muy bueno.

—¿Aguacátégui? ¿Pero ese no es un especialista en enfermedades infantiles de los niños?

—¡No, no! Lo que pasa es que tú lo confundes con Araguátégui... Este es Aguacátégui, aquel que atendió a Chucho Jesús cuando el perro de las Rodríguez lo mordió con los dientes.

—¡Ah, verdad! ¡Sí, hombre, cómo no! Tronco'è médico, ¿ah? Hay que ver, con aquella hemorragia de sangre que tenía Chucho Jesús, y después que él lo atendió salió de la clínica caminando con sus propios pies.

—Ya tú ves: todo el mundo decía que si no se moría quedaba manco, y ahí está Chucho Jesús tan tranquilo... Antier lo vi. Se casó con una mujer y tiene dos muchachos varones y una niñita hembra.

—Sí, yo supe porque me lo dijo Ernestina, que casualmente estaba en la iglesia el día que el cura bautizó al más grandecito... Tú sabes, el que es mayor que los dos menores... Ah, ¿qué te cuento? Ernestina se casó también.

—Con Tertuliano, por supuesto.

—Pues no, para que veas: con un señor de Valera.

—¡No me digas! ¡Pero eso le caería a Tertu como un baño de agua mojada!

—¿Que si le cayó...? Aquel hombre como que se quería morir, porque trató de pegarse un tiro.

—Pero, ¿se lo pegó?

—No, porque cuando él subió para arriba y se encerró en su cuarto, su tío Antero entró para adentro corriendo y le quitó el revólver con que se quería pegar el tiro.

—Bueno, viejo; este diálogo entre los dos está muy bueno, pero yo me voy porque tengo que comprarle a Olimpia unos guantes para las manos, que los necesita para ir al matrimonio de una muchacha que se casa.

—Okey, vale. Entonces la próxima semana que viene yo te aviso para que vayamos a casa del doctor.

—¿En la mañana antes de las doce o en la tarde después del mediodía?

—No, tiene que ser en la noche después de las seis, porque el doctor se pasa todo el día en la escuela de medicina dándoles clases a los estudiantes de medicina.

—Bueno, está bien. Hasta luego.

—Hasta luego. Hasta que nos volvamos a ver con los ojos de la cara.

CALENDARIO DE *LA PAVA MACHA*

Viernes

17

enero

Santos Conciliábulo, Martilluro, Chamusquina, Tragaleón Obispo y Mitigwinta de Colonia.

Cuarto menguante a partir del 2, pasando hoy a lona nueva. Todos estamos en la lona nueva.

El 17 de enero en la Historia

715 a.C.: Paloapiques III, rey de los Bártulos, se apodera de la ciudad de Kilowatia, capital del Imperio Bauxita, después de un asedio que duró 55 años y en el cual pereció Naibóo Balandrán, el más famoso de los generales bauxíticos.

632 a.C.: Nace en Tuercemomia de Simposia el célebre poeta y filósofo persa Menjurjes, autor del tratado *Conversaciones con Tocinetes*, que tanta influencia había de ejercer sobre los filósofos griegos, especialmente Paltócrates de Pelagra, después de las Guerras Médicas.

425 a.C.: Los griegos fundan en la llanura de Esnobolia Menor la ciudad de Pejesápolis, destruida más tarde (399 a.C.) por los Palurdos y vuelta a fundar por los fenicios bajo el nombre de Tartagafa, que conservó hasta 1219, cuando el califa Sadel-ben-Miangolarra la convirtió en la actual Tejakaida.

220 a.C.: Cae, víctima de su propia corrupción, la tiranía de Multígrafo, y Atenas comienza a recuperarse bajo el sabio gobierno de Pítrico. Este ilustre gobernante supo rodearse de sabios como Acróstico, inventor de la gárgara, y el arquitecto Antabuses, a quien hizo venir especialmente desde Persécula para que dirigiera la construcción del Castroleón.

91 a.C.: Los romanos, bajo el mando de Lucio Reconcomio, derrotan a los bandolineses en el valle de Manguaarea, llevando así la *pax romana* hasta los confines de la Mampletonia.

4 d.C.: Cae asesinado el cónsul Simio Tarántulo, en momentos en que se dirigía al Mentolatium para participar en la discusión de la Ley Junia de Pantaleómibus Porcínibus. El asesinato fue cometido, según se dice, por uno de los propios esclavos del cónsul, un lacedemonio llamado Pitahayo, a quien los adversarios de la Ley Junia pagaron cinco mil mastuercios y una nave para que huyera a la Bilharzia Cisalpina.

1100: Dagoberto de Champignon, arzobispo de Mondragon-sur-Juliac, bautiza en Ocumaire du Thuy a Revolveo Ecuanyl o Revolveo el Churrupioso, quien así se convierte en el primer rey perolingio del Franco Candado.

1372: Don Diego Rajúñez y su yerno don Sancho Colambes se ponen al frente de seis mil cristianos para atacar Murcia, pasando a cuchillo a más de tres mil murciélagos. Asegurada la plaza, los cristianos cruzan el Jóvite y obligan al califa Majarete-el-Jurel a firmar la capitulación en Benisartén de Fuencarrasposa. Queda así todo el territorio del Carretel en manos de los cristianos.

1388: Se celebra en Camburgo la boda de Carlos el Apesotoso con Medarda la Insoportable. Termina así la llamada guerra de los Golfiados y el río Mortadela queda definitivamente como frontera entre el Patiquinado Marciano y la Baja Mangovia.

1526: El astrónomo holandés Peter van Dalaje descubre la nebulosa de Albóndiga y el cometa Tricófero, confirmando así los cálculos hechos en el siglo anterior por el florentino Girólamo Lunfardo.

1629: Sir Philip Chester, navegante inglés, remonta el Orinoco hasta Pudedpa, y allí establece contacto con la belicosa tribu de los Konciu-Dadanos, cuyos individuos fumaban pipa todos sin excepción y adoraban a un dios llamado Parafernalía, cuya morada estaba en el Cerro de Tonelalocha, hoy Cerro Bolívar.

1680: Nace en Pianitogorsk, Rusia Blanca, el genial químico Vladimir Ypikoff, descubridor de la Ley de las Picuriciones Carcomitantes.

1704: Se inaugura en Londres la primera planta desmechadora de carne, siendo el primer desmechado Sir Robert Swift-Armour, un par del reino a quien se acusaba de tener una volada de ojito con la reina.

1819: El general argentino Olegario Gardelini derrota al jefe realista Roque de Hidrocarburo en Barranca Macana, al sur de Santiago del Esterero.

1851: Al grito de «¡Queremos cerveza!» se sublevan las tropas británicas de la isla de Malta. La sedición fue dominada por el almirante Johnnie Walker.

1901: El general Cipriano Castro se cae por un balcón de la Casa Amarilla, yendo a dar con sus huesos encima de un cochero. En esa ocasión el general Castro fue proclamado «Inmortal», aunque posteriormente se ha comprobado que el verdadero inmortal era el cochero a quien le cayó encima.

1921: El general Melquíades Poncheroso se levanta con la guarnición de San José de Río Chico y avanza sobre Cayapa, pero el general Gómez lo para en seco ofreciéndole la renta de licores de El Guapo.

1932: El maestro don Rómulo Gallegos, rompiendo su tradición de austeridad, se resuelve a leer la edición de *El Nuevo Diario* del 5 de agosto de 1915.

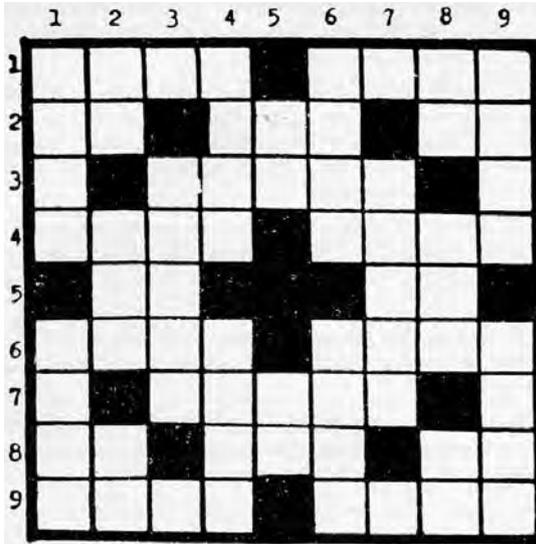
1964: Reaparece *La Pava Macha* y junto con *La Pava Macha* reaparece la Digepol, recogióndola, para refrescarle la memoria a los que creían que ya Rómulo se había dejado de eso.

UN CRUCIGRAMA VERDADERAMENTE DIFÍCIL

Hace poco, una linda damita de la sociedad caraqueña, entrevistada por un reportero de sociales, se quejaba de que los crucigramas que publican los diarios y revistas del país no distraen nada. Explicaba la gentil crucigramista

que el crucigrama criollo es demasiado fácil, y por lo tanto se saca muy rápidamente, dejando así de cumplir su función esencial de matar el tiempo.

Nosotros, siempre dispuestos a proporcionar entretenimientos sanos a las damitas de la sociedad caraqueña, ofrecemos a continuación un crucigrama lo bastante difícil para satisfacer el gusto más exigente. Si esa señorita no logra matar una buena cantidad de tiempo con él es porque, francamente, en vez de estar sacando crucigramas, debería estar trabajando por lo menos como directora de la Unesco.



HORIZONTALES

1. Especie de terebenque donde se apoyan las chuletizas de proa del bergantín.
2. Planta saxifragácea empleada en el tratamiento de la paltolevitis filipina.
3. Decimacuarta letra del alfabeto ostiaco.

4. Valle del Palatinado Romano, famoso por haberse librado allí la batalla por la cual Antero V o Antero el Maiciado puso fin al dominio que ejercían los Glúcidos desde Kaiserlautern hasta los Vosgos.
5. Iniciales del inventor de la estereoplanigrafía.
6. «Pizpireta» en estoniano.
7. Letra del alfabeto amárico equivalente al Chireq Gadol hebreo.
8. Símbolo químico del contubernio.
9. Mago que practicaba la Alfitomancia en la antigua Iliria.

VERTICALES

1. Instrumento músico tibetano hecho de cuero y cerdas de tarpán, que se pulsa con el esfenoides pulimentado de un yak joven.
2. Enfermedad del parénquima hepático caracterizada por hipercolesterinemia discreta, mofleturia, reacción de Brugsch positiva, manganzoma del lóbulo de Spiegel, neutropenia y acumulación de marcolinasa en las células de Kupfer, y que a veces coincide con la drepanocitosis o el síndrome de Bovril-Cointreau.
3. Riachuelo de Hungría que nace cerca de Székesfehérvár y desemboca en el lago Balatón.
4. Destrincuchar el grano antes de llevarlo a la niara.
5. Onomatopeya del ruido que hace el pomelo silvestre al caer sobre un nido de avutarda del Senegal.
6. Se usa en Dinamarca para cazar paguros.
7. Estrella de tercera magnitud que dista 715 000 años y dos meses-luz de Betelgeuse, visible de junio a septiembre detrás de la nebulosa de Andrómeda y cuyo espectro hace pensar que su masa está constituida principalmente de boro e iterbio.

8. Apodo cariñoso que pusieron los federales a un célebre héroe anónimo de la Batalla de Copié.
9. Determinad en la proyección azimutal equidistante un área de extensión igual al cuadrado del logaritmo de la cotangente del ángulo formado por un paralelo dado y el Coluro Equinoccial.

ANIMATO STACATTO

El seudónimo «Animato Stacatto», atribuido sucesivamente a Oswaldo Rodríguez, a Juan Bautista Plaza y a varias otras personalidades relacionadas con nuestro mundo musical, sigue siendo una de las grandes incógnitas del humorismo contemporáneo de Venezuela. Todas las investigaciones que emprendimos desde 1952 en busca de su identidad tuvieron el destino de parar en nada después de las más divertidas peripecias, a semejanza de esas aventuras ricas de menuda gracia que nos cuenta el propio Stacatto en su delicioso y absurdo *Desvarío sinfónico*. Así, agotados inútilmente en la cacería del misterioso autor los recursos de nuestro detectivismo literario, nos queda, para adivinar en él a uno de los caraqueños más festivos e inteligentes de estos tiempos, el vínculo de simpatía que entraña su obra. Especie de niño grande que mira el hecho de vivir como una deslumbrante y multiforme invitación al juego, el arte de Animato Stacatto, basado en el gozo menudo de lo trivial de las cosas, no reconoce antecedentes venezolanos fuera de algunas crónicas cortas de Manuel Guillermo Díaz. Por la cómica imperturbabilidad de su personaje y por su actitud permanentemente pasiva con respecto al mundo que lo rodea y los sucesos que protagoniza inintencionadamente, su humorismo exhibe los más sorprendentes puntos de relación con el que en el cine francés han cultivado en los últimos años Jacques Tati y Pierre Etaix.

El único libro conocido de Animato Stacatto es *Desvarío Sinfónico, Novelín Absurdo e Incongruente*, publicado por Tipografía La Nación en 1952.

PRELUDIO: *ALLEGRO, MA NON TROPPO*

Nunca se me hubiera ocurrido que iba a narrarles mi vida, y ahora que me he decidido a hacerlo, no creo que tenga el mayor interés para nadie, pero como disfruto con ello, lo haré a mi manera, en la forma más simple y sencilla y sin pretensiones literarias de ninguna clase.

Comenzaré explicándoles cómo soy yo: un hombre vulgar y corriente, de esos con quien nos cruzamos diariamente en la vía sin que llamen para nada nuestra atención.

Pero por dentro ya es otra cosa; no soy como los demás, pero como esto sucede por dentro, nadie lo nota.

Creo que haya influido en ello una educación especial, pues entre un maestro neurasténico y una tía sorda que nunca me entendía, me acostumbré a hablar poco y a pensar mucho.

Con estos antecedentes debiera haber resultado un hombre excepcionalmente inteligente.

Pero no resultó así: resulté una mezcla rara de soñador y filósofo, pero a mi manera y sin saberlo.

Por esto, cuando me despidieron de mi empleo en la Cofcoexvic (Cía. de Fomento y Explotación de la Avicultura), causó mucha extrañeza mi actitud al dar amablemente las gracias al director.

Comprendo que la causa de mi despido fue justificada, ya que el trabajo de un mes yacía apilado en mi escritorio y en cambio, las gavetas estaban repletas de dibujos de animales de todas clases: en reposo, en plena carrera, y aves voladoras surcando los mares, entre los cuales se destacaban numerosas cabezas de cotorra, las que me salían muy bien y en cuyo arte me iba perfeccionando día a día.

La causa de mi despido debo achacársela al portero, a quien encontré en compañía de uno de los empleados discutiendo acerca de mis posibilidades pictóricas, mientras contemplaban el montón de dibujos diseminados entre los cajones.

El portero decía que estaban francamente mal, mientras el otro aseguraba que tenía un gran porvenir en el arte abstraccionista y que con el tiempo podría llegar a eclipsar al propio Picasso.

Pero ese día comenzaron las cosas mal para mí. Me levanté tarde como consecuencia de una noche de pesadillas, en las cuales se me aparecía, entre otras cosas absurdas, un hombre de traje negro, terriblemente serio, y que me visitaba periódicamente en mis sueños, y todavía amodorrado me dirigí al trabajo apresuradamente en el primer colectivo, cuando me di cuenta de que no tenía dinero y tuve que regresar rápidamente.

Yo tenía dos pares de zapatos: uno de un raro color amarillo con reflejos tornasolados, cuya causa jamás pude averiguar; el otro par era negro, de esa piel negra que se resiste siempre a tomar brillo. En mi apresuramiento no me di cuenta que el gato...

El gato

Cuando decimos el gato, nos referimos casi siempre a un animal que en forma lenta pero hábil se va introduciendo en nuestra vida, y cuando venimos a darnos cuenta ya lo tenemos cómodamente instalado en el sitio más mullido y confortable, mirándonos filosóficamente sin ahondar para nada en nuestras angustias y problemas. Por este motivo

debe ser que siempre mencionamos «el gato» en vez de decir más correctamente «un gato». Pues bien, el gato tenía deseos de jugar y al no encontrar colaboración en mí, resolvió, como buen filósofo, distraerse con mis zapatos. Al cabo de un rato logró despertarme y el resultado de su juego fue que el zapato amarillo quedó exactamente al lado del zapato negro, de lo que no me di cuenta sino mucho más tarde.

Cuando entré bastante retardado en la oficina, se encontraba el jefe observando desde lejos y muy interesado, la conversación que a sus espaldas sostenían el portero y el empleado, quienes al sentirse descubiertos se fueron rápidamente a sus respectivos puestos. El jefe, que era un jefe como todos los jefes, fue directamente a mi escritorio y empezó a hurgar en los cajones, sin que al parecer se interesara en lo más mínimo por el arte abstracto, prueba fehaciente de su incultura, y así fui llamado de inmediato para ponerme en cuenta de la «determinación que se veía obligado a tomar muy a su pesar».

Como todo esto sucedió a las nueve y hacía una mañana fresca y con una luz especial —no sé cómo explicarles lo que es una luz especial, pero es especial—, resolví dar un largo paseo antes de regresar a mi pequeña habitación, a la cual llegué a las 12 más o menos, después de un accidentado viaje en colectivo.

Pasaré por alto la risa burlona de tres graciosas señoritas que no quitaban la vista de mis zapatos y que ante mi azoramiento, reían primero discretamente y luego a grandes carcajadas, para referirles la sorpresa que recibí a mi regreso a casa.

En la pequeña entrada que hacía las veces de salón de recibo se encontraba instalado un señor de traje negro y rostro severo, al que reconocí de inmediato como el

hombre que aparecía con tanta frecuencia en mis constantes pesadillas nocturnas. Di los buenos días para seguir a mi habitación, mientras el personaje se erguía con mucha ceremonia para inquirir:

—¿El señor Teobaldo Ramírez?

Siempre me disgustó sobremanera que me bautizaran Teobaldo, lo que a mi juicio contribuyó a hacerme más abstraído y tímido. Estoy seguro de que de llevar otro nombre —Fernando, Leonardo o Ricardo— mi personalidad se habría desarrollado y tendría una mayor confianza en mí mismo y habría tal vez logrado grandes éxitos en la vida, pero este nombre de Teobaldo debe haber influido mucho en que yo sea como soy.

I

Scherzo moderato

No sé por qué debo empezar un nuevo capítulo, pues jamás he entendido bien la cuestión de los capítulos y cuándo deben empezarse, pero supongo que es una división que hacen los escritores para tomarse un descanso y poder decirse: «Ya terminé el capítulo».

Comprendo que quizás es este el momento más inapropiado para empezar uno, pero quiero que esto se parezca lo más posible a un libro.

Naturalmente, lo lógico sería contarles lo que pasó con el hombre del traje negro y rostro severo, pulcro y afeitado, etc., pero como he visto en otros libros que el escritor puede permitirse toda clase de libertades con el pobre lector, voy a hacer lo mismo.

En aquel tiempo tenía 20 años y mis únicos amigos eran el caballo del verdulero, un árbol frondoso que proyectaba su sombra sobre una avenida casi siempre en penumbra y una estatua que iba a contemplar casi a diario y que venía siendo como mi novia espiritual.

Por el caballo sentía un cariño fraternal, tal vez porque le encontraba cierto parecido conmigo y por ser paciente y sumiso.

El dueño, un isleño fuerte y voluminoso, parecía tratarlo sin muchas consideraciones; debía tener un apetito insaciable, lo que me hacía alimentar la vaga sospecha de que —nunca satisfecho— se comía también la exigua ración del famélico penco. Cuando lo veía tirando del coche repleto, sobre sus largas y flacas piernas, mirando hacia atrás como en muda interrogación las posibilidades del regreso, le daba unas palmadas a las que correspondía con un ligero encogimiento de hombros, y me entraban tentaciones de separarlo del carro e irnos a trotar juntos por los campos llenos de pasto.

Pero la estatua ya era otra cosa.

Formaba parte de un grupo escultórico entre los cuales había, en armónico conjunto, caballos encabritados, guerreros y hermosas mujeres con largas trompetas. Ella era quizás la más insignificante del grupo, pero en cambio tenía una mirada abstraída e indiferente y parecía formar parte del conjunto por causas completamente ajenas a su voluntad. Estoy seguro de que por su gusto se habría marchado, dejando a sus bélicos acompañantes para buscar un sitio cerca de un tranquilo estanque bajo los cedros de un parque.

No les hablaré del árbol frondoso de la avenida en penumbra, porque es tiempo ya de volver al personaje del traje negro y maletín de cuero del cual creo que dije tenía

un rostro severo aunque sobre esto tengo mis dudas, pero en todas las obras que he leído los hombres trajeados de negro tienen siempre un rostro severo.

II *Adagio*

Pensándolo bien, lo que sucedió con el hombre del rostro negro y traje severo (creo que llevaba también un maletín) no tiene gran importancia, y pasaré por alto este pequeño episodio del cual incluso no me acuerdo del todo, pero que sin duda iba a tener una gran influencia en mi relato a juzgar por la cantidad de veces que lo he nombrado. Pero estoy seguro que en el curso de esta historia aparecerá de nuevo el personaje del severo maletín negro para hacer todavía más interesante esta interesante historia.

Pero ya vamos por el capítulo II y es tiempo de que pueda contarles algo interesante, no vaya a resultar que se fastidien más de lo previsto y tiren el libro.

Poco tiempo después de los episodios que acabo de narrar, conseguí un nuevo empleo en una compañía de venta a plazos de toda clase de artículos eléctricos y caseros y tenía que hacer largos recorridos por todos los barrios de la ciudad para efectuar los cobros.

Aprendí que nadie suele estar satisfecho con las compras que hace; y muy especialmente cuando se presenta el cobrador y tiene que efectuar la cancelación de la cuenta correspondiente.

Aprendí además que ninguno de esos artefactos que anuncian con grandes titulares en los periódicos locales son de la menor utilidad y la gente los compra únicamente por las facilidades que ofrecen para el pago.

En mis diarias visitas noté que era raro encontrar un cliente satisfecho de su compra, pues todos se quejaban y daban la impresión de que la compañía debía más bien pagarles para que aceptaran esas basuras. Sucedió que cobraba poco y caminaba mucho, y mi jefe inmediato, un señor calvo y grueso, lo atribuía a mi falta de carácter, pero yo creo más bien que consistía en que siempre le daba la razón a los clientes cuando argüían cualquier excusa para no pagar.

Cuando llegaba, tarde y cansado, a la estrecha habitación en que vivía, compuesta de un camastro, una mesa y una silla, mientras me recostaba a descansar oía distintamente las notas de un piano que tocaba con bastante gusto la hija de la dueña de la pensión.

¡Oh!, la hija de la dueña de la pensión.

Cuando la contemplaba atravesando el salón con su gracia inmaterial y me saludaba con una imperceptible sonrisa que eclipsaba la de Mona Lisa, me recordaba a la estatua melancólica en medio de la aguerrida soldadesca en el fragor de la batalla y, como ella, me parecía que la fuente murmurante de un romántico estanque bajo los cedros de un parque era un marco más apropiado a sus encantos infinitos que una casa de pensión.

Y sucedió lo imprevisto.

Lo imprevisto es casi siempre lo que ya previó el lector.

Fue un domingo en la tarde —creo que los pájaros trinaban en el jardín y las flores brotaban a raudales con el comienzo de la primavera—, aunque no estoy muy seguro de que la casa tuviese jardín ni que estuviésemos en primavera, cuando ella tocaba al piano las notas sabiamente vacilantes de una sonata de Mozart.

Fue una súbita revelación para mí, saber que la amaba, más tiernamente que al caballo del verdulero y más romántica y apasionadamente que a la melancólica estatua (la que debía estar en la fuente del bosque y que por un error imperdonable pusieron junto a la soldadesca insolente).

Pero para poderles hablar de mis amores, creo que es necesario comenzar otro capítulo.

IX

Andante con moto

En una de mis frecuentes visitas me encontré con que todos en la casa habían salido, a excepción de don Anacleto, quien me hizo sentar y comenzó seguidamente una de aquellas interminables peroraciones que me producían invencible modorra.

Cuando terminó de hablar después de ¿media hora, una o dos horas?, ¡quién puede saberlo!, me encontré formalmente comprometido en matrimonio con Urania, faltando tan solo fijar la fecha de la boda. Como si esto hubiera sido una consigna esperada, hicieron irrupción en la sala la abnegada esposa y admiradora de don Anacleto seguida de toda la constelación planetaria y de escritores eruditos para abrazarme conmovidos y felicitar me por tan inesperada como acertada elección, en medio de mi más absoluta estupefacción.

Me quedé mirando estúpidamente durante largo rato el techo, cuando hizo su aparición mi gran amigo Desiderio, el inteligente e inigualable Desiderio, quien avanzó reduciendo los pasos para no pisar sino las losas blancas del pavimento, lo que hacía dar la impresión de un corredor

que está tomando impulso para batir una marca olímpica de salto.

Aunque me propuse no comenzar más capítulos, no puedo menos que dedicar este a:

El gran Desiderio

Lo conocí en un colectivo que hace un recorrido por el sur de la ciudad. «Capacidad: sentados 40; de pie 21».

Entre los de pie me encontraba yo, cuando en una parada fue tomado por asalto por una pandilla de hombres y mujeres de rostro congestionado que repartían empujones y codazos con un entusiasmo digno de mejor causa.

Al cerrarse las puertas, lo que costó gran trabajo por encontrarse un pasajero atravesado sin poder entrar ni tampoco salir, y que al fin quedó irremisiblemente aprisionado entre las mismas, me encontré con que mi vecino más inmediato —aunque todos éramos vecinos muy inmediatos— tenía su codo clavado con fuerza donde yo supongo que debemos tener el hígado, lo que me hacía respirar con gran dificultad.

Hice un rápido cálculo y llegué a la conclusión de que el autor del letrero impreso en el fondo del colectivo debía de ser un hombre muy pesimista, pues según mis cálculos más modestos debía haberse impreso así: «Capacidad: sentados 40; de pie 198».

Cuando requerí a mi vecino, rogándole amablemente retirar la punta de lanza que me hacía dudar de la buena calidad de mi hígado, me replicó en la misma forma cortés que le era imposible hasta tanto no pusiera yo el pie derecho en el suelo en lugar de tenerlo montado sobre su pie izquierdo.

Como esto era impracticable, nos resignamos, él a sufrir el peso creciente de mi pie derecho sobre su pie izquierdo y yo a sentir la respiración cada vez más débil y el bazo (creo que era más bien el bazo) cada vez más inflamado.

Con mi natural perspicacia e inteligencia hice entonces una observación muy interesante: cuando los colectivos van casi vacíos se mueven lentamente, eclipsando a la más pacífica tortuga; pero cuando es materialmente imposible introducir a un gato sin que perezca inmediatamente asfixiado, desarrollan velocidades dignas de una carrera internacional; en las paradas frenan con la más inaudita violencia, y si no suceden desgracias es porque no hay espacio disponible para ellas.

Por esto, en cada arrancada y en cada parada, la punta de lanza se me clavaba más profunda y dolorosamente, hasta el extremo que llegué a abrigar serios temores acerca de si el hígado es una viscera indispensable para continuar viviendo, el cual ya daba por completamente perdido.

Cuando al fin fue bajando más gente y pudo Desiderio (así se llamaba mi vecino) retirar el codo y a mi vez pude poner el pie en el piso, hicimos un rápido inventario de los daños sufridos, los cuales no fueron tan graves como esperábamos.

A Desiderio le dolía terriblemente un callo que tenía olvidado por años y que había vuelto a reaparecer después de un largo abandono, y yo solamente sentía una leve punzada en el apéndice o sus alrededores.

Al poco rato fraternizábamos por nuestra afinidad en detestar los autobuses, a las personas que manejan vehículos y a las que no manejan vehículos.

Me agradó cuando indicó que los niños y los animales eran lo único que valía la pena en este mundo,

y simpaticé con sus diferentes manías, que se diferenciaban bastante de las mías y las cuales podían resumirse de la manera siguiente:

- a) Nunca dar más de cuatro pasos en el espacio comprendido por un automóvil, lo que le obligaba a estirar mucho las piernas y sentirse exhausto en los sitios de mucho estacionamiento. En cambio disfrutaba cuando estos iban en marcha, pues con uno o dos pasos bastaba para pisar el espacio delimitado por el automóvil.
- b) Subir invariablemente el primer y último peldaño de las escaleras con el pie izquierdo.
- c) Al tropezar a alguien con el hombro izquierdo, tropezar seguidamente al próximo transeúnte con el hombro derecho, lo que no dejaba de ocasionarle algunos trastornos y altercados, a pesar de la excusa con que acompañaba cada empujón.
- d) No pisar nunca las pequeñas rayas de cemento de las aceras y caminar pisando siempre losas de un mismo color, por lo que prefería los pisos de granito o de un solo color.

Aunque mis gustos en este sentido eran bastante diferentes, y apostaba conmigo mismo fuertes sumas acerca de cuántas casas debía haber en la acera izquierda de la próxima calle, en qué número comenzaba y en cuál terminaba la nomenclatura de una calle determinada, cuántos pasos tenía que dar para llegar al próximo poste de luz, etcétera, llegamos a ser muy buenos amigos y a juzgarnos mutuamente muy inteligentes.

Durante el cuarto de hora siguiente a nuestro accidentado viaje en autobús, intimamos como si nos hubiésemos conocido desde la infancia, y ambos olvidamos las diligencias que teníamos que hacer para entrar a un café y resolver que «el mundo es bastante parecido a un viaje en colectivo», «la bomba atómica es la solución del problema mundial, pero aplicada por los cuatro costados del globo y sin distinción de razas ni países», y tratar sobre cosas tan profundas como «a la Humanidad hay que conocerla bien para aborrecerla mejor», y otras reflexiones por el estilo a cual más interesantes, nos despedimos muy satisfechos de nuestra erudición, prometiendo vernos al día siguiente para continuar tratando acerca de tan importantes asuntos.

Cuando vi, pues, a Desiderio tomando impulso sobre las losas blancas, como un toro que se prepara a irrumpir en la plaza, debo confesar que sentí un gran alivio, pues ya en otras ocasiones había dado pruebas de su buen juicio al asegurar que la única ventaja que tenía mi matrimonio con Urania, era que este no duraría mucho. Aumentó mi admiración por él cuando, apenas sentado y después de un breve saludo, declaró que «negocios urgentes requerían mi presencia en mis posesiones de la isla de Trinidad», de las cuales no me había enterado hasta ese momento.

Noté, sí, el buen efecto que hacían las palabras «posesiones de Trinidad» y la mirada significativa que se cruzó el matrimonio, quienes lamentaron alegremente que tuviera que dejarlos tan pronto, pero que esperaban confiados mi pronto regreso.

Al día siguiente partimos como dos delincuentes hacia el interior del país, por haber leído avisos que decían: «CONOZCA PRIMERO A VENEZUELA», y de nuestro agradable recorrido obtuvimos las más variadas e interesantes

experiencias, sacando en conclusión la alta calidad de nuestros zancudos y su superioridad racial indiscutible, así como la agresividad y constancia de nuestros mosquitos que, unido a su doble ponzoña reforzada, dejan huellas imborrables en nuestras vidas.

PEDRO LEÓN ZAPATA¹⁶

Caricaturista nacido en San Cristóbal, en 1929. Obras coleccionadas: *Zapatazos*, 1967; *Zapatazos*, 1968.

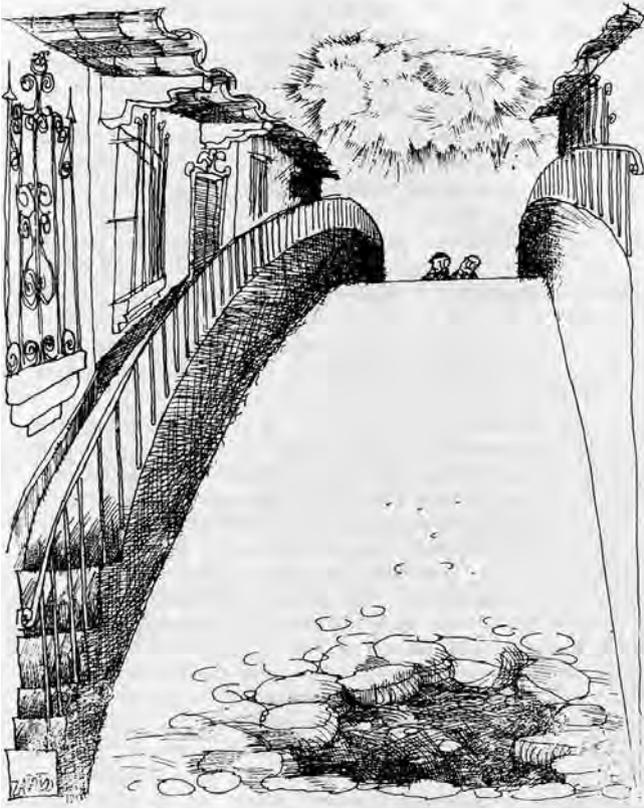
—¿Qué considera Ud. que es el humorismo?

—El humorismo es, ante todo, un mal negocio. Prueba de ello es la alegre circunstancia de que el número de humoristas muertos de hambre solo puede compararse con el número de artistas (no precisamente de cine y televisión) que han entregado su alma al Creador en las mismas condiciones. Extremando este criterio llegaremos a la conclusión de que si bien puede haber hambre sin humorismo, muy difícilmente florece el humorismo sin hambre. Desde este punto de vista, la colaboración de los dueños de periódicos al humorismo y a los humoristas puede ser considerada como inapreciable.

—¿Cómo definiría Ud. la caricatura? ¿Qué papel cree Ud. que tiene la caricatura en la cotidiana vida del venezolano?

—La caricatura, como todo lo verdaderamente artístico, cuando es buena es perfectamente inútil. El único papel que tiene la caricatura en la vida cotidiana del venezolano es el papel en que se halla impresa. En mi caso, papel de imprenta.

¹⁶ Entrevista con Richard Izarra, en *Últimas Noticias*, el 16 de mayo de 1971.



—Ese hueco también va hacia su Cuatricentenario.

—¿Por qué en Venezuela se hace más humor político?

—Los humoristas venezolanos, subdesarrollados al fin, son unos ciudadanos poco avezados en los vericuetos de la política. Esta suerte de candor los limita hasta el extremo de impedirles llegar siquiera a tocar la puerta del mundo sibilino, maquiavélico y refinado del Humorismo Apolítico.

—Algunos afirman que los políticos son gente muy cómica. Si Ud. comparte esto, ¿nos podría decir cuál es para Ud. el político más cómico del país y a cuál ha logrado mejor en sus caricaturas?

—Los políticos locales se caracterizan por sus limitaciones; en consecuencia, se trata de gente limitadamente cómica. Dada esta condición de nuestros políticos, la mejor manera de dibujarlos mejor es dibujarlos peor.

—Sin olvidar nuestra triste historia y nuestras injusticias, ¿cuál ha sido para Ud. la época más divertida de este país?

—Esta tierra ha pasado últimamente por tantos regocijados avatares, que a estas alturas lo más divertido consiste en que estemos todavía vivos. Y si es divertido estar vivo hoy, imagínese usted cómo será de divertido amanecer vivo mañana, si Dios nos da licencia...

—Venezuela es un país netamente humorista y picaresco. ¿Qué opina usted al respecto?

—A los que afirmaban que su novela *Pito Pérez* era una novela picaresca les respondía José Rubén Romero: «La novela picaresca murió con el Siglo de Oro. En nuestros días el único picaro es el dólar».

—¿Cree Ud. que la caricatura llega más al público que algún escrito humorístico? ¿Qué opina de la caricatura sin palabras, cuál tiene más fuerza?

—Casi todo lo que publican en sus páginas editoriales los periódicos venezolanos entra de lleno en el campo de la más descacharrante comicidad. El hecho de que esta hilarante condición se produzca contrariando el propósito del articulista no les resta jocosidad a los escritos, sino todo lo contrario: la redobla. Ante esa divertida y copiosa producción del Género Bufo Nacional, ¿qué puede hacer una triste caricatura? La segunda parte de la pregunta me lleva de manera obligada a desplegar ante los atónitos ojos de los lectores de *Últimas Noticias* lo que modestamente viene a ser mi Teoría de la Caricatura: «La caricatura debe ser sin palabras; pero puede tenerlas. Debe ser muy sencilla; pero puede ser complicada. Debe ser cómica; pero puede ser seria. Y así sucesivamente...».

—Hermann Hesse —premio nobel de Literatura— dice en un libro: «el humorismo es siempre un poco burgués, aun cuando el verdadero burgués es incapaz de comprenderlo». ¿Qué opina Ud., señor Zapata, de esto?

—Al señor Hermann Hesse, con este aserto se le nota mucho el premio Nobel por debajo de la piel de oveja esteparia con que pretende disfrazarlo. Sin embargo, no tengo ningún reparo en aceptar su afirmación. Y si hubiera calificado de proletario al humorismo, también me hubiese parecido admisible. Lo que sí considero inaceptable es identificar al humorismo con la clase media.

»Clase media aquí, quiere decir una filosofía, un pensamiento radicalmente opuesto a todo lo que el humorismo significa, si es que el humorismo significa algo. Aclarado esto, puede agregarse que tanto en la llamada burguesía como en el llamado proletariado pueden existir formidables exponentes de la clase media del intelecto. La clase media es naturalmente enemiga del humorismo, con lo



—Y si volvió el paludismo ¿por qué no va a volver esta moda?



—El sueldo de este mes se lo comió el pescado que nos vamos a comer.

cual no hace más que lo correcto, puesto que el humorismo jamás aceptará con ella ningún pacto. Nada beneficia más a un hombre público que una caricatura donde se le agrede o ridiculice; pero a veces ocurre que el político se indigna «por ese injusto ataque de que se le ha hecho víctima». Esta clase de políticos no pertenecen ni a la burguesía ni al proletariado ni a la clase media: son puro y simple *lumpen proletariat*».

—¿Cómo definiría Ud. al humorista? ¿Son tristes los humoristas?

—Las víctimas preferidas del humorista son los mediocres, los oportunistas, los comerciantes, los políticos, los explotadores, los funcionarios, los traidores, en fin: todos aquellos que en nuestra sociedad tienen más chance de *Triunfar En La Vida*; visto lo cual, podemos definir al humorista como una estilización del envidioso.

»Para terminar —agrega Zapata— responderé la segunda parte de su pregunta: NO. Los humoristas no son tristes... ¿no ve cómo me río? JA, JA, JA».





¡ALERTA, CIUDADANOS, ALERTA!

ÚLTIMAS REVELACIONES
DE NUESTRO INFATIGABLE MABITÓGRAFO

La semana de Carlos Gardel.
Los libros de oír misa con un rosario enroscado.
Los cojines de flequitos para asientos de bicicleta.
Las alocuciones presidenciales de Año Nuevo.
Los letreros de café y comida a la carta.
Los paños de antiflogistina.
Las pastillas de jabón de coco.
Panchito y Pedrito, los periquitos mágicos que sacan el
sobrecito de la suerte.
El jarabe de Yodotánico.
El joropo «con real y medio compré una pava...».
Las peras de poner lavados.
Las copitas de lavarse los ojos.
Los anteojos oscuros tapados por los lados con una especie
de rejillita.
El amiguito del hogar que reparten en la iglesia.
Los viejos que para pagar el autobús, sacan un carriel de
plata del bolsillo del chaleco.
Los que se meten a un botiquín de chinos y salen con un
palillo en la boca y después se acomodan la correa.
Vestirse de casimir azul con zapatos blancos.
Llamar a Caracas la sucursal del cielo.

- Tirar cohetes con motivo de la visita del arzobispo.
Limpiarse los dientes con carbón.
Las dormilonas con dragones bordados en la espalda.
Los costureros hechos con caracolitos y conchitas.
Los puños y cuellos de celuloide.
La palabra ortopedia.
Los floreros en forma de cornetín.
El «Ungüento del soldado».
Los colchoncitos capitoné de seda brillante para adornar la parte de atrás del carro. Doblemente pavosos si tienen peloticas de esas que llaman madroños o borlas.
Los muebles con su funda de tela.
Los mantones de manila sobre los pianos.
Los muchachitos vestidos de militar y con bigotes pintados.
Los zapatos de muchachito colgados en el espejo del autobús.
Bañarse en el mar con zapatos de cuero.
La propaganda en los periódicos con el retrato del dueño del negocio.
Encabezar una carta con: «Tomo la pluma para escribirte estas cortas líneas...».
Limpiarse los oídos con una horquilla.
Hacerse caballero guardián del Sepulcro.
Hacerse rizos amarrándoselos con papel de estraza torcido.

FORMAS PAVOSAS
DE LA GASTRONOMÍA VENEZOLANA

- Los huevos duros teñidos de morado.
- Las caraotas con pimentón.
- La ensalada de chayota.
- Las arepas de maíz amarillo.
- Los quinchonchos.
- Arroz con espagueti.
- Los rábanos blancos.
- El dulce de mamón.
- Los frascos de encurtidos tapados con una tusa.
- Sacar la carne de la sopa para freirla.
- Utilizar el caldo del hervido del mediodía para hacer la
sopa de la noche.
- Echarle azúcar a la cerveza negra.
- Comer dulces de pasta por la mañana.
- Meter majarettes en las piñatas.
- Sacar el jugo de las naranjas y guardar los bagazos para
hacer dulce.
- Pelar cambur con cuchillo.
- Tomarse un ojo de toro en vino.
- Comer esa mezcla de funche con caraotas que las viejas
llaman tutú.
- Llamar comodoro al hielo raspado.
- Tomar café con leche en el almuerzo; doblemente pavoso
si se toma en Maracaibo, donde no le dicen café con
leche sino café de leche.
- Beber agua de conchas de guásimo.
- Comer guásimo, cauajaro, guama, cariaquito, cundeamor,
ciruelas de las que sirven para las parótidas, jobo y pepa
de mamón asada.

ÍNDICE

MINIFORO: HUMOR Y MAL HUMOR DE AQUILES NAZO

EMILIO SANTANA	7
FRANCISCO PIMENTEL (Job Pim)	13
REFRANES Y MULETILLAS CRIOLLOS	17
«CON TAN MALA SUERTE»	18
LA SEGUNDA MUJER	19
CREACIÓN DEL MUNDO	21
LA ORFEBRESA	22
EL BORRACHÍN	23
DE SALÓN	25
LITERATURITIS	25
HISTÉRICAS HISTÓRICAS	28
CUENTO DE CUARESMA	30
SOBRE EL CAMBIO DE SEXO	32
RECETA PARA PEDIR	34
LO QUE CUESTA UN TÍTULO	35
VELORIOS	37
LA TORTURA DEL YESQUERO	38
RELATIVIDAD	40
LA POESÍA DEL PORVENIR	41
EL JABALÍ Y LOS RUISEÑORES	42
LA FIEBRE DE MODA	43
EL FENÓMENO TRIANERO	45

CORRESPONSALES HONORARIOS	46
ELEGÍA A LAS RUINAS DE SAN DIEGO DE CABRUTICA	48
TELEGRAFISTOFOBIA	50
CONSEJO	52
A S. E. EL DUQUE DE ROCANEGRAS	58
JUAN JOSÉ CHURIÓN (El bachiller Munguía)	61
INVENTORES VENEZOLANOS	62
YO SOY UN PAJARILLO	64
CARACAS ESTRUENDÓPOLIS	65
RAFAEL GUINAND	67
EL ROMPIMIENTO	69
DISCURSO DEL DOTOL NIGÜÍN	80
PERUCHO LONGA	82
CANTO AL MAPURITE	85
EDGAR J. ANZOLA	87
EL BORRACHO	88
FEDERICO LEÓN (Pepe Alemán)	93
ORIGEN DEL PECADO ORIGINAL	95
RAFAEL VILLASANA	105
LOS DOMADORES	106
SOLILOQUIO PASCUAL	109
LUIS GUEVARA	113
SIN TÍTULO...	114
POEMA VANGUARDISTA DESCUBIERTO EN UNA POSADA	117

J. M. GÓMEZ CASTRO	119
SANOS CONSEJOS PASCUALES	120
PAKO BETANCOURT (Pako, Perico A. Monroy)	123
LOS NUEVOS RICOS	124
LA LAGUNA DE CATIA	126
LA GASOLINA EN LA PERCHA	129
LOS VELORIOS	132
PRODUCTOS NACIONALES	137
DETRÁS DE BASTIDORES	138
BEL CANTO	139
FILOSOFÍA GATUNA	140
CASO CLÍNICO	141
RAFAEL MICHELENA FORTOUL (Chicharrita)	143
SONETARIO GALANTE	147
EL PUENTE DE DOLORES	148
DE RETORNO	149
<i>CONFITEOR</i> DEL POETA IRREDENTO	150
HIPOCONDRIAS PLUVIOSAS	151
INGESTA MAGNA	153
EPÍSTOLA A MATEA	153
SONETO DE LA AÑORANZA	155
AUTONECROLOGÍA	156
DÉCIMAS CIRCUNSTANCIALES	157
NUEVA EPÍSTOLA, AHORA A TADEA	162
UN ROMÁNTICO...	163
AUDICIONES FONOGRÁFICAS	164
CARTA A UN AMIGO EN EL CAMPO	164
EPISTOLARIO VENEZOLANO	165

COMEDIETAS ABSURDAS	169
<i>BAUTIZO DE POBRE</i>	169
<i>EL RESTORÁN CUCARACHA</i>	170
HUMORISMO DE <i>FANTOCHES</i>	175
TOROS DESGARITADOS	175
OBJETOS MABITOSOS	177
UN DÍSTICO Y UN DISCO	178
CUENTO DE ANIMALES	179
CORREO SIN ESTAMPILLAS	181
UN CUENTO DE DON TULIO FEBRES CORDERO:	
¿ME COMPRA EL GALLO?	182
TIRITOS Y TAL	184
CUEENTOS INFANTILES: AVENTURAS DE PEDRO RIMALES,	
FAMOSO SINVERGÜENZA	185
FILOSOFÍAS DE UN REVERENDO	189
GUERRA POÉTICA	190
¡BUENA PLANCHA!	192
SANCIÓN APUREÑA	193
¡QUÉ VA, SANTINI!	194
VORACIDAD GUANAREÑA	195
UN ÓRGANO DEL AMOR	196
LA CLÍNICA LITERARIA DE <i>FANTOCHES</i>	198
CALOJHISTO ANDA SUELTO	199
CLÍNICA LITERARIA	201
CLÍNICA LITERARIA	205
SE GOZÓ PAQUITO	207
CONGRESO FANTOCHÍSTICO	209
HEMORRAGIAS DE SANGRE	211

LUIS ENRIQUE MÁRMOL (LEM)	213
PASTICHES CRIOLLOS: CÓMO SE PASA LA VIDA	214
NO PUEDO RECORDAR	215
NOTAS	216
LA SAMPABLERA	217
A LA LAJA QUE TROPECÉ ESTA MAÑANA	
AL SALIR DE CASA PARA IR A LA OFICINA	217
CHARLAS CON CUALQUIERA	219
PEDRO PÉREZ DE PERAZA	220
CAMINANDITO	221
JUAN BAUTISTA PLAZA	223
LA PICAZÓN	225
ORFEÓN PERRUNO EN MARIPÉREZ	228
CANON INFINITO	231
EL CUENTO	232
JOSÉ ANTONIO CALCAÑO	233
EPITAFIO	235
QUÉ TIEMPOS AQUELLOS	237
ÁNGEL CORAO	257
EL ÉXITO DE LOS ABRAZOS	259
DONJUÁN EN FUSTANES	260
EPÍSTOLA A «CLARIBEL»	261
LA TERNERA DE SARRÍA	263
EL «BIS» DE LA TERNERA	264
MANUEL GUILLERMO DÍAZ (Blas Millán)	267
LA CASA DE PENSIÓN	268
LAS VISITAS DE PÉSAME	271

CONCHITA MÉNDEZ GUZMÁN (Conny Méndez)	277
LA LOCA EN CÁDIZ	279
ALEJANDRO ALFONZO LARRAIN	
Y MARIANO MEDINA FEBRES (Alfa y Medo)	287
ARTÍCULOS DE FONDO A LOS FONDAZOS	288
<i>RUCA RICO LA TIRUBILÍSIMA</i>	288
NINA CRESPO BÁEZ (Ninón)	305
MIGUEL OTERO SILVA	311
QUÉ HOMBRE TAN <i>RARITY</i>	315
LA UNIVERSIDAD	318
SINFONÍAS TONTAS: ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO	319
EPÍSTOLA LÍRICA	325
ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE LEO	326
SONETO EXÓTICO	327
SONETO SIN EÑES	328
RESPONSO AL GRUPO VIERNES	328
ORIGEN DE LAS CORRIDAS DE TOROS	331
HORACIO VANEGAS Y LUIS PASTORI	337
LAMENTO Y DESPEREZO DE CHEPITA MANRIQUE	337
HUMORISMO EN <i>EL MORROCOY AZUL</i>	339
EL MABITÓGRAFO	339
DICCIONARIO DE CACERÍA	340
DICCIONARIO DE DOMINÓ	342
MAURICE CHEVALIER SE LE DECLARA	
A UNA REDACTORA DE ESTE IMPORTANTE PERIÓDICO	345
CUENTO DEL LORO Y EL COCHINO	347
¿SE MONTA EN O SE MONTA CON?	349

SOPLIDOS DE MUJER	350
NUESTRA PRIMOROSA PAVOFOTO	353
PAVOFOTO	354
HISTORIA AL ALCANCE DE LA MANO:	
ODISEA DE MAHOMA Y KADIJA	355
PROGRAMAS QUE SE LE OLVIDARON AL RADIO	357
ALEJANDRO GÓMEZ	361
LA DECADENCIA DEL SABLISMO	362
AQUILES NAZOA	365
ZOO DOMINICAL	366
MURMURACIONES DE SOBREMESA	
CON JACQUES PRÉVERT	367
POEMA RIGUROSAMENTE PARROQUIAL	367
SONETO CON COCHINO	369
LOS ANIMALES EN CARACAS	370
LO QUE ABUNDA	371
SERENATA A ROSALÍA	373
EXALTACIÓN DE LA SOPA DE CEBOLLA	374
VENEZUELA, CONOCE A TUS ESBIRROS	377
MÉTODO LÍRICO PARA PREPARAR EL CHOCOLATE	382
«TRÁILER» DE UNA PELÍCULA MEXICANA	388
ANÍBAL NAZOA	393
LA CASA DEL PARTIDO	395
¡VAMOS A GOZAR EN EL SUPERMERCADO!	397
DIÁLOGO CIEN POR CIEN CARAQUEÑO	400
DIÁLOGO DE PAYASOS	401
CALENDARIO DE <i>LA PAVA MACHA</i>	404
UN CRUCIGRAMA VERDADERAMENTE DIFÍCIL	407

ANIMATO STACATO	411
PRELUDIO: <i>ALLEGRO, MA NON TROPPO</i>	413
EL GATO	414
I. <i>SCHERZO MODERATO</i>	416
II. <i>ADAGIO</i>	418
IX. <i>ANDANTE CON MOTO</i>	420
EL GRAN DESIDERIO	421
PEDRO LEÓN ZAPATA	427
¡ALERTA, CIUDADANOS, ALERTA!	437
ÚLTIMAS REVELACIONES DE NUESTRO INFATIGABLE	
MABITÓGRAFO	437
FORMAS PAVOSAS DE LA GASTRONOMÍA VENEZOLANA	439

Los humoristas de Caracas
se imprimió en noviembre de 2020
centenario del natalicio de Aquiles Nazoa
en los talleres de la
FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA
Guarenas-Miranda, Venezuela.
Son 5000 ejemplares.

Los humoristas de Caracas

Aquiles Nazoa, uno de los mejores juglares que ha tenido el humorismo venezolano, dueño de un repertorio poético caracterizado por la ironía y el humorismo, añadió a su ingeniosa profesión las artes no menos sutiles del investigador literario y supo aliar el deleite a la disciplina. Tal es el origen de la presente antología.

Convencido del poder revulsivo y vivificante del humor, Aquiles Nazoa reúne en estos dos volúmenes los más sobresalientes nombres caraqueños del género y sus piezas más relevantes. Pero aquí la tarea del autor excede la simple compilación. En efecto, mientras aspira alertar, a través de ella, acerca del proceso corrosivo que llevo al país a desechar la conciencia en el desván de los derechos, su trabajo adquiere un relieve sociocultural decisivo, en todo caso opuesto a la truculencia y el mal gusto organizados como estilo y sistema de entretenimiento.

Sin contar textos de origen desconocido como los publicados en Fantoche y El Morrocoy Azul, o el fenómeno colectivo que tuvo por eje al "Duque de Rocanegras", este tomo comprende selecciones de veintisiete autores: F. Pimentel (Job Pim), J. J. Churion, R. Guinand, E. J. Anzola, F. León, R. Villasana, L. Guevara, J. M. Gómez Castro, P. Betancourt, R. Michelena Fortoul, L. E. Mármol, J. B. Plaza, J. A. Calcaño, A. Corao, M. G. Díaz, C. Méndez Guzmán, A. Alfonso Larráin, y M. Medina Febres, N. Crespo Báez, M. Otero Silva, H. Vanegas y L. Pastori, A. Gómez, los dos Nazoa y P. León Zapata.

Poeta, humorista y crítico, Aquiles Nazoa (1920-1976) fue uno de nuestros escritores más populares y queridos. Asiduo colaborador de las más prestigiosas publicaciones del país, dirigió asimismo el celebre semanario Fantoche. Con el título de Poemas populares, Monte Ávila ha publicado también una representativa selección de su obra poética.



1920 - 2020

Aquiles Nazoa

100 AÑOS DE HUMOR Y AMOR

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura